



NUMERO 13 / MAYO 1968 / PRECIO \$ 55.00

cuadernos de **MARCHA**

MARX **Y LA EVOLUCION** **DEL MARXISMO**

Cuadernos de **MARCHA** es una publicación uruguaya
mensual, editada por MARCHA en Tall. Gráf. 33 S.A.

Director: Carlos Quijano

Administrador: Hugo R. Alfaro

Rincón 577 - Tel. 98 51 94 - Casilla de Correos Nº 1702
Montevideo - Uruguay

SUMARIO

KARL MARX

Autorretrato	6
--------------------	---

JESÚS BENTANCOURT DÍAZ

El marxismo: una vitalidad centenaria	7
--	---

KARL MARX

Manifiesto Comunista	17
Crítica al Programa de Gotha	41
Prólogo de la Contribución a la Crítica de la Economía Política	55
Trabajo asalariado y capital	59
Bolívar	75

VLADIMIR I. LENIN

Marx	85
------------	----

JOSEPH SCHUMPETER

Marx economista	103
-----------------------	-----

HERBERT MARCUSE

El concepto marxista de la transición hacia el socialismo	121
--	-----

ESTE 5 de mayo de 1968, se ha cumplido el sesquicentenario del nacimiento de Carlos Marx.

Cualquiera sea la opinión que se tenga sobre el hombre y su obra, debe reconocerse que "ningún pensador del siglo XIX", como lo anota Berlin, ha ejercido sobre la humanidad una influencia tan directa, tan deliberada y poderosa como Karl Marx".

En América Latina, que recibió con retraso el legado de Marx, esa influencia se ha extendido en lo que va de este siglo y se extiende aún. Conocer a Marx es necesario. Tanto más cuanto que, por regla general, se le combate, ignorándolo y, en ocasiones, también sin conocerlo, se le invoca.

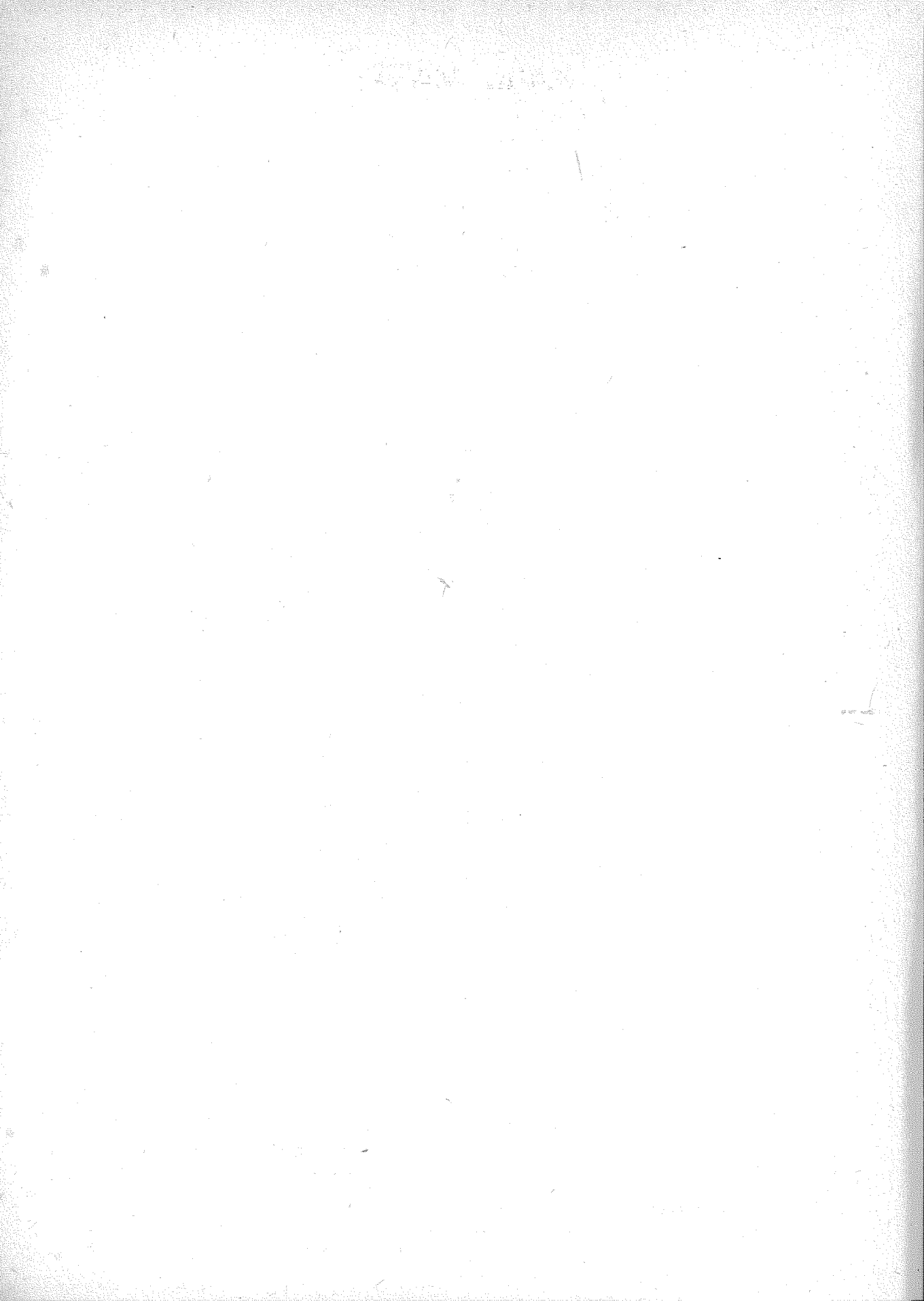
Este Cuaderno, que, como los anteriores, no es apologético, sino formativo y crítico, pretende servir de introducción a las concepciones generales de Marx, mostrar la evolución que ellas han tenido y dar a conocer algunas de las muchas interpretaciones y respuestas, que han suscitado. Una visión preliminar y de conjunto de la obra y su prolongación en el tiempo.

Difícil es elegir entre los escritos de Marx. Hemos optado por reproducir aquellos que, aunque se cuenten entre los más difundidos, sean más accesibles al lector no especializado y muestren los fundamentos de la poderosa construcción. En primer término. El Manifiesto Comunista porque en él está, en germen, cuanto habría de ser profundizado más tarde. Luego, la Crítica del Programa de Gotha que analiza y explica la necesidad de la dictadura del proletariado en el período de transición y formula la tesis de las dos fases —la socialista y la comunista— en el desarrollo del nuevo régimen. Después, el Prólogo de la Contribución a la Crítica de la Economía Política, donde se expone, en forma clara y concisa, la Teoría del materialismo histórico. Por último, Trabajo asalariado y capital, que examina el nacimiento de la plusvalía.

Damos asimismo Bolívar, uno de los pocos textos de Marx dedicados a América Latina. Marx no conocía ni podía conocer a nuestro continente. De ahí los errores que al respecto, pueden señalársele. Pero de todas maneras, es útil, nos parece, también esa reproducción.

De los exégetas y contradictores publicamos en este número tres trabajos. El Marx de Lenin; de Schumpeter, uno de los críticos más autorizados y finos, Marx economista; y de Marcuse que ahora goza de una repentina notoriedad, gracias a los movimientos estudiantiles en Europa y Estados Unidos, el capítulo sobre el concepto marxista del período de transición. Completan el volumen un autorretrato de Marx que tomamos de Riazanov y un ensayo, escrito especialmente para Cuadernos, del profesor de la Facultad de Humanidades, Jesús Bentancourt Díaz sobre la vigencia del marxismo.

Este Cuaderno será seguido por otro, donde daremos nuevos textos de Marx referidos sobre todo a América Latina y distintos enfoques de su obra, debidos entre otros a Croce, Sorel, Wetter y Althusser, y además un estudio del profesor Sambarino, también escrito especialmente para Cuadernos.



AUTORRETRATO

RIAZANOV cuenta en su ensayo "La confesión de Karl Marx":
 "Tuve la oportunidad, durante el verano de 1910, de trabajar varias semanas en Draveil en casa de los Lafargue (1) que habían puesto generosamente a mi disposición los papeles y las cartas dejados por Marx.

"No sé ya con qué motivo, Laura recordó en el transcurso de una de nuestras conversaciones sobre Marx —sin duda me había lamentado de que su padre hubiera dejado tan pocos documentos subjetivos puramente personales— que un día, ella y su hermana, como juego, le habían planteado a su padre una serie de preguntas cuyas respuestas debían ser una especie de confesión. Ofrezco, justamente, esas confesiones de Marx, a través de las preguntas y respuestas, a la atención del lector. Laura Lafargue me dio una copia. Las preguntas y las respuestas estaban redactadas en inglés."

CONFESIÓN

La calidad que aprecia más

— En las gentes, la simplicidad; en los hombres, la fuerza; en las mujeres, la debilidad.

Su rasgo característico

— La unidad del fin. (2)

Su idea de la felicidad

— La lucha.

Su idea de la desgracia

— El sometimiento.

El defecto que está más inclinado a excusar

— La confianza acordada con ligereza.

El defecto que le inspira mayor aversión,

— El servilismo.

Su antipatía

— Martin Tupper. (3)

Su ocupación preferida

— Manejar libros.

Sus poetas preferidos

— Shakespeare, Esquilo, Goethe.

Su prosista preferido

— Diderot.

Su héroe preferido

— Espartaco, Kepler.

Su heroína preferida

— Gretchen.

Su flor preferida
Su nombre preferido
Su plato preferido
Su proverbio preferido

Su divisa preferida

— El laurel.
— Laura, Jenny. (4)
— El pescado.
— Nada de lo humano me
es ajeno.
— Duda de todo.

1) N. de C. de M. — Paul Lafargue uno de los jefes del socialismo francés que había nacido en Santiago de Cuba en 1842 y se suicidó en 1911, estaba casado con Laura, una de las hijas de Marx.

2) En inglés "Singleness of purpose".

3) N. de C. de M. — Martin-Farquhar Tupper es el autor, entre otras obras, de "Proverbial Philosophy" libro trivial y reaccionario, de extraordinaria popularidad en su época, que Willis probó era un plagio de una olvidada obra del siglo XVII. Riazanov agrega: "Martin Tupper, poeta completamente olvidado hoy, fue entre 1850 y 1865 el versificador más popular de Inglaterra. Su éxito insólito es todavía un enigma para los historiadores de la literatura inglesa."

4) N. de C. de M. — Laura era el nombre de una de sus hijas, la casada con Lafargue, como vimos, Jenny se llamaba otra de las hijas de Marx casada con el francés Jean Longuet, prescripto de la Comuna; pero también se llamaba Jenny la mujer de Marx, Jenny de Westphalen, hija del barón Luis de Westphalen, mentor de Marx y a quien, éste dedicó su tesis de doctorado "Ud. —escribió Marx en esa dedicatoria— mi paternal amigo, ha sido siempre para mí la prueba viviente de que el idealismo, lejos de tener un carácter ilusorio, es la verdadera realidad."

EL MARXISMO: UNA VITALIDAD CENTENARIA

EL CAPITAL

EL fantasma que en 1848 recorría Europa, hoy recorre el mundo entero. El imperialismo norteamericano, nueva versión de la Santa Alianza, que se considera designado por la providencia para hacerlo desaparecer, lo descubre en todos lados: en los nacientes estados africanos y en la inconquistable selva vietnamita, en las humeantes ruinas que dejó Trujillo en Santo Domingo y en las que quedan en las propias ciudades metropolitanas después de las frecuentes conmociones negras. Ese fantasma se le aparece como una obsesión detrás de cada cosa, y, lo que es peor, lo ha visto corporizarse en carne y hueso en una parte considerable del globo, incluso a pocos kilómetros de su costa. Inventó un antibiótico contra el bacilo, el macarthismo, porque lo vio aflorar en sus universidades, entre sus sabios, en sus libros, en sus películas. Pero el microbio no fue extirpado; por el contrario, prolifera.

Han pasado cientocincuenta años desde el nacimiento de Marx (1818) y cien desde la publicación del primer tomo de *El capital* (1867). Estos dos aniversarios no nos enfrentan, sin embargo, con un autor olvidado ni con una obra obsoleta. Por el contrario, autor y obra (o, para decirlo con el término que engloba a ambos, y en el sentido más difun-

dido algo aún más amplio), el marxismo se mantiene vigente, lleno de vitalidad y energía. Mejor aún, puede fácilmente constatarse que, como teoría y práctica, que en él se refunden, asistimos a un revivamiento de su estudio en todos los campos, traducido en indagaciones profundas y sutiles de cada una de sus tesis.

Las razones de este rejuvenecimiento son muy diversas. Obedece, en cada terreno —política, economía, sociedad, filosofía, historia, estética y muchos otros etcéteras— a las exigencias impuestas por el desarrollo mismo de esas diversas disciplinas. Y, desde luego, a los requerimientos de la propia realidad. Analizar esas razones exigiría el concurso de una serie de especialistas. Nos limitaremos a señalar algunas de carácter muy general (1).

El marxismo, en primer término, inspira la mayor parte de los movimientos políticos y sociales de todo el mundo. Y no ya sólo en los países de desarrollo industrial donde la antinomia burguesía-proletariado es transparente, sino también, y sobre todo, en las áreas dependientes y colonizadas, donde los planteos del marxismo se presentan como una alternativa particularmente válida. Los textos de Marx recientemente exhumados sobre *Formaciones económicas pre-capitalistas* son especialmente iluminadores en este aspecto.

Cosa parecida pasa en el campo de la eco-

nomía. Desterrado de los manuales de Economía Política e refutado en ellos con argumentos sumarios e infantiles, Marx ha obligado a tomar en serio sus apreciaciones. El impulso inicial fue dado por los elogios tributados a "Marx, el economista" por un adversario, el economista austriaco J. Schumpeter (2). Catón el censor se oponía tenazmente a la introducción del helenismo en la Roma antigua porque lo consideraba nocivo y contrario a las "costumbres de nuestros mayores"; pero tuvo que aprender el griego. Igual cosa les ocurre a los adversarios del marxismo, incluso a los más recalcitrantes. La Iglesia católica, por ejemplo. Cuando en su encíclica *Populorum Progressio*, Pablo VI condena la propiedad privada (§ 22), o califica al capitalismo como "un sistema que considera el beneficio como motor esencial del progreso económico" (26), o denuncia la acción del neocolonialismo (52) y la libre empresa (58), son tesis marxistas las que maneja. Pero no las utiliza ya, e incluso entra en contradicción con sus aseveraciones anteriores, cuando propugna como soluciones concretas la ayuda del rico al pobre o de las grandes empresas a los países pobres (83, 70 y *passim*), porque ningún "beneficio" encontrarían en ello.

Otro impulso al presente reverdecimiento del marxismo proviene del desarrollo mismo de la ciencia. En su estado actual, las distintas ciencias afrontan problemas que no pueden recibir explicación adecuada con los criterios científicos predominantes en el siglo pasado, y la obtienen, en cambio, con el método dialéctico e historicista de Marx.

En el interior mismo del marxismo, el impulso renovador se expresa en un claro intento de superar la interpretación simplista, esquemática y mecánica de la época dogmática del stalinismo. Un soplo restaurador anima a todos sus teóricos. Se expresa en un retorno a las fuentes: las obras de Marx. Hay intensas búsquedas y más profundas interpretaciones. Della Volpe, Cerroni, Luporini y otros en Italia; Kossik en Checoslovaquia; Schaff en Polonia; Garaudy y Althusser en Francia, y otros muchos en diversos países, proceden a develar un rico manantial que se mantenía oculto. Un ejemplo basta: Garaudy y Althusser, que discrepan y discuten sobre muchos puntos —cosa inconcebible en otros tiempos— coinciden exactamente en la condena del dogmatismo (3).

Finalmente, los estudios marxistas han re-

cibido un considerable incremento con la publicación y/o divulgación de los escritos juveniles y algunas otras obras que habían permanecido inéditas. De ellas, las más importantes son:

Crítica de la filosofía hegeliana del Derecho Público (o Manuscritos de 1843), importante, no sólo por su crítica a Hegel, sino porque en ella comienza a elaborar su propia metodología científica (4).

Manuscritos económico-filosóficos de 1844, la más famosa y transitada de las obras juveniles, especialmente porque sus consideraciones sobre el problema de la alienación se han visto puntualmente confirmadas en la sociedad actual. Marx prosigue aquí el desarrollo de los temas anteriores e inicia el estudio de la Economía Política a la luz de su nuevo método.

La ideología alemana, escrita en colaboración con F. Engels en 1845-1846, obra particularmente rica para el estudio del materialismo histórico. De la misma época son las valiosas *Tesis sobre Feuerbach*, que Engels diera a conocer con ligeras variantes como apéndice de su obra "Ludwig Feuerbach y el ocaso de la filosofía clásica alemana" (5).

Fundamentos de la crítica de la economía política, que no es propiamente obra juvenil, pues corresponde a los años 1857-1858. Se trata de los Esbozos, así los llamó el propio Marx, de su futura obra cumbre, *El capital*. Se sirvió de ellos para redactar rápidamente, en los primeros meses de 1859, su *Contribución a la crítica de economía política*, que apareció ese año. De este voluminoso manuscrito, el interés actual recae especialmente sobre dos trozos: su introducción, conocida con el nombre de *Introducción de 1857*, que es la más importante exposición hecha por Marx de su metodología científica; y el capítulo *Formaciones económicas pre-capitalistas*, cuya significación señaláramos más arriba (6).

Las obras que acabamos de mencionar empezaron a publicarse en el período interbélico, especialmente en la década del 30, pero su verdadera difusión es posterior a la 2da. guerra mundial y alcanza, como se ha visto, hasta nuestros días. Las tres primeras vienen a añadirse a las ya conocidas de Marx, anteriores al *Manifiesto*, o sea, *La introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, *La cuestión judía*, *La Sagrada Familia* y *La miseria de la filosofía*, así como su tesis doctoral, *Diferencia de la filosofía de la naturaleza en Demócrito y en Epicuro*, que es de 1841. Falta aún

una parte importante para el estudio de su metodología. Marx llenó un crecido número de cuadernos con apuntes, notas y comentarios de los libros que iba leyendo, y que son conocidos con el nombre de *Exzerptheft*. Hay en ellos juicios y apreciaciones de alto valor para comprender la elaboración de sus procedimientos de enfoque e indagación.

La atracción actual por las obras de juventud no significa que haya amenguado el interés por sus obras culminantes, en especial *El capital*. Por el contrario, habilita para estudiarlas mejor. Es bien sabido, por ejemplo, que su idea de la alienación (1844) ha permitido comprender mejor el parágrafo sobre "El fetichismo de la mercancía" del Cap. I de *El capital*.

Carlos Marx no fue sólo un hombre de pensamiento, sino que tuvo una actuación incansable en el movimiento obrero, social y político de su tiempo. No sólo porque en él se refunden indisolublemente pensamiento y acción, sino porque fue particularmente hábil para derivar de sus más abstrusas especulaciones, con claridad y sencillez, la acción concreta a desplegar. El mejor homenaje en su sesquicentenario sería ocuparse de ambos aspectos. Por diversas razones —de especialización y de tiempo— enfocaremos y en forma parcial, uno de ellos, el teórico. Nos limitaremos a tratar dos problemas, la metodología de Marx, y marxismo y humanismo, que son los que con más frecuencia se han traído al tapete a raíz de la divulgación de los inéditos exhumados.

BASES EPISTEMOLÓGICAS DEL MARXISMO

Marx echó las bases epistemológicas de las ciencias humanas, en momentos en que el pensamiento alemán (Kant, Hegel) las fundaba en la abstracción, y el positivismo se empeñaba en aplicarles los métodos propios de las ciencias naturales. Expuso su nuevo criterio en la *Crítica de la filosofía hegeliana* (1843), en los *Manuscritos* (1844), en la *Introducción* (1857) y en otras, como *La miseria de la filosofía* (1847). En el pensamiento desarrollado en estas obras existe plena continuidad y congruencia, de manera que es imposible descubrir la "coupure épistémologique", corte o ce-

sura epistemológica, que Althusser señala (7) entre las obras de juventud y de madurez. Aquí mismo apreciaremos la perfecta coincidencia entre juicios de 1843 y otros de 1857. Elaboró desde temprano su metodología, la fue perfeccionando en sus detalles, y la aplicó minuciosamente en una de las ciencias humanas, la economía política. *El capital* es, en ese sentido, no el producto de un súbito deslumbramiento, sino de una larga y persistente elaboración.

El problema se le presentó, ante todo, como un conflicto entre abstracción y empirismo. Este último no le inquietó al principio, sino que lo atrajo. Formado en el pensamiento filosófico alemán, fundamentalmente abstracto (él mismo explicaría luego las razones de ese abstraccionismo), apegarse a lo "real", le pareció saludable. No obstante, desde el principio comprendió que, o bien el empirismo puro no sirve para la elaboración de una ciencia porque nos enfrenta al caos, o bien la mala empiria se confunde con el abstraccionismo. De ese conflicto inicial (abstracción-empirismo) surgen muchos otros problemas.

Marx constató primeramente que todo conocimiento es histórico y que las categorías que ese conocimiento maneja deben serlo igualmente. Había que descubrir un método que pudiera captar lo concreto, que es sumamente complejo ("síntesis de numerosas determinaciones, unidad de la diversidad", 1857), y que trasuntara igualmente su carácter mutable, su movilidad, su transformación. En Hegel se encontró con que, en vez de la cosa, había un "concreto imaginario", y en vez del movimiento, había "dialéctica irreal", "mistificante", "falso móvil" (1843).

Hegel, por medio de una abstracción indeterminada (es decir, no analítica) transformaba toda cosa en categoría lógica, y de igual modo, el movimiento de toda cosa, al carecer de caracteres propios y determinados, coincidía con el solo movimiento del pensar lógico. Podía explicar perfectamente cada cosa y el movimiento de cada cosa; pero no la cosa y el movimiento reales, sino ideales. "No desarrolla su pensamiento según el objeto, sino que desarrolla el objeto según su pensamiento" (1843). "Según Hegel, todo lo que ha acaecido y todo lo que sigue acaeciendo corresponde exactamente a lo que acaece en su propio pensamiento" (1847). Esta observación se repite en todas las obras que hemos mencionado. Así, en los manuscritos de 1844: "La eco-

nomía política... expresa en fórmulas abstractas y generales el proceso material... que pasa en la realidad, y estas fórmulas las toma como leyes. No penetra esas leyes... no descubre las fuentes..." Y respecto a Hegel: "la posición de Hegel es la de la moderna economía política... movimiento puro, incesante, que gira dentro de sí mismo". El proceso dialéctico se efectúa sólo en el ámbito de la conciencia y como auto-conciencia; pero la cosa misma queda tal cual y hasta recibe su justificación filosófica. "Lo existente que Hegel supera en filosofía no es por consiguiente la religión real, el estado real o la naturaleza real, sino la religión convertida ya en objeto de conocimiento, es decir, en dogmática...", etc. Las consecuencias prácticas las señaló muy concretamente en *La Sagrada Familia* (1845): "En la fenomenología de Hegel, la crítica absoluta ha aprendido por lo menos un arte: el de transformar las cadenas reales, objetivas, que existen fuera de mí, en cadenas exclusivamente ideales, subjetivas, que existen en mí, y de esta manera transformar las batallas materiales, exteriores, en batallas de ideas puras".

Siendo lo abstracto indispensable, el método propuesto por Marx podría sintetizarse así: se parte de lo concreto o real, que es sumamente complejo; se pasa de lo abstracto o ideal, que por atender sólo a la generalidad indeterminada e indiferenciada puede abarcar todos los concretos, pero debe volverse necesariamente a lo concreto, pero descubriendo ahora todas sus determinaciones y relaciones.

Pero constató otra cosa: que el conocimiento no es gratuito, que siempre persigue o se ajusta a una finalidad. Por eso es precisamente histórico. En las tesis sobre Feuerbach esta característica será designada como el "lado o aspecto activo" del conocimiento. Pero está implícita en todas sus obras. Decía en 1843: "No debe censurarse a Hegel porque describa al estado moderno tal cual es, sino porque hace pasar lo que es como la esencia del estado". Porque con ello transforma lo histórico en perdurable y justifica lo existente. Y en 1857, refiriéndose a John Stuart Mill: "Pretende, en efecto, que la producción... está sometida a leyes eternas de la naturaleza, independientes de la historia: buena ocasión para insinuar que las relaciones burguesas son leyes naturales e indestructibles de la sociedad concebida *in abstracto*". El argumento es el mismo, hecho a catorce años de distancia. Consciente o inconscientemente, en el caso tanto da, Hegel ser-

vía a la monarquía prusiana y J. S. Mill a la burguesía inglesa.

La justificación del presente significaba la detención de la historia. Si en 1843 había dicho que la dialéctica de Hegel era "mistificante", en 1873 (treinta años después que el mismo Marx recuerda en ese lugar), dirá que servía para "transfigurar lo existente". Mistifica o transfigura porque disfraza de eterno lo transitorio. Y además porque no recoge el movimiento, que es ley de las cosas. Parece propiciar la transformación, porque se declara dialéctico. Pero es una dialéctica que deja intacta la realidad.

El conocimiento, pues, no es pasivo, sino activo. No se limita a ser un reflejo especular de lo real, como con frecuencia se ha entendido por los propios teóricos marxistas, sino que es creador y transformador de lo real. Es objetivo y subjetivo a la vez. Y el "lado activo" que se señalaba en la tesis I sobre Feuerbach se confirmaba en la tesis XI ("han interpretado el mundo... se trata de transformarlo") y en toda la obra de Marx.

Imposible analizar aquí las distintas etapas y los distintos problemas involucrados en el método-abstracto-concreto de Marx. Por lo demás, ha sido hecho su estudio tanto desde el punto de vista teórico como en ejemplos bien precisos (8). Por nuestra parte, compartimos la opinión de Della Volpe (9). Por sus fundamentos epistemológicos, es una de las tres "críticas capitales" en la historia del pensamiento: 1) la de Aristóteles, contra la clasificación platónica puramente apriorística de los géneros empíricos; 2) la de Galileo, contra el discurso de los físicos escolásticos de su tiempo; 3) la de Marx, dirigida contra el moderno apriorismo dialéctico hegeliano. Y esto bastaría para explicar su vigencia.

MARXISMO Y HUMANISMO

Se habla hoy de humanismo más que en la época del Renacimiento. Unos, porque dadas las condiciones actuales de la guerra termonuclear, todos los bienes culturales creados por el hombre y éste mismo pueden ser extinguidos en un minuto. Otros se alarman por los progresos de la cibernética, estimando que el hombre será víctima de sus propios inventos: las computadoras y los cerebros electrónicos. Y otros, aún, ven al hombre, cada vez más alienado y empobrecido, precipitarse a su propia y total anulación. Aquí, es del porvenir del

hombre de lo que se duda, y se busca una tabla de salvación. Es como una protesta ante el proceso general de deshumanización en una sociedad altamente tecnificada.

Peró está el otro aspecto. ¿Qué ha sido del hombre en el pasado? ¿Qué peso ha tenido en el desarrollo histórico? Éstos —y son millones— han sufrido varias guerras consecutivas: ¿de dónde procedían, si el hombre no las quería? Aquéllos —y son otros millones— han sentido sus oídos arrullados por la prédica humanista y por la exaltación de los valores humanos, pero se ven escarnecidos y humillados cada vez más. Todos los contratiempos parecen producirse como si fueran fenómenos naturales de los que nadie resultaría responsable. Entonces, ¿para qué cuenta el hombre?

Muchas de estas y otras inquietudes similares tienen un sustratum ético o espiritual, aunque hay también éticas del combate, la virilidad, la lucha, el sacrificio y hasta la muerte. En un ambiente tan favorable comienzan a circular las obras de juventud de Marx. Todo el mundo se lanza sobre ellas, especialmente sobre los manuscritos de 1844, para descubrir el humanismo. ¿Pero cuál? Puede decirse que cada uno descubre el suyo propio. Hasta que se produce una gran sorpresa. Uno de los investigadores, un marxista, un comunista militante, Althusser, descubre que no hay humanismo y que "el marxismo es un anti-humanismo teórico" (10).

La crisis se ha planteado, igualmente, en el ámbito estricto de la propia filosofía, donde los temas antropológicos han sido intensa, profusamente encarados. Tanta antropología filosófica significó incurrir en un narcisismo en que el hombre se volvía ídolo de sí mismo. Seguir el derrotero de la antropología puede ser provechoso.

Durante el último siglo, la ciencia ha considerado al hombre exclusivamente como ser natural, e indudablemente lo es. Ha estudiado su posición dentro de la escala zoológica y lo que lo asimila o distingue del resto de las especies. Se ha interesado, por ejemplo sobre cómo llegó a adquirir cada uno de sus órganos y, de manera general, cómo llegó a constituirse: tal el problema denominado "el origen del hombre". Esos estudios trataron de deducir y/o demostrar en qué forma y por qué razones el hombre adquirió destreza manual y visión estereoscópica, asumió posición erecta y con ello una mayor capacidad craneana y un mayor desarrollo de

su cerebro. Cuando más, señaló, o simplemente dio por sobreentendido, que en eso radicaba su superioridad: la inteligencia del hombre, en oposición del instinto de los animales, era el producto o la emanación de ese cerebro más voluminoso y más complejo. La ciencia no se interesó por el origen de la conciencia del hombre.

En contraste, la filosofía o la religión encaran al hombre, al margen de los estudios anteriores, como mero ser espiritual, excepcionalmente dotado desde el principio por razones misteriosas o sobrehumanas: producto de la creación o el soplo divinos, manifestación súbita de la Idea Absoluta y otras teorías similares. Han sido, en general, versiones modernizadas del mito del Génesis o del que explica el nacimiento de Atenea con "todas sus armas".

Se diseñaban, pues, dos caminos opuestos que rara vez convergían. Por el contrario, tendían a separarse cada vez más y a señalar sus posiciones discrepantes con creciente nitidez. Una clara manifestación de esa oposición de enfoque lo encontramos en la distinta significación de un mismo término, el de antropología (= estudio del hombre), según se le juzgue desde uno u otro campo.

La ciencia natural estudia al hombre como ser biológico, o sea, la especie humana, una rama de los vertebrados. Muchos son los méritos de esta *antropología científica* (llamada también *natural* o *física*). Destruyó la visión teocéntrica y heterónoma del hombre y el mundo humano. El hombre dejó de ser chispa divina, ser excepcional surgido de un acto de creación misteriosa, para manifestarse como el ejemplar de una especie biológica, el *homo sapiens*. Producto de la naturaleza, no se necesitaba concebir ya una fuerza, extraña al mundo, que le diera nacimiento.

Peró ese naturalismo, que sólo veía en el hombre su aspecto biológico, relegaba al hombre a la pura animalidad. Prescindía del hecho de que, mucho más que mero elemento de la naturaleza, el hombre es producto histórico y social, hijo de la sociedad y creador de cultura, y que en ese proceso no sólo modifica a la naturaleza sino que se transforma a sí mismo. La concepción puramente naturalista ha sido de efectos nefastos en la filosofía de la historia (y en la historia misma): ha inspirado e inspira todas las teorías racistas; sirve de base al darwinismo social cuando postula el triunfo del más fuerte o el más dotado; nutre todas las filosofías que encumbran los impulsos ins-

Instintos, agresivos e irracionales del hombre; le ha dictado a Spengler su definición del hombre como "un animal de presa".

Se explica así el surgimiento de la *antropología cultural*, que estudia las realizaciones propias del hombre como creador de cultura, como ser histórico. Utiliza en ese sentido los datos de la prehistoria y la historia, la arqueología, la etnología, la psicología, la lingüística, la sociología. Suele denominársele también antropología social, pero tiene el inconveniente de que hay otras especies zoológicas que poseen también ciertas formas de organización social. De cualquier manera, es ésta también una forma de antropología científica (11).

La *antropología filosófica*, en cambio, busca desentrañar por medios puramente especulativos los problemas referentes al origen, la esencia y el destino del hombre. Generalmente lo hace señalando una oposición irreductible entre lo humano y lo natural. Nació, como muy bien lo ha señalado Ardao (12), con una dirección, una intención, una orientación tendenciosa. El hombre sería un ser sobrenatural, y su "esencia" habría que buscarla fuera del espacio y el tiempo, fuera de la naturaleza y la historia: "allende el mundo tempo-espacial" (M. Scheler y otros). La oposición entre lo humano y natural viene a suplantarse al viejo dualismo teológico entre Dios y mundo, o al viejo dualismo filosófico entre espíritu y materia. Es la revancha de la teología y el espiritualismo. Si Feuerbach había reducido la teología a antropología, esta corriente tiende a invertir los términos y a restaurar los viejos dualismos por otros medios. La culpa es quizá del propio Feuerbach, porque su antropología se fundaba en la concepción de un hombre abstracto, ajeno a la historia. La verdad —dirá Marx en sus *Tesis sobre Feuerbach*— es que "el individuo abstracto que él analiza pertenece en realidad a una determinada forma de sociedad" (VII) y que "la esencia humana... es... el conjunto de sus relaciones sociales" (VI). Si se le arroja del mundo histórico, ese "hombre" queda flotando en el mundo del espiritualismo especulativo. Suplanta al hombre real por la "esencia" espiritual del hombre, es decir, por el espíritu. Pero lo cierto es —agrega Marx en *La Sagrada Familia* (13)— que ese "espíritu inmaterial sólo en su imaginación tiene espíritu". Por eso funda una nueva antropología que él denominó "humanismo real" (ibid.), y que deberá elaborarse sobre la base de estos y muchos otros

textos. Porque no es posible dudar del humanismo de quien, en plena madurez, confesaba que su máxima favorita era la frase de Terencio: "Nada de lo que es humano me es ajeno".

Esa particular inflexión de la antropología filosófica que señala Ardao tuvo su última y más divulgada manifestación en el Existencialismo, con sus notas de inquietud, desasosiego y angustia. En Sartre, con todo, el existencialismo ateo asume una forma dinámica y emprendedora; afirma la autonomía frente a la heteronomía del hombre: negación, proyecto y compromiso. El hombre niega o rechaza el mundo social existente, elabora un sustituto, y asume la responsabilidad de llevarlo a cabo. Esta actitud combativa, que Sartre confirma permanentemente en sus actos, debía aproximarlo al marxismo. Sólo que aquellas decisiones sartrianas pertenecen a una persona de poder soberano y en ejercicio de una libertad sin límites. El marxismo argüirá que esa negación se inscribe en una contradicción objetiva y que el proyecto mismo está prefigurado en la situación (14).

En Francia, el auge del Existencialismo ha sido suplantado por el del Estructuralismo, que, en ciertos aspectos, se considera como una batalla contra Sartre. Fuera de otras formulaciones, que dejamos aquí al margen, la nueva escuela se pronuncia contra el humanismo. Al juicio ya transcrito de Althusser, que se inscribe en esta escuela, se agrega el de Foucault, que proclama "la muerte del hombre", y el de Lévi-Strauss: "El mundo ha comenzado sin el hombre y acabará sin él". Inspirados en el análisis estructural sincrónico de la lingüística, cuya fórmula final, expresada en forma muy simplista, sería la de que el hombre no habla sino que es hablado, los estructuralistas mencionados vendrían a significar, con respecto a la historia, que el hombre no actúa sino que es actuado.

Podríamos decir que se asiste, pues, a una acometida general contra el humanismo desde distintos ángulos. Parecería más bien que la crítica va dirigida contra ciertas formas de humanismo. El marxismo actual ha entrado de lleno en esta discusión, sobre todo por dos razones: 1) Porque lanzadas a la lectura de las obras juveniles de Marx, muchas corrientes (de religiosos, demo-liberales, socialdemócratas) (15) creen descubrir allí un humanismo de vieja data, opuesto a las tesis del Marx maduro y a las realizaciones históricas del marxismo; 2) Porque existe urgencia en encarar filosófica-

mente los problemas del hombre, en lo que el marxismo ha estado remiso, y en elaborar una antropología filosófica con fundamentos que se encuentran en el mismo Marx.

El término humanismo tiene significados muy distintos. Podría aceptarse como punto de partida la noción, sencilla de los renacentistas: valoración de las aptitudes humanas y confianza en lo que ellas pueden realizar. Aplicada al terreno histórico, esto es, la participación del hombre en el desarrollo histórico, se extraerían de la teoría marxista ciertos lineamientos.

El marxismo no encuentra las motivaciones de su acción, tanto teórica como práctica, en razones humanitarias. No es conmovido por la penosa situación de una clase social que el marxismo despliega su acción. Ya lo decía Marx mismo, refutando a Proudhon y otros utopistas: "No ven en la miseria más que la miseria, sin advertir el lado revolucionario, destructor, que terminará por derrocar la vieja sociedad" (16). La posición que asume Marx frente a los utópicos consiste en sostener que el marxismo no es un movimiento filantrópico sino revolucionario. Le felicidad que se pretende obsequiar a la clase sufriente, no es un don gratuito ni un producto de la sola elaboración teórica: tiene su motor en la misma clase social. Se dice en el *Manifiesto* respecto a los utópicos: "No advierten del lado del proletariado ninguna iniciativa histórica, ningún movimiento político que le sea propio" (17). Hay participación activa del hombre en la solución de sus problemas, hay "iniciativa histórica" de parte de la clase subyugada. No es una clase pasiva ni en sus sufrimientos ni en su rehabilitación. Por lo demás, mientras el marxismo postula la supresión de las clases, el humanitarismo las reconoce y justifica; sólo sostiene que una o unas de ellas deben concurrir a la asistencia de las otras.

Hay un punto, sin embargo, en que humanitarismo y humanismo se rozan. El marxismo reconoce y denuncia que la sociedad actual es inhumana, y se propone la restauración o el rescate de los valores humanos. Pero estos valores tienen una significación particular. Lo que se quiere restaurar no proviene de un atributo originario excepcional, de un dato metafísico, de una distinción espiritual (hecho a imagen de Dios, aliento divino, etc.). Ha habido un enriquecimiento previo, lo que el hombre ha logrado históricamente alcanzar. Se trata de rescatar lo conquistado a través de la

historia, y ahora perdido o menguado. No hay una "naturaleza humana" primigenia; "la historia es la verdadera naturaleza del hombre" (18). El hombre no es lo que le fue dado de una vez y para siempre, sino lo que ha llegado a ser. Y no sólo lo que es hoy, sino también lo que no ha llegado aún a ser. El hombre es capacidad acumulada, pero también, y en grado sin duda mayor, capacidad en potencia. Junto al pasado y el presente, el porvenir integra igualmente el ser del hombre. Si el hombre no fuera posibilidad, no valdría la pena vivir; a lo más vegetar, subsistir, como un yuyo o una piedra.

El marxismo se pronuncia también contra un humanismo abstracto que ha demostrado históricamente su inanidad. Se le reconoce al hombre valores y cualidades intemporales y eternos. La solución de todos los problemas sociales sobrevendrá cuando esos valores y cualidades sean respetados. Ese humanismo ha llevado hasta la exquisitez sus análisis, pero no ha logrado absolutamente nada. En la sociedad actual el hombre es explotado, vejado, empobrecido, alienado, prostituido, enviado a la masacre. Sin embargo, ese humanismo abstracto no ha dejado —desde los pensadores griegos hasta ahora— de exaltar los "valores humanos". Lo puede todo teóricamente; prácticamente nada resuelve. Se trata, pues, y en función del humanismo verdadero, de eliminar hoy y aquí lo que escarnece al hombre. La disyuntiva es entre el hombre abstracto y el hombre real. Más puede el luchador gremial que reclama un aumento de salarios, que la especulación del humanista; más vale el guerrillero que empuña el fusil para sacar a América de la pudrición, que el predicador que encuentra "valores humanos" en el indio embrutecido por la explotación.

Mientras se siga sosteniendo que hay que devolverle al hombre unos supuestos y abstractos valores humanos, Althusser seguirá teniendo razón. Más que devolvérselos se trataría de obsequiárselos, puesto que siendo abstractos nunca los ha tenido y, por tanto, no los ha perdido. Y ese obsequio es utopía. La esencia humana tiene un origen biológico e histórico, a la vez. Los valores humanos se realizan históricamente. Decirle a un obrero actual que debe luchar por esos eternos e inalienables valores humanos es, por lo menos, un sarcasmo cruel. Pero decirle que luche por una mejora de sus salarios y por liberarse de la explotación no sólo es viable, sino que viene im-

puesto por el propio desarrollo histórico, y por su propia decisión. Y con ello se realiza una afirmación concreta y real de sus valores humanos, pues lo emancipa de un yugo.

Ya la filosofía griega proclamó los valores del hombre. Es decir, los elaboró teóricamente. Y en eso quedaron: mera especulación filosófica. Es sintomático que se hubiesen elaborado bajo un régimen de esclavitud que siguió subsistiendo.

Históricamente, se ha echado mano a esos valores proclamados por la filosofía, y se buscó consagrarlos en derechos eternos y sagrados. Por ejemplo, durante la Revolución Francesa: derecho de propiedad, libertad de pensamiento, de expresión, etc. Dice Marx: "Los derechos humanos no liberan al hombre de la religión, sino que le otorgan la libertad religiosa; no lo liberan de la propiedad, sino que le confieren la libertad de propiedad; no lo liberan de la basura del lucro, sino que le otorgan más bien la libertad industrial" (19). Los valores universales disfracaban intereses particulares. Bajo aquella máscara, la burguesía imponía sus derechos. Bajo esos derechos eternos se ocultaban otros bien tangibles: derecho de explotación de los desposeídos, del saqueo colonial de las riquezas de los países atrasados.

Con frecuencia se expresa la idea de que el marxismo es un humanismo porque la revolución que preconiza permitirá el pleno florecimiento del hombre. Lo malo de esta concepción es que concibe al humanismo como situación de futuro. Las cosas vienen desenvolviéndose por sí mismas hasta que, al final, darán nacimiento a un hombre en plena posesión de todos sus poderes. El hombre no ha significado nada en el pasado ni en el presente; sólo lo será cuando se rompan las trabas que impiden la expansión de su personalidad. Nos parece una teoría profana de la salvación. Todo ha sido caída y perdición para el hombre; la salvación está al final.

El hombre ha hecho realmente en el pasado todo lo que estaba en condiciones históricas de hacer. Esto en todos los campos, como por ejemplo, el de la cultura. "Marx —dice un marxista francés (20)— ayudó a todo saber a tomar conciencia de las condiciones objetivas que hacen que un saber sea posible en tal momento y no en otro". El hombre, cuya representación histórica actual es el proletariado, transformará la sociedad. Aquí se vería al hombre, en el presente y no en el futuro, ejercitando sus poderes.

Esto no impide reconocer, y la propia historia lo confirma, que rotos ciertos obstáculos, el poder del hombre sea superior a la nueva sociedad, y que muchos de los valores humanos hoy ahogados consigan manifestarse. Esa ha sido en realidad toda la historia universal: la progresiva conquista del poder y la capacidad humanos. Esto tiene un comienzo: la hominización de la naturaleza. Hay allí un salto cualitativo que permite señalar una diferencia esencial entre naturaleza e historia humana. En el principio de ésta, el hombre estuvo bastante atado a la naturaleza; pero luego, cada vez menos. El hombre no fue desde el principio un "hombre total", ser excepcional ungido por la gracia divina. Lo que ha llegado a ser lo conquistó históricamente. Y en esto consiste precisamente el humanismo.

El poder humano en el pasado ha sido el creador de las sucesivas formas de producción que han existido, y de sus correspondientes formas de cultura. El poder humano en el presente es la base de la tarea revolucionaria que transformará la sociedad. Y como esa tarea revolucionaria asume históricamente la forma de lucha de clases, en el proletariado revolucionario se concentra hoy la capacidad humana de hacer la historia.

Finalmente, esa concepción que sólo descubre un humanismo del porvenir, incurre en otro error cuando concibe la expansión total o plena de la personalidad. No ingresemos al campo de la eternidad. El devenir no puede clausurarse. No llegaremos a un estadio de eterna plenitud. El impulso creador del hombre no se detendrá. La magnitud y grandeza de la obra a realizar —la revolución que romperá infinidad de cadenas— no puede llevarnos a transformar el devenir en devenido, como hiciera Hegel. No debemos caer en la auto-satisfacción ni dormirnos sobre los laureles. ¿Podrá el hombre descubrir alguna vez una meta —así fuera la de su plenitud— y quedarse quedo de una vez por todas? Siempre encontrará en sí mismo y en el mundo que lo rodea, incitaciones que le impondrán nuevas tareas. Engels dijo en cierto lugar que "el objeto no deja en paz el pensamiento" (21); y Marx: "No basta con que el pensamiento acucie hacia su realización; es necesario que la misma realidad acucie hacia el pensamiento" (22). No es posible vislumbrar que se alcance aquella meta: en el estado actual queda mucho campo para superaciones sucesivas. Conviene considerar el porvenir abierto al infinito.

El marxismo no puede aceptar la idea de que la historia se hace sola, por imperio de fuerzas mecánicas o leyes naturales, con exclusión del hombre como agente histórico. De hacerlo, se vería, como movimiento político, amenazado de dos graves peligros: la indiferencia política, ya que el hombre no tendría por qué intervenir; y la irresponsabilidad personal, en el caso de los actos políticos equivocados.

El político militante, enfrentado a la acción, suele adelantarse al planteo teórico. Por eso la II Declaración de La Habana termina con estas palabras: "El deber de todo revolucionario es hacer la revolución. Se sabe que en América y en el mundo la revolución vencerá, pero no es de revolucionarios sentarse a la puerta de su casa para ver pasar el cadáver del imperialismo".

NOTAS.

(1) En ninguna parte el interés despertado por el marxismo es nuevo. Ni siquiera en nuestro país. Fuera de otros antecedentes, el periódico "El Intransigente", que apareció en los años 1894-1895 bajo la dirección de Adolfo Vázquez Gómez y con la administración de Juan Arturo Despouey, tenía a la venta, entre otros "Folleto socialistas", el *Manifiesto Comunista*, en la primera traducción castellana realizada por José Mesa en 1872. El periódico se había iniciado como masón, asumiendo luego posición socialista. Allí se publicaron trozos de la obra "¿Qué es el socialismo?" de José Ingenieros, que así firmaba entonces.

Hizo tempranamente su ingreso a la Universidad en la Facultad de Derecho, en las cátedras de Economía Política, Filosofía del Derecho y, más tarde, en la de Sociología. Una ligera referencia del poeta Julio Herrera y Reissig en 1902 (Obras, Madrid, Aguilar, p. 795, n. 2) señala a la Economía Política marxista como la que habitualmente "se enseña en la Universidad". Y para el lector será sin duda una sorpresa saber que Eduardo Rodríguez Larreta redactó y leyó en la clase de Filosofía del Derecho en 1907, y lo publicó luego ("Evolución", t. III, año III, N° 28, p. 605-615), un estudio sobre "El Materialismo Histórico". Sólo que ese marxismo se inspiraba en Achille Loria, que había sido especialmente vapuleado por Federico Engels en los Prólogos al tomo III de *El Capital* (edic. del F.C.E., México, 1946, t. III, p. 19 y s., y p. 25 y s.).

(2) *Capitalisme, socialisme et démocratie* (París, Payot, 1963), especialmente cap. 3: "hombre muy sabio", "iba siempre al fondo de cada problema", "poderoso cerebro" (p. 42). El libro fue publicado en inglés y en los EE. UU. en 1942. Se hicieron luego numerosas ediciones y traducciones, incluso al español.

(3) Roger Garaudy habla de "restituir el pensamiento vivo de Marx", que ha sido "mutilado"; y agrega: "Se trata de terminar con las deformaciones dogmáticas, suscitadas o alentadas por la interpretación de Stalin, que llevaba el marxismo al estado infantil de una filosofía precrítica" (Karl Marx, París, Seghers, p. 9 y 10). En otro lado confiesa que se ha resistido a reeditar su "Teoría materialista del conocimiento" por tener esa orientación dogmática (Estudios, N° 26, Oct. 1963, p. 183). Luis Althusser, por su parte, dice sobre Stalin: "Bajo su línea imperativa, los filósofos de que disponíamos no pudieron elegir sino entre el comentario y el silencio, entre una convicción iluminada o impuesta y el mutismo del que se siente molesto". agrega que el peligro subsiste, porque "el fin del dogmatismo filosófico no nos ha devuelto la filosofía marxista en su integridad" (Pour Marx, París, F. Maspero, p. 12 y 20).

(4) No debe confundirse con la *Introducción a la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel* que Marx publicó en los "Anales Franco-Alemanes" en 1844 y que ha sido muy divulgada; incluso en nuestra lengua. De la que mencionamos, en cambio, creemos que no existe traducción al español. Su importancia en el sentido que hemos indicado puede apreciarse en el libro de Umberto CERRONI, *Marx y el derecho moderno*, Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1965.

(5) Podemos tener la satisfacción de que la primera edición española, bastante satisfactoria, se publicara en nuestro país (Montevideo, Edic. Pueblos Unidos, 1959), en traducción de Wenceslao Roces. Se anuncia una 2ª edición revisada por Pedro Scaron.

(6) La primera edición completa en su lengua original apareció en 1939. Para los que no conocemos el alemán, acceder a ella nos era dificultoso. La *Introducción de 1857* fue incorporada en la edición francesa de la "Contribución a la Crítica de la Economía Política" (París, Edic. Sociales, 1937 p. 149-175), junto con algunos otros trozos. Hay también una traducción italiana. Recientemente se publicó en español, retraducida del francés, la 3ª parte de esa *Introducción* titulada *El método de la Economía Política* (en la revista Praxis, Montevideo, N° 1, Dic. 1967, p. 71-77). Las formaciones económicas precapitalistas han tenido más fortuna, pero en fecha más reciente. Hay traducciones a diversas lenguas. En español fueron publicadas por Eudecor (Córdoba, 1966) y en la revista Estudios (Montevideo, Nos. 40-41, Mar.-Jun. 1966, p. 87-112), que la tomó a su vez de una edición mejicana (trad. de Wenceslao Roces). Pero de la obra completa recién disponemos de una edición francesa, publicada a fines del año pasado y comienzos del presente *Fondements de la critique de l'économie politique*, 2 vols., París, Edit. Anthropos, 1967-1968).

(7) Pour Marx, cit., p. 24-25.

(8) Además del libro de CERRONI, cit. puede verse: Galvano DELLA VOLPE, Rousseau y Marx, Buenos Aires, Platina, 1963; id., *Clave de la dialéctica histórica*, Buenos Aires, Proteo, 1965; PIAGET, Jean, *Introducción à l'Épistémologie génétique*, París, PUF, 1950, vol. III, p.

197-298. KOSSIK, K. Dialéctica de lo concreto. Como ejemplo de la aplicación del método a un caso concreto puede verse el análisis que hace Della Volpe (en Rousseau..., ob. cit. p. 125-131) de la forma en que procedió Marx para establecer, en El Capital, la noción de "trabajo productivo".

(9) Rousseau y Marx, cit., p. 106 y 149-150.

(10) Pour Marx, cit., p. 236.

(11) ARDAO, Arturo, ¿Porqué la antropología filosófica?, en Cuadernos de Filosofía, Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias, 1963, tomo II, p. 131.

(12) Ob. cit., p. 129, y, en general, todo el ensayo.

(13) La Sagrada Familia, México Grijalbo, 1960, Prólogo, p. 73.

(14) GARAUDY, Roger, Perspectivas del hombre, Buenos Aires, Platina, 1964, p. 98. Marx, por su parte, había escrito: "Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y

que transmite el pasado", en El 18 Brumario de Luis Bonaparte, en Obras Escogidas, Edic. en Lenguas Extranjeras, I, p. 250.

(15) Numerosos religiosos como Bigo, Calvez, Vetter, Thier, Tillich; demo-liberales, como Fromm; socialdemócratas, como Mayer y Lanshut, Marcuse, R. Mondolfo.

(16) La Miseria de la Filosofía, Edic. en Lenguas Extranjeras, p. 123 y 197.

(17) El Manifiesto Comunista, edic. en Lenguas Extranjeras, p. 71.

(18) Manuscritos económicos y políticos de 1844, Santiago de Chile, Austral, 1960, p. 112 y 163.

(19) La Sagrada Familia, ob. cit., p. 179.

(20) Guy Besse, en Debats sur les problèmes ideologiques et culturels, París, 1966, p. 186.

(21) Carta a C. Smith de 4 de Feb. 1892, en MARX-ENGELS, Correspondencia, Buenos Aires, Cartago, 1957, p. 322.

(22) Introducción a la crítica de la Filosofía del derecho de Hegel, en La Sagrada Familia, ob. cit., p. 11.

KARL MARX

MANIFIESTO COMUNISTA

Prefacio a la edición alemana de 1872

LA Liga de los Comunistas, asociación obrera internacional que, naturalmente, dadas las condiciones de la época, no podía existir sino en secreto, encargó a los que suscriben, en el congreso celebrado en Londres en noviembre de 1847, que redactaran un programa detallado del partido, a la vez teórico y práctico, destinado a la publicación. Tal es el origen de este **Manifiesto**, cuyo manuscrito fue enviado a Londres, para ser impreso, algunas semanas antes de la revolución de febrero (1). Publicado primero en alemán, se han hecho en este idioma, como mínimo doce ediciones diferentes en Alemania, Inglaterra y Norteamérica. En inglés apareció primeramente en Londres, en 1850, en el **Red Republican**, traducido por miss Helen Macfarlane, y más tarde, en 1871, se han publicado, por lo menos, tres traducciones diferentes en Norteamérica. Apareció en francés por primera vez en París, en vísperas de la insurrección de junio de 1848, y recientemente en **Le Socialiste**, de Nueva York. En la actualidad, se prepara una nueva traducción. Hízose en Londres una edición en polaco, poco tiempo después de la primera edición alemana. En Ginebra apareció en ruso, en la década del 60. Ha si-

do traducido también al danés, a poco de su publicación original.

Aunque las condiciones hayan cambiado mucho en los últimos veinticinco años, los principios generales expuestos en este **Manifiesto** siguen siendo hoy, en su conjunto, enteramente acertados. Algunos puntos deberían ser retocados. El mismo **Manifiesto** explica que la aplicación práctica de estos principios dependerá siempre y en todas partes de las circunstancias históricas existentes, y que, por tanto, no se concede importancia exclusiva a las medidas revolucionarias enumeradas al final del capítulo II. Este pasaje tendría que ser redactado hoy de distinta manera, en más de un aspecto. Dado el desarrollo colosal de la gran industria en los últimos veinticinco años, y con éste, el de la organización del partido de la clase obrera; dadas las experiencias, primero, de la revolución de febrero, y después, en mayor grado aún, de la Comuna de París, que eleva por primera vez al proletariado, durante dos meses, al poder político, este programa ha envejecido en algunos de sus

(1) Se refiere a la revolución de febrero de 1848 en Francia.

puntos. La comuna ha demostrado, sobre todo, que «la clase obrera no puede simplemente tomar posesión de la máquina estatal existente y ponerla en marcha para sus propios fines». (Véase *Der Bürgerkrieg in Frankreich*, *Adresse des Generalrats der Internationalen Arbeiterassoziation*, pág. 19 de la edición alemana [2], donde esta idea está más extensamente desarrollada.) Además, evidentemente, la crítica de la literatura socialista es incompleta para estos momentos, pues sólo llega a 1847; y al propio tiempo, si las observaciones que se hacen sobre la actitud de los comunistas ante los diferentes partidos de oposición (capítulo IV) son exactas todavía en sus trazos generales, han quedado anticuadas en sus detalles, ya que la situación política ha cambiado completamente y el desarrollo histórico ha borrado

de la faz de la tierra a la mayoría de los partidos que allí se enumeran.

Sin embargo, el **Manifiesto** es un documento histórico que ya no tenemos derecho a modificar. Una edición posterior quizá vaya precedida de un prefacio que pueda llenar la laguna existente entre 1847 y nuestros días; la actual reimpresión ha sido tan inesperada para nosotros, que no hemos tenido tiempo de escribirlo.

K. Marx; F. Engels.

Londres, 24 de junio de 1872.

Escrito por K. Marx y F. Engels para la edición alemana del **Manifiesto del Partido Comunista**, publicada en Leipzig en 1872.
Se publica de acuerdo con la edición de 1872.

(2) La guerra civil en Francia. **Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores.**

Prefacio a la edición rusa de 1882

La primera edición rusa del **Manifiesto del Partido Comunista**, traducida por Bakunin, fue hecha a principios de la década del 60 (1) en la imprenta del *Kólokol*. En aquel tiempo, una edición rusa de esta obra podía parecer al Occidente tan sólo una curiosidad literaria. Hoy, semejante concepto sería imposible.

Lo reducido del terreno de acción del movimiento proletario en aquel entonces (diciembre de 1847) lo demuestra mejor que nada el último capítulo del **Manifiesto**: Actitud de los comunistas ante los diferentes partidos de oposición en los diversos países. Rusia y Estados Unidos, precisamente, no fueron mencionados. Era el momento en que Rusia formaba la última gran reserva de toda la reacción europea y en que la emigración a Estados Unidos absorbía el exceso de fuerzas del proletariado de Europa. Estos dos países proveían a Europa de materias primas y eran al propio tiempo mercados para la venta de su producción industrial. Los dos eran, pues, de una u otra manera, pilares del orden vigente en Europa.

¡Cuán cambiado está todo! Precisamente la emigración europea ha hecho posible el colosal desenvolvimiento de la agricultura en América del Norte, cuya competencia conmueve los cimientos mismos de la grande y pequeña propiedad territorial de Europa. Es ella la que ha dado, además, a Estados Unidos, la posibilidad de emprender

la explotación de sus enormes recursos industriales, con tal energía y en tales proporciones que en breve plazo ha de terminar con el monopolio industrial de la Europa occidental, y especialmente con el de Inglaterra. Estas dos circunstancias repercuten a su vez de una manera revolucionaria sobre la misma Norteamérica. La pequeña y mediana propiedad agraria de los granjeros, piedra angular de todo el régimen político de Norteamérica, sucumben gradualmente ante la competencia de haciendas gigantescas, mientras que en las regiones industriales se forma, por vez primera, un numeroso proletariado junto a una fabulosa concentración de capitales.

¿Y en Rusia? Al producirse la revolución de 1848-1849, no sólo los monarcas de Europa, sino también la burguesía europea, veían en la intervención rusa el único medio de salvación contra el proletariado, que empezaba a despertar. El zar fue aclamado como jefe de la reacción europea. Ahora es, en Gatchina, el prisionero de guerra de la revolución, y Rusia está en la vanguardia del movimiento revolucionario de Europa.

El **Manifiesto Comunista** se propuso como tarea proclamar la desaparición próxima e inevitable de la moderna propiedad burguesa. Pero en Rusia, al lado del florecer

(1) La fecha indicada es inexacta; dicha edición apareció en 1869.

cimiento febril del fraude capitalista y de la propiedad territorial burguesa en vías de formación, más de la mitad de la tierra es poseída en común por los campesinos. Cabe, entonces, la pregunta: ¿podría la comunidad rural rusa —forma por cierto ya muy desnaturalizada de la primitiva propiedad común de la tierra— pasar directamente a la forma superior de la propiedad colectiva, a la forma comunista, o, por el contrario, deberá pasar primero por el mismo proceso de disolución que constituye el desarrollo histórico de Occidente?

La única respuesta que se puede dar hoy a esta cuestión es la siguiente: si la revolución rusa da la señal para una revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas se completen, la actual propiedad común de la tierra en Rusia podrá servir de punto de partida a una evolución comunista.

K. Marx; F. Engels.

Londres, 21 de enero de 1852.

Escrito por K. Marx y F. Engels para la segunda edición rusa del Manifiesto del Partido Comunista, publicada en Ginebra en 1882.
Se publica de acuerdo con el manuscrito.

Prefacio a la edición alemana de 1883

Desgraciadamente, tengo que firmar solo el prefacio de esta edición. Marx, el hombre a quien la clase obrera de Europa y América debe más que a ningún otro, reposa en el cementerio de Highgate y sobre su tumba verdea ya la primera hierba. Después de su muerte ni hablar cabe de rehacer o completar el Manifiesto. Creo, pues, tanto más preciso recordar aquí explícitamente lo que sigue.

La idea fundamental de que está penetrado todo el Manifiesto —a saber: que la producción económica y la estructura social que de ella se deriva necesariamente en cada época histórica, constituye la base sobre la cual descansa la historia política e intelectual de esa época; que, por tanto, toda la historia (desde la disolución del régimen primitivo de propiedad común de la tierra) ha sido una historia de lucha de clases, de lucha entre clases explotadoras y explotadas, dominantes y dominadas, en las diferentes fases del desarrollo social; y que ahora esta lucha ha llegado a una fase en que la clase explotada y oprimida (el proletariado) no puede ya emanciparse de la clase que la explota y la oprime (la burguesía), sin emancipar, al mismo tiempo y

para siempre, a la sociedad entera de la explotación, la opresión y las luchas de clases—, esta idea fundamental pertenece única y exclusivamente a Marx (1).

Lo he declarado a menudo; pero ahora justamente es preciso que esta declaración también figure a la cabeza del propio Manifiesto.

F. Engels

Londres, 28 de junio de 1883.

Escrito por F. Engels para la edición alemana del Manifiesto del Partido Comunista, publicada en Gotinga, Zurich en 1883.

Se publica de acuerdo con la edición de 1892.

(1) "A esta idea, llamada, según creo —como dejé consignado en el prefacio de la edición inglesa—, a ser para la historia lo que la teoría de Darwin ha sido para la biología, ya ambos nos habíamos ido acercando poco a poco, varios años antes de 1845. Hasta qué punto yo avancé independientemente en esta dirección, puede verse mejor en mi Situación de la clase obrera en Inglaterra. Pero cuando me volví a encontrar con Marx en Bruselas, en la primavera de 1845, él ya había elaborado esta tesis y me la puso en términos casi tan claros como los que he expresado aquí". (Nota de F. Engels a la edición alemana de 1890.)

Prefacio a la edición alemana de 1890

El Manifiesto tiene su historia propia. Recibido con entusiasmo en el momento de su aparición por la entonces poco numerosa vanguardia del socialismo científico (como lo prueban las traducciones citadas en el primer prefacio), fue pronto relegado a

segundo plano a causa de la reacción que siguió a la derrota de los obreros parisinos, en junio de 1848, y proscrito «de derecho» a consecuencia de la condena de los comunistas en Colonia, en noviembre de 1852. Y al desaparecer de la arena pública el mo-

movimiento obrero que se inició con la revolución de febrero, el **Manifiesto** pasó también a segundo plano.

Cuando la clase obrera europea hubo recuperado las fuerzas suficientes para emprender un nuevo ataque contra el poderío de las clases dominantes, surgió la Asociación Internacional de los Trabajadores. Esta tenía por objeto reunir en un inmenso ejército único a todas las fuerzas combativas de la clase obrera de Europa y América. No podía, pues, partir de los principios expuestos en el **Manifiesto**. Debía tener un programa que no cerrara la puerta a las tradeuniones inglesas, a los proudhonianos franceses, belgas, italianos y españoles, y a los lassalleanos alemanes (1). Este programa —el preámbulo de los estatutos de la Internacional— fue redactado por Marx con una maestría que fue reconocida hasta por Bakunin y los anarquistas. Para el triunfo definitivo de las tesis expuestas en el **Manifiesto**, Marx confiaba tan sólo en el desarrollo intelectual de la clase obrera, que debía resultar inevitablemente de la acción conjunta y de la discusión. Los acontecimientos y las vicisitudes de la lucha contra el capital, las derrotas, más aún que las victorias, no podían dejar de hacer ver a los combatientes la insuficiencia de todas las panaceas en que hasta entonces habían creído y de tornarles más capaces de penetrar hasta las verdaderas condiciones de la emancipación obrera. Y Marx tenía razón. La clase obrera de 1874, después de la disolución de la Internacional, era muy diferente de la de 1864, en el momento de su fundación. El proudhonismo en los países latinos y el lassalleanismo específico en Alemania estaban en la agonía, e incluso las tradeuniones inglesas de entonces, ultraconservadoras, se iban acercando poco a poco al momento en que el presidente de su Congreso de Swansea, en 1887, pudiera decir en su nombre: «El socialismo continental ya no nos asusta». Pero, en 1887, el socialismo continental era casi exclusivamente la teoría formulada en el **Manifiesto**. Y así, la historia del **Manifiesto** refleja hasta cierto punto la historia del movimiento obrero moderno desde 1848. Actualmente es, sin duda, la obra más difundida, la más internacional de toda la literatura socialista, el programa común de muchos millones de obreros de todos los países, desde Siberia hasta California.

Y, sin embargo, cuando apareció no pudimos titularle **Manifiesto Socialista**. En 1847, se comprendía con el nombre de socialista a dos categorías de personas. De un lado, los partidarios de diferentes sistemas utópicos, particularmente los owenistas en Inglaterra y los fourieristas en Francia, que no eran ya sino simples sectas en proceso de extinción paulatina. De otra parte, toda suerte de curanderos sociales que aspiraban a suprimir, con sus variadas panaceas y emplastos de toda suerte, las lacras sociales sin dañar en lo más mínimo al capital ni a la ganancia. En ambos casos, gentes que se hallaban fuera del movimiento obrero y que buscaba apoyo más bien en las clases «instruidas». En cambio, la parte de los obreros que, convencida de la insuficiencia de las revoluciones meramente políticas, exigía una transformación radical de la sociedad, se llamaba entonces **comunista**. Era un comunismo apenas elaborado, sólo instintivo, a veces un poco tosco; pero fue azaz pujante para crear dos sistemas de comunismo utópico: en Francia, el «icario», de Cabet, y en Alemania, el de Weitling. El socialismo representaba en 1847 un movimiento burgués; el comunismo, un movimiento obrero. El socialismo era, al menos en el continente, muy respetable; el comunismo era precisamente lo contrario. Y como nosotros ya en aquel tiempo sosteníamos muy decididamente el criterio de que «la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera misma», no pudimos vacilar un instante sobre cuál de las dos denominaciones procedía elegir. Y posteriormente no se nos ha ocurrido jamás renunciar a ella.

¡Proletarios de todos los países, uníos! Sólo algunas voces nos respondieron cuando lanzamos estas palabras por el mundo, hace ya cuarenta y dos años, en vísperas de la primera revolución parisense en que el proletariado actuó planteando sus propias reivindicaciones. Pero el 28 de setiembre

(1) Personalmente, Lassalle, en sus relaciones con nosotros, nos declaraba siempre que era un «discípulo» de Marx, y, como tal, se colocaba sin duda sobre el terreno del **Manifiesto**. Otra cosa sucedía con aquellos de sus partidarios que no pasaron más allá de su exigencia de cooperativas de producción con crédito del estado y que dividieron a toda la clase trabajadora en obreros que contaban con la ayuda del estado y obreros que sólo contaban con ellos mismos. (Nota de F. Engels.)

de 1864 los proletarios de la mayoría de los países de la Europa occidental se unieron en la **Asociación Internacional de los Trabajadores**, de gloriosa memoria. Bien es cierto que la Internacional vivió tan sólo nueve años, pero la unión eterna que estableció entre los proletarios de todos los países vive todavía y subsiste más fuerte que nunca, y no hay mejor prueba de ello que la jornada de hoy. Pues hoy, en el momento en que escribo estas líneas, el proletariado de Europa y América pasa revista a sus fuerzas, movilizadas por vez primera en un solo ejército, bajo la misma bandera y para un objetivo inmediato: la fijación

legal de la jornada normal de ocho horas, proclamada ya en 1866 por el Congreso de la Internacional celebrado en Ginebra y de nuevo en 1889 por el congreso obrero de París. El espectáculo de hoy demostrará a los capitalistas y a los terratenientes de todos los países que, en efecto, los proletarios de todos los países están unidos.

¡Oh, si Marx estuviese a mi lado para verlo con sus propios ojos!

F. Engels

Londres, 1º de mayo de 1890.

Escrito por F. Engels para la edición alemana del Manifiesto del Partido Comunista, publicada en Londres en 1890.

Se publica de acuerdo con la edición de 1890.

MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA

Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo. Todas las fuerzas de la vieja Europa se han unido en santa cruzada para acosar a ese fantasma: el Papa y el zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los polizontes alemanes.

¿Qué partido de oposición no ha sido motejado de comunista por sus adversarios en el poder? ¿Qué partido de oposición, a su vez, no ha lanzado, tanto a los representantes más avanzados de la oposición como a sus enemigos reaccionarios, el epíteto zahiriente de comunista?

De este hecho resulta una doble lección:

Que el comunismo está ya reconocido como una fuerza por todas las potencias de Europa.

Que ya es hora que los comunistas expongan a la faz del mundo entero sus conceptos, sus fines y sus aspiraciones; que opongan a la leyenda del fantasma del comunismo un manifiesto del propio partido.

Con este fin, comunistas de diversas nacionalidades se han reunido en Londres y han redactado el siguiente Manifiesto, que será publicado en inglés, francés, alemán, italiano, flamenco y danés.

— I —

BURGUESES Y PROLETARIOS (*)

La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días (1) es la historia de las luchas de clases.

Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros (2) y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases beligerantes.

En las anteriores épocas históricas encontramos casi por todas partes una completa división de la sociedad en diversos estamentos, una múltiple escala gradual de condiciones sociales. En la antigua Roma

hallamos patricios, caballeros, plebeyos y esclavos; en la Edad Media, señores feudales, vasallos, maestros, oficiales y siervos y, además, en casi todas estas clases todavía encontramos gradaciones especiales.

La moderna sociedad burguesa, que ha salido de entre las ruinas de la sociedad feudal, no ha abolido las contradicciones de

(*) Por burguesía se comprende a la clase de los capitalistas modernos, propietarios de los medios de producción social, que emplean el trabajo asalariado. Por proletarios se comprende a la clase de los trabajadores asalariados modernos, que, privados de medios de producción propios, se ven obligados a vender su fuerza de trabajo para poder existir. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.)

clase. Únicamente ha sustituido las viejas clases, las viejas condiciones de opresión, las viejas formas de lucha, por otras nuevas.

Nuestra época, la época de la burguesía, se distingue, sin embargo, por haber simplificado las contradicciones de clase. Toda la sociedad va dividiéndose, cada vez más, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases, que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado.

De los siervos de la Edad Media surgieron los villanos libres de las primeras ciudades; de este estamento urbano salieron los primeros elementos de la burguesía.

El descubrimiento de América y la circunnavegación de África ofrecieron a la burguesía en ascenso un nuevo campo de actividad. Los mercados de las Indias y de China, la colonización de América, el intercambio con las colonias, la multiplicación de los medios de cambio y de las mercancías en general imprimieron al comercio, a la navegación y a la industria un impulso hasta entonces desconocido, y aceleraron, con ello, el desarrollo del elemento revolucionario de la sociedad feudal en descomposición.

La antigua organización feudal o gremial de la industria ya no podía satisfacer la demanda, que crecía con la apertura de nuevos mercados. Vino a ocupar su puesto la manufactura. La clase media industrial suplantó a los maestros de los gremios; la división del trabajo entre las diferentes corporaciones desapareció ante la división del trabajo en el seno del mismo taller.

Pero los mercados crecían sin cesar; la demanda iba siempre en aumento. Ya no bastaba tampoco la manufactura. El vapor y la maquinaria revolucionaron entonces la producción industrial. La gran industria moderna sustituyó a la manufactura; el lugar de la clase media industrial vinieron a ocuparlo los industriales millonarios —jefes de verdaderos ejércitos industriales—, los burgueses modernos.

La gran industria ha creado el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial aceleró prodigiosamente el desarrollo del comercio, de la navegación y de todos los medios de transporte por tierra. Este desarrollo influyó a su vez, en el auge de la industria, y a medida que se iba extendiendo la industria, el comercio, la navegación y los ferrocarriles, desarrollábase

la burguesía, multiplicando sus capitales y relegando a segundo término a todas las clases legadas por la Edad Media.

La burguesía moderna, como vemos, es por sí misma fruto de un largo proceso de desarrollo, de una serie de revoluciones en el modo de producción y de cambio.

Cada etapa de la evolución recorrida por la burguesía ha ido acompañada del correspondiente éxito político. Estamento oprimido bajo la dominación de los señores feudales; asociación armada y autónoma en la comuna (3); en unos sitios república urbana independiente; en otros, tercer estado tributario de la monarquía; después, durante el período de la manufactura, contrapeso de la nobleza en las monarquías feudales o absolutas y, en general, piedra angular de las grandes monarquías, la burguesía, después del establecimiento de la gran industria y del mercado universal, conquistó finalmente la hegemonía exclusiva del poder político en el estado representativo moderno. El gobierno del estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa.

La burguesía ha desempeñado en la historia un papel altamente revolucionario.

Dondequiera que ha conquistado el poder, la burguesía ha destruido las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Las abigarradas ligaduras feudales que ataban al hombre a sus «superiores naturales» las ha desgarrado sin piedad para no dejar subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés, el cruel «pago al contado». Ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequenoburgués en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio. Ha sustituido las numerosas libertades escrituradas y bien adquiridas por la única y desalmada libertad de comercio. En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal.

La burguesía ha despojado de su aureola a todas las profesiones que hasta entonces se tenían por venerables y dignas de piadoso respeto. Al médico, al jurisconsulto, al sacerdote, al poeta, al sabio, los ha convertido en sus servidores asalariados.

La burguesía ha desgarrado el velo de

emocionante sentimentalismo que encubría las relaciones familiares, y las redujo a simples relaciones de dinero.

La burguesía ha revelado que la brutal manifestación de fuerza en la Edad Media, tan admirada por la reacción, tenía su complemento natural en la más relajada holgazanería. Ha sido ella la que primero ha demostrado lo que puede realizar la actividad humana; ha creado maravillas muy distintas a las pirámides de Egipto, a los acueductos romanos y a las catedrales góticas, y ha realizado campañas muy distintas a los éxodos de los pueblos y a las Cruzadas.

La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales. La conservación del antiguo modo de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes. Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de haber podido osificarse. Todo lo estamental y estancado se esfuma; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas.

Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes.

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las

más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas las partes del globo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos. En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material, como a la producción intelectual. La producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas. La estrechez y el exclusivismo nacionales resultan de día en día más imposibles; de las numerosas literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal.

Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta a las más bárbaras. Los bajos precios de su mercancías constituyen la artillería pesada que derrumba todas las murallas de China y hace capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a los extranjeros. Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burgueses. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza.

La burguesía ha sometido el campo al dominio de la ciudad. Ha creado urbes inmensas; ha aumentado enormemente la población de las ciudades en comparación con la del campo, sustrayendo una gran parte de la población al idiotismo de la vida rural. Del mismo modo que ha subordinado el campo a la ciudad, ha subordinado los países bárbaros o semibárbaros a los países civilizados, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente.

La burguesía suprime cada vez más el fraccionamiento de los medios de producción, de la propiedad y de la población. Ha aglomerado la población, centralizado los medios de producción y concentrado la propiedad en manos de unos pocos. La consecuencia obligada de ello ha sido la centralización política. Las provincias independientes, ligadas entre sí casi únicamente por la-

zos federales, con intereses, leyes, gobiernos y tarifas aduaneras diferentes, han sido consolidadas en una sola nación bajo un solo gobierno, una sola ley, un solo interés nacional de clase y una sola línea aduanera.

La burguesía, con su dominio de clase que cuenta apenas con un siglo de existencia, ha creado fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de las máquinas, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación a vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, la adaptación para el cultivo de continentes enteros, la apertura de los ríos a la navegación, poblaciones enteras surgiendo por encanto, como si salieran de la tierra. ¿Cuál de los siglos pasados pudo sospechar siquiera que semejantes fuerzas productivas dormitasen en el seno del trabajo social?

Hemos visto, pues, que los medios de producción y de cambio, sobre cuya base se ha formado la burguesía, fueron creados en la sociedad feudal. Al alcanzar un cierto grado de desarrollo estos medios de producción y de cambio, las condiciones en que la sociedad feudal producía y cambiaba, toda la organización feudal de la agricultura y de la industria manufacturera, en una palabra, las relaciones feudales de propiedad, cesaron de corresponder a las fuerzas productivas ya desarrolladas. Frenaban la producción en lugar de impulsarla. Se transformaron en otras tantas trabas. Era preciso romper esas trabas, y se rompieron.

En su lugar se estableció la libre concurrencia, con una constitución social y política adecuada a ella y con la dominación económica y política de la clase burguesa.

Ante nuestros ojos se está produciendo un movimiento análogo. Las relaciones burguesas de producción y de cambio, las relaciones burguesas de propiedad, toda esta sociedad burguesa moderna, que ha hecho surgir tan potentes medios de producción y de cambio, se asemeja al mago que ya no es capaz de dominar las potencias infernales que ha desencadenado con sus conjuros. Desde hace algunas décadas, la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de la rebelión de las fuerzas productivas modernas contra las actuales relaciones de producción, contra las relaciones de propiedad que condicionan la existencia

de la burguesía y su dominación. Basta mencionar las crisis comerciales que, con su retorno periódico, plantean, en forma cada vez más amenazante, la cuestión de la existencia de toda la sociedad burguesa. Durante cada crisis comercial, se destruye sistemáticamente, no sólo una parte considerable de productos elaborados, sino incluso de las mismas fuerzas productivas ya creadas. Durante las crisis, una epidemia social, que en cualquier época anterior hubiera parecido absurda, se extiende sobre la sociedad; la epidemia de la superproducción. La sociedad se encuentra súbitamente retrotraída a un estado de barbarie momentánea: diríase que el hambre, que una guerra devastadora mundial la han privado de todos sus medios de subsistencia; la industria y el comercio parecen aniquilados. Y todo eso, ¿por qué? Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasiados medios de vida, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone no sirven ya al desarrollo de la civilización burguesa y de las relaciones de propiedad burguesas; por el contrario, resultan ya demasiado poderosas para estas relaciones, que constituyen un obstáculo para su desarrollo; y cada vez que las fuerzas productivas salvan este obstáculo, precipitan en el desorden a toda la sociedad burguesa y amenazan la existencia de la propiedad burguesa. Las relaciones burguesas resultan demasiado estrechas para contener las riquezas creadas en su seno. ¿Cómo vence esta crisis la burguesía? De una parte, por la destrucción obligada de una masa de fuerzas productivas; de otra, por la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de los antiguos. ¿De qué modo lo hace, entonces? Preparando crisis más extensas y más violentas y disminuyendo los medios de prevenirlas.

Las armas de que se sirvió la burguesía para derribar al feudalismo se vuelven ahora contra la propia burguesía.

Pero la burguesía no ha forjado solamente las armas que deben darle muerte; ha producido también los hombres que empuñarán esas armas: los obreros modernos, los prolefaríos.

En la misma proporción en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, desarrollase también el proletariado, la clase de los obreros modernos, que no viven sino a condición de encontrar trabajo, y lo en-

cuentran únicamente mientras su trabajo acrecienta el capital. Estos obreros, obligados a venderse al detalle, son una mercancía como cualquier otro artículo de comercio, sujeta, por tanto, a todas las vicisitudes de la competencia, a todas las fluctuaciones del mercado.

El creciente empleo de las máquinas y la división del trabajo quitan al trabajo del proletario todo carácter sustantivo y le hacen perder con ello todo atractivo para el obrero. Éste se convierte en un simple apéndice de la máquina, y sólo se le exigen las operaciones más sencillas, más monótonas y de más fácil aprendizaje. Por tanto, lo que cuesta hoy día el obrero se reduce poco más o menos a los medios de subsistencia indispensables, para vivir y para perpetuar su linaje. Pero el precio del trabajo (4), como el de toda mercancía, es igual a su costo de producción. Por consiguiente, cuanto más fastidioso resulta el trabajo, más bajan los salarios. Más aún, cuanto más se desenvuelven el maquinismo y la división del trabajo, más aumenta la cantidad de trabajo, bien mediante la prolongación de la jornada, bien por el aumento del trabajo exigido en un tiempo dado, la aceleración del movimiento de las máquinas, etc.

La industria moderna ha transformado el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del capitalista industrial. Masas de obreros, hacinados en la fábrica, están organizadas en forma militar. Como soldados rasos de la industria, están colocados bajo la vigilancia de una jerarquía completa de oficiales y suboficiales. No son solamente esclavos de la clase burguesa, del estado burgués, sino diariamente, a todas horas, esclavos de la máquina, del capataz y, sobre todo, del patrón de la fábrica. Y este despotismo es tanto más mezquino, odioso y exasperante, cuanto mayor es la franqueza con que proclama que no tiene otro fin que el lucro.

Cuanto menos habilidad y fuerza requiere el trabajo manual, es decir, cuanto mayor es el desarrollo de la industria moderna, mayor es la proporción en que el trabajo de los hombres es suplantado por el de las mujeres y los niños. Por lo que respecta a la clase obrera, las diferencias de edad y sexo pierden toda significación social. No hay más que instrumentos de trabajo, cuyo costo varía según la edad y el sexo.

Una vez que el obrero ha sufrido la ex-

plotación del fabricante y ha recibido su salario en metálico, se convierte en víctimas de otros elementos de la burguesía: el ~~es~~ sero, el tendero, el prestamista, etc.

Pequeños industriales, pequeños comerciantes y rentistas, artesanos y campesinos, toda la escala inferior de las clases medias de otro tiempo, caen en las filas del proletariado; unos, porque sus pequeños capitales no les alcanzan para acometer grandes empresas industriales y sucumben en la competencia con los capitalistas más fuertes; otros, porque su habilidad profesional se ve depreciada ante los nuevos métodos de producción. De tal suerte, el proletariado se recluta entre todas las clases de la población.

El proletariado pasa por diferentes etapas de desarrollo. Su lucha contra la burguesía comienza con su surgimiento.

Al principio, la lucha es entablada por obreros aislados, después, por los obreros de una misma fábrica, más tarde, por los obreros del mismo oficio de la localidad contra el burgués aislado que los explota directamente. No se contentan con dirigir sus ataques contra las relaciones burguesas de producción, y los dirigen contra los mismos instrumentos de producción; destruyen las mercancías extranjeras que les hacen competencia, rompen las máquinas, incendian las fábricas, intentan reconquistar por la fuerza la posición perdida del trabajador de la Edad Media.

En esta etapa, los obreros forman una masa diseminada por todo el país y disgregada por la competencia. Si los obreros forman en masas compactas, esta acción no es todavía la consecuencia de su propia unidad, sino de la unidad de la burguesía, que para alcanzar sus propios fines políticos debe —y por ahora aún puede— poner en movimiento a todo el proletariado. Durante esta etapa, los proletarios no combaten, por tanto, contra sus propios enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos, es decir, contra los vestigios de la monarquía absoluta, los propietarios territoriales, los burgueses no industriales y los pequenoburgueses. Todo el movimiento histórico se concentra, de esta suerte, en manos de la burguesía; cada victoria alcanzada en estas condiciones es una victoria de la burguesía.

Pero la industria, en su desarrollo, no sólo acrecienta el número de proletarios, sino que los concentra en masas considera-

bles; su fuerza aumenta y adquieren mayor conciencia de la misma. Los intereses y las condiciones de existencia de los proletarios se igualan cada vez más a medida que la máquina va borrando las diferencias en el trabajo y reduce el salario, casi en todas partes, a un nivel igualmente bajo. Como resultado de la creciente competencia de los burgueses entre sí y de las crisis comerciales que ella ocasiona, los salarios son cada vez más fluctuantes; el constante y acelerado perfeccionamiento de la máquina coloca al obrero en situación cada vez más precaria; las colisiones individuales entre el obrero y el burgués adquieren más y más el carácter de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a formar coaliciones contra los burgueses y actúan en común para la defensa de sus salarios. Llegan hasta formar asociaciones permanentes para asegurarse los medios necesarios, en previsión de estos choques circunstanciales. Aquí y allá la lucha estalla en sublevación.

A veces los obreros triunfan; pero es un triunfo efímero. El verdadero resultado de sus luchas no es el éxito inmediato, sino la unión cada vez más extensa de los obreros. Esta unión es favorecida por el crecimiento de los medios de comunicación creados por la gran industria y que ponen en contacto a los obreros de diferentes localidades. Y basta ese contacto para que las numerosas luchas locales, que en todas partes revisten el mismo carácter, se centralicen en una lucha nacional, en una lucha de clases. Mas toda lucha de clases es una lucha política. Y la unión que los habitantes de las ciudades de la Edad Media, con sus caminos vecinales, tardaron siglos en establecer, los proletarios modernos, con los ferrocarriles, la llevan a cabo en unos pocos años.

Esta organización del proletariado en clase y, por tanto, en partido político, es sin cesar socavada por la competencia entre los propios obreros. Pero surge de nuevo, y siempre más fuerte, más firme, más potente. Aprovecha las disensiones intestinas de los burgueses para obligarles a reconocer por la ley algunos de los intereses de la clase obrera; por ejemplo, la ley de la jornada de diez horas en Inglaterra.

En general, las colisiones en la vieja sociedad favorecen de diversas maneras el proceso de desarrollo del proletariado. La burguesía vive en lucha permanente: al principio, contra la aristocracia; después,

contra aquellas fracciones de la misma burguesía, cuyos intereses entran en contradicción con los progresos de la industria; y siempre, en fin, contra la burguesía de todos los demás países. En todas estas luchas se ve forzada a apelar al proletariado, a reclamar su ayuda y arrastrarle así al movimiento político. De tal manera, la burguesía proporciona a los proletarios los elementos de su propia educación, es decir, armas contra ella misma.

Además, como acabamos de ver, el progreso de la industria precipita a las filas del proletariado a capas enteras de la clase dominante, o al menos las amenaza en sus condiciones de existencia. También ellas aportan al proletariado numerosos elementos de educación.

Finalmente, en los periodos en que la lucha de clases se acerca a su desenlace, el proceso de desintegración de la clase dominante, de toda la vieja sociedad, adquiere un carácter tan violento y tan patente que una pequeña fracción de esa clase reniega de ella y se adhiere a la clase revolucionaria, a la clase en cuyas manos está el porvenir. Y así como antes una parte de la nobleza se pasó a la burguesía, en nuestros días un sector de la burguesía se pasa al proletariado, particularmente ese sector de los ideólogos burgueses que se han elevado teóricamente hasta la comprensión del conjunto del movimiento histórico.

De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las demás clases van degenerando y desaparecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto más peculiar.

Las capas medias —el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino—, todas ellas luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales capas medias. No son, pues, revolucionarias, sino conservadoras. Más todavía, son reaccionarias, ya que pretenden volver atrás la rueda de la historia. Son revolucionarias únicamente cuando tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado, defendiendo así no sus intereses presentes, sino sus intereses futuros, cuando abandonan sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado.

El lumpemproletariado, ese producto pa-

sivo de la putrefacción de las capas más bajas de la vieja sociedad, puede a veces ser arrastrado al movimiento por una revolución proletaria; sin embargo, en virtud de todas sus condiciones de vida está más bien dispuesto a venderse a la reacción para servir a sus maniobras.

Las condiciones de existencia de la vieja sociedad están ya abolidas en las condiciones de existencia del proletariado. El proletariado no tiene propiedad; sus relaciones con la mujer y con los hijos no tienen nada de común con las relaciones familiares burguesas; el trabajo industrial moderno, el moderno yugo del capital, que es el mismo en Inglaterra que en Francia, en Norteamérica que en Alemania, despoja al proletariado de todo carácter nacional. Las leyes, la moral, la religión son para él meros prejuicios burgueses, detrás de los cuales se ocultan otros tantos intereses de la burguesía.

Todas las clases que en el pasado lograron hacerse dominantes trataron de consolidar la situación adquirida sometiendo a toda la sociedad a las condiciones de su modo de apropiación. Los proletarios no pueden conquistar las fuerzas productivas sociales, sino aboliendo su propio modo de apropiación en vigor, y, por tanto, todo modo de apropiación existente hasta nuestros días. Los proletarios no tienen nada que salvar; guardan; tienen que destruir todo lo que hasta ahora ha venido garantizando y asegurando la propiedad privada existente.

Todos los movimientos han sido hasta ahora realizados por minorías o en provecho de minorías. El movimiento proletario es el movimiento independiente de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría. El proletariado, capa inferior de la sociedad actual, no puede levantarse, no puede enderezarse, sin hacer saltar toda la superestructura formada por las capas de la sociedad oficial.

Por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es primeramente una lucha nacional. Es natural que el proletariado de cada país debe acabar en primer lugar con su propia burguesía.

Al esbozar las fases más generales del desarrollo del proletariado, hemos seguido el curso de la guerra civil más o menos oculta que se desarrolla en el seno de la sociedad existente, hasta el momento en

que se transforma en una revolución abierta, y el proletariado, derrocando por la violencia a la burguesía, implanta su dominación.

Todas las sociedades anteriores, como hemos visto, han descansado en el antagonismo entre clases opresoras y oprimidas. Mas para oprimir a una clase, es preciso asegurarle unas condiciones que le permitan, por lo menos, arrastrar su existencia de esclavitud. El siervo, en pleno régimen de servidumbre, llegó a miembro de la comuna, lo mismo que el pequeñoburgués llegó a elevarse a la categoría de burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. El obrero moderno, por el contrario, lejos de elevarse con el progreso de la industria, desciende siempre más y más por debajo de las condiciones de vida de su propia clase. El trabajador cae en la miseria, y el pauperismo crece más rápidamente todavía que la población y la riqueza. Es, pues, evidente que la burguesía ya no es capaz de seguir desempeñando el papel de clase dominante de la sociedad ni de imponer a ésta, como ley reguladora, las condiciones de existencia de su clase. No es capaz de dominar, porque no es capaz de asegurar a su esclavo la existencia, ni siquiera dentro del marco de la esclavitud, porque se ve obligada a dejarle decaer hasta el punto de tener que mantenerle, en lugar de ser mantenida por él. La sociedad ya no puede vivir bajo su dominación; lo que equivale a decir que la existencia de la burguesía es, en lo sucesivo, incompatible con la de la sociedad.

La condición esencial de la existencia y de la dominación de la clase burguesa es la acumulación de la riqueza en manos de particulares, la formación y el acrecentamiento del capital. La condición de existencia del capital es el trabajo asalariado. El trabajo asalariado descansa exclusivamente sobre la competencia de los obreros entre sí. El progreso de la industria, del que la burguesía, incapaz de oponérsele, es agente involuntario, sustituye el aislamiento de los obreros, resultante de la competencia, por su unión revolucionaria mediante la asociación. Así, el desarrollo de la gran industria socava bajo los pies de la burguesía las bases sobre las que ésta produce y se apropia lo producido. La burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables.

PROLETARIOS Y COMUNISTAS

¿Cuál es la posición de los comunistas con respecto a los proletarios en general?

Los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros.

No tienen intereses algunos que no sean los intereses del conjunto del proletariado.

No proclaman principios especiales a los que quisieran amoldar el movimiento proletario.

Los comunistas sólo se distinguen de los demás partidos proletarios en que, por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios, destacan y hacen valer los intereses comunes a todo el proletariado, independientemente de la nacionalidad; y, por otra parte, en que, en las diferentes fases de desarrollo por que pasa la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto.

Prácticamente, los comunistas son, pues, el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás; teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario.

El objetivo inmediato de los comunistas es el mismo que el de todos los demás partidos proletarios: constitución de los proletarios en clase, derrocamiento de la dominación burguesa, conquista del poder político por el proletariado.

Las tesis teóricas de los comunistas no se basan en modo alguno en ideas y principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo.

No son sino la expresión de conjunto de las condiciones reales de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos. La abolición de las relaciones de propiedad antes existentes no es una característica peculiar y exclusiva del comunismo.

Todas las relaciones de propiedad han sufrido constantes cambios históricos, continuas transformaciones históricas.

La revolución francesa, por ejemplo, abolió la propiedad feudal en provecho de la propiedad burguesa.

El rasgo distintivo del comunismo no es

la abolición de la propiedad en general, sino la abolición de la propiedad burguesa.

Pero la propiedad privada actual, la propiedad burguesa, es la última y más acabada expresión del modo de producción y de apropiación de lo producido basada en los antagonismos de clase, en la explotación de los unos por los otros.

En este sentido los comunistas pueden resumir su teoría en esta fórmula única: abolición de la propiedad privada.

Se nos ha reprochado a los comunistas el querer abolir la propiedad personalmente adquirida, fruto del trabajo propio, esa propiedad que forma la base de toda libertad, de toda actividad, de toda independencia individual.

¿La propiedad bien adquirida, fruto del trabajo, del esfuerzo personal! ¿Os referís acaso a la propiedad del pequeño burgués, del pequeño labrador, esa forma de propiedad que precede a la propiedad burguesa? No tenemos que abolirla: el progreso de la industria la ha abolido y está aboliéndola a diario.

¿O tal vez os referís a la propiedad privada moderna, a la propiedad burguesa?

¿Es que el trabajo asalariado, el trabajo del proletario, crea propiedad para el proletariado? De ninguna manera. Lo que crea es capital es decir, la propiedad que explota al trabajo asalariado y que no puede acrecentarse sino a condición de producir nuevo trabajo asalariado, para explotarlo a su vez. En su forma actual, la propiedad se mueve en el antagonismo entre el capital y el trabajo asalariado. Examinemos los dos términos de este antagonismo.

Ser capitalista significa ocupar, no sólo una posición personal en la producción, sino también una posición social. El capital es un producto colectivo; no puede ser puesto en movimiento sino por la actividad conjunta de muchos miembros de la sociedad y, en último término, sólo por la actividad conjunta de todos los miembros de la sociedad.

El capital no es, pues, una fuerza personal; es una fuerza social.

En consecuencia, si el capital es transformado en propiedad colectiva, perteneciente a todos los miembros de la sociedad,

no es la propiedad personal la que se transforma en propiedad social. Sólo habrá cambiado el carácter social de la propiedad. Ésta perderá su carácter de clase.

Examinemos el trabajo asalariado.

El precio medio del trabajo asalariado es el mínimo del salario, es decir, la suma de los medios de subsistencia indispensables al obrero para conservar su vida como tal obrero. Por consiguiente, lo que el obrero asalariado se apropia por su actividad es estrictamente lo que necesita para la mera reproducción de su vida. No queremos de ninguna manera abolir esta apropiación personal de los productos del trabajo, indispensable a la mera reproducción de la vida humana, esa apropiación que no deja ningún beneficio líquido que pueda dar un poder sobre el trabajo de otro. Lo que queremos suprimir es el carácter miserable de esa apropiación, que hace que el obrero no viva sino para acrecentar el capital y tan sólo en la medida en que el interés de la clase dominante exige que viva.

En la sociedad burguesa, el trabajo viviente no es más que un medio de incrementar el trabajo acumulado. En la sociedad comunista, el trabajo acumulado no es más que un medio de ampliar, enriquecer y hacer más fácil la vida de los trabajadores.

De este modo, en la sociedad burguesa el pasado domina al presente; en la sociedad comunista es el presente el que domina al pasado. En la sociedad burguesa el capital es independiente y tiene personalidad, mientras que el individuo que trabaja carece de independencia y de personalidad.

¡Y es la abolición de semejante estado de cosas lo que la burguesía considera como la abolición de la personalidad y de la libertad! Y con razón. Pues se trata efectivamente de abolir la personalidad burguesa, la independencia burguesa y la libertad burguesa.

Por libertad, en las condiciones actuales de la producción burguesa, se entiende la libertad de comercio, la libertad de comprar y vender.

Desaparecido el chalaneo, desaparecerá también la libertad de chalanear. Las declamaciones sobre la libertad de chalaneo, lo mismo que las demás bravatas liberales de nuestra burguesía, sólo tienen sentido aplicadas al chalaneo encadenado y al burgués sojuzgado de la Edad Media; pero no ante

la abolición comunista del chalaneo, de las relaciones de producción burguesas y de la propia burguesía.

Os horrorizáis de que queramos abolir la propiedad privada. Pero en vuestra sociedad actual la propiedad privada está abolida para las nueve décimas partes de sus miembros. Precisamente porque no existe para esas nueve décimas partes existe para vosotros. Nos reprocháis, pues, el querer abolir una forma de propiedad que no puede existir sino a condición de que la inmensa mayoría de la sociedad sea privada de propiedad.

En una palabra, nos acusáis de querer abolir vuestra propiedad. Efectivamente, eso es lo que queremos.

Según vosotros, desde el momento en que el trabajo no puede ser convertido en capital, en dinero, en renta de la tierra, en una palabra, en poder social susceptible de ser monopolizado; es decir, desde el instante en que la propiedad personal no puede transformarse en propiedad burguesa, desde ese instante la personalidad queda suprimida.

Reconocéis, pues, que por personalidad no entendéis sino al burgués, al propietario burgués. Y esta personalidad ciertamente debe ser suprimida.

El comunismo no arrebató a nadie la facultad de apropiarse de los productos sociales; no quita más que el poder de sojuzgar el trabajo ajeno por medio de esta apropiación.

Se ha objetado que con la abolición de la propiedad privada cesaría toda actividad y sobrevendría una indolencia general.

Si así fuese, hace ya mucho tiempo que la sociedad burguesa habría sucumbido a manos de la holgazanería, puesto que en ella los que trabajan no adquieren y los que adquieren no trabajan. Toda la objeción se reduce a esta tautología: no hay trabajo asalariado donde no hay capital.

Todas las objeciones dirigidas contra el modo comunista de apropiación y de producción de los productos materiales han sido hechas igualmente respecto a la apropiación y a la producción de los productos del trabajo intelectual. Lo mismo que para el burgués la desaparición de la propiedad de clase equivale a la desaparición de toda producción, la desaparición de la cultura de clase significa para él la desaparición de toda cultura.

La cultura, cuya pérdida deplora, no es para la inmensa mayoría de los hombres más que el adiestramiento que los transforma en máquinas.

Mas no discutáis con nosotros mientras apliquéis a la abolición de la propiedad burguesa el criterio de vuestras nociones burguesas de libertad, cultura, derecho, etc. Vuestras ideas son en sí mismas producto de las relaciones de producción y de propiedad burguesas, como vuestro derecho no es más que la voluntad de vuestra clase erigida en ley; voluntad cuyo contenido está determinado por las condiciones materiales de existencia de vuestra clase.

La concepción interesada que os ha hecho erigir en leyes eternas de la naturaleza y de la razón las relaciones sociales dimanadas de vuestro modo de producción y de propiedad —relaciones históricas que surgen y desaparecen en el curso de la producción—, la compartís con todas las clases dominantes hoy desaparecidas. Lo que concebís para la propiedad antigua, lo que concebís para la propiedad feudal, no os atrevéis a admitirlo para la propiedad burguesa.

¡Querer abolir la familia! Hasta los más radicales se indignan ante este infame designio de los comunistas.

¿En qué bases descansa la familia actual, la familia burguesa? En el capital, en el lucro privado. La familia, plenamente desarrollada, no existe más que para la burguesía; pero encuentra su complemento en la supresión forzosa de toda familia para el proletariado y en la prostitución pública.

La familia burguesa desaparece naturalmente al dejar de existir ese complemento suyo, y ambos desaparecen con la desaparición del capital.

¿Nos reprocháis el querer abolir la explotación de los hijos por sus padres? Confesamos este crimen.

Pero decid que destruimos los vínculos más íntimos, sustituyendo la educación doméstica por la educación social.

Y vuestra educación, ¿no está también determinada por la sociedad, por las condiciones sociales en que educáis a vuestros hijos, por la intervención directa o indirecta de la sociedad a través de la escuela, etc.? Los comunistas no han inventado esta ingerencia de la sociedad en la educación, no hacen más que cambiar su carácter y arran-

car la educación a la influencia de la clase dominante.

Las declamaciones burguesas sobre la familia y la educación, sobre los dulces lazos que unen a los padres con sus hijos, resultan más repugnantes a medida que la gran industria destruye todo vínculo de familia para el proletario y transforma a los niños en simples artículos de comercio, en simples instrumentos de trabajo.

¡Pero es que vosotros, los comunistas, queréis establecer la comunidad de las mujeres! —nos grita a coro toda la burguesía.

Para el burgués, su mujer no es otra cosa que un instrumento de producción. Oye decir que los instrumentos de producción deben ser de utilización común, y, naturalmente, no puede menos que pensar que las mujeres correrán la misma suerte.

No sospecha que se trata precisamente de acabar con esa situación de la mujer como simple instrumento de producción.

Nada más grotesco, por otra parte, que el horror ultramoral que inspira a nuestros burgueses la pretendida comunidad oficial de las mujeres que atribuyen a los comunistas. Los comunistas no tienen necesidad de introducir la comunidad de las mujeres: casi siempre ha existido.

Nuestros burgueses, no satisfechos con tener a su disposición las mujeres y las hijas de sus obreros, sin hablar de la prostitución oficial, encuentran un placer singular en encornudarse mutuamente.

El matrimonio burgués es, en realidad, la comunidad de las esposas. A lo sumo, se podría acusar a los comunistas de querer sustituir una comunidad de las mujeres hipócritamente disimulada, por una comunidad franca y oficial. Es evidente, por otra parte, que con la abolición de las relaciones de producción actuales desaparecerá la comunidad de las mujeres que de ellas se deriva, es decir, la prostitución oficial y privada.

Se acusa también a los comunistas de querer abolir la patria, la nacionalidad.

Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen. Mas, por cuanto el proletariado debe en primer lugar conquistar el poder político, elevarse a la condición de clase nacional, constituirse en nación, todavía es nacional, aunque de ninguna manera en el sentido burgués.

El aislamiento nacional y los antagonismos entre los pueblos desaparecen de día

en día con el desarrollo de la burguesía, la libertad de comercio y el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y las condiciones de existencia que le corresponden.

El dominio del proletariado los hará desaparecer más de prisa todavía. La acción común del proletariado, al menos el de los países civilizados, es una de las primeras condiciones de su emancipación.

En la misma medida en que sea abolida la explotación de un individuo por otro, será abolida la explotación de una nación por otra.

Al mismo tiempo que el antagonismo de las clases en el interior de las naciones, desaparecerá la hostilidad de las naciones entre sí.

En cuanto a las acusaciones lanzadas contra el comunismo, partiendo del punto de vista de la religión, de la filosofía y de la ideología en general, no merecen un examen detallado.

¿Acaso se necesita una gran perspicacia para comprender que con toda modificación sobrevenida en las condiciones de vida, en las relaciones sociales, en la existencia social, cambian también las ideas, las nociones y las concepciones, en una palabra, la conciencia del hombre?

¿Qué demuestra la historia de las ideas sino que la producción intelectual se transforma con la producción material? Las ideas dominantes en cualquier época no han sido nunca más que las ideas de la clase dominante.

Cuando se habla de ideas que revolucionan toda una sociedad, se expresa solamente el hecho de que en el seno de la vieja sociedad se han formado los elementos de una nueva, y la disolución de las viejas ideas marcha a la par con la disolución de las antiguas condiciones de vida.

En el caso del mundo antiguo las viejas religiones fueron vencidas por la religión cristiana. Cuando en el siglo XVIII las ideas cristianas fueron vencidas por las ideas de la ilustración, la sociedad feudal libraba una lucha a muerte contra la burguesía, entonces revolucionaria. Las ideas de libertad religiosa y de libertad de conciencia no hicieron más que reflejar el reinado de la libre concurrencia en el dominio de la conciencia.

«Sin duda —se nos dirá—, las ideas religiosas, morales, filosóficas, políticas, jurí-

dicas, etc., se han ido modificando en el curso del desarrollo histórico. Pero la religión, la moral, la filosofía, la política, el derecho, se han mantenido siempre a través de estas transformaciones.

«Existen, además, verdades eternas, tales como la libertad, la justicia, etc., que son comunes a todo estado de la sociedad. Pero el comunismo quiere abolir estas verdades eternas, quiere abolir la religión y la moral, en lugar de darles una forma nueva, y por eso contradice a todo el desarrollo histórico anterior.»

¿A qué se reduce esta acusación? La historia de todas las sociedades que han existido hasta hoy se desenvuelve en medio de contradicciones de clase, de contradicciones que revisten formas diversas en las diferentes épocas.

Pero cualquiera que haya sido la forma de estas contradicciones, la explotación de una parte de la sociedad por la otra es un hecho común a todos los siglos anteriores. Por consiguiente, no tiene nada de asombroso que la conciencia social de todas las edades, a despecho de toda variedad y de toda diversidad, se haya movido siempre dentro de ciertas formas comunes, dentro de unas formas —formas de conciencia—, que no desaparecerán completamente más que con la desaparición definitiva de los antagonismos de clase.

La revolución comunista es la ruptura más radical con las relaciones de propiedad tradicionales; nada de extraño tiene que en el curso de su desarrollo rompa de la manera más radical con las ideas tradicionales.

Mas, dejemos aquí las objeciones hechas por la burguesía al comunismo.

Como ya hemos visto más arriba, el primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia.

El proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar con la mayor rapidez posible la suma de las fuerzas productivas.

Esto, naturalmente, no podrá cumplirse al principio más que por una violación despotica del derecho de propiedad y de las

relaciones burguesas de producción, es decir, por la adopción de medidas que desde el punto de vista económico parecerán insuficientes e insostenibles, pero que en el curso del movimiento se sobrepasarán a sí mismas y serán indispensables como medio para transformar radicalmente todo el modo de producción.

Estas medidas, naturalmente, serán diferentes en los diversos países.

Sin embargo, en los países más avanzados podrán ser puestas en práctica casi en todas partes las siguientes medidas:

1. Expropiación de la propiedad territorial y empleo de la renta de la tierra para los gastos del estado.

2. Fuerte impuesto progresivo.

3. Abolición del derecho de herencia.

4. Confiscación de la propiedad de todos los emigrados y sediciosos.

5. Centralización del crédito en manos del estado por medio de un banco nacional con capital del estado y monopolio exclusivo.

6. Centralización en manos del estado de todos los medios de transporte.

7. Multiplicación de las empresas fabriles pertenecientes al estado y de los instrumentos de producción, roturación de los terrenos incultos y mejoramiento de las tierras, según un plan general.

8. Obligación de trabajar para todos; organización de ejércitos industriales, particularmente para la agricultura.

9. Combinación de la agricultura y la industria; medidas encaminadas a hacer desaparecer gradualmente la oposición entre ciudad y campo.

10. Educación pública y gratuita de todos los niños; abolición del trabajo de éstos en las fábricas tal como se practica hoy; régimen de educación combinado con la producción material, etc., etc.

Una vez que en el curso del desarrollo hayan desaparecido las diferencias de clase y se haya concentrado toda la producción en manos de los individuos asociados, el poder público perderá su carácter político. El poder político, hablando propiamente, es la violencia organizada de una clase para la opresión de otra. Si en la lucha contra la burguesía el proletariado se constituye indefectiblemente en clase; si mediante la revolución se convierte en clase dominante y, en cuanto clase dominante, suprime por la fuerza las viejas relaciones de producción, suprime al mismo tiempo que estas relaciones de producción las condiciones para la existencia del antagonismo de clase y de las clases en general, y, por tanto, su propia dominación como clase.

En sustitución de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, surgirá una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos.

— III —

LITERATURA SOCIALISTA Y COMUNISTA

1. EL SOCIALISMO REACCIONARIO

a) El socialismo feudal

Por su posición histórica, la aristocracia francesa e inglesa estaban llamadas a escribir libelos contra la moderna sociedad burguesa. En la revolución francesa de julio de 1830 y en el movimiento inglés por la reforma parlamentaria, habían sucumbido una vez más bajo los golpes del odiado advenedizo. En adelante no podía hablarse siquiera de una lucha política seria. No les quedaba más que la lucha literaria. Pero, también en el terreno literario, la vieja fraseología de la época de la Restauración (5) había llegado a ser inaplicable. Pa-

ra crearse simpatías era menester que la aristocracia aparentase no tener en cuenta sus propios intereses y que formulara su acta de acusación contra la burguesía sólo en interés de la clase obrera explotada. Diose de esta suerte la satisfacción de componer canciones satíricas contra su nuevo amo y de musitarle al oído profecías más o menos siniestras.

Así es como nació el socialismo feudal, mezcla de jeremiadas y pasquines, de ecos del pasado y de amenazas sobre el porvenir. Si alguna vez su crítica amarga, mordaz e ingeniosa hirió a la burguesía en el corazón, su incapacidad absoluta para comprender la marcha de la historia moderna

concluyo siempre por cubrirle de ridículo.

A guisa de bandera, estos señores enarbolaban un mísero zurrón de proletario, a fin de atraer al pueblo. Pero cada vez que el pueblo acudía, advertía que sus posaderas estaban ornadas con el viejo blasón feudal y se dispersaban en medio de grandes o irreverentes carcajadas.

Una parte de los legitimistas franceses y la «Joven Inglaterra» han dado al mundo este espectáculo cómico (6).

Cuando los campeones del feudalismo demuestran que su modo de explotación era distinto del de la burguesía, olvidan una cosa, y es que ellos explotaban en condiciones y circunstancias por completo diferentes y hoy anticuadas. Cuando advierten que bajo su dominación no existía el proletariado moderno, olvidan que la burguesía moderna es precisamente un retoño fatal del régimen social suyo.

Disfrazan tan poco, por otra parte, el carácter reaccionario de su crítica, que la principal acusación que presentan contra la burguesía es precisamente haber creado bajo su régimen una clase que hará saltar por los aires todo el antiguo orden social.

Lo que imputan a la burguesía no es tanto el haber hecho surgir un proletariado en general, sino el haber hecho surgir un proletariado revolucionario.

Por eso, en la práctica política, toman parte en todas las medidas de represión contra la clase obrera. Y en la vida diaria, a pesar de su fraseología ampulosa, se las ingenian para recoger los frutos de oro del árbol de la industria y trocar el honor, el amor y la fidelidad por el comercio en lanas, azúcar de remolacha y aguardiente (7).

Del mismo modo que el cura y el señor feudal marcharon siempre de la mano, el socialismo clerical marcha unido con el socialismo feudal.

Nada más fácil que recubrir con un barniz socialista el ascetismo cristiano. ¿Acaso el cristianismo no se levantó también contra la propiedad privada, el matrimonio y el estado? ¿No predicó en su lugar la caridad y la pobreza, el celibato y la mortificación de la carne, la vida monástica y la iglesia? El socialismo cristiano no es más que el agua bendita con que el clérigo consagra el despojo de la aristocracia.

b) El socialismo pequeñoburgués

La aristocracia feudal no es la única clase derrumbada por la burguesía, y no es la única clase cuyas condiciones de existencia empeoran y van extinguiéndose en la sociedad burguesa moderna. Los villanos de las ciudades medievales y el estamento de los pequeños agricultores de la Edad Media fueron los precursores de la burguesía moderna. En los países de una industria y un comercio menos desarrollados esta clase continúa vegetando al lado de la burguesía en auge.

En los países donde se ha desarrollado la civilización moderna, se ha formado —y, como parte complementaria de la sociedad burguesa, sigue formándose sin cesar— una nueva clase de pequeñoburgueses que oscila entre el proletariado y la burguesía. Pero los individuos que la componen se ven continuamente precipitados a las filas del proletariado a causa de la competencia, y, con el desarrollo de la gran industria, ven aproximarse el momento en que desaparecerán por completo como fracción independiente de la sociedad moderna y en que serán remplazados en el comercio, en la manufactura y en la agricultura por capataces y empleados.

En países como Francia, donde los campesinos constituyen bastante más de la mitad de la población, es natural que los escritores que defendían la causa del proletariado contra la burguesía, aplicasen a su crítica del régimen burgués el rasero del pequeñoburgués y del pequeño campesino, y defendiesen la causa obrera desde el punto de vista de la pequeña burguesía. Así se formó el socialismo pequeñoburgués. Sismondi es el más alto exponente de esta literatura, no sólo en Francia, sino también en Inglaterra.

Este socialismo analizó con mucha sagacidad las contradicciones inherentes a las modernas relaciones de producción. Puso al desnudo las hipócritas apologías de los economistas. Demostró de una manera irrefutable los efectos destructores del maquinismo y de la división del trabajo, la concentración de los capitales y de la propiedad territorial, la superproducción, las crisis, la inevitable ruina de los pequeños burgueses y de los campesinos, la miseria del proletariado, la anarquía en la producción, la escandalosa desigualdad en la dis-

tribución de las riquezas, la exterminadora guerra industrial de las naciones entre sí, la disolución de las viejas costumbres, de las antiguas relaciones familiares, de las viejas nacionalidades.

Sin embargo, el contenido positivo de ese socialismo consiste, bien en su anhelo de restablecer los antiguos medios de producción y de cambio, y con ellos las antiguas relaciones de propiedad y toda la sociedad antigua, bien en querer encajar por la fuerza los medios modernos de producción y de cambio en el marco estrecho de las antiguas relaciones de propiedad, que ya fueron rotas, que fatalmente debían ser rotas por ellos. En uno y otro caso, este socialismo es a la vez reaccionario y utópico.

Para la manufactura, el sistema gremial; para la agricultura, el régimen patriarcal; he aquí su última palabra.

En su ulterior desarrollo esta tendencia ha caído en una decepción cobarde.

c) El socialismo alemán o socialismo «verdadero»

La literatura socialista y comunista de Francia, que nació bajo el yugo de una burguesía dominante y es la expresión literaria de la lucha contra dicha dominación fue introducida en Alemania en el momento en que la burguesía acababa de comenzar su lucha contra el absolutismo feudal.

Filósofos, semifilósofos e ingenios de salón alemanes se lanzaron ávidamente sobre esta literatura; pero olvidaron que con la importación de la literatura francesa no habían sido importadas a Alemania, al mismo tiempo, las condiciones sociales de Francia. En las condiciones alemanas, la literatura francesa perdió toda significación práctica inmediata y tomó un carácter puramente literario. Debía parecer más bien una especulación ociosa sobre la sociedad verdadera, sobre la realización de la esencia humana. De este modo, para los filósofos alemanes del siglo XVIII las reivindicaciones de la primera revolución francesa no eran más que las reivindicaciones de la «razón práctica» en general, y las manifestaciones de la voluntad de la burguesía revolucionaria de Francia no expresaban a sus ojos más que las leyes de la voluntad pura, de la voluntad tal como debe ser, de la voluntad verdaderamente humana.

Toda la labor de los literatos alemanes

se redujo únicamente a poner de acuerdo las nuevas ideas francesas con su vieja conciencia filosófica, o, más exactamente, a asimilarse las ideas francesas partiendo de sus propias opiniones filosóficas.

Y se las asimilaron como se asimila en general una lengua extranjera: por la traducción.

Se sabe cómo los frailes superpusieron sobre los manuscritos de las obras clásicas del antiguo paganismo las absurdas descripciones de la vida de los santos católicos. Los literatos alemanes procedieron inversamente con respecto a la literatura profana francesa. Deslizaron sus absurdos filosóficos bajo el original francés. Por ejemplo: bajo la crítica francesa de las funciones del dinero, escribían: «enajenación de la esencia humana»; bajo la crítica francesa del estado burgués, decían: «eliminación del poder de lo universal abstracto», y así sucesivamente.

A esta interpolación de su fraseología filosófica en la crítica francesa le dieron el nombre de «filosofía de la acción», «socialismo verdadero», «ciencia alemana del socialismo», «fundamentación filosófica del socialismo», etc.

De esta manera fue completamente castrada la literatura socialista-comunista francesa. Y como en manos de los alemanes dejó de ser la expresión de la lucha de una clase contra otra, los alemanes se imaginaron estar muy por encima de la «estrechez francesa» y haber defendido, en lugar de las verdaderas necesidades, la necesidad de la verdad, en lugar de los intereses del proletariado, los intereses de la esencia humana, del hombre en general, del hombre que no pertenece a ninguna clase ni a ninguna realidad y que no existe más que en el cielo brumoso de la fantasía filosófica.

Este socialismo alemán, que tomaba tan solemnemente en serio sus torpes ejercicios de escolar y que con tanto estrépito charlatanesco los lanzaba a los cuatro vientos, fue perdiendo poco a poco su inocencia pedantesca.

La lucha de la burguesía alemana, y principalmente de la burguesía prusiana, contra los feudales y la monarquía absoluta, en una palabra, el movimiento liberal, adquirió un carácter más serio.

De esta suerte, ofrecióse al «verdadero» socialismo la ocasión tan deseada de contraponer al movimiento político las rei-

vindicaciones socialistas, de fulminar los anatemas tradicionales contra el liberalismo, contra el estado representativo, contra la concurrencia burguesa, contra la libertad burguesa de prensa, contra el derecho burgués, contra la libertad y la igualdad burguesas y de predicar a las masas populares que ellas no tenían nada que ganar, y que más bien perderían todo, en este movimiento burgués. El socialismo alemán olvidó muy a propósito que la crítica francesa, de la cual era un simple eco insípido, suponía la sociedad burguesa moderna, con las correspondientes condiciones materiales de existencia y una constitución política adecuada, es decir, precisamente las premisas que todavía se trataba de conquistar en Alemania.

Para los gobiernos absolutos de Alemania, con su séquito de clérigos, de pedagogos, de hidalgos rústicos y de burócratas, este socialismo se convirtió en un espantajo propicio contra la burguesía que se levantaba amenazadora.

Formó el complemento dulzarrón de los amargos latigazos y tiros con que esos mismos gobiernos respondieron a los alzamientos de los obreros alemanes.

Si el «verdadero» socialismo se convirtió de este modo en un arma en manos de los gobiernos contra la burguesía alemana, representaba además, directamente, un interés reaccionario, el interés del pequeño-burgués alemán. La clase de los pequeño-burgueses, legada por el siglo XVI, y desde entonces renaciendo sin cesar bajo diversas formas, constituye para Alemania la verdadera base social del orden establecido.

Mantenerla es conservar en Alemania el orden establecido. La supremacía industrial y política de la burguesía le amenaza con una muerte cierta: de una parte, por la concentración de los capitales, y de otra, por el desarrollo de un proletariado revolucionario. A la pequeña burguesía le pareció que el «verdadero» socialismo podía matar los dos pájaros de un tiro. Y éste se propagó como una epidemia.

Tejido con los hilos de araña de la especulación, bordado de flores retóricas y bañado por un rocío sentimental, ese ropaje fantástico en que los socialistas alemanes envolvieron sus tres o cuatro descarnadas «verdades eternas», no hizo sino aumentar la demanda de su mercancía entre semejante público.

Por su parte, el socialismo alemán comprendió cada vez mejor que estaba llamado a ser el representante pomposo de esta pequeña burguesía.

Proclamó que la nación alemana era la nación modelo y el mesócrata alemán el hombre modelo. A todas las infamias de este hombre modelo les dio un sentido oculto, un sentido superior y socialista, contrario a lo que era en realidad. Fue consecuente hasta el fin, manifestándose de un modo abierto contra la tendencia «brutalmente destructiva» del comunismo y declarando su imparcial elevación por encima de todas las luchas de clases. Salvo muy raras excepciones, todas las obras llamadas socialistas que circulan en Alemania pertenecen a esta inmundicia y enervante literatura (8).

2. EL SOCIALISMO CONSERVADOR O BURGUÉS

Una parte de la burguesía desea remediar los males sociales con el fin de consolidar la sociedad burguesa.

A esta categoría pertenecen los economistas, los filántropos, los humanitarios, los que pretenden mejorar la suerte de las clases trabajadoras, los organizadores de la beneficencia, los protectores de animales, los fundadores de las sociedades de templanza, los reformadores domésticos de toda suerte. Y hasta se ha llegado a elaborar este socialismo burgués en sistemas completos.

Citemos como ejemplo la *Filosofía de la Miseria*, de Proudhon.

Los burgueses socialistas quieren perpetuar las condiciones de vida de la sociedad moderna, pero sin las luchas y los peligros que surgen fatalmente de ellas. Quieren perpetuar la sociedad actual, pero sin los elementos que la revolucionan y descomponen. Quieren la burguesía sin el proletariado. La burguesía, como es natural, se representa el mundo en que ella domina como el mejor de los mundos. El socialismo burgués elabora en un sistema más o menos completo esta representación consoladora. Cuando invita al proletariado a realizar su sistema y a entrar en la nueva Jerusalén, no hace otra cosa, en el fondo, que inducirle a continuar en la sociedad actual, pero despojándose de la concepción odiosa que se ha formado de ella.

Otra forma de este socialismo, menos sistemática, pero más práctica, intenta apar-

tar a los obreros de todo movimiento revolucionario, demostrándoles que no es tal o cual cambio político el que podrá beneficiarles, sino solamente una transformación de las condiciones materiales de vida, de las relaciones económicas. Pero, por transformación de las condiciones materiales de vida, este socialismo no entiende, en modo alguno, la abolición de las relaciones de producción burguesas —lo que no es posible más que por vía revolucionaria—, sino únicamente reformas administrativas realizadas sobre la base de las mismas relaciones de producción burguesas, y que, por tanto, no afectan las relaciones entre el capital y el trabajo asalariado, sirviendo únicamente, en el mejor de los casos, para reducirle a la burguesía los gastos que requiere su dominio y para simplificarle la administración de su estado.

El socialismo burgués no alcanza su expresión adecuada sino cuando se convierte en simple figura retórica.

¡Libre cambio, en interés de la clase obrera! ¡Aranceles protectores, en interés de la clase obrera! ¡Prisiones celulares, en interés de la clase obrera! He ahí la última palabra del socialismo burgués, la única que ha dicho seriamente.

El socialismo burgués se resume precisamente en esta afirmación: los burgueses son burgueses en interés de la clase obrera.

3. EL SOCIALISMO Y EL COMUNISMO CRITICOUTÓPICOS

No se trata aquí de la literatura que en todas las grandes revoluciones modernas ha formulado las reivindicaciones del proletariado (los escritos de Babeuf, etc.).

Las primeras tentativas directas del proletariado para hacer prevalecer sus propios intereses de clase, realizadas en tiempos de efervescencia general, en el período del derrumbamiento de la sociedad feudal, fracasaron necesariamente, tanto por el débil desarrollo del mismo proletariado como por la ausencia de las condiciones materiales de su emancipación, condiciones que surgen sólo como producto del advenimiento de la época burguesa. La literatura revolucionaria que acompaña estos primeros movimientos del proletariado, era forzosamente, por su contenido, reaccionaria. Preconizaba un ascetismo general y un burdo igualitarismo.

Los sistemas socialistas y comunistas propiamente dichos, los sistemas de Saint-Simón, de Fourier, de Owen, etc., hacen su aparición en el período inicial y rudimentario de la lucha entre el proletariado y la burguesía, período descrito anteriormente. (Véase **Burgueses y proletarios**.)

Los inventores de estos sistemas, por cierto, se dan cuenta del antagonismo de las clases, así como de la acción de los elementos destructores dentro de la misma sociedad dominante. Pero no advierten del lado del proletariado ninguna iniciativa histórica, ningún movimiento político que le sea propio.

Como el desarrollo del antagonismo de clases va a la par con el desarrollo de la industria, ellos tampoco pueden encontrar las condiciones materiales de la emancipación del proletariado, y se lanzan en busca de una ciencia social, de unas leyes sociales que permitan crear esas condiciones.

En lugar de la acción social tienen que poner la acción de su propio ingenio; en lugar de las condiciones históricas de la emancipación, condiciones fantásticas; en lugar de la organización gradual del proletariado en clase, una organización de la sociedad inventada por ellos. La futura historia del mundo se reduce para ellos a la propaganda y ejecución práctica de sus planes sociales.

En la confección de sus planes tienen conciencia, por cierto, de defender ante todo los intereses de la clase obrera, por ser la clase que más sufre. El proletariado no existe para ellos sino bajo el aspecto de la clase que más padece.

Pero la forma rudimentaria de la lucha de clases, así como su propia posición social, les lleva a considerarse muy por encima de todo antagonismo de clase. Desean mejorar las condiciones de vida de todos los miembros de la sociedad, incluso de los más privilegiados. Por eso, no cesan de apelar a toda la sociedad sin distinción, e incluso se dirigen con preferencia a la clase dominante. Porque basta con comprender su sistema, para reconocer que es el mejor de todos los planes posibles de la mejor de todas las sociedades posibles.

Repudian, por eso, toda acción política, y en particular, toda acción revolucionaria; se proponen alcanzar su objetivo por medios pacíficos, intentando abrir camino al nuevo evangelio social valiéndose de la

fuerza del ejemplo, por medio de pequeños experimentos, que, naturalmente, fracasan siempre.

Estas fantásticas descripciones de la sociedad futura, que surgen en una época en que el proletariado, todavía muy poco desarrollado, considera aun su propia situación de una manera también fantástica, provienen de las primeras aspiraciones de los obreros, llenas de profundo presentimiento, hacia una completa transformación de la sociedad.

Mas estas obras socialistas y comunistas encierran también elementos críticos. Atacan todas las bases de la sociedad existente. Y de este modo han proporcionado materiales de un gran valor para instruir a los obreros. Sus tesis positivas referentes a la sociedad futura, tales como la desaparición del contraste entre la ciudad y el campo, la abolición de la familia, de la ganancia privada y del trabajo asalariado, la proclamación de la armonía social y la transformación del estado en una simple administración de la producción; todas estas tesis no hacen sino enunciar la desaparición del antagonismo de las clases, antagonismo que comienza solamente a perfilarse y del que los inventores de sistemas no conocen todavía sino las primeras formas indistintas y confusas. Así, estas tesis tampoco tienen más que un sentido puramente utópico.

La importancia del socialismo y del comunismo criticoutópicos está en razón inversa al desarrollo histórico. A medida que

la lucha de clases se acentúa y toma formas más definidas, el fantástico afán de abstraerse de ella, esa fantástica oposición que se le hace, pierde todo valor práctico, toda justificación teórica. He ahí por qué, si en muchos aspectos los autores de esos sistemas eran revolucionarios, las sectas formadas por sus discípulos son siempre reaccionarias, pues se aferran a las viejas concepciones de sus maestros, a pesar del ulterior desarrollo histórico del proletariado. Buscan, pues, y en eso son consecuentes, embotar la lucha de clases y conciliar los antagonismos. Continúan soñando con la experimentación de sus utopías sociales; con establecer falansterios aislados, crear colonias interiores en sus países o fundar una pequeña Icaria (9), edición en dozavo de la nueva Jerusalén. Y para la construcción de todos estos castillos en el aire se ven forzados a apelar a la filantropía de los corazones y de los bolsillos burgueses. Poco a poco van cayendo en la categoría de los socialistas reaccionarios o conservadores descritos más arriba y sólo se distinguen de ellos por una pedantería más sistemática y una fe supersticiosa y fanática en la eficacia milagrosa de su ciencia social.

Por eso, se oponen con encarnizamiento a todo movimiento político de la clase obrera, pues no ven en él sino el resultado de una ciega falta de fe en el nuevo evangelio.

Los owenistas, en Inglaterra, reaccionan contra los cartistas, y los fourieristas, en Francia, contra los reformistas (10).

— IV —

ACTITUD DE LOS COMUNISTAS ANTE LOS DIFERENTES PARTIDOS DE OPOSICIÓN

Después de lo dicho en el capítulo II, la posición de los comunistas ante los partidos obreros ya construidos se explica por sí misma, y por tanto su posición ante los cartistas de Inglaterra y los partidarios de la reforma agraria en América del Norte.

Los comunistas luchan por alcanzar los objetivos e intereses inmediatos de la clase obrera; pero, al mismo tiempo defienden también, dentro del movimiento actual, el porvenir de ese movimiento. En Francia, los comunistas se suman al Partido Socialista Democrático (11) contra la burguesía conservadora y radical, sin renunciar, sin embar-

go, al derecho de criticar las ilusiones y los tópicos legados por la tradición revolucionaria.

En Suiza apoyan a los radicales, sin desconocer que este partido se compone de elementos contradictorios, en parte de socialistas democráticos al estilo francés, y en parte de burgueses radicales.

Entre los polacos, los comunistas apoyan al partido que ve en una revolución agraria la condición de la liberación nacional; es decir, al partido que provocó en 1846 la insurrección de Cracovia.

En Alemania, el Partido Comunista lucha de acuerdo con la burguesía, en tanto que ésta actúa revolucionariamente contra la monarquía absoluta, la propiedad territorial feudal y la pequeña burguesía reaccionaria.

Pero jamás, en ningún momento, se olvida este partido de inculcar a los obreros la más clara conciencia del antagonismo hostil que existe entre la burguesía y el proletariado, a fin de que los obreros alemanes sepan convertir de inmediato las condiciones sociales y políticas que forzosamente ha de traer consigo la dominación burguesa en otras tantas armas contra la burguesía, a fin de que, tan pronto sean derrocadas las clases reaccionarias en Alemania, comience inmediatamente la lucha contra la misma burguesía.

Los comunistas fijan su principal atención en Alemania, porque Alemania se halla en vísperas de una revolución burguesa y porque llevará a cabo esta revolución bajo las condiciones más progresivas de la civilización europea en general, y con un proletariado mucho más desarrollado que el de Inglaterra en el siglo XVII y el de Francia en el siglo XVIII, y, por lo tanto, la revolución burguesa alemana no podrá ser sino el preludio inmediato de una revolución proletaria.

En resumen, los comunistas apoyan por doquier todo movimiento revolucionario contra el régimen social y político existente.

En todos estos movimientos ponen en primer término, como cuestión fundamental del movimiento, la cuestión de la propiedad, cualquiera que sea la forma más o menos desarrollada que ésta revista.

En fin, los comunistas trabajan en todas partes por la unión y el acuerdo entre los partidos democráticos de todos los países.

Los comunistas consideran indigno ocultar sus ideas y propósitos. Proclaman abiertamente que sus objetivos sólo pueden ser alcanzados derrocando por la violencia todo el orden social existente. Las clases dominantes pueden temblar ante una revolución comunista. Los proletarios no tienen nada que perder en ella más que sus cade-

nas. Tienen, en cambio, un mundo que ganar.

¡Proletarios de todos los países, uníos!

Escrito por K. Marx y F. Engels en diciembre de 1847-enero de 1848. Publicado por primera vez en Londres, en febrero de 1848.

Se publica de acuerdo con el texto de la edición alemana de 1848.

(1) Es decir, la historia escrita. En 1847, la historia de la organización social que precedió a toda la historia escrita, la prehistoria, era casi desconocida. Posteriormente, Haxthausen ha descubierto en Rusia la propiedad comunal de la tierra; Maurer ha demostrado que ésta fue la base social de la que partieron históricamente todas las tribus teutonas, y se ha ido descubriendo poco a poco que la comunidad rural, con la posesión colectiva de la tierra, es o ha sido la forma primitiva de la sociedad, desde las Indias hasta Irlanda. La organización interna de esa sociedad comunista primitiva ha sido puesta en claro, en lo que tiene de típico, con el culminante descubrimiento hecho por Morgan de la verdadera naturaleza de la gens y de su lugar en la tribu. Con la disolución de estas comunidades primitivas comenzó la división de la sociedad en clases distintas y, finalmente, antagónicas. He intentado analizar este proceso en la obra *Der Ursprung der Familie, des Privateigentums und des Staats* [El origen de la familia, la propiedad privada y el estado] 2ª ed., Stuttgart, 1886. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.)

(2) Zunftbürger, esto es, miembro de un gremio con todos los derechos, maestro del mismo, y no su dirigente. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.)

(3) Comunas, se llamaban en Francia las ciudades nacientes todavía antes de arrancar a sus amos y señores feudales la autonomía local y los derechos políticos como "tercer estado". En términos generales, se ha tomado aquí a Inglaterra como país típico del desarrollo económico de la burguesía, y a Francia como país típico de su desarrollo político. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.)

Así denominaban los habitantes de las ciudades de Italia y Francia a sus comunidades urbanas, una vez comprados o arrancados a sus señores feudales los primeros derechos de autonomía. (Nota de F. Engels a la edición alemana de 1890.)

(4) Más tarde Marx demostró que el obrero no vende su trabajo, sino su fuerza de trabajo. Véase al respecto la introducción de Engels al escrito de Marx *Trabajo asalariado y capital*.

(5) No se trata aquí de la Restauración inglesa de 1660-1689, sino de la francesa de 1814-1830. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1838.)

(6) Legitimistas: partido de los terratenientes nobles de Francia, partidarios de la restauración de la dinastía de los Borbones. La "Juventud Inglaterra": círculo fundado alrededor de 1842 e integrado por aristócratas, políticos y li-

teratos, adheridos al Partido Conservador británico. Sus representantes más destacados eran Disraeli, Thomas Carlyle y otros.

(7) Esto se refiere en primer término a Alemania, donde los terratenientes aristócratas y los junkers cultivan por cuenta propia gran parte de sus tierras con ayuda de administradores, y poseen, además, grandes fábricas de azúcar de remolacha y destilerías de alcohol. Los más acaudalados aristócratas británicos todavía no han llegado a tanto; pero también ellos saben cómo pueden compensar la disminución de la renta, cediendo sus nombres a los fundadores de toda clase de sociedades anónimas de reputación más o menos dudosa. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.)

(8) La tormenta revolucionaria de 1848 barrió esta miserable escuela y ha quitado a sus partidarios todo deseo de seguir haciendo socialismo. El principal representante y el tipo clásico de esta escuela es el señor Karl Grün. (N. de F. Engels a la edición alemana de 1890.)

(9) Falansterios se llamaban las colonias socialistas proyectadas por Carlos Fourier. Icaria era el nombre dado por Cabet a su país utópico y más tarde a su colonia comunista en América;

(nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888).

Owen llamó a su sociedades comunistas modelo **home-colonies** (colonias interiores). El **falansterio** era el nombre de los palacios sociales proyectados por Fourier. Llamábase Icaria el país fantástico-utópico, cuyas instituciones comunistas describía Cabet. (Nota de F. Engels a la edición alemana de 1890.)

(10) Se refiere a los partidarios del periódico **La Réforme**, que se publicó en París entre los años 1843 y 1850.

(11) Este partido estaba representado en el parlamento por Ledru-Rollin, en la literatura por Luis Blanc y en la prensa diaria por **La Réforme**. El nombre de Socialista Democrático significaba, en boca de sus inventores, la parte del Partido Democrático o Republicano que tenía un matiz más o menos socialista. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.)

Lo que se llamaba entonces en Francia el Partido Socialista Democrático estaba representado en política por Ledru-Rollin y en la literatura por Luis Blanc; hallábase, pues, a cien mil leguas de la socialdemocracia alemana de nuestro tiempo. (Nota de F. Engels a la edición alemana de 1890.)

KARL MARX

CRITICA AL PROGRAMA DE GOTHA

Prólogo de F. Engels

EL manuscrito que aquí publicamos (*) —la crítica al proyecto de programa y la carta a Bracke que la acompaña— fue enviado a Bracke en 1875, poco antes de celebrarse el Congreso de Unificación de Gotha (1) para que lo trasmitiese a Geib, Auer, Bebel y Liebknecht y se lo devolviera luego a Marx. Como el Congreso del Partido en Halle había incluido en el orden del día la discusión del programa de Gotha, me parecía cometer un delito hurtando por más tiempo a la publicidad este importante documento —acaso el más importante de todos— sobre el tema que iba a ponerse a discusión.

Este trabajo tiene, además, otra significación de mayor alcance aún. En él se expone por primera vez, con claridad y firmeza, la posición de Marx frente a la tendencia trazada por Lassalle desde que se lanzó a la agitación, tanto en lo que atañe a sus principios económicos como a su táctica.

El rigor implacable con que se desmenuza aquí el proyecto de programa, la inexorabilidad con que se expresan los resultados obtenidos y se ponen de relieve los errores del proyecto; todo esto, hoy, a la vuelta de quince años, ya no puede herir a nadie. Lassalleanos específicos sólo quedan —ruinas aisladas— en el extranjero, y el programa de Gotha ha

sido abandonado en Halle, como absolutamente inservible, incluso por sus propios autores (2).

A pesar de esto, he suprimido algunas expresiones y juicios duros sobre personas, allí donde carecían de importancia objetiva, y los he sustituido por puntos suspensivos. El propio Marx lo haría así, si hoy publicase el manuscrito. El lenguaje violento que a veces se advierte en él obedecía a dos circunstancias. En primer lugar, Marx y yo estábamos más estrechamente vinculados con el movimiento alemán que con ningún otro; por eso, el decisivo retroceso que se manifestaba en este proyecto de programa, tenía por fuerza que afectarnos muy seriamente. En segundo lugar, nosotros nos encontrábamos entonces —pasados apenas dos años del Congreso de La Haya de la Internacional (3)— en pleno apogeo de la lucha contra Bakunin y sus anarquistas, que nos hacían responsables de todo lo que ocu-

(*) La Crítica al programa de Gotha de Marx fue publicada por Engels, en 1891, en contra de la voluntad de la dirección oportunista de la socialdemocracia alemana. Por la carta de Engels a Kautsky, se ve que Engels tuvo que suavizar algunas de las expresiones más duras. En la presente edición el texto ha sido restablecido completamente de acuerdo con el manuscrito original.

ría en el movimiento obrero de Alemania; era, pues, de esperar que nos atribuyesen también la paternidad secreta de este programa. Estas consideraciones ya no tienen razón de ser hoy, y con ellas desaparece también la necesidad de los pasajes en cuestión.

Algunas frases han sido sustituidas también por puntos, a causa de la ley de prensa. Cuando he tenido que elegir una expresión más suave, la he puesto entre paréntesis cuadrados. Por lo demás, reproduzco literalmente el manuscrito.

Londres, 6 de enero de 1891.

Escrito por F. Engels.
Publicado en 1891 en la revista *Neue Zeit*.
Se publica de acuerdo con el texto de la revista.

(1) En el congreso celebrado del 22 al 27 de mayo de 1875 en Gotha se unieron las dos

organizaciones obreras alemanas existentes en aquel entonces: el Partido Obrero Socialdemócrata (los eisenachianos), dirigido por Liebknecht y Bebel, y la Unión General de Obreros Alemanes, organización lassalleana acaudillada por Haaseclever, Hässelmann y Tölcke, para formar una organización única: el Partido Socialista Obrero de Alemania.

(2) El Congreso del Partido Socialdemócrata de Alemania, celebrado en Halle —el primero después de la derogación de la ley contra los socialistas—, acordó, el 16 de octubre de 1890, a propuesta de W. Liebknecht, principal redactor del programa de Gotha, preparar un proyecto de nuevo programa para el próximo congreso del partido. El nuevo programa fue aprobado en octubre de 1891, en el Congreso de Erfurt (programa de Erfurt).

(3) El Congreso de la Iª Internacional, celebrado en La Haya en setiembre de 1872, se desarrolló bajo el signo de la lucha contra los bakuninistas. La mayoría del congreso se pronunció a favor del Consejo General, dirigido por Marx. Bakunin fue expulsado de la Internacional.

Carta de Marx a W. Bracke

Londres, 5 de mayo de 1875.

Querido Bracke:

Le ruego que, después de leerlas, trasmita las adjuntas glosas críticas marginales al programa de coalición a Geib, Auer, Bebel y Liebknecht, para que las vean. Estoy ocupadísimo y me veo obligado a rebasar con mucho el régimen de trabajo que me ha sido prescrito por los médicos. No ha sido, pues, ninguna "delicia" para mí, tener que escribir una tirada tan larga. Pero era necesario hacerlo, para que luego los amigos del partido a quienes van destinadas esas notas no interpreten mal los pasos que habré de dar. Me refiero a que, después de celebrado el congreso de unificación Engels y yo haremos pública una breve declaración, haciendo saber que no estamos de acuerdo con dicho programa de principios y que nada tenemos que ver con él.

Es indispensable hacerlo así, pues en el extranjero se tiene la idea, absolutamente errónea, pero cuidadosamente fomentada por los enemigos del partido, de que el movimiento del llamado Partido de Eisenach está secretamente dirigido desde aquí por nosotros. Todavía en un libro (1) que ha publicado hace poco en ruso, Bakunin, por ejemplo, me hace a mí responsable, no sólo de todos los programas, etc., de ese partido, sino de todos los pasos dados por Liebknecht desde el día en que

inició su cooperación con el Partido Popular (2).

Aparte de esto, tengo el deber de no reconocer, ni siquiera mediante un silencio diplomático, un programa que es, en mi convicción, absolutamente inadmisible y desmoralizador para el partido.

Cada paso de movimiento real vale más que una docena de programas. Por lo tanto, si no era posible —y las circunstancias del momento no lo consentían— ir *más allá* del programa (3) de Eisenach, habría que haberse limitado, simplemente, a concertar un acuerdo para la acción contra el enemigo común. Pero, cuando se redacta un programa de principios (en vez de aplazarlo hasta el momento en que una prolongada actuación conjunta lo prepare), se colocan ante todo el mundo los jalones por los que se mide el nivel del movimiento del partido. Los jefes de los lassalleanos han venido a nosotros porque las circunstancias les obligaron a venir. Y si desde el primer momento se les hubiera hecho saber que no se admitía ningún chalaneo con los principios, *habrían tenido* que contentarse con un programa de acción o con un plan de organización para la actuación conjunta. En vez de esto, se les consiente que se presenten armados de mandatos, y se reconocen estos mandatos como obligatorios, rindiéndose así a la clemencia o inclemencia de los que necesitaban ayuda. Y, para

colmo y remate, ellos celebran un congreso *antes del congreso de conciliación*, mientras que el propio partido reúne el suyo *post festum* (4). Indudablemente, con esto se ha querido escamotear toda crítica y no permitir que el propio partido reflexionase. Sabido es que el mero hecho de la unificación satisface de por sí a los obreros, pero se equivoca quien piensa que este éxito efímero no ha costado demasiado caro.

Por lo demás, aun prescindiendo de la canonización de los artículos de fe de Lassalle, el programa no vale nada.

Próximamente, le enviaré a usted las últimas entregas de la edición francesa de *El capital* (5). La marcha de la impresión se vio entorpecida largo tiempo por la prohibición del gobierno francés. Esta semana o a comienzos de la próxima quedará el asunto terminado. ¿Ha recibido usted las seis entregas anteriores? Le agradecería que me comunicase las señas de Bernhard Becker, a quien tengo que enviar también las últimas entregas.

La librería del *Volksstaat* (6) obra a su manera. Hasta este momento, no he recibido

ni un solo ejemplar de la tirada del *Proceso de los comunistas de Colonia*.

Saludos cordiales; suyo:

Karl Marx

(1) Se refiere a la obra de Bakunin titulada *El estado y la anarquía* (Zurich, 1873).

(2) El *Partido Popular* fue fundado en Darmstadt, en setiembre de 1865, y definitivamente organizado en el Congreso de Stuttgart, en setiembre de 1868. Era un partido de la pequeña burguesía, sobre todo de la del sur de Alemania. Oponía los principios pequeñoburgueses del federalismo a la política bismarckiana, que buscaba la unificación de Alemania bajo la hegemonía de la Prusia de los junkers.

(3) Se tiene en cuenta el programa aprobado en el congreso pangermano de los socialdemócratas de Alemania, Austria y Suiza, del 7 al 9 de agosto de 1869, en Eisenach. En el congreso se formó el Partido Socialdemócrata Obrero Alemán, conocido después como el partido de los eisenachianos. El programa de Eisenach seguía el espíritu de los requisitos de la Internacional.

(4) Después de la fiesta, es decir, después de los acontecimientos.

(5) La traducción francesa del tomo I de *El capital*, redactada por el propio Marx, se publicó en París, por entregas, durante el período comprendido entre 1872 y 1875.

(6) Se trata de la editorial del Partido Obrero Socialdemócrata en Leipzig, anexa a la redacción del *Volksstaat* (Estado Popular), órgano central del partido, que se publicó de 1869 a 1876.

GLOSAS MARGINALES AL PROGRAMA DEL PARTIDO OBRERO ALEMÁN

I

1. "El trabajo es la fuente de toda riqueza y de toda cultura, y como el trabajo útil sólo es posible dentro de la sociedad y a través de ella, todos los miembros de la sociedad tienen igual derecho a percibir el fruto íntegro del trabajo"

Primera parte del párrafo: "El trabajo es la fuente de toda riqueza y de toda cultura".

El trabajo *no es la fuente* de toda riqueza. La *naturaleza* es la fuente de los valores de uso (que son los que verdaderamente integran la riqueza material), ni más ni menos que el trabajo, que no es más que la manifestación de una fuerza natural, de la fuerza de trabajo del hombre. Esa frase se encuentra en todos los silabarios y sólo es cierta si se *sobreentiende* que el trabajo se efectúa con los correspondientes objetos e instrumentos. Pero un programa socialista no debe permitir que tales tópicos burgueses silencien aquellas *condiciones*

sin las cuales no tienen ningún sentido. En la medida en que el hombre se sitúa de antemano como propietario frente a la naturaleza, primera fuente de todos los medios y objetos de trabajo, y la trata como posesión suya, su trabajo se convierte en fuente de valores de uso, y, por tanto, en fuente de riqueza. Los burgueses tienen razones muy fundadas para atribuir al trabajo una *fuerza creadora sobrenatural*; pues precisamente del hecho que el trabajo está condicionado por la naturaleza se deduce que el hombre que no dispone de más propiedad que su fuerza de trabajo, tiene que ser, necesariamente, en todo estado social y de

civilización, esclavo de otros hombres, de aquellos que se han adueñado de las condiciones materiales de trabajo. Y no podrá trabajar, ni, por consiguiente, vivir, más que con su permiso.

Pero dejemos la tesis tal como está, o mejor dicho, tal como tiene renqueando. ¿Qué conclusión habría debido sacarse de ella? Evidentemente, esta:

"Como el trabajo es la fuente de toda riqueza, nadie en la sociedad puede adquirir riqueza que no sea producto del trabajo. Si, por tanto, no trabaja él mismo, es que vive del trabajo ajeno y adquiere también su cultura a costa del trabajo de otros".

En vez de esto, se añade a la primera oración una segunda mediante la locución copulativa "y como", para deducir de ella, y no de la primera, la conclusión.

Segunda parte del párrafo: "El trabajo útil sólo es posible dentro de la sociedad y a través de ella".

Según la primera tesis, el trabajo era la fuente de toda riqueza y de toda cultura, es decir, que sin trabajo, no era posible tampoco la existencia de una sociedad. Ahora, nos enteramos, por el contrario, que sin la sociedad no puede existir el trabajo "útil".

Del mismo modo hubiera podido decirse que el trabajo inútil e incluso perjudicial a la comunidad, sólo puede convertirse en rama industrial dentro de la sociedad, que sólo dentro de la sociedad puede vivirse del ocio, etc., etc.; en una palabra, copiar aquí a todo Rousseau.

¿Y qué es trabajo "útil"? No puede ser más que uno: el trabajo que consigue el efecto útil propuesto. Un salvaje —y el hombre es un salvaje desde el momento en que deja de ser mono— que mata a un animal de una pedrada, que amontona frutos, etc., ejecuta un trabajo "útil".

Tercero. Conclusión: "Y como el trabajo útil sólo es posible dentro de la sociedad y a través de ella, todos los miembros de la sociedad tienen igual derecho a percibir el fruto íntegro del trabajo".

¡Hermosa conclusión! Si el trabajo útil sólo es posible dentro de la sociedad y a través de ella, el fruto del trabajo pertenecerá a la

sociedad, y el trabajador individual sólo percibirá la parte que no sea necesaria para sostener la "condición" del trabajo, que es la sociedad.

En realidad, esa tesis la han hecho valer en todos los tiempos los defensores de todo orden social existente. En primer lugar, vienen las pretensiones del gobierno y de todo lo que va pegado a él, pues el gobierno es el órgano de la sociedad para el mantenimiento del orden social; detrás de él, vienen las distintas clases de propiedad privada, con sus pretensiones respectivas, pues las distintas clases de propiedad privada son las bases de la sociedad, etc. Como vemos, a estas fases huera se les puede dar las vueltas y los giros que se quiera.

La primera y la segunda parte del párrafo sólo guardarían una cierta relación lógica redactándolas así:

"El trabajo sólo es fuente de riqueza y de cultura como trabajo social", o, lo que es lo mismo, "dentro de la sociedad y a través de ella".

Esta tesis es, indiscutiblemente, exacta, pues aunque el trabajo aislado (presuponiendo sus condiciones materiales) también puede crear valores de uso, no puede crear ni riqueza ni cultura.

Pero, igualmente indiscutible en esta otra tesis:

"En la medida en que el trabajo se desarrolla socialmente, convirtiéndose así en fuente de riqueza y de cultura, se desarrollan también la pobreza y el desamparo del obrero, y la riqueza y la cultura de los que no trabajan".

Esta es la ley de toda la historia, hasta hoy. Así, pues, en vez de los tópicos acostumbrados sobre "el trabajo" y "la sociedad", lo que procedía era señalar concretamente, cómo, en la actual sociedad capitalista, se dan ya, al fin, las condiciones materiales, etc., que permiten y obligan a los obreros a romper esa maldición social.

Pero de hecho, todo ese párrafo, que es falso lo mismo en cuanto a estilo que en cuanto a contenido, no tiene más finalidad que la de inscribir como consigna en lo alto de la bandera del partido el tópico lassalleano del "fruto íntegro del trabajo". Volveré más adelante sobre esto del "fruto del trabajo", el "derecho igual", etc., ya que la misma cosa se repite luego en forma algo diferente.

2. "En la sociedad actual, los medios de trabajo son monopolio de la clase capitalista; el estado de dependencia de la clase obrera que de esto se deriva, es la causa de la miseria y de la esclavitud en todas sus formas"

Así, "corregida", esta tesis, tomada de los estatutos de la Internacional, es falsa.

En la sociedad actual los medios de trabajo son monopolio de los terratenientes (el monopolio de la propiedad del suelo es, incluso, la base del monopolio del capital) y de los capitalistas. Los estatutos de la Internacional no mencionan, en el pasaje correspondiente, ni una ni otra clase de monopolistas. Hablan de "los monopolizadores de los medios de trabajo, es decir, de las fuentes de vida". Esta adición:

"fuentes de vida", señala claramente que el suelo está comprendido entre los medios de trabajo.

Esta enmienda se introdujo porque Lassalle, por motivos que hoy son ya de todos conocidos, sólo atacaba a la clase capitalista, y no a los terratenientes. En Inglaterra, la mayoría de las veces el capitalista no es siquiera propietario del suelo sobre el que se levanta su fábrica.

3. "La emancipación del trabajo exige que los medios de trabajo se eleven a patrimonio común de la sociedad y que todo el trabajo sea regulado colectivamente, con un reparto equitativo del fruto del trabajo".

Donde dice "que los medios de trabajo se eleven a patrimonio común", debería decir, indudablemente, "se conviertan en patrimonio común". Pero esto sólo de pasada.

¿Qué es el "fruto del trabajo"? ¿El producto del trabajo, o su valor? Y en este último caso, ¿el valor total del producto, o sólo la parte de valor que el trabajo añade al valor de los medios de producción consumidos?

Eso del "fruto del trabajo" es una idea vaga con la que Lassalle ha suplantado conceptos económicos concretos.

¿Qué es "reparto equitativo"?

¿No afirman los burgueses que el reparto actual es "equitativo"? ¿Y no es éste, en efecto, el único reparto "equitativo" que cabe, sobre la base del modo actual de producción? ¿Acaso las relaciones económicas son reguladas por los conceptos jurídicos? ¿No surgen, por el contrario, las relaciones jurídicas de las relaciones económicas? ¿No se forjan también los sectarios socialistas las más variadas ideas acerca del reparto "equitativo"?

Para saber lo que aquí hay que entender por la frase de "reparto equitativo", tenemos que cotejar este párrafo con el primero. El párrafo que glosamos supone una sociedad en la cual los "medios de trabajo son patrimonio común y todo el trabajo se regula colectivamente", mientras que en el párrafo primero vemos que "todos los miembros de la sociedad tienen igual derecho a percibir el fruto íntegro del trabajo".

¿"Todos los miembros de la sociedad"? ¿También los que no trabajan? ¿Dónde se

queda, entonces, el "fruto íntegro del trabajo"? ¿O sólo los miembros de la sociedad que trabajan? ¿Dónde dejamos, entonces, el "derecho igual" de todos los miembros de la sociedad?

Sin embargo, lo de "todos los miembros de la sociedad" y "el derecho igual" no son, manifiestamente, más que frases. Lo esencial del asunto está en que, en esta sociedad comunista, todo obrero debe obtener el "fruto íntegro del trabajo" lassalleano.

Tomemos, en primer lugar, las palabras "el fruto del trabajo" en el sentido de producto del trabajo; entonces el fruto del trabajo colectivo será la *totalidad del producto social*.

Pero, de aquí hay que deducir:

Primero: una parte para reponer los medios de producción consumidos.

Segundo: una parte suplementaria para ampliar la producción.

Tercero: el fondo de reserva o de seguro contra accidentes, trastornos debidos a fenómenos naturales, etc.

Estas deducciones del "fruto íntegro del trabajo" constituyen una necesidad económica, y su magnitud se determinará según los medios y fuerzas existentes, y en parte, por medio del cálculo de probabilidades; lo que no puede hacerse de ningún modo es calcularlas partiendo de la equidad.

Queda la parte restante del producto total, destinada a servir de medios de consumo.

Pero, antes de que esta parte llegue al reparto individual, de ella hay que deducir todavía:

Primero: los gastos generales de administración, no concernientes a la producción.

En esta parte se conseguirá, desde el primer momento, una reducción considerabilísima, en comparación con la sociedad actual, reducción que irá en aumento a medida que la nueva sociedad se desarrolle.

Segundo: la parte que se destine a satisfacer necesidades colectivas, tales como escuelas, instituciones sanitarias, etc.

Esta parte aumentará considerablemente desde el primer momento, en comparación con la sociedad actual, y seguirá aumentando en la medida en que la sociedad se desarrolle.

Tercero: los fondos de sostenimiento de las personas no capacitadas para el trabajo, etc.; en una palabra, lo que hoy compete a la llamada beneficencia oficial.

Sólo después de esto podemos proceder a la "distribución", es decir, a lo único que, bajo la influencia de Lassalle y con una concepción estrecha, tiene presente el programa, es decir, a la parte de los medios de consumo que se reparte entre los productores individuales de la colectividad.

El "fruto íntegro del trabajo" se ha transformado ya, imperceptiblemente, en el "fruto parcial", aunque lo que se quite al productor en calidad de individuo vuelva a él, directa o indirectamente, en calidad de miembro de la sociedad.

Y así como se ha evaporado la expresión "el fruto íntegro del trabajo", se evapora ahora la expresión "el fruto del trabajo" en general.

En el seno de una sociedad colectivista, basada en la propiedad común de los medios de producción, los productores no cambian sus productos; el trabajo invertido en los productos no se presenta aquí, tampoco, como valor de estos productos, como una cualidad material, poseída por ellos, pues aquí, por oposición a lo que sucede en la sociedad capitalista, los trabajos individuales no forman parte integrante del trabajo común mediante un rodeo, sino directamente. La expresión "el fruto del trabajo", ya hoy recusable por su ambigüedad, pierde así todo sentido.

De lo que aquí se trata no es de una socie-

dad comunista que se ha desarrollado sobre su propia base, sino de una que acaba de salir precisamente de la sociedad capitalista y que, por tanto, presenta todavía en todos sus aspectos, en el económico, en el moral y en el intelectual, el sello de la vieja sociedad de cuya entraña procede. Congruentemente con esto, en ella el productor individual obtiene de la sociedad —después de hechas las obligadas deducciones— exactamente lo que ha dado. Lo que el productor ha dado a la sociedad es su cuota individual de trabajo. Así, por ejemplo, la jornada social de trabajo se compone de la suma de las horas de trabajo individual; el tiempo individual de trabajo de cada productor por separado es la parte de la jornada social de trabajo que él aporta, su participación en ella. La sociedad le entrega un bono consignando que ha rendido tal o cual cantidad de trabajo (después de descontar lo que ha trabajado para el fondo común), y con este bono saca de los depósitos sociales de medios de consumo la parte equivalente a la cantidad de trabajo que rindió. La misma cantidad de trabajo que ha dado a la sociedad bajo una forma, la recibe de ésta bajo otra forma distinta.

Aquí reina, evidentemente, el mismo principio que regula el intercambio de mercancías, por cuanto éste es intercambio de equivalentes. Han variado la forma y el contenido, porque bajo las nuevas condiciones nadie puede dar sino su trabajo, y porque, por otra parte, ahora nada puede pasar a ser propiedad del individuo, fuera de los medios individuales de consumo. Pero, en lo que se refiere a la distribución de éstos entre los distintos productores, rige el mismo principio que en el intercambio de mercancías equivalentes: se cambia una cantidad de trabajo, bajo una forma, por otra cantidad igual de trabajo, bajo otra forma distinta.

Por eso, el *derecho igual* sigue siendo aquí, en principio, el *derecho burgués*, aunque ahora el principio y la práctica ya no se tiran de los pelos, mientras que en el régimen de intercambio de mercancías, el intercambio de equivalentes no se da más que como *término medio*, y no en los casos individuales.

A pesar de este progreso, este *derecho igual* sigue llevando implícita una limitación burguesa. El derecho de los productores es *proporcional* al trabajo que han rendido; la igual

dad, aquí, consiste en que se mide por el mismo rasero: por el trabajo.

Pero unos individuos son superiores física e intelectualmente a otros y rinden, pues, en el mismo tiempo, más trabajo, o pueden trabajar más tiempo; y el trabajo, para servir de medida, tiene que determinarse en cuanto a duración o intensidad; de otro modo, deja de ser una medida. Este derecho *igual* es un derecho desigual para trabajo desigual. No reconoce ninguna distinción de clase, porque aquí cada individuo no es más que un obrero como los demás; pero reconoce, tácitamente, como otros tantos privilegios naturales, las desiguales aptitudes de los individuos, y por consiguiente, la desigual capacidad de rendimiento. *En el fondo es, por tanto, como todo derecho, el derecho de la desigualdad.* El derecho sólo puede consistir, por naturaleza, en la aplicación de una medida igual; pero los individuos desiguales (y no serían distintos individuos si no fuesen desiguales) sólo pueden medirse por la misma medida siempre y cuando se les enfoque desde un punto de vista igual, siempre y cuando se les mire solamente en un aspecto *determinado*; por ejemplo, en el caso concreto, *sólo en cuanto obreros*, y no se vea en ellos ninguna otra cosa, es decir, se prescinda de todo lo demás. Prosigamos: unos obreros están casados y otros no; unos tienen más hijos que otros, etc., etc. A igual trabajo y, por consiguiente, a igual participación en el fondo social de consumo, unos obtienen de hecho más que otros, unos son más ricos que otros, etc. Para evitar todos estos inconvenientes, el derecho no tendría que ser igual, sino desigual.

Pero esos defectos son inevitables en la primera fase de la sociedad comunista, tal y como brota de la sociedad capitalista después de un largo y doloroso alumbramiento. El derecho no puede ser nunca superior a la estructura económica ni al desarrollo de la sociedad por ella condicionado.

En la fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ella, la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas producti-

vas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués, y la sociedad podrá escribir en su bandera: ¡De cada cual, según sus capacidades; a cada cual, según sus necesidades!

Me he extendido sobre el "fruto íntegro del trabajo", de una parte, y de otra, sobre "el derecho igual" y "la distribución equitativa", para demostrar en qué grave falta se incurre, de un lado, cuando se quiere volver a imponer a nuestro partido como dogmas ideas que, si en otro tiempo tuvieron un sentido, hoy ya no son más que tópicos en desuso, y, de otro, cuando se tergiversa la concepción realista —que tanto esfuerzo ha costado inculcar al partido, pero que hoy está enraizada— con patrañas ideológicas, jurídicas y de otro género, tan en boga entre los demócratas y los socialistas franceses.

Aun prescindiendo de lo que queda expuesto, es equivocado, en general, tomar como esencial la llamada *distribución* y hacer hincapié en ella, como si fuera lo más importante.

La distribución de los medios de consumo es, en todo momento, un corolario de la distribución de las propias condiciones de producción. Y ésta es una característica del modo mismo de producción. Por ejemplo, el modo capitalista de producción descansa en el hecho que las condiciones materiales de producción les son adjudicadas a los que no trabajan bajo la forma de propiedad del capital y propiedad del suelo, mientras la masa sólo es propietaria de la condición personal de producción, la fuerza de trabajo. Distribuidos de este modo los elementos de producción, la actual distribución de los medios de consumo es una consecuencia natural. Si las condiciones materiales de producción fuesen propiedad colectiva de los propios obreros, esto determinaría, por sí solo, una distribución de los medios de consumo distinta de la actual. El socialismo vulgar (y por intermedio suyo, una parte de la democracia) ha aprendido de los economistas burgueses a considerar y tratar la distribución como algo independiente del modo de producción, y, por tanto, a exponer el socialismo como una doctrina que gira principalmente en torno a la distribución. Una vez que está dilucidada, desde hace ya mucho tiempo, la verdadera relación de las cosas, ¿por qué volver a marchar hacia atrás?

4. "La emancipación del trabajo tiene que ser obra de la clase obrera, frente a la cual todas las demás clases no forman más que una masa reaccionaria".

La primera estrofa está tomada del preámbulo de los estatutos de la Internacional, pero "corregida". Allí se dice: "La emancipación de la clase obrera debe ser obra de los obreros mismos"; aquí, por el contrario, "la clase obrera", tiene que emancipar, ¿a quién?, "al trabajo". ¡Entiéndalo quien pueda!

Para indemnizarnos, se nos da, a título de antistrofa, una cita lassalleana del más puro estilo: "frente a la cual (a la clase obrera) todas las demás clases no forman más que una masa reaccionaria".

En el "Manifiesto Comunista", se dice: "De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una *clase verdaderamente revolucionaria*. Las demás clases van degenerando y desaparecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto más peculiar."

Aquí, se considera a la burguesía como una clase revolucionaria —vehículo de la gran industria— frente a los señores feudales y a las capas medias, empeñados, aquéllos y éstas, en mantener posiciones sociales que fueron creadas por modos caducos de producción. No forman, por tanto, *juntamente con la burguesía*, una masa reaccionaria.

Por otra parte, el proletariado es revolucionario frente a la burguesía, porque habiendo surgido sobre la base de la gran industria, aspira a despojar a la producción de su carácter capitalista, que la burguesía quiere perpetuar.

Pero el *Manifiesto* añade que las "capas medias... se vuelven revolucionarias cuando tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado".

Por tanto, desde este punto de vista es también absurdo decir que frente a la clase obrera "no forman más que una masa reaccionaria", juntamente con la burguesía, y, además —por si eso fuera poco—, con los señores feudales.

¿Es que en las últimas elecciones se ha gritado a los artesanos, a los pequeños industriales, y a los *campesinos*: frente a nosotros, no formáis, juntamente con los burgueses y los señores feudales, más que una masa reaccionaria?

Lassalle se sabía de memoria el *Manifiesto Comunista*, como sus devotos se saben los evangelios compuestos por él. Así, pues, cuando lo falsificaba tan burdamente, no podía hacerlo más que para cohonestar su alianza con los adversarios absolutistas y feudales contra la burguesía.

Por lo demás, en el párrafo que acabamos de citar, esta sentencia lassalleana está traída por los pelos y no guarda ninguna relación con la mal digerida y "arreglada" cita de los estatutos de la Internacional. El traerla aquí, es sencillamente una impertinencia, que seguramente no le desagradará, ni mucho menos, al señor Bismarck; una de estas impertinencias baratas en que se especializa el Marat de Berlín (1).

5. "La clase obrera procura, en primer término, su emancipación *dentro del marco del estado nacional de hoy*, consciente que el resultado necesario de sus aspiraciones, comunes a los obreros de todos los países civilizados, será la fraternización internacional de los pueblos".

Por oposición al *Manifiesto Comunista* y a todo el socialismo anterior, Lassalle concebía el movimiento obrero desde el punto de vista nacional más estrecho. ¡Y, después de la actividad de la Internacional, aún se siguen sus huellas en este camino!

Naturalmente, la clase obrera, para poder luchar, tiene que organizarse como *clase* en su propio país, ya que éste es la palestra inmediata de sus luchas. En este sentido, su lucha de clase es nacional, no por su contenido, sino, como dice el *Manifiesto Comunista*, "por su forma". Pero "el marco del estado nacional de hoy", por ejemplo, del imperio Alemán, se halla a su vez, económicamente, "dentro del

marco" del mercado mundial, y políticamente, "dentro del marco" de un sistema de estados. Cualquier comerciante sabe que el comercio alemán es, al mismo tiempo, comercio exterior, y el señor Bismarck debe su grandeza precisamente a una política *internacional* sui generis.

¿Y a qué reduce su internacionalismo el Partido Obrero Alemán? A la conciencia de que el resultado de sus aspiraciones "será la *fraternización internacional de los pueblos*", una frase tomada de la Liga burguesa por la Paz y la Libertad (2), que se quiere hacer pasar como equivalente de la fraternidad internacional de las clases obreras, en su lucha común contra las clases dominantes y sus gobier-

nos. ¡De los deberes internacionales de la clase obrera alemana no se dice, por tanto, ni una palabra! ¡Y esto es lo que la clase obrera alemana debe contraponer a su propia burguesía, que ya fraterniza contra ella con los burgueses de todos los demás países, y a la política internacional de conspiración del señor Bismarck!

La profesión de fe internacionalista del programa queda, en realidad, *infinitamente por debajo* de la del partido librecambista. También éste afirma que el resultado de sus aspiraciones será "la fraternización internacional de los pueblos". Pero, además, *hace* algo por internacionalizar el comercio, y no se contenta, ni mucho menos, con la conciencia de que todos los pueblos comercian dentro de su propio país.

La acción internacional de las clases obreras no depende en modo alguno, de la existencia de la "*Asociación Internacional de los Trabajadores*". Esta fue solamente un primer intento de dotar a aquella acción de un órgano central; un intento que, por el impulso que dio, ha tenido una eficacia perdurable, pero que en su *primera forma histórica* no podía prolongarse después de la caída de la Comuna de París.

La *Norddeutsche* de Bismarck tenía sobrada razón cuando, para satisfacción de su dueño, proclamó que, en su nuevo programa, el Partido Obrero Alemán renegaba del internacionalismo. (3)

I I

"Partiendo de estos principios, el Partido Obrero Alemán aspira, por todos los medios legales, a implantar el *estado libre* —y— la *sociedad socialista*; a abolir el sistema del salario, *con su ley de bronce* —y— la explotación bajo todas su formas; a suprimir toda desigualdad social y política".

Sobre lo del estado "libre", volveré más adelante.

Así, pues, de aquí en adelante, el Partido Obrero Alemán tendrá que comulgar con la "ley de bronce del salario" lassalleana! Y para que esta "ley" no vaya a perderse, se comete el absurdo de hablar de "abolir el sistema del salario" (lo correcto hubiera sido decir el sistema del trabajo asalariado), "*con su ley de bronce*". Si suprimo el trabajo asalariado, suprimo también, evidentemente, sus leyes, sean de "bronce" o de corcho. Lo que pasa es que la lucha de Lassalle contra el trabajo asalariado, gira casi toda ella en torno a esa llamada ley. Por tanto, para demostrar que la secta de Lassalle ha triunfado, hay que abolir "el sistema del salario, *con su ley de bronce*", y no sin ella.

De la "ley de bronce del salario" no pertenece a Lassalle, como es sabido, más que la expresión "de bronce", copiada de los "*ewigen, ehernen grossen Gesetzen*" ("las leyes eternas, las grandes leyes de bronce"), de Goethe. La expresión "de bronce" es la contraseña por la que los creyentes ortodoxos se reconocen. Y si admitimos la ley con el cuño de Lassalle, y por tanto en el sentido lassalleano, tenemos que admitirla también con su fundamentación. ¿Y cuál es ésta? Es, como ya señaló Lange, poco después de la muerte de Lassalle, la teoría de

la población de Malthus (4) (predicada por el propio Lange). Pero, si esta teoría es exacta, la mentada ley no se podrá abolir, por mucho que se suprima el trabajo asalariado, porque esta ley no regirá solamente para el sistema de trabajo asalariado, sino para *todo sistema social*. Apoyándose precisamente en esto, los economistas han venido demostrando, desde hace cincuenta años y aun más, que el socialismo no puede acabar con la miseria, *determinada por la misma naturaleza*, ¡sino sólo generalizarla, repartirla por igual sobre toda la superficie de la sociedad!

Pero todo esto no es lo fundamental. *Aun prescindiendo plenamente de la falsa concepción lassalleana de esta ley*, el retroceso verdaderamente indignante consiste en lo siguiente:

Después de la muerte de Lassalle, se había abierto paso en nuestro partido la concepción científica de que el salario no es lo que parece ser, es decir, *el valor —o el precio— del trabajo*, sino sólo una forma disfrazada del *valor —o del precio— de la fuerza del trabajo*. Con esto, se había echado por la borda, de una vez para siempre, tanto la vieja concepción burguesa del salario, como toda crítica dirigida hasta hoy contra esta concepción, y se había puesto en claro que el obrero asalariado sólo está autorizado a trabajar para mantener su propia vida, es decir, *a vivir, si trabaja gratis*.

durante cierto tiempo para el capitalista (y, por tanto, también para los que, con él, se embolsan la plusvalía); que todo el sistema de producción capitalista gira en torno a la prolongación de este trabajo gratuito, alargando la jornada de trabajo, o desarrollando la productividad, o sea, acentuando la tensión de la fuerza de trabajo, etc.; que, por tanto, el sistema del trabajo asalariado es un sistema de esclavitud, una esclavitud que se hace más dura a medida que se desarrollan las fuerzas sociales productivas del trabajo, aunque el obrero esté mejor o peor remunerado. Y cuando esta concepción iba ganando cada vez más terreno en el seno de nuestro partido, ¡retrocede a los dogmas de Lassalle, a pesar de que hoy ya nadie puede ignorar que Lassalle, *no sabía* lo que era el salario, sino que, yendo a la zaga de los economistas burgueses, tomaba la apariencia por la esencia de la cosa!

Es como si, entre esclavos que al fin han

descubierto el secreto de la esclavitud y se rebelan contra ella, viniese un esclavo fanático de las ideas anticuadas y escribiese en el programa de la rebelión ¡la esclavitud debe ser abolida porque el sustento de los esclavos, dentro del sistema de la esclavitud, no puede pasar de un cierto límite, sumamente bajo!

El mero hecho que los representantes de nuestro partido fuesen capaces de cometer un atentado tan monstruoso contra una concepción tan difundida entre la masa del partido, prueba por sí solo la ligereza criminal, la falta de escrúpulos con que ha cometido la redacción de este programa de transacción.

En vez de la vaga frase final del párrafo: "suprimir toda desigualdad social y política", lo que debiera haberse dicho, es que con la abolición de las diferencias de clase, desaparecen por sí mismas las desigualdades sociales y políticas que de ellas emanan.

III

"Para preparar el camino a la solución del problema social, el Partido Obrero Alemán exige que se creen cooperativas de producción, con la ayuda del estado y bajo el control democrático del pueblo trabajador. En la industria y en la agricultura, las cooperativas de producción deberán crearse en proporciones tales, que de ellas surja la organización socialista de todo el trabajo."

Después de la "ley de bronce" de Lassalle, viene la panacea del profeta. Y se le "prepara el camino" de un modo digno. La lucha de clases existente es sustituida por una frase de periodista "el problema social", para cuya "solución" se "prepara el camino". La "organización socialista de todo el trabajo" no resulta del proceso revolucionario de transformación de la sociedad, sino que "surge" de "la ayuda del estado", ayuda que el estado presta a cooperativas de producción "creadas" por él y no por los obreros. ¡Esta fantasía de que con empréstitos del estado se puede construir una nueva sociedad como se construye un nuevo ferrocarril es digna de Lassalle!

Por un resto de pudor, se coloca "la ayuda del estado" bajo el contralor democrático del "pueblo trabajador".

Pero, en primer lugar, el "pueblo trabajador", en Alemania, está compuesto, en su mayoría, por campesinos, y no por proletarios.

En segundo lugar, "democrático" quiere decir en alemán "gobernado por el pueblo" ("volksherrschaflich"). ¿Y qué es eso del "control gobernado por el pueblo del pueblo trabajador"? Y, además, tratándose de un pueblo

trabajador que, por el mero hecho de plantear estas reivindicaciones al estado, exterioriza su plena conciencia de que ¡ni está en el poder ni se halla maduro para gobernar!

Huelga entrar aquí en la crítica de la receta prescrita por Buchez, bajo el reinado de Luis Felipe, *por oposición* a los socialistas franceses, y aceptada por los obreros reaccionarios del *Atelier* (5). Lo verdaderamente escandaloso no es tampoco el que se haya llevado al programa esta cura milagrosa específica, sino el que se abandone el punto de vista del movimiento de clases, para retroceder al del movimiento de sectas.

El que los obreros quieran establecer las condiciones de producción colectiva en toda la sociedad y ante todo en su propia casa, en una escala nacional, sólo quiere decir que laboran por subvertir las actuales condiciones de producción, y eso nada tiene que ver con la fundación de sociedades cooperativas con la ayuda del estado. Y, por lo que se refiere a las sociedades cooperativas actuales, éstas sólo tienen valor en cuanto son creaciones independientes de los propios obreros, no protegidas ni por los gobiernos ni por los burgueses.

Y ahora voy a referirme a la parte democrática.

A. "Base libre del estado"

Ante todo, según el capítulo II, el Partido Obrero Alemán aspira "al estado libre".

¿Qué es el estado libre?

La misión del obrero, que se ha librado de la estrecha mentalidad del humilde súbdito, no es, en modo alguno, hacer libre al estado. En el imperio alemán el "estado" es casi tan "libre" como en Rusia. La libertad consiste en convertir al estado de órgano que está por encima de la sociedad en un órgano completamente subordinado a ella, y las formas de estado siguen siendo hoy más o menos libres en la medida en que limitan la "libertad del estado".

El Partido Obrero Alemán —al menos, si hace suyo este programa— demuestra cómo las ideas del socialismo no le calan siquiera la piel; ya que, en vez de tomar a la sociedad existente (y lo mismo podemos decir de cualquier sociedad en el futuro) como *base* del estado existente (o del futuro, para una sociedad futura), considera más bien al estado como un ser independiente, con sus propios "*fundamentos espirituales, morales y liberales*".

Y además, ¿qué decir del burdo abuso que hace el programa de las palabras "*estado actual*", "*sociedad actual*" y de la incompreensión más burda todavía que manifiesta acerca del estado, al que dirige sus reivindicaciones!

La "*sociedad actual*" es la sociedad capitalista, que existe en todos los países civilizados, más o menos libre de aditamentos medievales, más o menos modificada por las particularidades del desarrollo histórico de cada país, más o menos desarrollada. Por el contrario, el "*estado actual*" cambia con las fronteras de cada país. En el imperio prusiano-alemán es otro que en Suiza, en Inglaterra, otro que en Estados Unidos. El "*estado actual*" es, por tanto, una ficción.

Sin embargo, los distintos estados de los distintos países civilizados, pese a la abigarrada diversidad de sus formas, tienen de común el que todos ellos se asientan sobre las bases de la moderna sociedad burguesa, aunque ésta se halle en unos sitios más desarrollada que en otros, en el sentido capitalista. Tienen también, por tanto, ciertos caracteres esenciales comunes. En este sentido, puede hablarse del "*estado actual*", por oposición al futuro, en

el que su actual raíz, la sociedad burguesa, se habrá extinguido.

Cabe, entonces, preguntarse: ¿qué transformación sufrirá el estado en la sociedad comunista? O, en otros términos: ¿qué funciones sociales, análogas a las actuales funciones del estado, subsistirán entonces? Esta pregunta sólo puede contestarse científicamente, y por más que acoplemos de mil maneras la palabra "pueblo" y la palabra "estado", no nos acercaremos ni un pelo a la solución del problema.

Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo estado no puede ser otro que la *dictadura revolucionaria del proletariado*.

Pero el programa no se ocupa de esta *dictadura*, ni del estado futuro de la sociedad comunista.

Sus reivindicaciones políticas no se salen de la vieja y consabida letanía democrática: sufragio universal, legislación directa, derecho popular, milicia del pueblo, etc. Son un simple eco del Partido Popular burgués, de la Liga por la Paz y la Libertad. Son, todas ellas, reivindicaciones que, cuando no están exageradas hasta verse convertidas en ideas fantásticas, están ya *realizadas*. Sólo que el estado que las ha puesto en práctica no cae dentro de las fronteras del imperio alemán, sino en Suiza, en Estados Unidos, etc. Esta especie de "*estado del futuro*" es ya estado actual, aunque situado fuera "del marco" del imperio alemán.

Pero, se ha olvidado una cosa. Ya que el Partido Obrero Alemán declara expresamente que actúa dentro del "*actual estado nacional*", es decir, dentro de *su propio estado*, del imperio prusiano-alemán —de otro modo, sus reivindicaciones serían, en su mayor parte, absurdas, pues sólo se exige lo que no se tiene—, no debía haber olvidado lo principal, a saber: que todas estas lindas menudencias tienen por base el reconocimiento de la llamada soberanía del pueblo, y que, por tanto, sólo caben en una *república democrática*.

Y si no se tenía el valor —lo cual es muy cuerdo, pues la situación exige prudencia— de exigir la república democrática, como lo hacían los programas obreros franceses bajo

Luis Felipe y bajo Luis Napoleón, no debía haberse recurrido al ardid, que ni es "honrado" (6) ni es digno, de exigir cosas, que sólo tienen sentido en una república democrática, a un estado que no es más que un despotismo militar de armazón burocrático y blindaje policiaco, guarnecido de formas parlamentarias, revuelto con ingredientes feudales e influenciado ya por la burguesía; ¡y, encima, asegurar a este estado que uno se imagina poder conseguir eso de él "por medios legales"!.

Hasta la democracia vulgar, que ve en la república democrática el reino milenario y no tiene la menor idea de que es precisamente bajo esta última forma de estado de la sociedad burguesa donde se va a ventilar definitivamente por la fuerza de las armas la lucha de clases; hasta ella misma está hoy a mil codos de altura sobre esta especie de democratismo que se mueve dentro de los límites de lo autorizado por la policía y vedado por la lógica.

Que por "estado" se entiende, en realidad, la máquina de gobierno, o el estado en cuanto, por efecto de la división del trabajo, forma un organismo propio, separado de la sociedad, lo indican ya estas palabras: "el Partido Obrero Alemán exige como base económica del estado: un impuesto único y progresivo sobre la renta", etc. Los impuestos son la base económica de la máquina de gobierno, y nada más. En el estado del futuro, existente ya en Suiza, esta reivindicación está casi realizada. El impuesto sobre la renta presupone las diferentes fuentes de ingresos de las diferentes clases sociales, es decir, la sociedad capitalista. No tiene, pues, nada de extraño que los *Financial Reformers* (7) de Liverpool —que son burgueses, con el hermano de Gladstone al frente— planteen la misma reivindicación que el programa.

B. "El Partido Obrero Alemán exige, como base espiritual y moral de estado:

1. Educación popular general e igual a cargo del estado. Asistencia escolar obligatoria para todos. Instrucción gratuita".

¿Educación popular igual? ¿Qué se entiende por esto? ¿Se cree que en la sociedad actual (que es la que se trata), la educación puede ser igual para todas las clases? ¿O lo que se exige es que también las clases altas sean obli-

gadas por la fuerza a conformarse con la modesta educación que da la escuela pública, la única compatible con la situación económica no sólo del obrero asalariado, sino también del campesino?

"Asistencia escolar obligatoria para todos. Instrucción gratuita". La primera existe ya, incluso en Alemania; la segunda, en Suiza y en Estados Unidos, en lo que a las escuelas públicas se refiere. El que en algunos estados de este último país sean "gratuitos" también los centros de instrucción superior, sólo significa, en realidad, que allí a las clases altas se les pagan sus gastos de educación a costa del fondo de los impuestos generales. Y —dicho sea incidentalmente— esto puede aplicarse también a la "administración de justicia con carácter gratuito", de que se habla en el punto A sub 5 del programa. La justicia en lo criminal es gratuita en todas partes; la justicia civil gira casi exclusivamente en torno a los pleitos sobre la propiedad y afecta, por tanto, casi únicamente a las clases poseedoras. ¿Se pretende que éstas ventilen sus pleitos a costa del tesoro público?

El párrafo sobre las escuelas debería exigir, por lo menos, escuelas técnicas (teóricas y prácticas), combinadas con las escuelas públicas.

Eso de "educación popular a cargo del estado" es absolutamente inadmisibile. ¿Una cosa es determinar, por medio de una ley general, los recursos de las escuelas públicas, las condiciones de capacidad del personal docente, las materias de enseñanza, etc., y velar por el cumplimiento de estas prescripciones legales mediante inspectores del estado, como se hace en Estados Unidos, y otra cosa, completamente distinta, es nombrar al estado educador del pueblo! Lejos de esto, lo que hay que hacer es sustraer la escuela de toda influencia por parte del gobierno y de la Iglesia. Sobre todo en el imperio prusiano-alemán (y no vale salirse con el torpe subterfugio de que se habla de un "estado futuro"; ya hemos visto lo que es éste), donde es, por el contrario, el estado el que necesita recibir del pueblo una educación muy severa.

Pese a todo su cascabeleo democrático, el programa está todo el infestado hasta el tuétano de la fe servil de la secta lassalleana en el estado; o —lo que es mucho mejor— de la superstición democrática; o es más bien un compromiso entre estas dos supersticiones, nin-

guna de las cuales tiene nada que ver con el socialismo.

"*Libertad de la ciencia*"; la estatuye ya un párrafo de la constitución prusiana. ¿Para qué, pues, traer ésta aquí?

"*Libertad de conciencia*!" Si, en estos tiempos del *Kulturkampf* (8), se quería recordar al liberalismo sus viejas consignas, sólo podía hacerse, naturalmente, de este modo: todo el mundo tiene derecho a satisfacer sus necesidades religiosas, lo mismo que a hacer sus necesidades físicas sin que la policía tenga que meter las narices en ello. Pero el Partido Obrero, aprovechando la ocasión, tenía que haber expresado aquí su convicción de que "la libertad de conciencia" burguesa se limita a tolerar cualquier género de *libertad de conciencia religiosa*, mientras que él aspira, por el contrario, a liberar la conciencia de todo fantasma religioso. Pero, se ha preferido no salirse de los límites "burgueses".

Y con esto, llego al final, pues el apéndice que viene después del programa, no constituye una parte característica del mismo. Por tanto, procuraré ser muy breve.

2. "Jornada normal de trabajo".

En ningún otro país se limita el partido obrero a formular una reivindicación tan vaga, sino que fija siempre la duración de la jornada de trabajo que, bajo las condiciones concretas, se considera normal.

3. "Restricción del trabajo de la mujer y prohibición del trabajo infantil".

La reglamentación de la jornada de trabajo debe incluir ya la restricción del trabajo de la mujer, en cuanto se refiere a la duración, descansos, etc., de la jornada; de no ser así, sólo puede equivaler a la prohibición del trabajo de la mujer en las ramas de producción que sean especialmente nocivas para el organismo femenino o inconvenientes, desde el punto de vista moral, para este sexo. Si es esto lo que se ha querido decir, debió haberse dicho.

"*Prohibición del trabajo infantil*". Aquí, era absolutamente necesario señalar el límite de la edad.

La *prohibición general* del trabajo infantil es incompatible con la existencia de la gran industria y, por tanto, un piadoso deseo, pero nada más. El poner en práctica esta prohibición —suponiendo que fuese factible— sería reaccionario, ya que, reglamentada severamen-

te la jornada de trabajo según las distintas edades y aplicando las demás medidas preventivas para la protección de los niños, la combinación del trabajo productivo con la enseñanza desde una edad temprana es uno de los más potentes medios de transformación de la sociedad actual.

4. "Inspección por el estado, de la industria en las fábricas, en los talleres y a domicilio".

Tratándose del estado prusiano-alemán, debió exigirse, taxativamente, que los inspectores sólo pudieran ser destituidos por sentencia judicial; que todo obrero pudiera denunciarlos a los tribunales por transgresiones en el cumplimiento de su deber; y que perteneciesen a la profesión médica.

5. "Reglamentación del trabajo en las prisiones".

Mezquina reivindicación, en un programa general obrero. En todo caso, debió proclamarse claramente que no se quería, por celos de competencia, ver tratados a los delincuentes comunes como a bestias, y, sobre todo, que no se les quería privar de su único medio de corregirse: el trabajo productivo. Era lo menos que podía esperarse de socialistas.

6. "Una ley eficaz de responsabilidad civil".

Había que haber dicho qué se entiende por ley "eficaz" de responsabilidad civil.

Diremos de paso que, al hablar de la jornada normal de trabajo, no se ha tenido en cuenta la parte de la legislación fabril que se refiere a las medidas sanitarias y medios de protección contra los accidentes, etc. La ley de responsabilidad civil sólo entra en acción después de infringidas estas prescripciones.

En una palabra, también el apéndice se caracteriza por su descuidada redacción.

Dixi et salvavi animam meam (9).

Escrito por K. Marx a principios de mayo de 1875.
Publicado por vez primera (con ciertas omisiones) por F. Engels en 1891, en la revista *Neue Zeit*.
Se publica de acuerdo con el manuscrito.

(1) Aquí Marx llama irónicamente al "*Marat de Berlín*" tal vez a Hasselmann, redactor jefe de *Neuer Sozial-Demokrat* (Nuevo Socialdemócrata), el órgano central de los lassalleanos.

(2) La *Liga Internacional por la Paz y la Libertad*, fundada en Ginebra en 1867, era una organización de demócratas y pacifistas burgueses.

ses. La Iª Internacional, a instancias y bajo la dirección de Marx, luchó resueltamente contra las consignas demagógicas de la liga, que apartaba al proletariado de la lucha de clases.

(3) Marx alude al artículo editorial aparecido en el núm. 67 de *Norddeutsche Allgemeine Zeitung* (Gaceta General de la Alemania del Norte) el 20 de marzo de 1875. Refiriéndose al artículo 5 del programa del Partido Socialdemócrata, el editorial señalaba que la "agitación socialdemócrata se había vuelto, en varios sentidos, más prudente", y que "renegaba de la Internacional".

(4) Maltusianismo. Teoría reaccionaria, que explica el emprobecimiento de las masas trabajadoras bajo el capitalismo como una ley absoluta, "natural", de la población. Lleva el nombre del economista burgués inglés T. R. Malthus, que en 1798, en su trabajo "An Essay on the Principle of Population" ("Ensayo sobre el principio de la población"), pretendía demostrar que la población crece en progresión geométrica (1, 2, 4, 8, 16...), en tanto que los medios de subsistencia se desarrollan en progresión aritmética (1, 2, 3, 4, 5...). Los partidarios del maltusianismo sostienen la necesidad de la disminución de

los nacimientos y consideran las epidemias, las guerras y otras calamidades, como algo útil para lograr la concordancia entre la cantidad de población y la cantidad de medios de subsistencia.

(5) *Atelier* (Taller): revista mensual obrera que se publicaba en París (1840-1850), y se hallaba bajo la influencia del socialismo católico de Buchez.

(6) "Honrados" llamaron a los eisenachianos. Marx emplea aquí un juego de palabras.

(7) Partidarios de la reforma financiera.

(8) "Kulturkampf" ("Lucha por la cultura"). Nombre dado por los liberales burgueses al sistema de medidas legislativas del gobierno de Bismarck, en los años 70 del siglo XIX, puesto en vigor bajo la bandera de la lucha por la cultura laica y dirigido contra la Iglesia Católica y el partido del "Centro", que apoyaba las tendencias separatistas y antiprusianas de los funcionarios, los terratenientes y la burguesía de los estados pequeños y medianos de la Alemania Sudoccidental. En los años 80, y con el fin de unir las fuerzas reaccionarias, Bismarck anuló la mayor parte de estas medidas.

(9) He dicho y salvado mi alma.

PROLOGO DE LA CONTRIBUCION A LA CRITICA DE LA ECONOMIA POLITICA

ESTUDIO el sistema de la economía burguesa por este orden: **capital, propiedad del suelo, trabajo asalariado, estado, comercio exterior, mercado mundial.** Bajo los tres primeros títulos, investigo las condiciones económicas de vida de las tres grandes clases en que se divide la moderna sociedad burguesa; la conexión entre los tres títulos restantes, salta a la vista. La primera sección del libro primero, que trata del capital, contiene los siguientes capítulos: 1) la mercancía; 2) el dinero o la circulación simple; 3) el capital, en general. Los dos primeros capítulos forman el contenido del presente fascículo. Tengo ante mí todos los materiales de la obra en forma de monografías, redactadas con grandes intervalos de tiempo para el esclarecimiento de mis propias ideas y no para su publicación; la elaboración sistemática de todos estos materiales con arreglo al plan apuntado, dependerá de circunstancias externas.

Aunque había esbozado una introducción general, prescindiendo de ella, pues, bien pensada la cosa, creo que el adelantar los resultados que han de demostrarse, más bien sería un estorbo, y el lector que quiera realmente seguirme deberá estar dispuesto a remontarse de lo particular a lo general. En cambio, me parecen oportunas aquí algunas referencias acerca de la trayectoria de mis estudios de Economía Política.

Mis estudios profesionales eran los de Jurisprudencia, de la que, sin embargo, sólo me preocupé como disciplina secundaria, al lado de la Filosofía y la Historia. En 1842-43, siendo redactor de la *Gaceta del Rin* (1) me vi por vez primera en el trance difícil de tener que opinar acerca de los llamados intereses materiales. Los debates de la Dieta renana sobre la tala furtiva y la parcelación de la propiedad del suelo, la polémica oficial mantenida entre el señor von Schaper, a la sazón gobernador de la provincia renana, y la *Gaceta del Rin* acerca de la situación de los campesinos del Mosela, y finalmente, los debates sobre el libre cambio y el proteccionismo, fue lo que me movió a ocuparme por primera vez de cuestiones económicas. Por otra parte, en aquellos tiempos en que el buen deseo de "marchar en vanguardia" superaba con mucho el conocimiento de la materia, la *Gaceta del Rin* dejaba traslucir un eco del socialismo y del comunismo francés, teñido de un tenue matiz filosófico. Yo me declaré en contra de aquellas chapucerías, pero confesando al mismo tiempo redondamente, en una controversia con la *Gaceta general de Augsburgo* (2), que mis estudios hasta entonces no me permitían aventurar ningún juicio acerca del contenido propiamente dicho de las tendencias francesas. Lejos de esto, aproveché ávidamente la ilusión de

los gerentes de la *Gaceta del Rin*, quienes creían que suavizando la posición del periódico iban a conseguir que se revocase la sentencia de muerte ya decretada contra él, para retirarme de la escena pública a mi cuarto de estudio.

Mi primer trabajo, emprendido para resolver las dudas que me asaltaban, fue una revisión crítica de la filosofía hegeliana del derecho, trabajo cuya introducción vio la luz en 1844 en los *Anales francoalemanes* (3), que se publicaban en París. Mi investigación desembocaba en el resultado de que tanto las relaciones jurídicas como las formas de estado no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que radican, por el contrario, en las condiciones materiales de vida cuyo conjunto resume Hegel, siguiendo el precedente de los ingleses y franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de "sociedad civil", y que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la Economía Política. En Bruselas, donde me trasladé en virtud de una orden de destierro dictada por el señor Guizot, hube de proseguir mis estudios de Economía Política, comenzados en París. El resultado general a que llegué y que, una vez obtenido, sirvió de hilo conductor a mis estudios, puede resumirse así: en la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desa-

rollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas revoluciones, hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo. Y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción. Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos sólo brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización. A grandes rasgos, podemos designar como otras tantas épocas de progreso, en la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción; antagónica, no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por tanto, la prehistoria de la sociedad humana.

Friedrich Engels, con el que yo mantenía un constante intercambio escrito de ideas desde la publicación de su genial bosquejo sobre la crítica de las categorías económicas (en los **Anales francoalemanes**), había llegado por distinto camino (véase su libro **La situación de la clase obrera en Inglaterra**) al mismo resultado que yo. Y cuando, en la primavera de 1845, se estableció también en Bruselas, acordamos contrastar conjuntamente nuestro punto de vista con el ideológico de la filosofía alemana; en realidad, romper con nuestra conciencia filosófica anterior. El propósito fue realizado bajo la forma de una crítica de la filosofía posthegeliana. El manuscrito —dos gruesos volúmenes en octavo (4)— llevaba ya la mar de tiempo en Westfalia, en el sitio en que había de editarse, cuando nos enteramos de que nuevas circunstancias imprevistas impedían su publicación. En vista de ello, entregamos el manuscrito a la crítica roedora de los ratones, muy de buen grado, pues nuestro objeto principal, esclarecer nuestras propias ideas, estaba ya conseguido. Entre los trabajos dispersos en que por aquel entonces expusimos al público nuestras ideas, bajo unos u otros aspectos, sólo citaré el **Manifiesto del Partido Comunista**, redactado en colaboración por Engels y por mí, y un **Discurso sobre el librecambio**, que yo publiqué. Los puntos decisivos de nuestra concepción fueron expuestos por primera vez, científicamente aunque sólo en forma polémica, en la obra **Miseria de la Filosofía**, etc., publicada por mí en 1847 y dirigida contra Proudhon. La publicación de un estudio escrito en alemán sobre **Trabajo asalariado**, en el que recogía las conferencias explicadas por mí acerca de este tema en la asociación obrera alemana de Bruselas (5), fue interrumpida por la revolución de febrero, que trajo como consecuencia mi alejamiento forzoso de Bélgica.

La publicación de la **Nueva Gaceta del Rin** (1848-1849) y los acontecimientos posteriores, interrumpieron mis estudios económicos, que no pude reanudar hasta 1850, en Londres. La cantidad de material para la historia de la Economía Política acumulados en el British Museum, la posición tan favorable que brinda Londres para la observación de la sociedad burguesa, y, finalmente, la nueva fase de desarrollo en que

parecía entrar ésta con el descubrimiento del oro de California y de Australia, me impulsaron a volver a empezar desde el principio, abriéndome paso, de un modo crítico, a través de los nuevos materiales. Estos estudios me llevaban, a veces, por sí mismos, a campos aparentemente alejados y en los que tenía que detenerme durante más o menos tiempo. Pero lo que sobre todo me mermaba el tiempo de que disponía era la necesidad imperiosa de trabajar para vivir. Mi colaboración desde hace ya ocho años en el primer periódico angloamericano, el **New York Tribune** (6), me obligaba a desperdigar extraordinariamente mis estudios, ya que sólo en casos excepcionales me dedico a escribir para la prensa correspondencia propiamente dicha. Los artículos sobre los acontecimientos económicos más salientes de Inglaterra y el continente formaban una parte tan importante de mi colaboración, que esto me obligaba a familiarizarme con una serie de detalles de carácter práctico situados fuera de la órbita de la ciencia propiamente económica.

Este esbozo sobre la trayectoria de mis estudios en el campo de la Economía Política tiende simplemente a demostrar que mis ideas, cualquiera que sea el juicio que merezcan, y por mucho que choque con los prejuicios interesados de las clases dominantes, son el fruto de largos años de concienzuda investigación. Y a la puerta de la ciencia, como a la puerta del infierno, debería estamparse esta consigna:

*Qui si convien lasciare ogni sospetto;
Ogni viltà convien che qui sia morta* (7).

K. Marx

Londres, enero de 1859

Publicado en el libro de K. Marx **Contribución a la crítica de la Economía Política**, editado en Berlín en 1859.

Se publica de acuerdo con el texto del libro.

1) **Rheinische Zeitung**, diario radical que se publicó en Colonia en los años 1842 y 1843. Marx fue el redactor jefe de dicho periódico desde el 15 de octubre de 1842 hasta el 18 de marzo de 1843.

2) **Allgemeine Zeitung**, diario alemán reaccionario fundado en 1793; desde 1810 hasta 1832 se editaba en Augsburg. En 1842 publicó una falsificación de las ideas del comunismo y el socialismo utópicos y Marx lo desenmascará en su artículo "El comunismo y el «Allge-

meine Zeitung" de Augsburg", que fue publicado en el "Reinische Zeitung" en octubre de 1842.

3) Deutsch-Französische Jahrbücher, órgano de la propaganda revolucionaria comunista, editado por Marx en París, en el año 1844.

4) Se trata de la obra de Marx y Engels La ideología alemana.

5) La Asociación Obrera Alemana de Bruselas fue fundada por Marx y Engels a fines de agosto de 1847, con el fin de educar políticamente a los obreros alemanes residentes en Bélgica y propagar entre ellos las ideas del comunismo científico. Bajo la dirección de Marx, Engels y sus compañeros, la sociedad se convirtió en un centro legal de unión de los proletarios revolu-

cionarios alemanes en Bélgica y mantenía contacto directo con los clubs obreros flamencos y walones. Los mejores elementos de la asociación entraron luego en la organización de Bruselas de la Liga de los Comunistas. Las actividades de la Asociación Alemana en Bruselas se suspendieron poco después de la revolución burguesa de febrero de 1848 en Francia, debido al arresto y expulsión de sus miembros por la policía belga.

6) New York Daily Tribune, diario democrático que se publicó en Nueva York entre 1841 y 1924. Marx colaboró en él desde 1851 hasta 1862.

7) Déjese aquí cuanto sea preciso, mátese aquí cuando sea vileza.
(Dante, La divina comedia)

TRABAJO ASALARIADO Y CAPITAL

I

DE diversas partes se nos ha reprochado el que no hayamos expuesto las relaciones económicas que forman la base material de la lucha de clases y de las luchas nacionales de nuestros días. De un modo sistemático, sólo hemos examinado estas relaciones allí donde se imponían directamente en las colisiones políticas.

Tratábase, principalmente, de seguir la lucha de clases en la historia diaria, y demostrar empíricamente, con los materiales históricos existentes y con los que iban apareciendo todos los días, que con el sojuzgamiento de la clase obrera, protagonista de febrero y marzo (1), fueron vencidos al propio tiempo sus adversarios: en Francia, los republicanos burgueses, y en todo el continente europeo, las clases burguesas y campesinas, en lucha contra el absolutismo feudal; que el triunfo de la "República honesta" en Francia fue, al mismo tiempo, la derrota de las naciones que habían respondido a la revolución de febrero con heroicas guerras de independencia; y, finalmente, que con la derrota de los obreros revolucionarios, Europa ha vuelto a caer bajo su antigua esclavitud por partida doble: la esclavitud anglo-rusa. La batalla de junio en París, la caída de Viena, la tragicomedia del noviembre berlinés de 1848, los esfuerzos desesperados de Polonia, Italia y Hungría, el sometimiento de Irlanda por el hambre: tales fueron los acontecimientos principales en que se

resumió la lucha europea de clases entre la burguesía y la clase obrera, y a través de los cuales hemos demostrado que todo levantamiento revolucionario, por muy alejada que parezca estar su meta de la lucha de clases, tiene necesariamente que fracasar mientras no triunfe la clase obrera revolucionaria, que toda reforma social no será más que una utopía mientras la revolución proletaria y la contrarrevolución feudalista no midan sus armas en una guerra mundial. En nuestra descripción, lo mismo que en la realidad, Bélgica y Suiza eran estampas de género, caricaturescas y tragicómicas, en el gran cuadro histórico: una, el estado modelo de la monarquía burguesa; la otra, el estado modelo de la república burguesa, y ambas, estados que se hacen la ilusión de estar tan libres de la lucha de clases como de la revolución europea.

Ahora que nuestros lectores han visto ya desarrollarse la lucha de clases, durante el año 1848, en formas políticas gigantescas, ha llegado el momento de analizar más de cerca las mismas relaciones económicas en que descansan por igual la existencia de la burguesía y su dominación de clase y la esclavitud de los obreros.

Expondremos en tres grandes apartados: 1) La relación entre el trabajo asalariado y el capital, la esclavitud del obrero, la dominación del capitalista. 2) La inevitable ruina, bajo el

sistema actual, de las clases medias burguesas y del llamado estado campesino. 3) El sojuzgamiento y la explotación comercial de las clases burguesas de las distintas naciones europeas por el déspota del mercado mundial: Inglaterra.

Nos esforzaremos por conseguir que nuestra exposición sea lo más sencilla y popular posible, sin dar por supuestas ni las nociones más elementales de la Economía Política. Queremos hacernos entender de los obreros. Además, en Alemania reinan una ignorancia y una confusión de conceptos verdaderamente asombrosas acerca de las relaciones económicas más simples, que van desde los defensores patentados del orden de cosas existente hasta los taumaturgos socialistas y los genios políticos incomprensidos, que en la desmembrada Alemania abundan todavía más que los "padres de la Patria".

Pasemos, pues, al primer problema: ¿Qué es el salario? ¿Cómo se determina?

Si preguntamos a los obreros qué salario perciben, uno nos contestará: "Mi burgués me paga un marco por la jornada de trabajo"; el otro: "Yo recibo dos marcos", etc. Según las distintas ramas del trabajo a que pertenezcan, nos indicarán las distintas cantidades de dinero que los burgueses respectivos les pagan por la ejecución de una tarea determinada, v. gr., por tejer una vara de lienzo o por componer un pliego de imprenta. Pero, pese a la diferencia de datos, todos coinciden en un punto: el salario es la cantidad de dinero que el capitalista paga por un determinado tiempo de trabajo o por la ejecución de una tarea determinada.

Por tanto, al parecer, el capitalista les compra a los obreros su trabajo con dinero. Ellos le venden por dinero su trabajo. Pero esto no es más que la apariencia. Lo que en realidad venden los obreros al capitalista por dinero es su fuerza de trabajo. El capitalista compra esta fuerza de trabajo por un día, una semana, un mes, etc. Y, una vez comprada, la consume, haciendo que los obreros trabajen durante el tiempo estipulado. Con el mismo dinero con que les compró su fuerza de trabajo, por ejemplo, con los dos marcos, el capitalista podía haber comprado dos libras de azúcar o una determinada cantidad de otra mercancía cualquiera. Los dos marcos con los que compra dos libras de azúcar son el precio de las dos libras de azúcar. Los dos marcos con los que compra doce horas de uso de la fuerza de trabajo son el precio de un trabajo de doce horas. La fuerza de trabajo es, pues, una mercancía, ni más ni

menos, que el azúcar. Aquella se mide con el reloj, ésta, con la balanza.

Los obreros cambian su mercancía, la fuerza de trabajo, por la mercancía del capitalista, el dinero, y este cambio se realiza guardando una determinada proporción: tanto dinero por tantas horas de uso de la fuerza de trabajo. Por tejer durante doce horas, dos marcos. Y estos dos marcos, ¿no representan todas las demás mercancías que pueden adquirirse por la misma cantidad de dinero? En realidad, el obrero ha cambiado su mercancía, la fuerza de trabajo, por otras mercancías de todo género, y siempre en una determinada proporción. Al entregar dos marcos, el capitalista le entrega, a cambio de su jornada de trabajo, la cantidad correspondiente de carne, de ropa, de leña, de luz, etc. Por tanto, los dos marcos expresan la proporción en que la fuerza de trabajo se cambia por otras mercancías, o sea el valor de cambio de la fuerza de trabajo. Ahora bien, el valor de cambio de una mercancía, expresado en dinero, es precisamente su precio. Por consiguiente, el salario no es más que un nombre especial con que se designa el precio de la fuerza de trabajo, o lo que suele llamarse precio del trabajo, el nombre especial de esa peculiar mercancía que sólo toma cuerpo en la carne y la sangre del hombre.

Tomemos un obrero cualquiera, por ejemplo, un tejedor. El capitalista le suministra el telar y el hilo. El tejedor se pone a trabajar y el hilo se convierte en lienzo. El capitalista se adueña del lienzo y lo vende en veinte marcos, por ejemplo. ¿Acaso el salario del tejedor representa una parte del lienzo, de los veinte marcos, del producto de su trabajo? Nada de eso. El tejedor recibe su salario mucho antes de venderse el lienzo, tal vez mucho antes de que haya acabado el tejido. Por tanto, el capitalista no paga este salario del dinero que ha de obtener del lienzo, sino de un fondo de dinero que tiene en reserva. Las mercancías entregadas al tejedor a cambio de la suya, de la fuerza de trabajo, no son productos de su trabajo, del mismo modo que no lo son el telar y el hilo que el burgués le ha suministrado. Podría ocurrir que el burgués no encontrase ningún comprador para su lienzo. Podría ocurrir también que no se reembolsase con el producto de su venta ni el salario pagado. Y puede ocurrir también que lo venda muy ventajosamente, en comparación con el salario del tejedor. Al tejedor, todo esto le tiene sin cuidado. El capitalista, con una parte de la fortuna de que dispone, de su capital, compra la fuerza de trabajo del tejedor, exactamente lo

misimo que con otra parte de la fortuna ha comprado las materias primas —el hilo— y el instrumento de trabajo —el telar—. Una vez hechas estas compras, entre las que figura la de la fuerza de trabajo necesaria para elaborar el lienzo, el capitalista produce ya con materias primas e instrumentos de trabajo de su exclusiva pertenencia. Entre los instrumentos de trabajo va incluido también, naturalmente, nuestro buen tejedor, que participa en el producto o en el precio del producto en la misma medida que el telar; es decir, absolutamente en nada.

Por tanto, el salario no es la parte del obrero en la mercancía por él producida. El salario es la parte de la mercancía ya existente, con la que el capitalista compra una determinada cantidad de fuerza de trabajo productiva.

La fuerza de trabajo es, pues, una mercancía que su propietario, el obrero asalariado, vende al capital. ¿Para qué la vende? Para vivir.

Ahora bien, la fuerza de trabajo en acción, el trabajo mismo, es la propia actividad vital del obrero, la manifestación misma de su vida. Y esta actividad vital tiene que venderla a otro para asegurarse los medios de vida necesarios. Es decir, que su actividad vital no es para él más que un medio para poder existir. Trabaja para vivir. El obrero ni siquiera considera el trabajo parte de su vida; para él es más bien un sacrificio de su vida. Es una mercancía que ha adjudicado a un tercero. Por eso el producto de su actividad no es tampoco el fin de esta actividad. Lo que el obrero produce para sí mismo no es la seda que teje, ni el oro que extrae de la mina, ni el palacio que edifica. Lo que produce para sí mismo es el salario; y la seda, el oro y el palacio se reducen para él a una determinada cantidad de medios de vida, si acaso a una chaqueta de algodón, unas monedas de cobre y un cuarto en un sótano. Y para el obrero que teje, hila, taladra, tornea, construye, cava, machaca piedras, carga, etc., por espacio de doce horas al día, ¿son estas doce horas de tejer, hilar, taladrar, tornear, construir, cavar y machacar piedras la manifestación de su vida, su vida misma? Al contrario. Para él, la vida comienza allí donde terminan estas actividades, en la mesa de su casa, en el banco de la taberna, en la cama. Las doce horas de trabajo no tienen para él sentido alguno en cuanto a tejer, hilar, taladrar, etc., sino solamente como medio para ganar el dinero que le permite sentarse a la mesa o en el banco de la taberna y meterse en

la cama. Si el gusano de seda hilase para ganarse el sustento como oruga, sería el auténtico obrero asalariado. La fuerza de trabajo no ha sido siempre una mercancía. El trabajo no ha sido siempre trabajo asalariado, es decir, trabajo libre. El esclavo no vendía su fuerza de trabajo al esclavista, del mismo modo que el buey no vende su trabajo al labrador. El esclavo es vendido de una vez y para siempre, con su fuerza de trabajo, a su dueño. Es una mercancía que puede pasar de manos de un dueño a manos de otro. Él es una mercancía, pero su fuerza de trabajo no es una mercancía suya. El siervo de la gleba sólo vende una parte de su fuerza de trabajo. No es él quien obtiene un salario del propietario del suelo; por el contrario, es éste, el propietario del suelo, quien percibe de él un tributo.

El siervo de la gleba es un atributo del suelo y rinde frutos al dueño de éste. En cambio, el obrero libre se vende él mismo, y, además, se vende en partes. Subasta 8, 10, 12, 15 horas de su vida, día tras día, entregándolas al mejor postor, al propietario de las materias primas, instrumentos de trabajo y medios de vida; es decir, al capitalista. El obrero no pertenece a ningún propietario ni está adscrito al suelo, pero las 8, 10, 12, 15 horas de su vida cotidiana pertenecen a quien se las compra. El obrero, en cuanto quiera, puede dejar al capitalista a quien se ha alquilado, y el capitalista le despide cuando se le antoja, cuando ya no le saca provecho alguno o no le saca el provecho que había calculado. Pero el obrero, cuya única fuente de ingresos es la venta de su fuerza de trabajo, no puede desprenderse de toda la clase de los compradores, es decir, de la clase de los capitalistas, sin renunciar a su existencia. No pertenece a tal o cual capitalista, sino a la clase capitalista en conjunto, y es incumbencia suya encontrar quien le quiera, es decir, encontrar dentro de esta clase capitalista un comprador.

Antes de pasar a examinar más de cerca la relación entre el capital y el trabajo asalariado, expondremos brevemente los factores más generales que intervienen en la determinación del salario.

El salario es, como hemos visto, el precio de una determinada mercancía, de la fuerza de trabajo. Por tanto, el salario se halla determinado por las mismas leyes que determinan el precio de cualquier otra mercancía. Ahora bien, nos preguntamos, ¿cómo se determina el precio de una mercancía?

¿Qué es lo que determina el precio de una mercancía?

Es la competencia entre compradores y vendedores, la relación entre la demanda y las existencias, entre la apetencia y la oferta. La competencia que determina el precio de una mercancía tiene tres aspectos.

La misma mercancía es ofrecida por diversos vendedores. Quien venda mercancías de igual calidad a precio más barato, puede estar seguro de que elimina del campo de batalla a los demás vendedores y se asegura mayor venta. Por tanto, los vendedores se disputan mutuamente la venta, el mercado. Todos quieren vender, vender lo más que puedan, y, si es posible, vender ellos solos, eliminando a los demás. Por eso unos venden más barato que otros. Tenemos, pues, una competencia entre vendedores, que abarata el precio de las mercancías puestas a la venta.

Pero hay también una competencia entre compradores, que, a su vez, hace subir el precio de las mercancías puestas a la venta.

Y, finalmente, hay la competencia entre compradores y vendedores; unos quieren comprar lo más barato posible, otros vender lo más caro que puedan. El resultado de esta competencia entre compradores y vendedores dependerá de la relación existente entre los dos aspectos de la competencia mencionada más arriba; es decir, de que predomine la competencia entre las huestes de los compradores o entre las huestes de los vendedores. La industria lanza al campo de batalla a dos ejércitos contendientes, en las filas de cada uno de los cuales se libra además una batalla intestina. El ejército cuyas tropas se pegan menos entre sí es el que triunfa sobre el otro.

Supongamos que en el mercado hay 100 balas de algodón y que existen compradores para 1.000 balas. En este caso, la demanda es, como vemos, diez veces mayor que la oferta. La competencia, entre los compradores será, por tanto, muy grande; todos querrán conseguir a todo trance una bala, y si es posible las cien. Este ejemplo no es ninguna suposición arbitraria. En la historia del comercio hemos asistido a períodos de mala cosecha algodонера, en que unos capitalistas coligados pugnaban por comprar, no ya cien balas, sino todas las reservas de algodón de la tierra. En el caso que citamos, cada comprador procurará, por tanto, desalojar al otro, ofreciendo un precio relativamente mayor por

cada bala de algodón. Los vendedores, que ven a las fuerzas del ejército enemigo empeñadas en una rabiosa lucha intestina y que tienen segura la venta de sus cien balas, se guardarán muy mucho de irse a las manos para hacer bajar los precios del algodón, en un momento en que sus enemigos se desviven por hacerlos subir. Se hace, pues, a escape, la paz entre las huestes de los vendedores. Estos se enfrentan como un solo hombre con los compradores, se cruzan olímpicamente de brazos. Y sus exigencias no tendrán límite si no lo tuvieran, y muy concreto, hasta las ofertas de los compradores más insistentes.

Por tanto, cuando la oferta de una mercancía es inferior a su demanda, la competencia entre los vendedores queda anulada o reducida al mínimo. Y en la medida en que se atenúa esta competencia, crece la competencia entablada entre los compradores. Resultado: alza más o menos considerable de los precios de las mercancías.

Con mayor frecuencia se da, como es sabido, el caso inverso, y con inversos resultados: exceso considerable de la oferta sobre la demanda; competencia desesperada entre los vendedores, falta de compradores; lanzamiento de las mercancías al malbarato.

Pero, ¿qué significa eso del alza y la baja de los precios? ¿Qué quiere decir precios altos y precios bajos? Un grano de arena es alto si se le mira al microscopio, y, comparada con una montaña, una torre resulta baja. Si el precio está determinado por la relación entre la oferta y la demanda, ¿qué es lo que determina esta relación entre la oferta y la demanda?

Preguntemos al primer burgués que nos salga al paso. No se parará a meditar ni un instante, sino que, cual nuevo Alejandro Magno, cortará este nudo metafísico con la tabla de multiplicar. Nos dirá: si el fabricar la mercancía que vendo me ha costado cien marcos y la vendo por 110 —pasado un año, se entiende—, esta ganancia, es una ganancia moderada, honesta y prudencial. Si obtengo, a cambio de esta mercancía, 120, 130 marcos, será ya una ganancia alta; y si consigo hasta 200 marcos, la ganancia será extraordinaria, enorme. ¿Qué es lo que le sirve a nuestro burgués de criterio para medir la ganancia? El costo de producción de su mercancía. Si a cambio de esta mercancía obtiene una cantidad de otras mercancías cuya producción ha costado menos, pierde. Si a cambio de su mercancía obtiene una cantidad de otras

mercancías cuya producción ha costado más, gana. Y calcula la baja o el alza de su ganancia por los grados que el valor de cambio de su mercancía acusa por debajo o por encima de cero, por debajo o por encima del costo de producción.

Hemos visto cómo la relación variable de la oferta y la demanda lleva aparejada tan pronto el alza como la baja de los precios, determina tan pronto precios altos como precios bajos. Si el precio de una mercancía sube considerablemente, porque la oferta baja o porque crezca desproporcionadamente la demanda, con ello necesariamente bajará en proporción el precio de cualquier otra mercancía; pues el precio de una mercancía no hace más que expresar en dinero la proporción en que otras mercancías se entregan a cambio de ella. Si, por ejemplo, el precio de una vara de seda sube de cinco marcos a seis, bajará el precio de la plata en relación con la seda, y asimismo disminuirá, en proporción con ella, el precio de todas las demás mercancías que sigan costando igual que antes. Para obtener la misma cantidad de la mercancía seda ahora habrá que dar a cambio una cantidad mayor de aquellas otras mercancías. ¿Qué ocurrirá al subir el precio de una mercancía? Una masa de capitales afluirá a la rama industrial floreciente, y esta afluencia de capitales al campo de la industria favorecida durará hasta que arroje las ganancias normales; o más exactamente, hasta que el precio de sus productos descienda, empujado por la superproducción, por debajo del costo de producción.

Y viceversa. Si el precio de una mercancía desciende por debajo de su costo de producción, los capitales se retraerán de la producción de esta mercancía. Exceptuando el caso en que una rama industrial no llené ya las necesidades de la época, y, por tanto, tenga que desaparecer, esta huida de los capitales irá reduciendo la producción de aquella mercancía, es decir, su oferta, hasta que corresponda a la demanda, y, por tanto, hasta que su precio vuelva a levantarse al nivel de su costo de producción o, mejor dicho, hasta que la oferta sea inferior a la demanda: es decir, hasta que su precio rebase nuevamente su costo de producción, pues el precio corriente de una mercancía es siempre inferior o superior a su costo de producción.

Vemos cómo los capitales huyen o afluyen constantemente del campo de una industria al de otra. Los precios altos determinan una afluencia excesiva y los precios bajos una huida exagerada.

Podríamos demostrar también, desde otro punto de vista, cómo el costo de producción determina, no sólo la oferta, sino también la demanda. Pero esto nos desviaría demasiado de nuestro objetivo.

Acabamos de ver cómo las oscilaciones de la oferta y la demanda vuelven a acoplar siempre el precio de una mercancía a su costo de producción. Es cierto que el precio real de una mercancía es siempre superior o inferior al costo de producción, pero el alza y la baja se compensan mutuamente, de tal modo que, dentro de un determinado período de tiempo, englobando en el cálculo el flujo y el reflujo de la industria, puede afirmarse que las mercancías se cambian unas por otras con arreglo a su costo de producción, y su precio se determina, consiguientemente, por aquél.

Esta determinación del precio por el costo de producción no debe entenderse en el sentido en que la entienden los economistas. Los economistas dicen que el precio medio de las mercancías equivale al costo de producción; que esto es la ley. Ellos consideran como obra del azar el movimiento anárquico en que el alza se nivela con la baja y ésta con el alza. Con el mismo derecho podría considerarse, como lo hacen en efecto otros economistas, que estas oscilaciones son la ley y la determinación del precio por el costo de producción fruto del azar. En realidad, estas oscilaciones, que, si se las examina de cerca, se ve que acarrear las más espantosas desolaciones y son como terremotos que hacen estremecerse los fundamentos de la sociedad burguesa, son las únicas que en su curso determinan el precio por el costo de producción. El movimiento conjunto de este desorden es su orden. En el transcurso de esta anarquía industrial, en este movimiento cíclico, la concurrencia se encarga de compensar, como si dijésemos, una extravagancia con otra.

Vemos, pues, que el precio de una mercancía se determina por su costo de producción, de modo que las épocas en que el precio de esta mercancía rebasa el costo de producción se compensan con aquellas en que queda por debajo de este costo de producción, y viceversa. Claro está que esta norma no rige para un producto industrial concreto, sino para la rama industrial entera solamente. No rige tampoco, por tanto, para un solo industrial, sino únicamente para la clase entera de los industriales.

La determinación del precio por el costo de producción equivale a la determinación del pre-

cio por el tiempo de trabajo necesario para la producción de una mercancía, pues el costo de producción está formado: 1) por las materias primas y el desgaste de los instrumentos, es decir por productos industriales cuya fabricación ha costado una determinada cantidad de jornadas de trabajo y que representan, por tanto, una determinada cantidad de tiempo de trabajo, y 2) por trabajo directo, cuya medida es también el tiempo.

Las mismas leyes generales que regulan el precio de las mercancías en general regulan también, naturalmente, el salario, el precio del trabajo.

La remuneración del trabajo subirá o bajará según la relación entre la demanda y la oferta, según el cariz que presente la competencia entre los compradores de la fuerza de trabajo, los capitalistas, y los vendedores de la fuerza de trabajo, los obreros. A las oscilaciones de los precios de las mercancías en general, corresponden las oscilaciones del salario. Pero dentro de estas oscilaciones, el precio del trabajo se hallará determinado por el costo de producción, por el tiempo de trabajo necesario para producir esta mercancía, que es la fuerza de trabajo.

Ahora bien, ¿cuál es el costo de producción de la fuerza de trabajo?

Es lo que cuesta sostener al obrero como tal obrero y educarle para este oficio.

Por tanto, cuanto menos tiempo de aprendizaje exija un trabajo, menor será el costo de producción del obrero, más bajo el precio de su trabajo, su salario. En las ramas industriales que no exigen apenas tiempo de aprendizaje, bastando con la mera existencia corpórea del obrero, el costo de producción de éste se reduce casi exclusivamente a las mercancías necesarias para que aquél pueda vivir en condiciones de

trabajar. Por tanto, aquí el precio de su trabajo estará determinado por el precio de los medios de vida indispensables.

Pero hay que tener presente, además, otra circunstancia. El fabricante, al calcular su costo de producción, y con arreglo a él el precio de los productos, incluye en el cálculo el desgaste de los instrumentos de trabajo. Si una máquina le cuesta, por ejemplo, mil marcos, y esta máquina se agota en diez años agregará cien marcos cada año al precio de las mercancías fabricadas, para, al cabo de los diez años, poder sustituir la máquina ya agotada, por otra nueva. Del mismo modo hay que incluir en el costo de producción de la fuerza de trabajo simple el costo de procreación que permite a la clase obrera estar en condiciones de multiplicarse y de reponer los obreros agotados por otros nuevos. El desgaste del obrero entra, por tanto, en los cálculos, ni más ni menos que el desgaste de las máquinas.

Por tanto, el costo de producción de la fuerza de trabajo simple se cifra siempre en los gastos de existencia y reproducción del obrero. El precio de este costo de existencia y reproducción es el que forma el salario. El salario así determinado es lo que se llama el salario mínimo. Al igual que la determinación del precio de las mercancías en general por el costo de producción, este salario mínimo no rige para el individuo, sino para la especie. Hay obreros, millones de obreros, que no ganan lo necesario para poder vivir y procrear; pero el salario de la clase obrera en conjunto se nivela, dentro de sus oscilaciones, sobre la base de este mínimo.

Ahora, después de haber puesto en claro las leyes generales que regulan el salario, al igual que el precio de cualquier otra mercancía, ya podemos entrar de un modo más concreto en nuestro tema.

III

El capital está formado por materias primas, instrumentos de trabajo y medios de vida de todo género que se emplean para producir nuevas materias primas, nuevos instrumentos de trabajo y nuevos medios de vida. Todas estas partes integrantes del capital son hijas del trabajo, productos del trabajo, trabajo acumulado. El trabajo acumulado que sirve de medio de nueva producción es el capital.

Así dicen los economistas.

¿Qué es un esclavo negro? Un hombre de

la raza negra. Una explicación vale tanto como la otra.

Un negro es un negro. Sólo en determinadas condiciones se convierte en esclavo. Una máquina de hilar algodón es una máquina para hilar algodón. Sólo en determinadas condiciones se convierte en capital. Arrancada a estas condiciones, no tiene nada de capital, del mismo modo que el oro no es de por sí dinero, ni el azúcar el precio del azúcar.

En la producción, los hombres no actúan

solamente sobre la naturaleza, sino que actúan los unos sobre los otros. No pueden producir sin asociarse de un cierto modo, para actuar en común y establecer un intercambio de actividades. Para producir, los hombres contraen determinados vínculos y relaciones, y a través de estos vínculos y relaciones sociales, y sólo a través de ellos, es como se relacionan con la naturaleza y como se efectúa la producción.

Estas relaciones sociales que contraen los productores entre sí, las condiciones en que cambian sus actividades y toman parte en el proceso conjunto de la producción variarán, naturalmente, según el carácter de los medios de producción. Con la invención de un nuevo instrumento de guerra, el arma de fuego, hubo de cambiar forzosamente toda la organización interna de los ejércitos, cambiaron las relaciones dentro de las cuales formaban los individuos un ejército y podían actuar como tal, y cambiaron también las relaciones entre los distintos ejércitos.

Las relaciones sociales en que los individuos producen, las relaciones sociales de producción, cambian, por tanto, se transforman, al cambiar y desarrollarse los medios materiales de producción, las fuerzas productivas. Las relaciones de producción forman en su conjunto lo que se llaman las relaciones sociales, la sociedad, y concretamente, una sociedad con un determinado grado de desarrollo histórico, una sociedad de carácter peculiar y distintivo. La sociedad antigua, la sociedad feudal, la sociedad burguesa, son otros tantos conjuntos de relaciones de producción, cada uno de los cuales representa, a la vez, un grado especial de desarrollo en la historia de la humanidad.

También el capital es una relación social de producción. Es una relación burguesa de producción, una relación de producción de la sociedad burguesa. Los medios de vida, los instrumentos de trabajo, las materias primas que componen el capital, ¿no han sido producidos y acumulados bajo condiciones sociales dadas, en determinadas relaciones sociales? ¿No se emplean para un nuevo proceso de producción bajo condiciones sociales dadas, en determinadas relaciones sociales? ¿Y no es precisamente este carácter social determinado el que convierte en capital los productos destinados a la nueva producción?

El capital no se compone solamente de medios de vida, instrumentos de trabajo y materias primas, no se compone solamente de productos materiales; se compone igualmente de

valores de cambio. Todos los productos que lo integran son mercancías. El capital no es, pues, solamente una suma de productos materiales; es una suma de mercancías, de valores de cambio, de magnitudes sociales.

El capital sigue siendo el mismo, aunque sustituyamos la lana por algodón, el trigo por arroz, los ferrocarriles por vapores, a condición de que el algodón, el arroz y los vapores —el cuerpo del capital— tengan el mismo valor de cambio, el mismo precio que la lana, el trigo y los ferrocarriles en que antes se encarnaba. El cuerpo del capital es susceptible de cambiar constantemente, sin que por eso sufra el capital la menor alteración.

Pero, si todo el capital es una suma de mercancías, es decir, de valores de cambio, no toda suma de mercancías, de valores de cambio, es capital.

Toda suma de valores de cambio es un valor de cambio. Todo valor de cambio concreto es una suma de valores de cambio. Por ejemplo, una casa que vale mil marcos es un valor de cambio de mil marcos. Una hoja de papel que valga un pfennig, es una suma de valores de cambio de 100/100 de pfennig. Los productos susceptibles de ser cambiados por otros productos son mercancías. La proporción concreta en que pueden cambiarse constituye su valor de cambio o, si se expresa en dinero, su precio. La cantidad de estos productos no altera para nada su destino de mercancías, de ser un valor de cambio o de tener un determinado precio. Sea grande o pequeño, un árbol es siempre un árbol. Por el hecho de cambiar hierro por otros productos en medias onzas o en quintales, ¿cambia su carácter de mercancía, de valor de cambio? Lo único que hace el volumen es dar a una mercancía mayor o menor valor, un precio más alto o más bajo.

Ahora bien, ¿cómo una suma de mercancías, de valores de cambio, se convierte en capital?

Por el hecho de que, en cuanto fuerza social independiente, es decir, en cuanto fuerza en poder de una parte de la sociedad, se conserva y aumenta por medio del intercambio con la fuerza de trabajo inmediata, viva. La existencia de una clase que no posee nada más que su capacidad de trabajo es una premisa necesaria para que exista capital.

Es el dominio del trabajo acumulado, pretérito, materializado sobre el trabajo inmediato, vivo, lo que convierte el trabajo acumulado en capital.

El capital no consiste en que el trabajo acumulado sirva al trabajo vivo como medio para nueva producción. Consiste en que el trabajo vivo sirva al trabajo acumulado como medio para conservar y aumentar su valor de cambio.

¿Qué acontece en el intercambio entre el capitalista y el obrero asalariado?

El obrero obtiene a cambio de su fuerza de trabajo medios de vida, pero, a cambio de estos medios de vida de su propiedad, el capitalista adquiere trabajo, la actividad productiva del obrero, la fuerza creadora con la cual el obrero no sólo repone lo que consume, sino que da al trabajo acumulado un mayor valor del que antes poseía. El obrero recibe del capitalista una parte de los medios de vida existentes. ¿Para qué le sirven estos medios de vida? Para su consumo inmediato. Pero, al consumir los medios de vida de que dispongo, los pierdo irremediablemente, a no ser que emplee el tiempo durante el cual me mantienen estos medios de vida en producir otros, en crear con mi trabajo, mientras los consumo, en vez de los valores destruidos al consumirlos, otros nuevos. Pero esta noble fuerza reproductiva del trabajo es precisamente la que el obrero cede al capital, a cambio de los medios de vida que éste le entrega. Al cederla, se queda, pues, sin ella.

Pongamos un ejemplo. El arrendatario de una finca abona a su jornalero cinco silbergroschen por día. Por los cinco silbergroschen el jornalero trabaja la tierra del arrendatario durante un día entero, asegurándole con su trabajo un ingreso de diez silbergroschen. El arrendatario no sólo recobra los valores que cede al jornalero, sino que los duplica. Por tanto, invierte, consume de un modo fecundo, productivo, los cinco silbergroschen que paga al jornalero. Por estos cinco silbergroschen compra precisamente el trabajo y la fuerza del jornalero, que crean productos del campo por el doble de valor y convierten los cinco silbergroschen en diez. En cambio, el jornalero obtiene en vez de su fuerza productiva, cuyos frutos ha cedido al arrendatario, cinco silbergroschen, que cambia por medios de vida, los cuales consume más o menos pronto. Por tanto, los cinco silbergroschen se han consumido de dos modos: reproductivamente para el capital, puesto que éste los cambia por una fuerza de trabajo (2) que produce diez silbergroschen; improductivamente para el obrero, pues los cambia por medios de vida que desaparecen para siempre y cuyo valor sólo puede recobrar repitiendo el cambio anterior con el arrendatario. Por consiguiente, el capital presu-

pone el trabajo asalariado y éste el capital. Ambos se condicionan y se engendran recíprocamente.

Un obrero de una fábrica algodonera ¿produce solamente tejidos de algodón? No, produce capital. Produce valores que sirven de nuevo para mandar sobre su trabajo y crear, por medio de éste, nuevos valores.

El capital sólo puede aumentar cambiando-se por fuerza de trabajo, engendrando el trabajo asalariado. Y la fuerza de trabajo del obrero asalariado sólo puede cambiarse por capital acrecentando éste, fortaleciendo la potencia de que es esclava. El aumento del capital es, por tanto, aumento del proletariado, es decir, de la clase obrera.

El interés del capitalista y del obrero es, por consiguiente, el mismo, afirman los burgueses y sus economistas. En efecto, el obrero peca si el capital no le da empleo. El capital peca si no explota la fuerza de trabajo, y, para explotarla, tiene que comprarla. Cuanto más valientemente crece el capital destinado a la producción, el capital productivo, y, por consiguiente, cuanto más próspera es la industria, cuanto más se enriquece la burguesía, cuanto mejor marchan los negocios, más obreros necesita el capitalista y más caro se vende el obrero.

Por consiguiente, la condición imprescindible para que la situación del obrero sea tolerable es que crezca con la mayor rapidez posible el capital productivo.

Pero, ¿qué significa el crecimiento del capital productivo? Significa el crecimiento del poder del trabajo acumulado sobre el trabajo vivo. El aumento de la dominación de la burguesía sobre la clase obrera. Cuando el trabajo asalariado produce la riqueza extraña que le domina, la potencia enemiga suya, el capital, refluja a él, emanados de éste, medios de trabajo, es decir, medios de vida, a condición de que se convierta de nuevo en parte integrante del capital, en palanca que le haga crecer de nuevo con ritmo acelerado.

Decir que los intereses del capital y los intereses de los obreros son los mismos, equivale simplemente a decir que el capital y el trabajo asalariado son dos aspectos de la misma y única relación. El uno se halla condicionado por el otro, como el usurero por el derrochador, y viceversa.

Mientras el obrero asalariado es obrero asalariado, su suerte depende del capital. He ahí la tan cacareada comunidad de intereses entre el obrero y el capitalista.

Al crecer el capital, crece la masa del trabajo asalariado, crece el número de obreros asalariados; en una palabra, la dominación del capital se extiende a una masa mayor de individuos. Y, suponiendo el caso más favorable: al crecer el capital productivo, crece la demanda de trabajo y crece también, por tanto, el precio del trabajo, el salario.

Sea grande o pequeña una casa, mientras las que la rodean son pequeñas, cumple todas las exigencias sociales de una vivienda, pero, si junto a una casa pequeña surge un palacio, la que hasta entonces era casa se encoge hasta quedar convertida en una choza. La casa pequeña indica ahora que su morador no debe tener exigencias, o debe tenerlas muy reducidas; y, por mucho que, en el transcurso de la civilización, su casa gane en altura, si el palacio vecino sigue creciendo en la misma o incluso en mayor proporción, el habitante de la casa relativamente pequeña se irá sintiendo cada vez más desazonado, más descontento, más agobiado entre sus cuatro paredes.

Un aumento sensible del salario presupone un crecimiento veloz del capital productivo. A su vez, este veloz crecimiento del capital productivo, provoca un desarrollo no menos veloz de riquezas, de lujo, de necesidades y goces sociales. Por tanto, aunque los goces del obrero hayan aumentado, la satisfacción social que producen es ahora menor, comparada con los goces mayores del capitalista, inasequibles para el obrero, y comparada con el nivel de desarrollo de la sociedad en general. Nuestras necesidades y nuestros goces tienen su fuente en la sociedad y los medimos, consiguientemente, por ella, y no por los objetos con que nos satisfacemos. Y como tienen carácter social, son siempre relativos.

El salario no se determina solamente, en general, por la cantidad de mercancías que pueden obtenerse a cambio de él. Encierra diferentes relaciones.

Lo que el obrero percibe, en primer término, por su fuerza de trabajo, es una determinada cantidad de dinero. ¿Acaso el salario se halla determinado exclusivamente por este precio en dinero?

En el siglo XVI, a consecuencia del descubrimiento en América de minas más ricas y más fáciles de explotar, aumentó el volumen de oro y plata que circulaba en Europa. El valor del oro y la plata bajó, por tanto, en relación con las demás mercancías. Los obreros seguían co-

brando por su fuerza de trabajo la misma cantidad de plata acuñada. El precio en dinero de su trabajo seguía siendo el mismo, y sin embargo su salario había disminuido, pues a cambio de esta cantidad de plata, obtenían ahora una cantidad menor de otras mercancías. Fue ésta una de las circunstancias que fomentaron el incremento del capital y el auge de la burguesía en el siglo XVI.

Tomemos otro caso. En el invierno de 1847, a consecuencia de una mala cosecha, subieron considerablemente los precios de los artículos de primera necesidad, el trigo, la carne, la manteca, el queso, etc. Suponiendo que los obreros hubiesen seguido cobrando por su fuerza de trabajo la misma cantidad de dinero que antes, ¿no habrían disminuido sus salarios? Indudablemente. A cambio de la misma cantidad de dinero obtenían menos pan, menos carne, etc. Sus salarios bajaron, no porque hubiese disminuido el valor de la plata, sino porque aumentó el valor de los víveres.

Finalmente, supongamos que el precio en dinero del trabajo siga siendo el mismo, mientras que todas las mercancías agrícolas y manufacturadas bajan de precio, por la aplicación de nueva maquinaria, por la estación más favorable, etc. Ahora, por el mismo dinero los obreros podrán comprar más mercancías de todas clases. Su salario, por tanto, habrá aumentado, precisamente por no haberse alterado su valor en dinero.

Como vemos, el precio en dinero del trabajo, el salario nominal, no coincide con el salario real, es decir, con la cantidad de mercancías que se obtienen realmente a cambio del salario. Por consiguiente, cuando hablamos del alza o de la baja del salario, no debemos fijarnos solamente en el precio en dinero del trabajo, en el salario nominal.

Pero, ni el salario nominal, es decir, la suma de dinero por la que el obrero se vende al capitalista, ni el salario real, o sea la cantidad de mercancías que puede comprar con este dinero, agotan las relaciones que se contienen en el salario.

El salario se halla determinado, además y sobre todo, por su relación con la ganancia, con el beneficio obtenido por el capitalista: es un salario relativo, proporcional.

El salario real expresa el precio del trabajo en relación con el precio de las demás mercancías; el salario relativo acusa, por el contrario, la parte que se concede al trabajo directo de los

valores creados por él, en proporción a la parte que se reserva al trabajo acumulado, el capital.

Decimos más arriba: "El salario no es la parte del obrero en la mercancía por él producida. El salario es la parte de la mercancía ya existente, con la que el capitalista compra una determinada cantidad de fuerza de trabajo productiva". Pero el capitalista tiene que reponer nuevamente este salario del precio por el que vende el producto creado por el obrero; y tiene que reponerlo de tal modo, que, después de cubrir el costo de producción desembolsado, le quede además, por regla general, un remanente, una ganancia. El precio de venta de la mercancía producida por el obrero se divide para el capitalista en tres partes: la primera, para reponer el precio desembolsado en comprar materias primas, así como para reponer el desgaste de las herramientas, máquinas y otros instrumentos de trabajo adelantados por él; la segunda, para reponer los salarios por él adelantados, y la tercera, que es el remanente que queda después de saldar las dos partes anteriores, la ganancia del capitalista. Mientras que la primera parte se limita a reponer valores que ya existían, es evidente que tanto la suma destinada a reembolsar los salarios abonados como el remanente que forma la ganancia del capitalista salen en su totalidad del nuevo valor creado por el trabajo del obrero y añadido a las materias primas. En este sentido, podemos considerar tanto el salario como la ganancia, para compararlos entre sí, como partes del producto del obrero.

Puede ocurrir que el salario real continúe siendo el mismo e incluso que aumente, y no obstante disminuya el salario relativo. Supongamos, por ejemplo, que el precio de todos los medios de vida baja en dos terceras partes, mientras que el salario diario sólo disminuye en un tercio, de tres marcos a dos, v. gr. Aunque el obrero, con estos dos marcos, podrá comprar una cantidad mayor de mercancías que antes con tres, su salario habrá disminuído, en relación con la ganancia obtenida por el capitalista. La ganancia del capitalista (por ejemplo, del fabricante) ha aumentado en un marco; es decir, que ahora el obrero, por una cantidad menor de valores de cambio, que el capitalista le entrega, tiene que producir una cantidad mayor de estos mismos valores. La parte obtenida por el capital aumenta, en proporción a la del trabajo. La distribución de la riqueza social entre el capital y el trabajo es ahora todavía más desigual que antes. El capitalista manda con el mismo capital sobre una cantidad mayor de trabajo. El poder de la clase

de los capitalistas sobre la clase obrera ha crecido, la situación social del obrero ha empeorado, ha descendido un grado más debajo de la del capitalista.

¿Cuál es la ley general que rige el alza y la baja del salario y de la ganancia, en sus relaciones mutuas?

Se hallan en razón inversa. La parte del capital, la ganancia, aumenta en la misma proporción en que disminuye la parte del trabajo, el salario, y viceversa. La ganancia aumenta en la medida en que disminuye el salario y disminuye en la medida que éste aumenta.

Se objetará acaso que el capital puede obtener ganancia cambiando ventajosamente sus productos con otros capitalistas, cuando aumenta la demanda de su mercancía, sea mediante la apertura de nuevos mercados, sea al aumentar momentáneamente las necesidades en los mercados antiguos, etc.; que, por tanto, las ganancias de un capitalista pueden aumentar a costa de otros capitalistas, independientemente del alza o baja del salario, del valor de cambio de la fuerza de trabajo; que las ganancias del capitalista pueden aumentar también mediante el perfeccionamiento de los instrumentos de trabajo, la nueva aplicación de las fuerzas naturales, etc.

En primer lugar, se reconocerá que el resultado sigue siendo el mismo, aunque se alcance por un camino inverso. Es cierto que la ganancia no habrá aumentado porque haya disminuído el salario, pero el salario habrá disminuído por haber aumentado la ganancia. Con la misma cantidad de trabajo ajeno, el capitalista compra ahora una suma mayor de valores de cambio, sin que por ello pague el trabajo más caro; es decir, que el trabajo resulta peor remunerado, en relación con los ingresos netos que arroja para el capitalista.

Además, recordamos que, pese a las oscilaciones de los precios de las mercancías, el precio medio de cada mercancía, la proporción en que se cambia por otras mercancías, se determina por su costo de producción. Por tanto, los lucros conseguidos por unos capitalistas a costa de otros, dentro de la clase capitalista se nivelan necesariamente entre sí. El perfeccionamiento de la maquinaria, la nueva aplicación de las fuerzas naturales al servicio de la producción, permiten crear en un tiempo de trabajo dado y con la misma cantidad de trabajo y capital una masa mayor de productos, pero no, ni mucho menos, una masa mayor de valores de cambio. Si la aplicación de la máquina de hilar me permite fabricar en una hora el doble de hilado que antes de su invención, por ejemplo cien li-

bras en vez de cincuenta, a cambio de estas cien libras de hilado no obtendré a la larga más mercancías que antes a cambio de las cincuenta, porque el costo de producción se ha reducido a la mitad o porque, ahora, con el mismo costo puedo fabricar el doble del producto.

Finalmente, cualquiera que sea la proporción en que la clase capitalista, la burguesía, bien la de un solo país o la del mercado mundial entero, se reparta los ingresos netos de la producción, la suma global de estos ingresos netos no será nunca más que la suma en que el trabajo vivo incrementa en bloque el trabajo acumulado. Por tanto, esta suma global crece en la proporción en que el trabajo incrementa el capital: es decir, en la proporción en que crece la ganancia, en comparación con el salario.

Vemos, pues, que, aunque nos circunscribimos a las relaciones entre el capital y el trabajo asalariado, los intereses del trabajo asalariado y los del capital son diametralmente opuestos.

Un aumento rápido del capital equivale a un rápido aumento de la ganancia. La ganancia sólo puede crecer rápidamente si el precio del trabajo, el salario relativo, disminuye con la misma rapidez. El salario relativo puede disminuir aunque aumente el salario real simultáneamente con el salario nominal, con el valor en dinero del trabajo, siempre que éstos no suban en la misma proporción que la ganancia. Si, por ejemplo, en una época de buenos negocios, el salario aumenta en un cinco por ciento y la ganancia en un treinta por ciento, el salario relativo, proporcional, no habrá aumentado, sino disminuido.

Por tanto, si, con el rápido incremento del capital, aumentan los ingresos del obrero, al mismo tiempo se ahonda el abismo social que

separa al obrero del capitalista, y crece a la par el poder del capital sobre el trabajo, la dependencia de éste con respecto al capital.

Decir que el obrero está interesado en el rápido incremento del capital, sólo significa que cuanto más aprisa incrementa el obrero la riqueza ajena, más sabrosas migajas le caen de su mesa, más obreros pueden encontrar empleo y ser echados al mundo, más puede crecer la masa de esclavos sujetos al capital.

Hemos visto, pues:

Que, incluso la situación más favorable para la clase obrera, el incremento más rápido posible del capital, por mucho que mejore la vida material del obrero, no suprime el antagonismo entre sus intereses y los intereses del burgués, los intereses del capitalista. Ganancia y salario seguirán hallándose, exactamente lo mismo que antes, en razón inversa.

Que si el capital crece rápidamente, pueden aumentar también los salarios, pero que aumentarán con rapidez incomparablemente mayor las ganancias del capitalista. La situación material del obrero habrá mejorado, pero a costa de su situación social. El abismo social que le separa del capitalismo se habrá ahondado.

Y, finalmente:

Que el decir que la condición más favorable para el trabajo asalariado es el incremento más rápido posible del capital productivo, sólo significa que cuanto más se apresure la clase obrera a aumentar y acrecentar el poder enemigo de ella, la riqueza ajena que la domina, tanto mejores serán las condiciones en que podrá seguir laborando por el incremento de la riqueza burguesa, por el acrecentamiento del poder del capital, contenta con forjar ella misma las cadenas de oro con las que le arrastra a remolque la burguesía.

V

El incremento del capital productivo y el aumento del salario, ¿son realmente dos cosas tan inseparablemente enlazadas como afirman los economistas burgueses? No debemos creerles simplemente por sus palabras. No debemos siquiera creerles que cuanto más engorde el capital, mejor cebado estará el esclavo. La burguesía es demasiado instruida, demasiado calculadora, para compartir los prejuicios del señor feudal, que alardeaba con el brillo de sus servidores. Las condiciones de existencia de la burguesía la obligan a ser calculadora.

Deberemos, pues, investigar más de cerca

cómo influye el crecimiento del capital productivo sobre el salario.

Si crece el capital productivo de la sociedad burguesa en bloque, se produce una acumulación más variada de trabajo. Crece el número de capitalistas y aumenta el volumen de sus capitales. El aumento del número de capitales hace aumentar la concurrencia entre los capitalistas. El mayor volumen de los capitales permite lanzar al campo de batalla industrial ejércitos obreros más potentes, con armas de guerra más gigantescas.

Solo vendiendo más barato pueden unos ca-

capitalistas desalojar a otros y conquistar sus capitales. Para poder vender más barato sin arruinarse, tienen que producir más barato; es decir, aumentar todo lo posible la fuerza productiva del trabajo. Y lo que sobre todo aumenta esta fuerza productiva es una mayor división del trabajo, la aplicación en mayor escala y el constante perfeccionamiento de la maquinaria. Cuanto mayor es el ejército de obreros entre los que se divide el trabajo, cuanto más gigantesca es la escala en que se aplica la maquinaria, más disminuye relativamente el costo de producción, más fecundo se hace el trabajo. De aquí que entre los capitalistas se desarrolle una rivalidad en todos los aspectos para incrementar la división del trabajo y la maquinaria y explotarlos en la mayor escala posible.

Si un capitalista, mediante una mayor división del trabajo, empleando y perfeccionando nuevas máquinas, explotando de un modo más provechoso y más extenso las fuerzas naturales, encuentra los medios para fabricar, con la misma cantidad de trabajo o de trabajo acumulado, una suma mayor de productos, de mercancías, que sus competidores; si por ejemplo, en el mismo tiempo de trabajo en que sus competidores tejen media vara de lienzo, él produce una vara entera, ¿cómo procederá este capitalista?

Podría seguir vendiendo la media vara de lienzo al mismo precio a que venía cotizándose anteriormente en el mercado, pero esto no sería el medio más adecuado para desalojar a sus adversarios de la liza y extender sus propias ventas. Sin embargo, en la misma medida en que se dilata su producción, se dilata para él la necesidad de mercado. Los medios de producción, más potentes y más costosos que ha puesto en pie, le permiten vender su mercancía más barata, pero al mismo tiempo le obligan a vender más mercancías, a conquistar para éstas un mercado incomparablemente mayor; por tanto, nuestro capitalista venderá la media vara de lienzo más barata que sus competidores.

Pero, el capitalista no venderá una vara entera de lienzo por el mismo precio a que sus competidores venden la media vara, aunque a él la producción de una vara no le cueste más que a los otros la media. Si lo hiciese así, no obtendría ninguna ganancia extraordinaria; sólo recobraría por el trueque el costo de producción. Por tanto, aunque obtuviese ingresos mayores, éstos provendrían de haber puesto en movimiento un capital mayor, pero no de valorizar su capital más alto que los otros. Además, el fin que persigue, lo alcanza fijando el precio de su mercancía tan sólo unos puntos más bajo

que sus competidores. Bajando el precio, los desaloja y les arrebató por lo menos una parte del mercado. Y, finalmente, recordamos que el precio corriente es siempre superior o inferior al costo de producción, según que la venta de una mercancía coincida con la temporada favorable o desfavorable de una rama industrial. Los puntos que el capitalista que aplica nuevos y más fecundos medios de producción puede añadir a su costo real de producción, al fijar el precio de su mercancía, dependerán de que el precio de una vara de lienzo en el mercado sea superior o inferior a su anterior costo habitual de producción.

Pero el privilegio de nuestro capitalista no es de larga duración; otros capitalistas, en competencia con él, introducen las mismas máquinas, la misma división del trabajo, y las introducen en una escala igual o mayor, hasta que esta innovación acaba por generalizarse tanto, que el precio del lienzo queda por debajo, no ya del antiguo, sino incluso de su nuevo costo de producción.

Los capitalistas vuelven a encontrarse, pues, unos frente a otros, en la misma situación en que se encontraban antes de introducir los nuevos medios de producción; y si, con estos medios, podían suministrar por el mismo precio el doble de producto que antes, ahora se ven obligados a entregar el doble de producto por menos del precio antiguo. Y comienza la misma historia, sobre la base de este nuevo costo de producción. Más división del trabajo, más maquinaria, explotación de la división del trabajo y de la maquinaria en una escala mayor. Y la competencia vuelve a reaccionar, exactamente igual que antes, contra este resultado.

Vemos, pues, cómo se subvierten, se revolucionan incesantemente el modo de producción y los medios de producción, cómo la división del trabajo acarrea necesariamente otra división del trabajo mayor, la aplicación de la maquinaria, otra aplicación de la maquinaria mayor, la producción en gran escala, una producción en otra escala mayor.

Tal es la ley que saca constantemente de su viejo cauce a la producción burguesa y obliga al capital a tener constantemente en tensión las fuerzas productivas del trabajo, por haberlas puesto antes en tensión; la ley que no le deja punto de sosiego y le susurra incesantemente al oído: ¡Adelante! ¡Adelante!

Esta ley no es sino la que, dentro de las oscilaciones de los períodos comerciales, nivela necesariamente el precio de una mercancía con su costo de producción.

Por potentes que sean los medios de pro-

ducción que un capitalista arroja a la liza, la concurrencia se encargará de generalizar el empleo de estos medios de producción, y, a partir del momento en que se hayan generalizado, el único fruto de la mayor fecundidad de su capital es que ahora tendrá que dar por el mismo precio diez, veinte, cien veces más que antes. Pero como, para compensar con la masa mayor del producto vendido el precio más bajo de venta, tendrá que vender acaso mil veces más, porque ahora necesita una venta en masa, no sólo para ganar más, sino para reponer el costo de producción, ya que los propios instrumentos de producción van siendo, como hemos visto, cada vez más caros, y como esta venta en masa no es una cuestión vital solamente para él, sino también para sus rivales, la vieja contienda se desencadena con tanta mayor violencia cuanto más fecundos son los medios de producción ya inventados. Por tanto, la división del trabajo y la aplicación de maquinaria seguirán desarrollándose de nuevo, en una escala incomparablemente mayor.

Cualquiera que sea la potencia de los medios de producción empleados, la competencia procura arrebatarse al capital los frutos de oro de esta potencia, reduciendo el precio de las mercancías al costo de producción, y, por tanto, convirtiéndolo en una ley imperativa, el que en la medida en que pueda producirse más barato, es decir, en que pueda producirse más con la misma cantidad de trabajo, haya que abaratar la producción, que suministrar cantidades cada vez mayores de productos por el mismo precio. Por donde el capitalista, como fruto de sus propios desvelos, sólo saldría ganando la obligación de rendir más en el mismo tiempo de trabajo; en un apalabra, condiciones más difíciles para la valorización de su capital. Por tanto, mientras que la concurrencia le persigue constantemente con su ley del costo de producción, y todas las armas que forja contra sus rivales se vuelven contra él mismo, el capitalista se esfuerza por burlar constantemente la competencia introduciendo sin descanso, en lugar de las antiguas, nuevas máquinas, que, aunque más costosas, producen más barato e implantando nuevas divisiones del trabajo en sustitución de las antiguas, sin esperar a que la competencia haga envejecer los nuevos medios.

Representémonos esta agitación febril y proyectada al mismo tiempo sobre todo el mercado mundial, y nos formaremos una idea de cómo el incremento, la acumulación y concentración del capital, trae consigo una división del trabajo, una aplicación de maquinaria nueva y un per-

feccionamiento de la antigua en una carrera atropellada e ininterrumpida, en escala cada vez más gigantesca.

Ahora bien, ¿cómo influyen estos factores, inseparables del incremento del capital productivo, en la determinación del salario?

Una mayor división del trabajo permite a un obrero realizar el trabajo de cinco, diez o veinte; aumenta, por tanto, la competencia entre los obreros en cinco, diez o veinte veces. Los obreros no sólo compiten entre sí vendiéndose unos más barato que otros, sino que compiten también cuando uno solo realiza el trabajo de cinco, diez o veinte; y la división del trabajo implantada y constantemente reforzada por el capital, obliga a los obreros a hacerse esta clase de competencia.

Además, en la medida en que aumenta la división del trabajo, el trabajo se simplifica. La pericia especial del obrero no sirve ya de nada. Se le convierte en una fuerza productiva simple y monótona, que no necesita poner en juego ningún recurso físico ni espiritual. Su trabajo es ya un trabajo asequible a cualquiera. Esto hace que afluyan de todas partes competidores; y, además, recordamos que cuanto más sencillo y más fácil de aprender es un trabajo, cuanto menor costo de producción supone el asimilárselo, más disminuye el salario, ya que éste se halla determinado, como el precio de toda mercancía, por el costo de producción.

Por tanto, a medida que el trabajo va haciéndose más desagradable, más repelente, aumenta la competencia y disminuye el salario. El obrero se esfuerza por sacar a flote la masa de su salario trabajando más; ya sea trabajando más horas al día o produciendo más en cada hora. Es decir, que, acuciado por la necesidad acentúa todavía más los fatales efectos de la división del trabajo. El resultado es que, cuanto más trabaja, menos jornal gana; por la sencilla razón de que en la misma medida hace la competencia a sus compañeros. Y convierte, a éstos, por consiguiente, en otros tantos competidores suyos, que se ofrecen al patrón en condiciones tan malas como él; es decir, porque, en última instancia, se hace la competencia a sí mismo, en cuanto miembro de la clase obrera.

La maquinaria produce los mismos efectos en una escala mucho mayor, al sustituir los obreros diestros por obreros inexpertos, los hombres por mujeres, los adultos por niños, y porque, además, la maquinaria, dondequiera que se implanta por primera vez, lanza al arroyo a masas enteras de obreros manuales, y, donde se la perfecciona, se la mejora o se la sustituye por má-

quinas más productivas, va desalojando a los obreros en pequeños pelotones. Más arriba, hemos descrito a grandes rasgos la guerra industrial de unos capitalistas con otros. Esta guerra presenta la particularidad de que en ella las batallas no se ganan tanto enrolando a ejércitos obreros, como licenciándolos. Los generales, los capitalistas rivalizan a quien licencia más soldados industriales.

Los economistas nos dicen, ciertamente, que los obreros a quienes la maquinaria hace innecesarios encuentran nuevas ramas en que trabajar.

No se atreven a afirmar directamente que los mismos obreros desalojados encuentran empleo en nuevas ramas de trabajo, pues los hechos hablan demasiado alto en contra de esta mentira. Sólo afirman, en realidad, que se abren nuevas posibilidades de trabajo para otros sectores de la clase obrera; por ejemplo, para aquella parte de la generación obrera juvenil que estaba ya preparada para ingresar en la rama industrial desaparecida. Es, naturalmente, un gran consuelo, para los obreros eliminados. A los señores capitalistas no les faltarán carne y sangre fresca explotables y dejarán que los muertos entierren a sus muertos. Pero esto servirá de consuelo más a los propios burgueses que a los obreros. Si la maquinaria destruyese íntegra la clase de los obreros asalariados, ¡qué espantoso sería esto para el capital, que sin trabajo asalariado dejaría de ser capital!

Pero, supongamos que los obreros directamente desalojados del trabajo por la maquinaria y toda la nueva generación que aguarda la posibilidad de colocarse en la misma rama encuentren nuevo empleo. ¿Se cree que por este nuevo trabajo se les habría de pagar tanto como por el que perdieron? Esto estaría en contradicción con todas las leyes de la economía. Ya hemos visto cómo la industria moderna lleva siempre consigo la sustitución del trabajo complejo y superior por otro más simple y de orden inferior.

¿Cómo, pues, una masa de obreros expulsados por la maquinaria de una rama industrial va a encontrar refugio en otra, a no ser con salarios más bajos, peores?

Se ha querido aducir como una excepción los obreros que trabajan directamente en la fabricación de maquinaria. A medida que la industria exige y consume más maquinaria, se nos dice, las máquinas tienen, necesariamente, que aumentar, y con ellas su fabricación, y, por tanto, los obreros empleados en la fabricación de la maquinaria; además, los obreros que trabajan

en esta rama industrial son obreros expertos, incluso instruidos.

Desde el año 1840, esta afirmación, que ya antes sólo era exacta a medias, ha perdido toda apariencia de verdad, pues en la fabricación de maquinaria se emplean cada vez en mayor escala máquinas, ni más ni menos que para la fabricación de hilo de algodón, y los obreros que trabajan en las fábricas de maquinaria sólo pueden desempeñar el papel de máquinas extremadamente simples, al lado de las complicadísimas que se utilizan.

Pero, ¿en vez del hombre adulto desalojado por la máquina, la fábrica da empleo tal vez a tres niños y a una mujer! ¿Y acaso el salario del hombre no tenía que bastar para sostener a los tres niños y a la mujer? ¿No tenía que bastar el salario mínimo para conservar y multiplicar el género? ¿Qué prueba, entonces, este favorito tópico burgués? Prueba únicamente que hoy, para pagar el sustento de una familia obrera, la industria consume cuatro vidas obreras por una que consumía antes.

Resumiendo: cuanto más crece el capital productivo, más se extiende la división del trabajo y la aplicación de maquinaria. Y cuanto más se extiende la división del trabajo y la aplicación de la maquinaria, más se acentúa la competencia entre los obreros y más se reduce su salario.

Además, la clase obrera se recluta también entre capas más altas de la sociedad. Hacia ella va descendiendo una masa de pequeños industriales y pequeños rentistas, para quienes lo más urgente es ofrecer sus brazos junto a los brazos de los obreros. Y así, el bosque de brazos que se extienden y piden trabajo es cada vez más espeso, al paso que los brazos mismos que lo forman son cada más vez flacos.

No es necesario pararse a demostrar que el pequeño industrial no puede hacer frente a esta lucha, una de cuyas primeras condiciones es producir en una escala cada vez mayor, es decir, ser precisamente un gran y no un pequeño industrial.

Que el interés del capital disminuye a medida que aumentan la masa y el número de capitales, a medida que crece el capital, y que, por tanto, el pequeño rentista no puede seguir viviendo de su renta y tiene que lanzarse a la industria, ayudando de este modo a engrosar las filas de los pequeños industriales, y con ello las de los candidatos a proletarios, es cosa que no requiere tampoco más explicación.

Finalmente, a medida que los capitalistas se ven forzados, por el proceso que exponíamos

más arriba, a explotar en una escala cada vez mayor los gigantescos medios de producción ya existentes, viéndose obligados para ello a poner en juego todos los resortes del crédito, aumenta la frecuencia de los terremotos industriales, en los que el mundo comercial sólo logra mantenerse a flote sacrificando a los dioses del averno una parte de la riqueza, de los productos y hasta de las fuerzas productivas; aumentan, en una palabra, las crisis. Éstas se hacen más frecuentes y más violentas, ya por el solo hecho de que, a medida que crece la masa de producción y por tanto, la necesidad de mercados más extensos, el mercado mundial va reduciéndose más y más, y quedan cada vez menos mercados nuevos que explotar, pues cada crisis anterior somete al comercio mundial un mercado no conquistado todavía o que el comercio sólo explotaba superficialmente. Pero el capital no vive sólo del trabajo. Este amo, a la par distinguido y bárbaro, arrastra consigo a la tumba los cadáveres de sus esclavos, hecatombes enteras de

obreros que sucumben en las crisis. Vemos, pues, que, si el capital crece rápidamente, crece con rapidez incomparablemente mayor todavía la competencia entre los obreros, es decir, disminuyen tanto más, relativamente, los medios de empleo y los medios de vida de la clase obrera; y, no obstante esto, el rápido incremento del capital es la condición más favorable para el trabajador asalariado.

Conferencias pronunciadas por K. Marx del 14 al 20 de diciembre de 1847.

Publicadas por primera vez en la *Nueva Gaceta del Rin* del 5, 8 y 11 de abril de 1849. Publicadas en folleto aparte, bajo la redacción y con una introducción de F. Engels, en Berlín, en 1891.

Se publica de acuerdo con el texto del folleto.

(1) O sea, la revolución del 23 al 24 de febrero en París, la de del 13 de marzo en Viena y la del 18 de marzo en Berlín.

(2) En este lugar el término "fuerza de trabajo" no fue introducido por Engels, sino que figura ya en el texto publicado por Marx en la *Nueva Gaceta del Rin*.

BOLIVAR

BOLIVAR y Ponte, Simón, el "Libertador" de Colombia, nació en Caracas el 24 de julio de 1783 y murió en San Pedro, cerca de Santa Marta, el 17 de diciembre de 1830. Pertenecía a una de las familias "mantuanas", que constituían la nobleza criolla en la época de la dominación española en Venezuela. De acuerdo con la costumbre de los americanos ricos de aquel tiempo, fue enviado a Europa a la temprana edad de 14 años. De España pasó a Francia, y residió en París por espacio de varios años. En 1802 se casó en Madrid y volvió a Venezuela, donde su esposa falleció súbitamente de fiebre amarilla. Después de enviudar visitó Europa por segunda vez, asistiendo en 1804, a la coronación de Napoleón como emperador y a su investidura de la Corona de Hierro de Lombardía en 1805. En 1809 regresó a su país y a pesar de las insistentes solicitudes de su primo José Félix Ríbas se negó a participar en la revolución que estalló en Caracas el 19 de abril de 1810; pero ya producido el levantamiento, aceptó una misión en Londres, con el objeto de comprar armas y gestionar la protección del gobierno británico. Aparentemente bien acogido por el marqués de Wellesley, entonces ministro de Relaciones Exteriores, no obtuvo otra cosa que la autorización para exportar armas pagándolas al contado y cargadas con fuertes derechos. Al volver de Londres se retiró nuevamente a la vida privada,

hasta que, en setiembre de 1811, el general Miranda, a la sazón comandante en jefe de las fuerzas revolucionarias de mar y tierra, le persuadió de que aceptase el grado de teniente coronel de su estado mayor y el mando de Puerto Cabello, la fortaleza mejor equipada de Venezuela.

Cuando los prisioneros españoles de guerra, trasladados por orden de Miranda a Puerto Cabello para ser encerrados en la ciudadela, lograron dominar a la guardia, atacándola por sorpresa, y adueñarse de la ciudadela, Bolívar, aunque los españoles estaban desarmados, mientras que él disponía de una numerosa guarnición y de vastos depósitos de materiales, se embarcó precipitadamente durante la noche, junto con ocho oficiales, y sin informar de su partida ni a sus propias tropas, llegó al amanecer a La Guaira y se retiró a su hacienda de San Mateo. La guarnición, al enterarse de la fuga de su comandante, abandonó en buen orden la plaza, que fue inmediatamente ocupada por los españoles al mando de Monteverde. Este episodio inclinó la balanza a favor de España y obligó a Miranda a suscribir, con la autorización del Congreso, el tratado de Victoria, del 26 de julio de 1812, que restablecía en Venezuela el dominio de España. El 30 de julio llegó Miranda a La Guaira con el propósito de embarcarse en un buque británico. Mientras visitaba al comandante de la plaza, coronel Manuel María Casas, se encontró con

un grupo de gente, del que formaban parte don Miguel Peña y Simón Bolívar, quienes lo convencieron de que se quedara, al menos por una noche, en el domicilio de Casas. A las dos de la madrugada, cuando Miranda se hallaba profundamente dormido, Casas, Peña y Bolívar penetraron en su dormitorio con cuatro soldados armados, se apoderaron preventivamente de su espada y de su pistola, y luego, despertándolo, le dieron con rudeza orden de levantarse y vestirse, le pusieron grillos y lo entregaron a Monteverde. Este lo remitió a Cádiz donde Miranda murió después de algunos años de cautiverio.

Este acto, realizado so pretexto de que Miranda había traicionado a su país con la capitulación de Victoria, valió a Bolívar el especial favor de Monteverde, al extremo de que cuando solicitó su pasaporte, Monteverde manifestó que "la solicitud del coronel Bolívar debe satisfacerse como recompensa al servicio prestado al Rey de España al entregar a Miranda".

Se autorizó así a Bolívar que se embarcara con destino a Curazao, donde permaneció seis semanas, siguiendo luego viaje, en compañía de su primo Ribas, a la pequeña República de Cartagena. Antes que llegara, gran cantidad de soldados, de los que habían servido a las órdenes de Miranda, habían huido a Cartagena. Ribas les propuso emprender una expedición contra los españoles de Venezuela y aceptar a Bolívar como comandante en jefe. La primera parte de la proposición fue acogida con entusiasmo; la segunda, resistida, aunque finalmente aceptada con la condición de que Ribas fuese segundo comandante. A los 300 hombres así alistados bajo las órdenes de Bolívar, el presidente de la República de Cartagena, don Manuel Rodríguez Torrices, agregó otros 500 al mando de su primo Manuel Castillo. La expedición partió en los primeros días de enero de 1813. Habiendo surgido desavenencias entre Bolívar y Castillo acerca del mando supremo de las tropas, el segundo abandonó súbitamente el campo, con todos sus granaderos. Bolívar, por su parte, resolvió seguir el ejemplo de Castillo y volverse a Cartagena, pero Ribas consiguió convencerle de que siguiera la ruta emprendida por lo menos hasta Bogotá, en donde a la sazón tenía su asiento el Congreso de Nueva Granada. Allí fueron muy bien recibidos, hallando el mayor apoyo en todos los aspectos, y el congreso los ascendió a generales. Después de dividir su pequeño ejército en dos columnas, se pusieron en mar-

cha, por distintos caminos, hacia Caracas. Cuanto más avanzaban, más aumentaban sus efectivos; los excesos de crueldad de los españoles actuaban en todas partes como agentes de reclutamiento a favor del ejército de los independentistas. La capacidad de resistencia de los españoles se hallaba quebrantada, primero porque las tres cuartas partes de sus soldados eran nativos y a cada encuentro se pasaban al adversario, y segundo por la cobardía de sus generales que, como Tiscar, Cajigal y Fierro, a cada momento abandonaban a su propia tropa. Por ello pudo darse el caso de que Santiago Mariño, un joven ignorante, lograra desalojar a los españoles de las provincias de Cumaná y Barcelona, justamente cuando Bolívar avanzaba a través de las provincias occidentales. La única resistencia sería de parte de los españoles fue la que experimentó Ribas, quien no obstante derrotó al general Monteverde en Los Taguanes, y le obligó a encerrarse en Puerto Cabello con el resto de sus tropas.

Al tener noticia de que se acercaba Bolívar, el general Fierro, gobernador de Caracas, le envió parlamentarios proponiéndole una capitulación, que quedó concertada en Victoria; pero Fierro, invadido por un súbito pánico y sin aguardar siquiera el regreso de sus emisarios, abandonó secretamente la plaza, durante la noche, dejando a más de 1.500 españoles a merced del adversario. Bolívar fue entonces recibido con una apoteosis. De pie sobre un carro de triunfo, arrastrado por doce señoritas vestidas de blanco y adornadas con los colores nacionales, todas elegidas entre las mejores familias de Caracas, con la cabeza descubierta, en uniforme de gala, con un bastoncillo en la mano, Bolívar fue paseado durante media hora, desde la entrada de Caracas hasta su residencia. Habiéndose proclamado "Dictador y Libertador de las Provincias Occidentales de Venezuela" —Mariño había asumido el título de "Dictador de las Provincias Orientales"— estableció la orden del "Libertador", creó un cuerpo de tropas escogidas bajo la denominación de "Guardias de Corps" y se rodeó de una especie de corte. Pero, como la mayoría de sus coterráneos, era incapaz de cualquier esfuerzo prolongado, y su dictadura no tardó en convertirse en una anarquía militar, dentro de la cual los asuntos más importantes estaban en manos de favoritos, que esquilmiaban la hacienda pública y luego recurrían a medios odiosos para restaurarla. El reciente entusiasmo popular se convirtió así en descontento, y las dispersas fuerzas enemigas tuvie-

ron ocasión de rehacerse. Mientras que en los primeros días de agosto de 1813, Monteverde se hallaba encerrado en la fortaleza de Puerto Cabello y el ejército español estaba reducido a la posesión de una estrecha faja de tierra en la región Noroeste de Venezuela, tres meses más tarde —o sea en diciembre— el prestigio del Libertador se había desvanecido y la propia Caracas estaba amenazada por la repentina aparición en sus cercanías de los españoles victoriosos, al mando del general Boves. A fin de fortalecer su poder vacilante, Bolívar reunió, el 1º de enero de 1814, una junta formada por los vecinos más influyentes de Caracas, ante quienes declaró que no deseaba soportar por más tiempo los sinsabores de la dictadura. Hurtado de Mendoza, por su parte, sostuvo, en un largo discurso, la "necesidad de que el supremo poder continuase en las manos del general Bolívar hasta que el Congreso de Nueva Granada pudiese sesionar y Venezuela unirse bajo un gobierno". La proposición fue aceptada por la junta y la dictadura quedó así revestida de una especie de sanción legal.

La guerra contra los españoles continuó durante algún tiempo bajo la forma de escaramuzas, sin ventaja decisiva para ninguno de los contendientes. En junio de 1814, Boves, concentrando sus fuerzas, avanzó desde Calabozo hasta La Puerta, donde los dos dictadores, Bolívar y Mariño, se habían reunido; se encontró con ellos, y ordenó un ataque inmediato. Tras alguna resistencia, Bolívar huyó a Caracas, mientras Mariño se escabullía rumbo a Cumaná. Puerto Cabello y Valencia cayeron en manos de Boves, quien destacó dos columnas (una de ellas a las órdenes del coronel González), disponiendo que avanzaran por distintas rutas sobre Caracas. Ribas intentó en vano impedir el avance de González. El 17 de julio de 1814, al rendirse Caracas a González, Bolívar evacuó La Guaira, ordenó que la flota saliera para Cumaná y se retiró con el resto de sus tropas sobre Barcelona. Después que Boves derrotó a los insurrectos en Angaita, el 8 de agosto de 1814, Bolívar abandonó secretamente, la misma noche, a sus tropas para dirigirse apresuradamente y por caminos desviados, hacia Cumaná, donde, malgrado las airadas protestas de Ribas, se embarcó en el "Bianchi", junto con Mariño y algunos oficiales. Si Ribas, Páez y los otros generales hubieran seguido a los dictadores en su fuga, todo se habría perdido. Tratados como desertores por el general Arismendi a su arribo a Juan Griego, en la isla Margarita, y habiendo recibido orden

de partir, se hicieron nuevamente a la mar rumbo a Carúpano, de donde, habiendo encontrado análogo recibimiento de parte del coronel Bermúdez, pusieron proa hacia Cartagena. Allí, a fin de atenuar su fuga, publicaron una "Memoria" de justificación, redactada con ampulosa fraseología.

Habiendo participado en un complot contra el gobierno de Cartagena, Bolívar tuvo que abandonar esa pequeña república y seguir viaje a Tunja, donde sesionaba el Congreso de la República Federal de Nueva Granada. Por ese entonces la provincia de Cundinamarca estaba a la cabeza de las provincias independientes que se resistían a formar parte del bloque federal de Nueva Granada, mientras Quito, Pasto, Santa Marta y otras provincias permanecían aún en manos de los españoles. Bolívar, llegado a Tunja el 22 de noviembre de 1814, fue designado por el congreso comandante en jefe de las fuerzas federales, recibiendo la doble misión de obligar al presidente de la república de Cundinamarca a reconocer la autoridad del congreso y de marchar luego sobre Santa Marta, único puerto de mar fortificado de Nueva Granada, que los españoles aún conservaban. El primer encargo no fue difícil de cumplir, ya que Bogotá, capital de la provincia desafecta, era una ciudad indefensa. A pesar de la capitulación de la ciudad, Bolívar permitió que sus soldados la saquearan durante 48 horas. En Santa Marta el general Montalvo, no disponiendo sino de una débil guarnición —inferior a 200 hombres— y de una fortaleza en pésimo estado de defensa, tenía ya apalabrado un buque francés a fin de asegurar su propia fuga. Los vecinos de la ciudad, por su parte, enviaron un mensaje a Bolívar comunicándole que tan pronto como apareciera ante la ciudad, abrirían las puertas y expulsarían a la guarnición. Pero Bolívar, en vez de marchar contra los españoles de Santa Marta como se lo había ordenado el congreso, se dejó llevar por su rencor a Castillo, comandante de Cartagena, y tomó sobre sí la responsabilidad de conducir sus tropas contra esa ciudad, que formaba parte integrante de la Unión Federal. Rechazado, acampó en La Papa, colina situada a tiro de fusil de Cartagena, y colocó un pequeño cañón, por toda batería, contra una plaza que disponía aproximadamente de 80 cañones. Posteriormente convirtió el sitio en un bloqueo, que se prolongó hasta los primeros días de mayo sin otro resultado que el de reducir sus efectivos, por enfermedades o desertiones, de 2,400 hombres

a unos 700. Entró tanto una gran expedición española, procedente de Cádiz y a las órdenes del general Morillo, llegaba a la isla Margarita el 25 de marzo de 1815, reforzaba considerablemente la guarnición de Santa Marta y se adueñaba poco después de la propia Cartagena. Poco antes, el 10 de mayo del mismo año, Bolívar se había embarcado rumbo a Jamaica, en un bergantín inglés, en compañía de unos doce de sus oficiales. Llegado a ese punto de refugio, publicó una nueva proclama, presentándose como víctima de alguna facción o enemigo secreto y justificando su fuga ante los españoles como una renuncia al mando, en obsequio a la paz pública.

Durante 8 meses que duró su permanencia en Kingston, los generales que habían quedado en Venezuela y el general Arismendi en la isla Margarita, defendieron tenazmente el suelo de su país contra las armas españolas. Ribas, de quien derivaba el prestigio de Bolívar, había sido fusilado por los españoles después de la toma de Maturín, y su puesto fue ocupado por otro hombre de capacidad todavía mayor, y que no pudiendo desempeñar, por su condición de extranjero, una función propia en la revolución sudamericana, decidió actuar bajo las órdenes de Bolívar. Ese hombre era Luis Brion. Para ayudar a los revolucionarios, había zarpado de Londres hacia Cartagena en una corbeta de 24 cañones, equipada en buena parte a sus propias expensas y llevando un cargamento de 14.000 fusiles y gran cantidad de pertrechos. Habiendo llegado demasiado tarde para ser útil allí, volvió a zarpar hacia Los Cayos, Haití, donde muchos patriotas emigrados habían huido después de la rendición de Cartagena. También Bolívar había partido en ese entonces de Kingston hacia Port-au-Prince donde, bajo su formal promesa de emancipar a los esclavos, había recibido del presidente de Haití, Petion, el ofrecimiento de importantes elementos para una nueva expedición contra los españoles de Venezuela. En Los Cayos se encontró con Brion y con numerosos emigrados, y en una asamblea general se propuso a sí mismo como jefe de la nueva expedición bajo la condición de que, hasta que pudiese reunirse un congreso general, él reuniría en sus manos los poderes civil y militar. La mayoría aceptó esas condiciones y la expedición se hizo a la mar el 16 de abril de 1816, teniendo a Bolívar como comandante y a Brion como almirante. Llegados a la isla Margarita, Bolívar logró imponerse a Arismendi, comandante de la isla,

quien había logrado confinar a los españoles en el pequeño reduto de Pampatar. Con la formal promesa de Bolívar de convocar a un congreso nacional en Venezuela, tan pronto como hubiera dominado el país, Arismendi convocó una junta en la catedral de Villa del Norte, y públicamente proclamó a Bolívar comandante en jefe de las repúblicas de Venezuela y Nueva Granada. El 31 de mayo de 1816, Bolívar desembarcó en Carúpano, pero no se atrevió a impedir que Mariño y Piar se separaran de él y llevaran, por su propia cuenta, una campaña contra Cumaná. Debilitadas sus fuerzas por esa separación, y aconsejado por Brion, se hizo a la mar rumbo a Ocumare, donde llegó el 3 de julio de 1816 con una flota de 13 buques, de los cuales sólo 7 estaban armados. Su ejército constaba de 650 hombres, que aumentaron a 800 por la incorporación de negros ex esclavos, cuya emancipación había decretado. Al llegar a Ocumare, publicó una nueva proclama, prometiendo "exterminar a los tiranos" y "convocar al pueblo para que designe sus diputados al congreso". Mientras avanzaba en dirección a Valencia, se encontró no lejos de Ocumare, con el general español Morales, al frente de una tropa de unos 200 soldados y 100 milicianos. Al ver que las escaramuzas con la tropa de Morales habían dispersado su vanguardia, Bolívar, según un testigo presencial, perdió "toda presencia de ánimo y sin pronunciar palabra volvió grupos rápidamente, escapó a toda carrera hacia Ocumare, atravesó el pueblo al galope, llegó hasta la bahía próxima, bajó del caballo, saltó a una lancha y se embarcó a bordo del «Diana», y ordenó a toda la escuadra que lo siguiera a la isla de Bonaire, dejando a todos sus compañeros sin ninguna posibilidad de ayuda". Los reproches y exhortaciones de Brion le indujeron a unirse nuevamente a los otros jefes en la costa de Cumaná; pero como lo recibieron con acritud y Piar lo amenazó con hacerlo juzgar por un tribunal militar, por traidor y cobarde, volvió rápidamente a partir a Los Cayos. Después de una labor de varios meses, Brion consiguió finalmente persuadir a la mayoría de los jefes militares, que sentían la necesidad de un centro, aunque más no fuere nominal, a que volvieran a llamar a Bolívar y lo nombraran general en jefe con la expresa condición de que convocara el congreso y no interviniese en la administración civil. El 31 de diciembre de 1816 Bolívar llegó a Barcelona con las armas, municiones y pertrechos suministrados por Petion. El 2 de ene-

ro de 1817 se le unió Arismendi, y el 4 del mismo mes Bolívar proclamó la ley marcial y asumió en su persona todos los poderes; pero apenas cinco días más tarde, habiendo caído Arismendi en una emboscada tendida por los españoles, el dictador huyó a Barcelona. Las tropas se concentraron en esa población, y Brion remitió allí fusiles y refuerzos, con los cuales pudo Bolívar disponer de un nuevo ejército de 1.100 hombres. El 15 de abril los españoles tomaron Barcelona y las fuerzas patriotas tuvieron que hacerse fuertes en la Casa de la Misericordia, edificio aislado de la población, en torno al cual, por orden de Bolívar, se cavaron trincheras, protección absolutamente inapta para proteger contra un ataque serio a una guarnición de 1.000 hombres. Bolívar abandonó el puesto en la noche del 5 de abril, informando al coronel Freites, en quien delegó el mando, que iba en busca de nuevas fuerzas y que pronto volvería. Confiado en esa promesa, Freites rechazó un ofrecimiento de capitulación y después del asalto fue asesinado, junto con toda la guarnición, por los españoles.

Piar, un hombre de color, nativo de Guayana, concibió y llevó a cabo la conquista de las provincias de la Guayana. El almirante Brion sostuvo la empresa con sus embarcaciones artilladas. Evacuadas ya todas las provincias por los españoles, Piar, Brion, Zea, Mariño, Arismendi y otros, convocaron un congreso en Angostura, el 20 de julio, y pusieron un triunvirato al frente del Poder Ejecutivo. Brion, que aborrecía a Piar y se interesaba profundamente por Bolívar, en cuyo éxito había comprometido su gran fortuna, logró que este último fuera designado miembro del triunvirato pese a no hallarse presente. Al recibir la noticia, Bolívar abandonó su retiro y se dirigió a Angostura, donde, alentado por Brion, disolvió el congreso y el triunvirato, reemplazándolos por un "Supremo Consejo de la Nación", del que se nombró jefe, y designando directores a Brion y a Antonio Francisco Zea, el primero a cargo de la rama militar y el segundo de la política. Piar, el conquistador de la Guayana, que ya una vez lo había amenazado con hacerlo juzgar por una corte marcial, como desertor, no ahorra sarcasmos acerca del "Napoleón de las retiradas", y Bolívar forjó rápidamente un plan para librarse de él. Bajo la falsa acusación de haber conspirado contra los blancos, participado en un complot contra la vida de Bolívar y aspirado al poder supremo, Piar fue conducido ante un consejo

de guerra presidido por Brion y, declarado culpable, se le condenó a muerte, siendo fusilado el 16 de octubre de 1817. La ejecución de Piar llenó de terror a Mariño. Consciente de su insignificancia sin el concurso de Piar, Mariño, en una carta abyecta, calumnió públicamente a su amigo asesinado, imploró gracia para sus propios conatos de rivalidad con el Libertador y se confió a las "inagotables reservas de magnanimidad" de Bolívar.

La conquista de la Guayana por Piar había cambiado por completo a favor de los patriotas la situación, puesto que ese solo territorio suministraba más recursos que todas las otras siete provincias de Venezuela juntas. Por ello todo el mundo esperó que la nueva campaña anunciada por Bolívar en una nueva proclama, tendría por resultado la expulsión definitiva de los españoles. El primer boletín, que al referirse a algunas pequeñas partidas españolas que forrajaban al retirarse de Calabozo, las presentaba como "ejércitos que huyen ante nuestras tropas victoriosas", no fue ciertamente redactado para disipar esas esperanzas. Para hacer frente a unos 4.000 españoles, cuya concentración ordenada por Morillo todavía no se había hecho efectiva, Bolívar disponía de más de 9.000 hombres perfectamente armados y equipados y provistos con todo lo necesario para la guerra. A pesar de ello, a fines de mayo de 1818 llevaba pérdidas cerca de doce batallas y todas las provincias situadas al norte del Orinoco. Como dispersaba a sus fuerzas, éstas, aunque numéricamente superiores, eran siempre derrotadas por separado. Dejando la dirección de la guerra a Páez y otros subordinados, Bolívar se instaló en Angostura. Las defecciones se sucedían unas a otras y todo parecía encaminarse a un fracaso completo. En este momento extremadamente crítico, una nueva combinación de sucesos afortunados cambió el aspecto de las cosas. En Angostura, Bolívar encontró a Santander, nativo de Nueva Granada, quien le pidió elementos para hacer una incursión en ese territorio, cuya población estaba lista para un levantamiento general contra los españoles. Bolívar satisfizo en cierta medida las demandas de Santander, y al mismo tiempo empezaron a llegar de Inglaterra fuertes auxilios en hombres, barcos y municiones, y oficiales ingleses, franceses, alemanes y polacos comenzaron a afluir a Angostura. Por último el doctor Germán Roscio, tristemente impresionado por la declinante fortuna de la revolución sudamericana, adoptó una actitud resuelta, se impuso moralmente a

Bolívar y le indujo a reunir, el 15 de febrero de 1819, un Congreso Nacional, demostrándose que ese solo nombre tenía fuerzas suficientes como para crear un ejército de 14.000 hombres, con lo que Bolívar se encontró en condiciones de volver a la ofensiva.

Los oficiales extranjeros le sugirieron el plan de hacer un amago de ataque contra Caracas para liberar a Venezuela del yugo español e inducir a Morillo a concentrar sus fuerzas en Venezuela, desguarneciendo a Nueva Granada, y entonces Bolívar se volvería súbitamente hacia el oeste y, en unión con las guerrillas de Santander, marcharía sobre Bogotá. Ejecutando ese plan, Bolívar salió de Angostura el 24 de febrero de 1819, después de nombrar a Zea presidente del congreso y vicepresidente de la república durante su ausencia. Por las maniobras de Páez, Morillo y La Torre fueron derrotados en Achaguas y hubieran quedado deshechos si Bolívar hubiese unido sus tropas a las de Páez y Mariño. De cualquier modo, las victorias de Páez trajeron como resultado la ocupación de la provincia de Barima, con lo que Bolívar tenía abierto el camino a Nueva Granada. Como aquí todo estaba preparado por Santander, las tropas extranjeras, compuestas principalmente por ingleses, decidieron el destino de Nueva Granada en las sucesivas victorias ganadas el 19 y el 23 de julio y el 7 de agosto en la provincia de Tunja. El 12 de agosto Bolívar entró triunfalmente en Bogotá, en tanto que los españoles, contra quienes se habían sublevado todas las provincias de Nueva Granada, se encerraban en la ciudad fortificada de Mompox.

Dejando reglamentado el funcionamiento del Congreso de Nueva Granada y al general Santander como comandante en jefe, Bolívar marchó hacia Pamplona, en donde gastó más de dos meses en bailes y fiestas. El 3 de noviembre llegó a Montecal, Venezuela, punto que había indicado a los jefes patriotas para que se le unieran con sus tropas. Con un tesoro de alrededor de dos millones de dólares, suministrado por la población de Nueva Granada por medio de contribuciones forzosas, y con una fuerza disponible de casi 9.000 hombres —la tercera parte de los cuales eran ingleses, irlandeses, hanoverianos y otros extranjeros bien disciplinados— Bolívar debía hacer frente a un enemigo desprovisto de toda clase de recursos y reducido a una fuerza nominal de 4.500 hombres, cuyos dos tercios eran nativos y no podían por lo tanto inspirar confianza a los españoles. Al retirarse Morillo de San Fernando de Apure en dirección a San

Carlos, Bolívar le siguió hasta Calabozo, de manera que ambos estados mayores enemigos estaban a sólo dos días de marcha uno de otro. Si Bolívar hubiera avanzado resueltamente, la fuerza europea de su ejército habría bastado para aniquilar a los españoles, pero prefirió prolongar la guerra cinco años más.

En octubre de 1819 el Congreso de Angostura había obligado a Zea, nombrado por Bolívar, a renunciar a su cargo, y elegido en su reemplazo a Arismendi. Al recibir esa noticia, Bolívar marchó con su legión extranjera hacia Angostura, sorprendió a Arismendi, cuya fuerza se reducía a 600 nativos, lo deportó a la isla de Margarita y devolvió a Zea los honores de su cargo. El doctor Roscio, fascinándole con las perspectivas de un poder centralizado, le indujo a constituir la República de Colombia, que comprendía los territorios de Nueva Granada y Venezuela, estableciendo una constitución, redactada por Roscio, para el nuevo estado e instituyendo un congreso común para ambos territorios. El 20 de enero de 1820 se hallaba de regreso en San Fernando de Apure. El súbito retiro de la legión extranjera, más temida por los españoles que un ejército de colombianos diez veces más numeroso, había proporcionado una nueva oportunidad a Morillo para reunir refuerzos mientras que, por otra parte, la noticia de que se estaba organizando en España una formidable expedición al mando del general O'Donnell, levantaba el decaído espíritu del partido español. No obstante disponer de fuerzas muy superiores, Bolívar se ingenió para no lograr nada durante la campaña de 1820. Entretanto llegaba de Europa la noticia de que la revolución de la isla de León había puesto un fin violento a la anunciada tentativa de O'Donnell. En Nueva Granada, quince de las veintidós provincias se habían adherido al gobierno de Colombia y los españoles sólo conservaban la fortaleza de Cartagena y el istmo de Panamá. En Venezuela, seis de los ocho provincias obedecían a las leyes de Colombia. Esa era la situación, pero Bolívar se dejó seducir por Morillo y entró en negociaciones que tuvieron por resultado el concertamiento de una tregua de seis meses, suscrita en Trujillo el 25 de noviembre de 1820. En la tregua no se hizo mención alguna de la República de Colombia, a pesar de que el congreso había expresamente prohibido la conclusión de pacto alguno con el jefe español en tanto éste no hubiera reconocido la independencia de la república.

El 17 de diciembre, Morillo, que ansiaba desempeñar un papel en España, se embarcó en Puerto Cabello, delegando el mando supremo en Miguel de la Torre; el 10 de marzo de 1821, Bolívar notificó por carta a de la Torre que las hostilidades recomenzarían al expirar un plazo de 30 días. Los españoles tenían una fuerte posición en Carabobo, población situada aproximadamente a mitad de camino entre San Carlos y Valencia; pero de la Torre, en vez de concentrar allí la totalidad de sus fuerzas, reunió sólo su primera división, compuesta por unos 2.500 infantes y 1.500 jinetes, mientras que Bolívar disponía de 6.000 infantes —entre ellos 1.100 hombres de la legión inglesa— y de 3.000 llaneros a caballo bajo las órdenes de Páez. Sin embargo, la posición del enemigo pareció tan amenazante a Bolívar, que propuso a su consejo de guerra negociar un nuevo armisticio, idea que rechazaron sus subalternos. A la cabeza de una columna formada principalmente por la legión británica, Páez, siguiendo un atajo, efectuó un movimiento destinado a envolver el ala derecha del enemigo. Ante el éxito de esa maniobra, de la Torre fue el primero de los españoles en huir a la carrera, no parando hasta llegar a Puerto Cabello, donde se encerró con el resto de sus tropas. Puerto Cabello se habría rendido también si el ejército victorioso hubiera avanzado rápidamente, pero Bolívar perdió el tiempo en exhibirse en Valencia y Caracas. El 21 de setiembre de 1821 la fortaleza de Cartagena se rindió a Santander. Los últimos hechos de armas en Venezuela, el combate naval de Maracaibo en agosto de 1823 y la forzada rendición de Puerto Cabello en julio de 1824, fueron obra de Padilla. La revolución de la isla de León, que impidió la partida de la expedición de O'Donnell, y el concurso de la legión británica, habían inclinado de una manera ostensible la balanza a favor de los colombianos.

El congreso colombiano, reunido en Cúcuta, inició sus sesiones en enero de 1821, el 30 de agosto publicó la nueva constitución y cuando Bolívar amenazó una vez más con renunciar, renovó sus poderes. Habiendo firmado la nueva constitución, Bolívar fue autorizado para emprender (1822) la campaña de Quito, provincia a la cual se habían retirado los españoles después de ser desalojados del istmo de Panamá por un levantamiento general de la población. Esta campaña, que tuvo por resultado la incorporación de Quito, Pasto y Guayaquil a la República de Colom-

bia, fue nominalmente conducida por Bolívar y el general Sucre, pero los pocos éxitos obtenidos se debieron íntegramente a los oficiales británicos, en particular el coronel Sands. Durante las campañas de 1823 y 1824 contra los españoles, Bolívar no consideró necesario ni siquiera representar el papel de comandante en jefe y, dejando al general Sucre todas las tareas militares, se dedicó por su parte a hacer entradas triunfales, a publicar manifiestos y promulgar constituciones. Por medio de su guardia de corps colombiana, manejó los votos del Congreso de Lima que, el 10 de febrero de 1823, le transfirió la dictadura mientras se aseguraba la reelección como presidente de Colombia con un nuevo simulacro de renuncia. Su posición se había fortalecido en el interín con el reconocimiento del nuevo estado por parte de Inglaterra y con la conquista del Alto Perú por Sucre, que hizo de ese territorio una república independiente con el nombre de Bolivia. En ese país, donde imperaban las bayonetas de Sucre, Bolívar dio rienda suelta a su propensión al poder arbitrario, instituyendo el "Código Boliviano", imitación del "Código Napoleón". Su plan era trasplantar ese código de Bolivia a Perú y de allí a Colombia, manteniendo en sujeción a los dos primeros países por medio de las tropas colombianas y a Colombia por medio de la Legión Extranjera y de los soldados peruanos. Valiéndose de la fuerza combinada con la intriga, logró imponer, aunque sólo por algunas semanas, su código a Perú, Presidente y Libertador de Colombia, protector y dictador de Perú, padrino de Bolivia, Bolívar había llegado a la cúspide de su fama. Pero en Colombia había surgido un serio antagonismo entre los centralistas o bolivaristas y los federalistas, rótulo este último bajo el que se ocultaban los enemigos de la anarquía militar, coligados con los militares rivales de Bolívar. Habiendo el congreso, a instigación de Bolívar, propuesto el enjuiciamiento de Páez, vicepresidente de Venezuela, este último se sublevó abiertamente contra el congreso, apoyado e impulsado secretamente por el propio Bolívar, que necesitaba insurrecciones a fin de tener un pretexto para abolir la constitución y reasumir la dictadura. A su regreso de Perú trajo junto con su guardia de corps a 1.800 soldados peruanos, aparentemente para luchar con los federales rebeldes. Sin embargo, al encontrarse con Páez en Puerto Cabello no sólo le confirmó en el mando de Venezuela y publicó una proclama de amnistía a los rebeldes, sino que se puso abier-

tamente de su parte y persiguió a los defensores de la constitución, asumiendo los poderes dictatoriales por un decreto dado en Bogotá el 25 de noviembre de 1826.

En el año 1826, a partir del cual empieza la declinación de su poder, logró reunir un congreso en Panamá, con el aparente objeto de instituir un nuevo código democrático internacional. Llegaron plenipotenciarios de Colombia, Brasil, La Plata, Bolivia, México, Guatemala, etc. Lo que en realidad se proponía Bolívar era hacer de toda América del Sur una república federal de la que él sería dictador. Mientras daba así rienda suelta a sus sueños de vincular medio mundo a su nombre, el poder efectivo se le escapaba rápidamente de las manos. Al tener conocimiento de sus preparativos para introducir el código boliviano, las tropas colombianas destacadas en Perú promovieron una violenta insurrección. Los peruanos eligieron al general Lamar presidente de la república, ayudaron a los bolivianos a expulsar a las tropas colombianas e incluso iniciaron una victoriosa guerra contra Colombia, finalizada por un tratado que redujo a Colombia a sus límites primitivos, estableciendo la igualdad de ambos países y separando sus respectivas deudas. El Congreso de Ocaña, convocado por Bolívar con miras a modificar la constitución en favor de su poder discrecional, inició sus sesiones el 2 de marzo de 1828 con una artificiosa exposición en la que se insistía sobre la necesidad de dar nuevos poderes al ejecutivo. Cuando se hizo evidente que el proyecto de reformas a la constitución saldría de la convención muy distinto de como había sido presentado, los partidarios de Bolívar abandonaron sus bancas, dejando sin quórum a la asamblea; ésta automáticamente dejó de existir. Desde una residencia rural situada a algunas millas de Ocaña, Bolívar publicó otro manifiesto pretendiendo que se le excusara de la actitud de sus partidarios, pero al mismo tiempo atacaba al congreso, incitaba a las provincias a adoptar medidas extraordinarias y se declaraba dispuesto a soportar una vez más la carga del poder que sobre él pudiera recaer. Bajo la presión de sus bayonetas, asambleas populares reunidas en Caracas, Cartagena y Bogotá —donde se había trasladado Bolívar—, le invistieron nuevamente con el poder dictatorial. Una tentativa de asesinarlo en su propio dormitorio, a la que pudo escapar saltando por una ventana en plena noche y permaneciendo agazapado bajo un puente, le permitió intro-

ducir y mantener por algún tiempo una especie de terrorismo militar. Sin embargo se guardó de tocar a Santander a pesar de que había participado en el complot; en cambio hizo matar al general Padilla, cuya culpabilidad no se probó en modo alguno, pero que como era hombre de color no podía hacer una seria resistencia.

En 1829 las violencias facciosas conturbaban a la república y Bolívar, en un nuevo manifiesto a sus conciudadanos, les invitó a manifestar francamente sus deseos en cuanto a las modificaciones a introducir en la constitución. Una asamblea de notables reunida en Caracas le contestó denunciando públicamente su ambición, poniendo al desnudo las deficiencias de sus gestiones administrativas y proclamando la separación de Venezuela, a cuya cabeza colocaron al general Páez. El Senado de Colombia sostuvo a Bolívar, pero en diferentes puntos del país estallaron nuevas insurrecciones. Después de haber dimitido por quinta vez en enero de 1830, Bolívar aceptó de nuevo la presidencia y salió de Bogotá para hacer la guerra a Páez en nombre del congreso. A fines de marzo de 1830 avanzó al frente de 8.000 hombres, tomó Caracuta, que se había sublevado, y retrocedió a la provincia de Maracaibo, donde le esperaba Páez al frente de 12.000 hombres. Tan pronto como Bolívar se enteró que Páez pensaba combatir seriamente se debilitó su valor. Por un momento pensó incluso en someterse a Páez, rebelándose contra el congreso; pero, desaparecida la influencia de sus partidarios en el congreso, se vio obligado a presentar su renuncia, sabiendo que esta vez tendría que atenerse a ella y de que se le aseguraría una pensión anual con la condición de que se marchase al extranjero. Envío su dimisión al congreso el 27 de abril de 1830. Pero con la esperanza de recuperar el poder, ya que se había iniciado un movimiento de reacción contra Joaquín Mosquera, el nuevo presidente de Colombia, Bolívar se retiró de Bogotá muy lentamente consiguiendo, con distintos pretextos, prolongar su permanencia en San Pedro hasta fines de 1830, fecha en que dejó de existir repentinamente.

Ducoudray-Holstein traza de él este retrato: "Simón Bolívar mide cinco pies y cuatro pulgadas de estatura, su cara es alargada, sus mejillas hundidas y la tez parduzca y lívida. Los ojos, de tamaño mediano, se hunden profundos en su cabeza, coronada por escaso cabello. El bigote le da un aspecto sombrío y feroz, especialmente cuando se apasiona. Todo

su cuerpo es flaco y descarnado. Tiene el aspecto de un hombre de 65 años. Cuando camina, mueve continuamente los brazos. No puede andar mucho a pie, pues se fatiga pronto. Le gusta tenderse o sentarse en la hamaca. Tiene súbitas explosiones de resentimiento y entonces se convierte en un demente; se arroja en la hamaca y prorrumpe en imprecaciones y blasfemias contra cuantos le rodean. Tiene propensión a lanzar sarcasmos sobre las personas ausentes, no lee sino literatura francesa de carácter ligero, es un jinete consumado y le gusta con pasión el vals. Le agrada escucharse, hablar y pronunciar brindis. En la adversidad, y privado de toda ayuda exterior, resulta completamente exento de pasiones y violencias de temperamento. Entonces se vuelve suave, paciente, dulce y hasta sumiso. Oculta excelentemente sus defectos bajo la urbanidad de un

hombre educado en el llamado «beau-monde», posee un talento casi asiático para el disimulo y conoce a los hombres mucho mejor que la gran mayoría de sus compatriotas”.

Por un decreto del Congreso de Nueva Granada, los restos mortales de Bolívar fueron trasladados en 1842 a Caracas, habiéndose erigido allí un monumento en su memoria.

Véase: “Histoire de Bolivar, par le Général Ducoudray Holstein, continuée jusqu’à sa mort par Alphonse Viollet”, Paris, 1831; “Memoirs of General John Miller (in the service of the Republic of Perú)”; Col. Hippisley’s, “Account of his Journey of the Orinoco”, Londres, 1819

Escrito hacia el 3 de enero de 1852.
Traducción de Emilio Molina.



MARX

KARL MARX nació el 5 de mayo de 1818 en Tréveris (ciudad de la Prusia renana).

Su padre era un abogado judío convertido al protestantismo en 1824. Su familia era acomodada y culta, aunque no revolucionaria. Después de cursar en Tréveris los estudios de bachillerato, Marx se matriculó en la universidad, primero en la de Bonn y luego en la de Berlín, siguiendo la carrera de Derecho y estudiando sobre todo Historia y Filosofía. Terminados sus estudios universitarios, en 1841, presentó una tesis sobre la filosofía de Epicuro. Sus ideas eran todavía entonces las de un idealista hegeliano. En Berlín se acercó al círculo de los "hegelianos de izquierda" (Bruno Bauer y otros), que intentaban sacar de la filosofía de Hegel conclusiones ateas y revolucionarias.

Después de cursar sus estudios universitarios, Marx se trasladó a Bonn, con la intención de hacerse profesor. Pero la política reaccionaria de un gobierno que en 1832 había despojado de la cátedra a Ludwig Feuerbach, negándole nuevamente la entrada en las aulas en 1836, y que en 1841 retiró al joven profesor Bruno Bauer el derecho de enseñar desde la cátedra de Bonn, le obligó a renunciar a la carrera académica. En esta época, las ideas de los hegelianos de izquierda hacían rápidos progresos en Alemania. Fue Ludwig Feuerbach quien, sobre todo a partir de 1836, se entregó a la crítica de la teología, comenzando a orientarse hacia el materialismo, que en 1841 (*La*

esencia del cristianismo) triunfa resueltamente en sus doctrinas; en 1843 ven la luz sus *Principios de la filosofía del porvenir*. "Hay que haber vivido la influencia liberadora" de estos libros, escribe Engels años más tarde refiriéndose a esas obras de Feuerbach. "Nosotros" (es decir, los hegelianos de izquierda, entre ellos Marx) "nos hicimos al momento feuerbachianos". Por aquel entonces, los burgueses radicales renanos, que tenían ciertos puntos de contacto con los hegelianos de izquierda, fundaron en Colonia un periódico de oposición, la *Gaceta del Rin* (que comenzó a publicarse el 1º de enero de 1842). Sus principales colaboradores eran Marx y Bruno Bauer; en octubre de 1842 Marx fue nombrado redactor jefe del periódico y se trasladó de Bonn a Colonia. Bajo la dirección de Marx, la tendencia democrática revolucionaria del periódico fue acentuándose, y el gobierno lo sometió primero a una doble y luego a una triple censura, para acabar ordenando su total supresión a partir del 1º de enero de 1843. Marx viose obligado a abandonar antes de esa fecha su puesto de redactor jefe, pero la separación no logró tampoco salvar al periódico, que dejó de publicarse en marzo de 1843. Entre los artículos más importantes publicados por Marx en la *Gaceta del Rin*, Engels menciona, además de los que citamos más abajo (*v. Bibliografía**), el que se

(*) Véase: V. I. Lenin. Obras. t. 21, págs. 63-74, 4ª ed. en ruso.

refiere a la situación de los campesinos viticultores del valle del Mosela. Como las actividades periodísticas le habían revelado que no disponía de los necesarios conocimientos de economía política, se aplicó arduosamente al estudio de esta ciencia.

En 1843, Marx se casó en Kreuznach con Jenny von Westphalen, amiga suya de la infancia, con quien se había prometido ya de estudiante. Pertenecía su mujer a una reaccionaria y aristocrática familia prusiana. Su hermano mayor fue ministro de la Gobernación en Prusia durante una de las épocas más reaccionarias, de 1850 a 1858. En el otoño de 1843, Marx se trasladó a París, con el propósito de editar allí, desde el extranjero, una revista de tipo radical en colaboración con Arnoldo Ruge (1802-1880; hegeliano de izquierda, encarcelado de 1825 a 1830, emigrado después de 1848, y bismarckiano después de 1866-1870). De esta revista, titulada *Anales francoalemanes*, sólo llegó a ver la luz el primer cuaderno. La publicación hubo de interrumpirse a consecuencia de las dificultades con que tropezaba su difusión clandestina en Alemania y de las discrepancias de criterio surgidas entre Marx y Ruge. Los artículos de Marx en los *Anales* nos muestran ya al revolucionario que proclama la "crítica despiadada de todo lo existente", y en especial la "crítica de las armas", apelando a las masas y al proletariado.

En setiembre de 1844 pasó unos días en París Friedrich Engels, que es a partir de ese momento el amigo más íntimo de Marx. Ambos tomaron conjuntamente parte activísima en la vida, febril por aquel entonces, de los grupos revolucionarios de París (especial importancia revestía la doctrina de Proudhon, a la que Marx sometió a una crítica demoledora en su obra *Miseria de la Filosofía*, publicada en 1847) y, en lucha enérgica contra las diversas doctrinas del socialismo pequeñoburgués, construyeron la teoría y la táctica del socialismo proletario revolucionario o comunismo (marxismo). Véanse las obras de Marx correspondientes a esta época, 1844-1848, más abajo, en la *Bibliografía*. En 1845 y a petición del gobierno prusiano, Marx fue expulsado de París como revolucionario peligroso, y fijó residencia en Bruselas. En la primavera de 1847, Marx y Engels se afiliaron a una sociedad secreta de propaganda, la *Liga de los Comunistas*, y tomaron parte activa y muy destacada en el IIº Congreso de esta organización (celebrado en Londres, en noviembre de 1847), donde se

les confió la redacción del famoso *Manifiesto del Partido Comunista*, que vio la luz en febrero de 1848. Esta obra expone, con una claridad y una brillantez geniales, la nueva concepción del mundo, el materialismo consecuente aplicado también al campo de la vida social, la dialéctica como la más completa y profunda doctrina del desarrollo, la teoría de la lucha de clases y del papel revolucionario histórico mundial del proletariado como creador de una sociedad nueva, de la sociedad comunista.

Al estallar la revolución de febrero de 1848, Marx fue expulsado de Bélgica y se trasladó nuevamente a París, desde donde, después de la revolución de marzo, pasó a Alemania, estableciéndose en Colonia. Del 1º de junio de 1848 al 19 de mayo de 1849 se publicó en esta ciudad la *Nueva Gaceta del Rin*, que tenía a Marx de redactor jefe. El curso de los acontecimientos revolucionarios de 1848 y 1849 vino a confirmar de manera luminosa la nueva teoría, como habían de confirmarla también en lo sucesivo todos los movimientos proletarios y democráticos de todos los países del mundo. Triunfante la contrarrevolución, Marx hubo de comparecer ante los tribunales y, si bien resultó absuelto (el 9 de febrero de 1849), posteriormente fue expulsado de Alemania (16 de mayo de 1849). Vivió en París durante algún tiempo, pero, expulsado nuevamente de esta capital después de la manifestación del 13 de junio de 1849, fue a instalarse a Londres, donde pasó ya el resto de su vida.

Las condiciones de la vida en la emigración eran extraordinariamente penosas, como lo prueba especialmente la correspondencia entre Marx y Engels (editada en 1913). La miseria llegó a pesar de un modo verdaderamente asfixiante sobre Marx y su familia; a no ser por la constante y altruista ayuda económica de Engels, Marx no sólo no habría podido llevar a término *El Capital*, sino que habría sucumbido fatalmente bajo el peso de la miseria. Además, las doctrinas y corrientes del socialismo pequeñoburgués y del socialismo no proletario en general, predominantes en aquella época, obligaban a Marx a mantener una lucha incansable y despiadada, y a veces a defenderse contra los ataques personales más rabiosos y más absurdos ("Herr Vogt"). Apartándose de los círculos de emigrados y concentrando sus fuerzas en el estudio de la economía política, Marx desarrolló su teoría materialista en una serie de trabajos históricos (v. *Bibliografía*). Sus obras *Contribución a la crítica de la economía*

política (1858) y *El Capital* (t. I, 1867), introdujeron un espíritu revolucionario en la ciencia económica (v. más abajo la *doctrina* de Marx).

La época del recrudecimiento de los movimientos democráticos, a fines de la década del 50 y en la década del 60, llamó de nuevo a Marx al trabajo práctico. El 28 de setiembre de 1864 se fundó en Londres la famosa Iª Internacional, la Asociación Internacional de los Trabajadores. Alma de esta organización era Marx, que fue el autor de su primer *Manifiesto* y de un gran número de acuerdos, declaraciones y llamamientos. Con sus esfuerzos por unificar el movimiento obrero de los diferentes países y por traer a los cauces de una actuación común las diversas formas del socialismo no proletario, premarxista (Mazzini, Proudhon, Bakunin, el tradeunionismo liberal inglés, las oscilaciones deréichistas de Lassalle en Alemania, etc.), a la par que combatía las teorías de todas estas sectas y escuelitas, Marx fue forjando la táctica común de la lucha proletaria de la clase obrera en los distintos países. Después de la caída de la Comuna de París (1871) — que Marx (en *La guerra Civil en Francia*, 1871) analizó de un modo tan profundo, tan certero y tan brillante como *hombre de acción*, como revolucionario— y al producirse la escisión provocada por los bakuninistas, la Internacional no podía subsistir en Europa. Después del Congreso de La Haya (1872), Marx consiguió que el Consejo General de la Internacional se trasladase a Nueva York. La Iª Internacional había cumplido su misión histórica y cedió el campo a una época de desarrollo incomparablemente más amplio del movimiento obrero en todos los países del mundo, época en que este movimiento había de desplegarse *extensivamente*, engendrando partidos obreros socialistas de *masas* dentro de cada estado nacional.

Su intensa labor en la Internacional y sus estudios teóricos, todavía más intensos, quebrantaron definitivamente la salud de Marx. Este prosiguió su obra de transformación de la economía política y se consagró a terminar "*El Capital*", reuniendo con este fin una infinidad de nuevos documentos y poniéndose a estudiar varios idiomas (entre ellos el ruso), pero la enfermedad le impidió dar cima a "*El Capital*".

El 2 de diciembre de 1881 murió su mujer. El 14 de marzo de 1883, Marx se dormía dulcemente para siempre en su sillón. Yace enterrado, junto a su mujer, en el cementerio

de Highgate de Londres. Varios hijos de Marx murieron en la infancia, en Londres, cuando la familia atravesaba extraordinarias dificultades económicas. Tres de sus hijas contrajeron matrimonio con socialistas de Inglaterra y Francia: Eleonora Eveling, Laura Lafargue y Jenny Longuet. Un hijo de esta última es miembro del Partido Socialista francés.

LA DOCTRINA DE MARX

El *marxismo* es el sistema de las ideas y la doctrina de Marx. Marx es el continuador y consumidor genial de las tres grandes corrientes espirituales del siglo XIX, que tuvieron por cuna a los tres países más avanzados de la humanidad: la filosofía clásica alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés unido a las ideas revolucionarias francesas en general. La maravillosa consecuencia y la unidad sistemática que hasta los adversarios de Marx ven en sus ideas, que en su conjunto representan el materialismo moderno y el socialismo científico moderno como teoría y programa del movimiento obrero de todos los países civilizados del mundo, nos obligan a trazar, antes de exponer el contenido principal del marxismo, o sea, la doctrina económica de Marx, un breve resumen de sus ideas filosóficas en general.

EL MATERIALISMO FILOSÓFICO

Desde los años 1844 y 1845, época en que se forman sus ideas, Marx es materialista y sigue a Feuerbach, cuyo único lado débil fue para él, entonces y más tarde, la falta de consecuencia y de universalidad de que adolecía su materialismo. Para Marx, la importancia histórica mundial de Feuerbach, lo que en él "hizo época", era precisamente la resuelta ruptura con el idealismo hegeliano y la afirmación del materialismo, que ya "en el siglo XVIII, sobre todo en Francia, no había sido solamente una lucha contra las instituciones políticas existentes y, al mismo tiempo, contra la religión y la teología, sino también... contra toda metafísica" (en el sentido de "especulación exagerada", a diferencia de la "filosofía sensata") (*La Sagrada Familia*, en *Herencia Literaria*). "Para Hegel —escribía Marx—, el proceso del pensamiento, al que convierte incluso, bajo el nombre de idea, en sujeto con vida propia, es el demiurgo (el creador) de lo real... Para mí, por el contrario, lo ideal no

es más que lo material traspuesto y traducido en la cabeza del hombre" (*El Capital*, t. I, palabras finales a la 2ª ed.). Coincidiendo en un todo con la filosofía materialista de Marx, F. Engels expone del siguiente modo esta concepción filosófica en su *Anti-Dühring* (v.), cuyo manuscrito había tenido Marx en sus manos: "...La unidad del mundo no consiste en un ser... La unidad real del mundo consiste en su materialidad, que tiene su prueba... en el largo y penoso desarrollo de la filosofía y las ciencias naturales... El movimiento es la forma de existencia de la materia. Jamás ni en parte alguna ha existido ni puede existir materia sin movimiento ni movimiento sin materia... Si nos preguntamos... qué son en realidad, el pensamiento y la conciencia y de dónde proceden, nos encontramos con que son producto del cerebro humano y con que el mismo hombre no es más que un producto de la naturaleza que se ha formado y desarrollado en su ambiente y con ella; por donde llegamos a la conclusión, lógica por sí misma, de que los productos del cerebro humano, que en última instancia no son tampoco más que productos naturales, no se contradicen, sino que se armonizan con la concatenación general de la naturaleza". "Hegel era idealista, es decir, que no consideraba las ideas de su cerebro como copias (Abbilder, a veces Engels habla de "reproducciones") más o menos abstractas de los objetos y de los fenómenos reales, sino, al contrario, eran los objetos y su desarrollo los que para él eran las imágenes de la Idea, existente, no se sabe dónde, antes de aparecer el mundo". En *Ludwig Feuerbach*, obra donde F. Engels expone sus ideas y las de Marx acerca del sistema de este filósofo y cuyo original fue a la imprenta después de haber revisado el autor un antiguo manuscrito suyo y de Marx, procedente de los años 1844 y 1845, acerca de Hegel, Feuerbach y la concepción materialista de la historia, Engels dice: "El gran problema cardinal de toda filosofía, especialmente de la moderna, es el problema de la relación entre el pensar y el ser, entre el espíritu y la naturaleza... ¿Qué es lo primero: el espíritu o la naturaleza?... Los filósofos se dividían en dos grandes campos, según la contestación que daban a esta pregunta. Los que afirmaban la anterioridad del espíritu frente a la naturaleza, los que por tanto, admitían en última instancia una creación del mundo, de cualquier clase que fuera... se agrupaban en el campo del idealismo. Los demás, aquéllos para quienes la

naturaleza era lo primero, formaban en las distintas escuelas del materialismo". Todo otro empleo de los conceptos de idealismo y materialismo (en sentido filosófico) no hace sino sembrar confusión. Marx rechaza enérgicamente, no sólo el idealismo —aliado siempre de un modo u otro a la religión—, sino la doctrina de Hume y Kant, tan extendida en nuestros días, el agnosticismo, el criticismo y el positivismo en sus distintas formas; para él, esta clase de filosofía era una concesión "reaccionaria" hecha al idealismo y, en el mejor de los casos, una "manera vergonzante de aceptar el materialismo por debajo de cuerda y renegar de él públicamente". Acerca de esto, puede consultarse, aparte de las obras ya citadas de Engels y Marx, la carta de este último a Engels del 12 de diciembre de 1868; en ella, Marx habla del famoso naturalista T. Huxley, que se muestra "más materialista" que de ordinario y manifiesta: "nosotros observamos y pensamos realmente; nunca podemos salirnos del materialismo"; pero, al mismo tiempo, Marx le reprocha el dejar abierto un "portillo" al agnosticismo, al humeismo. En particular, conviene hacer presente de un modo especial la concepción de Marx acerca de la relación entre libertad y necesidad: "La necesidad sólo es ciega mientras no se la comprende. La libertad no es otra cosa que el conocimiento de la necesidad" (Engels, *Anti-Dühring*). Esto equivale al reconocimiento de la sujeción objetiva de la naturaleza a ciertas leyes y de la transformación dialéctica de la necesidad en libertad (a la par que de la transformación de la "cosa en sí", ignorada, pero susceptible de ser conocida, en "cosa para nosotros", pasando de la "esencia de las cosas" a los "fenómenos"). El principal defecto del "viejo" materialismo, sin excluir el de Feuerbach (y no digamos el materialismo "vulgar" de Bücher-Vogt-Moleschott), consistía, según Marx y Engels, en lo siguiente: en que este materialismo era "predominantemente mecánico" y no tenía en cuenta los últimos progresos de la química y la biología (en nuestros días habría que añadir la teoría eléctrica de la materia); en que el viejo materialismo no tenía un carácter histórico ni dialéctico (sino metafísico, en el sentido de antidialéctico) y no mantenía de un modo consecuente ni en todos sus aspectos el criterio de la evolución; en que concebía la "esencia humana" en abstracto, y no como el "conjunto de las relaciones sociales" (históricamente concretas y determinadas), razón por la cual no

hacía más que "interpretar" el mundo, cuando en realidad se trata de "transformarlo"; es decir, en que no comprendía la importancia de la "actuación revolucionaria práctica".

LA DIALÉCTICA

La dialéctica hegeliana, o sea, la más universal, rica de contenido y profunda doctrina del desarrollo, era para Marx y Engels la mayor adquisición de la filosofía alemana clásica. Toda otra fórmula del principio del desarrollo, de la evolución, parecía estrecha y pobre, que mutilaba y desfiguraba la verdadera marcha del desarrollo en la naturaleza y en la sociedad (marcha que a menudo se efectúa a través de saltos, catástrofes y revoluciones). "Marx y yo fuimos seguramente casi los únicos que tratamos de salvar" (del descalabro del idealismo comprendido el hegelismo) "la dialéctica consciente para traerla a la concepción materialista de la naturaleza". "La naturaleza es la piedra de toque de la dialéctica, y hay que decir que las ciencias naturales modernas, que nos han brindado materiales extraordinariamente copiosos" (¡y esto fue escrito antes de ser descubierto el radio, los electrones, la transformación de los elementos etc.!) "y que aumentan cada día que pasa, demuestran con ello que la naturaleza se mueve, en última instancia, por cauces dialécticos, y no sobre carriles metafísicos."

"La gran idea cardinal de que el mundo no puede concebirse como un conjunto de objetos determinados y acabados —escribe Engels—, sino como un conjunto de procesos, en el que parece que las cosas que parecen estables, al igual que sus reflejos mentales en nuestras cabezas, los conceptos, pasan por una serie ininterrumpida de cambios, por un proceso de génesis y caducidad; esta gran idea cardinal se halla ya tan arraigada desde Hegel en la conciencia habitual, que, expuesta así, en términos generales, apenas encuentra oposición. Pero una cosa es reconocerla de palabra y otra cosa es aplicarla a la realidad concreta, en todos los campos sometidos a investigación". "Para la filosofía dialéctica no existe nada definitivo, absoluto, consagrado; en todo pone de relieve lo que tiene de perecedero, y no deja en pie más que el proceso ininterrumpido del devenir y del perecer, un ascenso sin fin de lo inferior a lo superior, cuyo mero re-

flejo en el cerebro pensante es esta misma filosofía". Así, pues, la dialéctica es, según Marx, "la ciencia de las leyes generales del movimiento, tanto del mundo exterior como del pensamiento humano".

Este aspecto revolucionario de la filosofía hegeliana es el que Marx recoge y desarrolla. El materialismo dialéctico "no necesita de ninguna filosofía entronizada sobre las demás ciencias". Lo único que queda en pie de la filosofía anterior es "la teoría del pensamiento y sus leyes, la lógica formal y la dialéctica". Y la dialéctica, tal y como la concibe Marx y como la formulaba Hegel, engloba lo que hoy se llama teoría de conocimiento o gnoseología, ciencia que debe enfocar también históricamente su objeto, investigando y sintetizando los orígenes y el desarrollo del conocimiento y el paso del *no* conocimiento al conocimiento.

La idea del desarrollo, de la evolución, ha penetrado actualmente casi en su integridad en la conciencia social, pero no a través de la filosofía de Hegel, sino por otros caminos. Sin embargo, esta idea, tal como la formularon Marx y Engels, arrancando de Hegel, es mucho más vasta, más rica de contenido que la teoría de la evolución al uso. Es un desarrollo que parece repetir las etapas ya recorridas, pero de otro modo, sobre una base más alta (la "negación de la negación"); un desarrollo que no discurre en línea recta, sino en espiral, por decirlo así: un desarrollo a saltos, a través de catástrofes y revoluciones, que son otras tantas "interrupciones en el proceso gradual", otras tantas transformaciones de la cantidad en calidad, impulsos internos del desarrollo originados por la contradicción, por el choque de las diversas fuerzas y tendencias que actúan sobre un determinado cuerpo, o en los límites de un fenómeno concreto o en el seno de una sociedad dada; interdependencia e íntima e inseparable concatenación de *todos* los aspectos de cada fenómeno (con la particularidad de que la historia pone constantemente de manifiesto aspectos nuevos), concatenación que ofrece un proceso único y mundial de movimiento, con sus leyes: tales son algunos rasgos de la dialéctica, mucho más compleja y rica que la teoría corriente de la evolución. (V. la carta de Marx a Engels del 8 de enero de 1868, donde ridiculiza las "rígidas tricotomías" de Stein, que sería irrisorio confundir con la dialéctica materialista.)

LA CONCEPCIÓN MATERIALISTA DE LA HISTORIA

La conciencia de que el viejo materialismo era una doctrina inconsecuente, incompleta y unilateral llevó a Marx a la convicción de que era necesario "poner en armonía con la base materialista, reconstruyéndola sobre ella, la ciencia de la sociedad". Si el materialismo explica la conciencia por el ser, y no al contrario, aplicado a la vida social de la humanidad exige que la conciencia social se aplique por el ser social. "La tecnología —dice Marx (en *El Capital*, t. I)—, descubre la relación activa del hombre con la naturaleza, el proceso inmediato de producción de su vida, y al mismo tiempo, de las condiciones sociales de su vida y de las representaciones espirituales que de ellas se derivan". En el prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*, expone Marx una fórmula completa de los principios del materialismo aplicados a la sociedad humana y a su historia. Dice así:

"En la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales.

"El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas revoluciones, hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y

que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo.

"Y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción" ... "A grandes rasgos, podemos designar como otras tantas épocas de progreso, en la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués". (Compárese con la concisa fórmula que Marx da en su carta a Engels del 7 de julio de 1866: "Nuestra teoría de la organización del trabajo determinada por los medios de producción".)

La concepción materialista de la historia, o, mejor dicho, la consecuente aplicación y extensión del materialismo al campo de los fenómenos sociales, acaba con los dos defectos fundamentales de las teorías de la historia anteriores a Marx. En primer lugar, en el mejor de los casos, estas teorías sólo consideraban los móviles ideológicos de la actividad histórica de los hombres, sin investigar el origen de esos móviles, sin percibir las leyes objetivas que rigen el desarrollo del sistema de las relaciones sociales, sin advertir las raíces de estas relaciones en el grado de progreso de la producción material; en segundo lugar, las viejas teorías no abarcaban precisamente las acciones de las masas de la población, mientras que el materialismo histórico permitió por primera vez el estudio, con la exactitud del naturalista, de las condiciones sociales de la vida de las masas y de los cambios experimentados por estas condiciones. La "sociología" y la historiografía anteriores a Marx acumularon, en el mejor de los casos, datos no analizados y fragmentarios, y expusieron algunos aspectos del proceso histórico. El marxismo señaló el camino para una investigación universal y completa del proceso de nacimiento, desarrollo y decadencia de las formaciones sociales y económicas, examinando el conjunto de todas las tendencias contradictorias y concentrándolas en las condiciones, exactamente determinables, de vida y de producción de las distintas clases de la sociedad.

eliminando el subjetivismo y la arbitrariedad en la elección de las diversas ideas "dominantes" o en su interpretación y poniendo al descubierto las raíces de todas las ideas y de todas las diversas tendencias manifestadas en el estado de las fuerzas materiales productivas, sin excepción alguna. Son los hombres los que hacen su propia historia, pero ¿qué determina los móviles de estos hombres, y más exactamente, de las masas humanas?, ¿a qué se deben los choques de las ideas y aspiraciones contradictorias?, ¿qué representa el conjunto de todos estos choques que se producen en la masa toda de las sociedades humanas?, ¿cuáles son las condiciones objetivas de producción de la vida material que forman la base de toda la actuación histórica de los hombres?, ¿cuál es la ley que preside el desenvolvimiento de estas condiciones? Marx se detuvo en todo esto y trazó el camino del estudio científico de la historia, concebida como un proceso único regido por leyes, pese a toda su imponente complejidad y a todo su carácter contradictorio.

LA LUCHA DE CLASES

Todo el mundo sabe que en cualquier sociedad las aspiraciones de los unos chocan abiertamente con las aspiraciones de los otros, que la vida social está llena de contradicciones, que la historia nos muestra la lucha entre pueblos y sociedades y en su propio seno; sabe también que se produce una sucesión de periodos de revolución y reacción, de paz y de guerras, de estancamiento y de rápido progreso o decadencia. El marxismo da el hilo conductor que permite descubrir la existencia de leyes en este aparente laberinto y caos: la teoría de la lucha de clases. Sólo el estudio del conjunto de las aspiraciones de todos los miembros de una sociedad dada, o de un grupo de sociedades, permite fijar con precisión científica el resultado de estas aspiraciones. Ahora bien, el origen de estas aspiraciones contradictorias son siempre las diferencias de situación y condiciones de vida de las *clases* de que se compone toda sociedad. "La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días —escribe Marx, en el *Manifiesto Comunista* (exceptuando la historia de la comunidad primitiva, añade más tarde Engels)— es la historia de las luchas de clases. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales: en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, man-

tuvieron una lucha constante, velada unas veces, y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases beligerantes... La moderna sociedad burguesa, que ha salido de entre las ruinas de la sociedad feudal, no ha abolido las contradicciones de clase. Únicamente ha sustituido las viejas clases, las viejas condiciones de opresión, las viejas formas de lucha por otras nuevas. Nuestra época, la época de la burguesía, se distingue, sin embargo, por haber simplificado las contradicciones de clase. Toda la sociedad va dividiéndose, cada vez más, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases, que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado". Desde la gran revolución francesa, la historia de Europa pone de manifiesto en distintos países con particular evidencia, la verdadera causa de los acontecimientos, la lucha de clases. Ya la época de la restauración dio a conocer en Francia algunos historiadores (Thierry, Guizot, Mignet, Thiers) que, al sintetizar los acontecimientos, no pudieron por menos de ver en la lucha de las clases, la clave para la comprensión de toda la historia francesa. Y la época contemporánea, la época que señala el triunfo completo de la burguesía y de las instituciones representativas, del sufragio amplio (cuando no universal), de la prensa diaria barata y que llega a las masas, etc., la época de las potentes asociaciones obreras y patronales cada vez más vastas, etc., muestra de un modo todavía más patente (aunque a veces en forma unilateral, "pacífica", "constitucional") que la lucha de clases es el motor de los acontecimientos. El siguiente pasaje del *Manifiesto Comunista* nos muestra lo que Marx exigía de la sociología para el análisis objetivo de la situación de cada clase en la sociedad moderna, en relación con el análisis de las condiciones de desarrollo de cada clase: "De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las demás clases van degenerando y desaparecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto más peculiar. Las capas medias —el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino—, todas ellas luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales capas medias. No son, pues, revolucionarias, sino conservadoras. Más todavía, son reaccionarias, ya que pretenden vol-

ver atrás la rueda de la Historia. Son revolucionarias únicamente cuando tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado, defendiendo así no sus intereses presentes, sino sus intereses futuros, cuando abandonan sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado". En bastantes obras históricas (v. *Bibliografía*), Marx nos ofrece ejemplos profundos y brillantes de historiografía materialista, de análisis de la situación de cada clase concreta y a veces de los diversos grupos o capas que se manifiestan dentro de ella, mostrando hasta la evidencia por qué y cómo "toda lucha de clases es una lucha política". El pasaje que acabamos de citar indica lo intrincada que es la red de relaciones sociales y grados transitorios de una clase a otra, del pasado al porvenir, que Marx analiza para extraer la resultante de la evolución histórica.

Donde la Teoría de Marx encuentra su confirmación y aplicación más profunda, más completa y más detallada, es en su doctrina económica.

LA DOCTRINA ECONÓMICA DE MARX

"El fin que persigue esta obra —dice Marx en su prefacio de *El Capital*— es descubrir la ley económica del movimiento de la sociedad moderna", es decir, de la sociedad capitalista, de la sociedad burguesa. El estudio de las relaciones de producción de una sociedad históricamente determinada y concreta en su aparición, su desarrollo y su decadencia es lo que compone la doctrina económica de Marx. En la sociedad capitalista impera la producción de mercancías; por eso, el análisis de Marx empieza con el análisis de la mercancía.

EL VALOR

Mercancía es, en primer lugar, un objeto que satisface una necesidad humana cualquiera. En segundo lugar, un objeto susceptible de ser cambiado por otro. La utilidad de un objeto lo convierte en *valor de uso*. El valor de cambio (o valor, sencillamente) no es, ante todo, más que la relación o proporción en que se cambia un determinado número de valores de uso de una especie por un determinado número de valores de uso de otra especie. La experiencia diaria nos dice que, a través de millones y miles de millones de actos de

cambio de esa clase, se equiparan constantemente todo género de valores de uso, aun los más diversos y menos equiparables entre sí. ¿Qué hay de común entre todos estos diversos objetos, qué los hace equivalentes a cada paso, dentro de un determinado sistema de relaciones sociales? Tienen de común el ser *productos del trabajo*. Al cambiar sus productos, lo que hacen los hombres es establecer relaciones de equivalencia entre las más diversas clases de trabajo. La producción de mercancías es un sistema de relaciones sociales en que los diversos productores crean distintos productos (división social del trabajo) y en que todos estos productos se equiparan los unos a los otros por medio del cambio. Por tanto, lo que todas las mercancías tiene de común no es el trabajo concreto de una determinada rama de producción, no es un trabajo de un género determinado, sino el trabajo humano *abstracto*, el trabajo humano en general. En una sociedad determinada, toda la fuerza de trabajo, representada por la suma de valores de todas las mercancías, constituye una y la misma fuerza humana de trabajo; así lo patentan miles de millones de actos de cambio. Por consiguiente, cada mercancía por separado no representa más que una cierta parte del tiempo de trabajo *socialmente necesario*. La magnitud de valor se determina por la cantidad de trabajo socialmente necesario o por el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir determinada mercancía o determinado valor de uso. "Al equiparar sus diversos productos sometidos a cambio, los hombres equiparan sus diversos trabajos como modalidades de trabajo humano. No se dan cuenta, pero lo hacen". El valor es, como ha dicho un viejo economista, una relación entre dos personas. Hubiera debido simplemente añadir: relación encubierta por una envoltura material. Sólo partiendo del sistema de las relaciones sociales de producción de una formación social históricamente dada, relaciones que toman cuerpo en el cambio, fenómeno generalizado que se repite miles de millones de veces, cabe llegar a comprender lo que es el valor. "Como valores, las mercancías no son más que cantidades determinadas de tiempo de trabajo coagulado". Después de analizar en detalle el doble carácter del trabajo encarnado en las mercancías, Marx pasa al análisis de la *forma del valor* y del *dinero*. En este punto, la principal tarea que Marx se asigna es buscar el *origen* de la forma monetaria del valor, estudiar el *proceso histó-*

rico de desenvolvimiento del cambio, comenzando por las operaciones sueltas y fortuitas de trueque ("forma simple, suelta o casual del valor": determinada cantidad de una mercancía es cambiada por determinada cantidad de otra mercancía) hasta remontarse a la forma general del valor, en que mercancías diferentes se cambian por otra mercancía determinada y concreta, siempre la misma, y a la forma monetaria, en que la función de esta mercancía, o sea, la función de equivalente general, la ejerce ya el oro. El dinero, producto en que culmina el desarrollo del cambio y de la producción de mercancías, disimula y encubre el carácter social de los trabajos parciales, la concatenación social existente entre los diversos productores unidos por el mercado. Marx somete las diversas funciones del dinero a un análisis extraordinariamente minucioso, debiendo advertirse, pues tiene gran importancia, que en estas páginas (como en todos los primeros capítulos de *El Capital*) la forma abstracta de la exposición, que, a veces, parece puramente productiva, recoge en realidad las conclusiones de un gigantesco arsenal de datos sobre la historia del desarrollo del cambio y de la producción de mercancías. "El dinero supone cierto nivel de cambio de mercancías. Las distintas formas del dinero —simple equivalente de mercancías, medio de circulación, medio de pago, tesoro y dinero mundial— señalan, según el distinto alcance y la preponderancia relativa de una de estas funciones, grados muy distintos del proceso social de producción" (*El Capital*, t. I).

LA PLUSVALÍA

Al alcanzar la producción de mercancías un determinado grado de desarrollo, el dinero se convierte en capital. La fórmula de la circulación de mercancías era: M (mercancía) — D (dinero) — M (mercancía), es decir, venta de una mercancía para comprar otra. La fórmula general del capital es, por el contrario, D — M — D, es decir, compra para la venta (con ganancia). El crecimiento del valor primitivo del dinero que se lanza a la circulación es lo que Marx llama plusvalía. Ese "acrecentamiento" del dinero lanzado a la circulación capitalista es un hecho conocido de todo el mundo. Y precisamente ese "acrecentamiento" es lo que convierte el dinero en *capital*, o sea,

en una relación social de producción históricamente determinada. La plusvalía no puede provenir de la circulación de mercancías, pues ésta sólo conoce el intercambio de equivalentes; tampoco puede provenir de un aumento de precios, pues las pérdidas y las ganancias recíprocas de vendedores y compradores se equilibrarían; se trata de un fenómeno social medio, generalizado, y no de un fenómeno individual. Para obtener la plusvalía, "el poseedor del dinero necesita encontrar en el mercado una mercancía cuyo valor de uso posea la singular propiedad de ser fuente de valor", una mercancía cuyo proceso de consumo sea, a la par, proceso de creación de valor. Y esta mercancía existe: es la fuerza de trabajo del hombre. Su uso es el trabajo, y el trabajo crea valor. El poseedor de dinero compra la fuerza de trabajo por su valor, determinado, como el de cualquier otra mercancía, por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción (es decir, por el costo del mantenimiento del obrero y su familia). Una vez que ha comprado la fuerza de trabajo, el poseedor del dinero tiene el derecho de consumirla, es decir, de obligarla a trabajar durante un día entero, supongamos que durante doce horas. Pero el obrero crea en seis horas (tiempo de trabajo "necesario") un producto que basta para su mantenimiento; durante las seis horas restantes (tiempo de trabajo "suplementario") engendra un "plusproducto" no retribuido por el capitalista, que es la plusvalía. Por consiguiente, desde el punto de vista del proceso de producción, en el capital hay que distinguir dos partes: el capital constante, invertido en medios de producción (máquinas, instrumentos de trabajo, materias primas, etc.) —y cuyo valor pasa sin cambios (de una vez o en partes) al producto elaborado—, y el capital variable, que es el que invierte en pagar la fuerza del trabajo. El valor de este capital no permanece inalterable, sino que aumenta en el proceso del trabajo, al crear la plusvalía. Por tanto, para expresar el grado de explotación de la fuerza de trabajo por el capital, tenemos que comparar la plusvalía, no con el capital total, sino con el capital variable exclusivamente. La cuota de plusvalía, que así llama Marx a esta relación, sería, pues, en nuestro ejemplo, de 6:6, es decir, del 100%.

Es premisa histórica para la aparición del capital, primero, la acumulación de determinada suma de dinero en manos de ciertas personas, con un nivel de desarrollo relativamente

te alto de la producción de mercancías en general; y, segundo, la existencia de obreros "libres" en un doble sentido —libres de todas las trabas o restricciones puestas a la venta de la fuerza de trabajo y libres por carecer de tierra y de toda clase de medios de producción—, de obreros sin hacienda alguna, de obreros "proletarios" que no pueden subsistir más que vendiendo su fuerza de trabajo.

Hay dos modos fundamentales de aumentar la plusvalía: prolongando la jornada de trabajo ("plusvalía absoluta") y reduciendo el tiempo de trabajo necesario ("plusvalía relativa"). Al analizar el primer modo, Marx hace desfilar ante nosotros el grandioso panorama de la lucha de la clase obrera para reducir la jornada de trabajo y de la intervención del poder público, primero para prolongarla (siglos XIV a XVII) y luego para reducirla (legislación fabril del siglo XIX). La historia del movimiento obrero en todos los países del mundo civilizado ha proporcionado, desde la aparición de *El Capital*, miles y miles de nuevos datos que ilustran este panorama.

En su análisis de la producción de la plusvalía relativa, Marx investiga las tres etapas históricas fundamentales en el proceso de intensificación de la productividad del trabajo por el capitalismo: 1) la cooperación simple; 2) la división del trabajo y la manufactura; 3) las máquinas y la gran industria. La profundidad con que Marx pone de relieve los rasgos fundamentales y típicos del desarrollo del capitalismo, nos lo dice, entre otras cosas, el hecho de que el estudio de la llamada industria de los *kustares* rusa ha aportado abundantísimos materiales para ilustrar las dos primeras etapas de las tres señaladas. En cuanto a la acción revolucionadora de la gran industria mecanizada, descrita por Marx en 1867, en el medio siglo transcurrido desde entonces ha venido a revelarse en toda una serie de países "nuevos" (Rusia, Japón, etc.).

Continuemos. Importante en el más alto grado y nuevo en Marx, es el análisis de la **acumulación del capital** es decir, de la transformación en capital de una parte de la plusvalía y de su empleo no para satisfacer las necesidades personales o los caprichos del capitalista, sino para volver a producir. Marx hace ver el error de toda la economía política clásica anterior (desde Adam Smith) al entender que toda la plusvalía que se convertía en capital pasaba a formar parte del capital variable, cuando en realidad se descompone en

medios de producción más capital variable. Tiene excepcional importancia en el proceso de desarrollo del capitalismo y de su transformación en socialismo el crecimiento más rápido de la parte del capital constante (en la suma total del capital) con relación a la parte del capital variable.

Al acelerar el desplazamiento de los obreros por la maquinaria, produciendo en uno de los polos riqueza y en el polo opuesto miseria, la acumulación del capital origina también el llamado "ejército de reserva del trabajo", el "excedente relativo" de obreros o "superpoblación capitalista", que reviste formas extraordinariamente diversas y permite al capital ampliar con singular rapidez la producción. Esta posibilidad, combinada con el crédito y la acumulación de capital en medios de producción, nos da, entre otras cosas, la clave para comprender las *crisis* de superproducción, que se suceden periódicamente en los países capitalistas, primero cada diez años, poco más o menos, y luego con intervalos mayores y menos precisos. De la acumulación del capital sobre la base del capitalismo hay que distinguir la llamada acumulación primitiva, cuando se desposee violentamente al trabajador de sus medios de producción, se expulsa al campesino de su tierra, se roban los terrenos comunales y rigen el sistema colonial y el sistema de las deudas públicas, de los aranceles aduaneros, proteccionistas, etc. La "acumulación primitiva" crea en un polo al proletario "libre", y en el polo contrario al poseedor del dinero, el capitalista.

Marx caracteriza en los célebres términos siguientes la "**tendencia histórica a la acumulación capitalista**". "La expropiación de los productores directos se lleva a cabo con el más despiadado vandalismo y con el acicate de las pasiones más infames, más ruines y más mezquinas y odiosas. La propiedad privada, ganada con el trabajo personal" (del campesino y del artesano) "y que el individuo libre ha creado identificándose en cierto modo con los instrumentos y las condiciones de su trabajo, cede el sitio a la propiedad privada capitalista, que descansa en la explotación del trabajo ajeno y que no tiene más que una apariencia de libertad... Ahora no se trata ya de expropiar al obrero que explota él mismo su hacienda, sino al capitalista, que explota a muchos obreros. Esa expropiación se opera por el juego de las leyes immanentes de la propia producción capitalista, por la cen-

tralización de capitales. Un capitalista mata a muchos otros. Y a la par con esta centralización o expropiación de muchos capitalistas por unos cuantos, se desarrolla, en escala cada vez mayor y más amplia, la forma cooperativa del proceso del trabajo; se desarrolla la aplicación consciente de la ciencia a la técnica, la explotación sistemática del suelo, la transformación de los medios de trabajo en unos medios que no pueden utilizarse más que en común, las economías de todos los medios de producción mediante su utilización como medios de producción de un trabajo social combinado, la incorporación de todos los pueblos a la red del mercado mundial y, junto a ello, el carácter internacional del régimen capitalista. A medida que disminuye constantemente el número de los magnates del capital, que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de transformación, aumenta en su conjunto la miseria, la opresión, la esclavitud, la degeneración, la explotación; pero también aumenta, al propio tiempo, la rebeldía de la clase obrera, que es instruida, unida y organizada por el mecanismo del propio proceso de producción capitalista. El monopolio del capital se convierte en grillete del modo de producción que se había desarrollado con él y gracias a él. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista, que termina por estallar. Suena la última hora de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados" (*El Capital*, t. I).

Otro punto extraordinariamente importante y nuevo es también el análisis que Marx hace de la reproducción del capital social tomado en su conjunto, en el tomo II de *El Capital*. También en este caso, Marx toma un fenómeno general, y no individual; toma toda la economía en su conjunto y no una fracción de la economía social. Rectificando el error de los clásicos a que nos referíamos más arriba, Marx divide toda la producción social en dos grandes secciones: a) producción de medios de producción y b) producción de artículos de consumo. Y con el apoyo de cifras, estudia detalladamente la circulación del capital social en su conjunto, tanto en la reproducción simple, como en la acumulación. En el tomo III de *El Capital*, se resuelve, sobre la base de la ley del valor, el problema de la formación de la **cuota media de ganancia**. Es un gran progreso en la ciencia económica el que Marx parta siem-

pre, en sus investigaciones, de los fenómenos económicos generales, del conjunto de la economía social, no de casos sueltos o de las manifestaciones superficiales de la competencia, a los que suele limitarse la economía política vulgar o la moderna "teoría de la utilidad límite". Marx analiza primero el origen de la plusvalía y luego pasa ya a su descomposición en ganancia, interés y renta del suelo. La ganancia es la relación que guarda la plusvalía con todo el capital invertido en una empresa. El capital de "alta composición orgánica" (es decir, en el que el capital constante predomina sobre el capital variable en proporciones superiores a la media social) da una cuota de ganancia inferior a la media. El capital de "baja composición orgánica" rinde una cuota de ganancia superior a la media. La competencia entre los capitales, su paso libre de unas ramas de producción a otras, reducen en ambos casos a la media la cuota de ganancia. La suma de los valores de todas las mercancías de una sociedad determinada coincide con la suma de precios de estas mercancías; pero en las distintas empresas y en las distintas ramas de producción las mercancías, bajo la presión de la competencia, no se venden por su valor, sino por el *precio de producción*, que equivale al capital invertido más la ganancia media.

Así, pues, un hecho conocido de todos e indiscutible —que los precios difieren de los valores y las ganancias se compensan unas con otras—, Marx lo explica perfectamente partiendo de la ley del valor, pues la suma de los valores de todas las mercancías coincide con la suma de sus precios. Pero la reducción del valor (social) a los precios (individuales) no es una operación simple y directa, sino que sigue un camino muy complicado: es perfectamente lógico que en una sociedad de productores de mercancías dispersos, ligados únicamente por el mercado, las leyes que rigen esa sociedad se manifiesten forzosamente a través de resultados medios, sociales, generales, con una compensación recíproca de las desviaciones individuales en uno u otro sentido.

La elevación de la productividad del trabajo significa un crecimiento más rápido del capital constante con relación al capital variable. Pero, como la plusvalía es función privativa de éste, se comprende que la cuota de ganancia (o sea, la relación que la plusvalía guarda con todo el capital, y no con su parte variable solamente) acuse una tendencia a la

baja. Marx analiza detenidamente esta tendencia, así como las diversas circunstancias que la ocultan o la contrarrestan. Sin detenernos a exponer los capítulos, extraordinariamente interesantes, del tomo III, que tratan del capital usurario, comercial y en dinero, pasamos a lo esencial, a la teoría de la **renta del suelo**.

Teniendo en cuenta que en los países capitalistas la superficie del suelo está limitada, puesto que lo ocupan enteramente propiedades particulares, el precio de producción de los productos de la tierra no lo determinan los gastos de producción en los terrenos de calidad media, sino en los de calidad inferior; no lo determinan las condiciones medias en que el producto se lleva al mercado, sino las condiciones peores. La diferencia existente entre este precio y el precio de producción en terrenos mejores (o en condiciones mejores) constituye la *renta diferencial*. Marx analiza en detalle la renta diferencial, demostrando que proviene de la diferencia de fertilidad de los distintos campos, de la diferencia de los capitales invertidos en el cultivo, poniendo totalmente de relieve (v. también las "Teorías de la plusvalía", donde merece especial atención la crítica de Rodbertus) el error de Ricardo, de que la renta diferencial no se obtiene más que por el paso sucesivo de los terrenos mejores a otros de calidad inferior. Por el contrario, se dan también casos inversos: los terrenos de una clase determinada se transforman en tierras de otra clase (gracias a los progresos de la técnica agrícola, a la expansión de las ciudades, etc.), y la decantada "ley del rendimiento decreciente del suelo" es un profundo error, que carga sobre la naturaleza los defectos, las limitaciones y las contradicciones del capitalismo. Además, la igualdad de ganancias en todas las ramas de la industria y de la economía nacional en general, supone completa libertad de competencia, la libertad de transferir los capitales de una rama a otra de la producción. Pero la propiedad privada del suelo crea un monopolio, que es un obstáculo para esa transferencia libre. En virtud de este monopolio, los productos de una agricultura que se distingue por una baja composición del capital y, consiguientemente, da una cuota de ganancia individual más alta, no entran en el juego totalmente libre de igualación de las cuotas de ganancia. El propietario agrícola puede, en calidad de monopolista, mantener sus precios por encima del medio; este precio de monopolio origina la *renta absoluta*. La renta diferen-

cial no puede ser abolida dentro del capitalismo; en cambio, la renta absoluta *puede* serlo, por ejemplo, con la nacionalización de la tierra, cuando ésta se hace propiedad del estado.

Esta medida significaría el quebrantamiento del monopolio de los propietarios agrícolas, una aplicación más consecuente y más completa de la libertad de competencia en la agricultura. Por eso, advierte Marx, los burgueses radicales han formulado repetidas veces a lo largo de la historia esta reivindicación burguesa progresiva de nacionalización de la tierra, que, sin embargo, asusta a la mayoría de los burgueses, porque "toca" demasiado cerca a otro monopolio mucho más importante y "sensible" en nuestros días: el monopolio de los medios de producción en general. (Marx expone en un lenguaje extraordinariamente popular, conciso y claro su teoría de la ganancia media sobre el capital y de la renta absoluta del suelo, en su carta a Engels del 2 de agosto de 1863. V. *Correspondencia*, t. III, págs. 77-81. V. también, en la misma obra, págs. 86-87, la carta del 9 de agosto de 1862.) En la historia de la renta del suelo es también importante señalar el análisis en que Marx demuestra la transformación de la renta de trabajo (cuando el campesino crea el plusproducto trabajando en la tierra del amo) en renta natural o renta en especie (cuando el campesino crea el plusproducto de su propia tierra, entregándolo luego al amo por el imperio de la "coerción no económica"), después en renta en dinero (que es la misma renta en especie, sólo que redimida a metálico, el *obrok* de la antigua Rusia, en virtud del desarrollo de la producción de mercancías) y por último en renta capitalista, en que el campesino deja el puesto al patrono, que cultiva la tierra con ayuda del trabajo asalariado. En relación con este análisis de la "génesis de la renta capitalista del suelo", hay que señalar una serie de profundas ideas de Marx (de particular importancia para los países atrasados, como Rusia) acerca de la **evolución del capitalismo en la agricultura**. "La transformación de la renta natural en renta en dinero no sólo es acompañada invariablemente por la formación de la clase de jornaleros pobres, que se contratan por dinero: ésta la precede incluso. En el curso del período de su formación, cuando esta nueva clase aparece sólo esporádicamente, entre los campesinos más acomodados, obligados a pagar el censo, va extendiéndose, como es lógico, la costumbre de explotar por su cuenta

a obreros asalariados rurales, del mismo modo que ya bajo el feudalismo los siervos de la gleba acomodados tenían a su vez siervos a su servicio. De esa manera, se va formando en ellos, poco a poco, la posibilidad de acumular cierta fortuna y de transformarse en futuros capitalistas. Entre los cultivadores antiguos de tierra propia surge de ese modo un foco de arrendatarios capitalistas, cuyo desarrollo depende del desarrollo general de la producción capitalista fuera de la agricultura" (*El Capital*, t. III, pág. 332)... "La expropiación y la expulsión de la aldea de una parte de la población campesina, no sólo «liberan» para el capital industrial a los obreros, sus medios de vida y sus instrumentos de trabajo, sino que le crean también el mercado interior" (*El Capital*, t. I, pág. 778). La depauperación y la ruina de la población campesina influyen, a su vez, en la formación del ejército de reserva de obreros para el capital. En todo país capitalista, "una parte de la población campesina se encuentra constantemente en trance de transformarse en población urbana o manufacturera (es decir, no agrícola). Esta fuente de superpoblación relativa corre sin cesar... El obrero del campo se ve, por consiguiente, reducido al salario mínimo y tiene siempre un pie en el pantano del pauperismo" (*El Capital*, t. I, pág. 668). La propiedad privada del campesino sobre la tierra que cultiva es la base de la pequeña producción y la condición de su florecimiento y su desarrollo en la forma clásica. Pero esta pequeña producción sólo es compatible con un marco estrecho, primitivo, de la producción y de la sociedad. Bajo el capitalismo, "la explotación de los campesinos se distingue de la explotación del proletariado industrial sólo por la forma. El explotador es el mismo: el capital. Individualmente, los capitalistas explotan a los campesinos por medio de la hipoteca y de la usura; la clase capitalista explota a la clase campesina por medio de los impuestos del estado" (*Las luchas de clases en Francia*). "La parcela del campesino sólo es ya el pretexto que permite al capitalista sacar de la tierra ganancia, intereses y renta, dejando al agricultor que se las arregle para sacar como pueda su salario" (*El 18 Brumario*). Ordinariamente, el campesino cede incluso a la sociedad capitalista, es decir, a la clase capitalista, una parte de su salario, descendiendo "al nivel del colono irlandés, y todo bajo el aspecto de propietario privado" (*Las luchas de clases en Francia*). ¿Cuál es "una de las

causas de que en países donde predomina la propiedad parcelaria, el precio del trigo esté más bajo que en los países donde hay un modo capitalista de producción"? (*El Capital*, t. III, pág. 340). La causa es que el campesino entrega gratuitamente a la sociedad (es decir, a la clase capitalista) una parte del plusproducto. "Estos bajos precios (del trigo y de los demás productos agrícolas) son, por tanto, consecuencia de la pobreza de los productores y en ningún caso resultado de la productividad de su trabajo" (*El Capital*, t. III, pág. 340). Con el capitalismo, la pequeña propiedad agraria, forma normal de la pequeña producción, se va degradando, es destruida y desaparece.

"La propiedad parcelaria es, por naturaleza, incompatible con el desarrollo de las fuerzas productivas sociales del trabajo, con las formas sociales del trabajo, con la concentración social de los capitales, con la ganadería en gran escala y con la utilización progresiva de la ciencia. La usura y el sistema fiscal tienen necesariamente que arruinarla en todas partes. El capital invertido en la compra de tierra es capital sustraído al cultivo. Dispersión infinita de los medios de producción y diseminación de los productores mismos". (Las cooperativas, es decir, las asociaciones de pequeños campesinos, cumplen un extraordinario papel progresivo burgués, pero no pueden sino atenuar esta tendencia, sin llegar a suprimirlas; además, no debe olvidarse que estas cooperativas, muy convenientes para los campesinos acomodados, dan muy poco, casi nada, a la masa de los campesinos pobres, y que esas asociaciones terminan por explotar ellas mismas el trabajo asalariado.) "Inmenso derroche de energía humana. El empeoramiento progresivo de las condiciones de producción y el encarecimiento de los medios de producción son ley de la propiedad parcelaria". En la agricultura lo mismo que en la industria, la transformación capitalista del régimen de producción se produce al precio del "martirologio de los productores". "La diseminación de los obreros del campo en grandes extensiones quebranta su fuerza de resistencia, mientras que la concentración de los obreros de la ciudad aumenta. Lo mismo que en la industria moderna, en la agricultura moderna, capitalista, el aumento de la fuerza productiva del trabajo y su mayor movilidad se consiguen a costa de destruir y agotar la propia fuerza de trabajo. Fuera de ello, todo progreso de la agricultura capitalista no es sólo un progreso del arte de esquilmar

al obrero, sino también del arte de esquilmar el suelo... Por tanto, la producción capitalista no desarrolla la técnica y la combinación del proceso social de producción más que socavando a la vez las fuentes de toda riqueza: la tierra y el obrero" (*El Capital*, t. I, final del capítulo 13).

EL SOCIALISMO

Por lo expuesto, se ve cómo Marx llega a la conclusión de que es inevitable la transformación de la sociedad capitalista en socialista, apoyándose única y exclusivamente en la ley económica del movimiento de la sociedad moderna. La socialización del trabajo, que avanza cada vez más de prisa bajo miles de formas, y que en el medio siglo transcurrido desde la muerte de Marx se manifiesta de un modo muy tangible en el incremento de la gran producción, de los carteles, los sindicatos y los trusts capitalistas, y en el gigantesco crecimiento del volumen y la potencia del capital financiero, es la base material más importante del ineluctable advenimiento del socialismo. El motor intelectual y moral, el agente físico de esta transformación es el proletariado, educado por el propio capitalismo. Su lucha con la burguesía, que se manifiesta en las formas más diversas y cada vez más ricas de contenido, llega a convertirse inevitablemente en lucha política para la conquista del poder por el proletariado ("dictadura del proletariado"). La socialización de la producción no puede por menos de conducir a la conversión de los medios de producción en propiedad social, a la "expropiación de los expropiadores". La intensificación gigantesca de la productividad del trabajo, la reducción de la jornada de trabajo y la sustitución de los vestigios, de las ruinas de la pequeña explotación, primitiva y diseminada, por el trabajo colectivo perfeccionado: son las consecuencias directas de esa conversión. El capitalismo rompe definitivamente los vínculos de la agricultura con la industria, pero, al mismo tiempo, con la culminación de su desarrollo, prepara nuevos elementos de esos vínculos, de la unión de la industria con la agricultura, sobre la base de la aplicación consciente de la ciencia y de la combinación del trabajo colectivo y de un nuevo reparto territorial de la población (poniendo fin al abandono del campo, a su aislamiento del mundo y al atraso de la población campesina, así como a la antinatural aglomeración de masas gigantescas en

las grandes ciudades). Las formas superiores del capitalismo moderno preparan una nueva forma de familia, nuevas condiciones para la mujer y para la educación de las nuevas generaciones: el trabajo de la mujer y del niño y la disgregación de la familia patriarcal por el capitalismo revisten inevitablemente en la sociedad moderna las formas más horribles, más miserables y más repulsivas. No obstante, "la gran industria, al asignar a la mujer, a los jóvenes y a los niños de ambos sexos un papel decisivo en el proceso socialmente organizado de producción, al margen de la esfera doméstica, crea la base económica para una forma más alta de familia y de relaciones entre ambos sexos. Sería igualmente absurdo, se comprende, ver el tipo absoluto de la familia en la forma cristiano-germánica o en las antiguas formas romana y griega o la oriental, que, por lo demás, constituyen en su conjunto una sola línea de desarrollo histórico. Evidentemente, la combinación del personal obrero formado por individuos de ambos sexos y de todas las edades —que en su forma primaria, brutal, capitalista, en que el obrero existe para el proceso de producción y no el proceso de producción para el obrero, es una fuente pestilente de ruina y esclavitud—, en condiciones adecuadas debe convertirse inevitablemente, al contrario, en fuentes de progreso humano" (*El Capital*, t. I, final del capítulo 13). El sistema fabril nos muestra "el germen de la educación de épocas futuras, en que para todos los niños, a partir de cierta edad, se unirá el trabajo productivo a la enseñanza y a la gimnasia, no sólo como método para el aumento de la producción social, sino como el único método capaz de producir hombres desarrollados en todos los aspectos" (lugar citado). Sobre esa misma base histórica plantea el socialismo de Marx los problemas de la nacionalidad y del estado, no limitándose a explicar el pasado, sino en el sentido de prever sin temor el porvenir y de una atrevida actuación práctica para su realización. Las naciones son un producto inevitable y una forma inevitable de la época burguesa de desarrollo de la sociedad. Y la clase obrera no podía fortalecerse, madurar y formarse, sin "organizarse en los límites de la nación", sin ser "nacional" ("aunque de ninguna manera en el sentido burgués"). Pero el desenvolvimiento del capitalismo va destruyendo cada vez más las barreras nacionales, acaba con el aislamiento nacional y sustituye los antagonismos nacionales por

antagonismos de clase. Por eso, es una verdad innegable que en los países de capitalismo avanzado "los obreros no tienen patria" y que la "acción común" de los obreros, al menos en los países civilizados, "es una de las primeras condiciones de su emancipación" (*Manifiesto Comunista*). El estado, la violencia organizada, surgió como algo inevitable en una determinada fase de desenvolvimiento de la sociedad, cuando ésta, dividida en clases antagónicas e irreconciliables, no hubiera podido seguir existiendo sin un "poder" colocado aparentemente por encima de ella y diferenciado, hasta cierto punto, de ella. El estado, fruto de los antagonismos de clase, se convierte en un "Estado de la clase más poderosa, de la clase económicamente dominante, que, con ayuda de él, se convierte también en la clase políticamente dominante, adquiriendo con ello nuevos medios para la represión y la explotación de la clase oprimida. Así, el estado antiguo era, ante todo, el estado de los esclavistas para tener sometidos a los esclavos; el estado feudal era el órgano de que se valía la nobleza para tener sujetos a los campesinos siervos, y el moderno estado representativo es el instrumento de que se sirve el capital para explotar el trabajo asalariado" (Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, obra en que el autor expone sus ideas y las de Marx). Incluso la forma más libre y más progresiva del estado burgués, la república democrática, no elimina, ni mucho menos, este hecho; lo único que hace es variar su forma (vínculos del gobierno con la Bolsa, corrupción —directa e indirecta— de los funcionarios y de la prensa, etc.).

El socialismo, que conduce a la supresión de las clases, conduce de este modo a la abolición del estado. "El primer acto —escribe Engels en su *Anti-Dühring*— en que el estado actúa efectivamente como representante de toda la sociedad —la toma de posesión de los medios de producción en nombre de toda la sociedad— es a la par su último acto independiente como estado. La intervención del poder del estado en las relaciones sociales se hará superflua en un campo tras otro de la vida social y se adormecerá por sí misma. El gobierno de las personas es sustituido por la administración de las cosas y la dirección del proceso de producción." El estado no será "abolido", se "extingue". "La sociedad, reorganizando de un modo nuevo la producción sobre la base de una asociación libre de productores iguales, enviará toda la máquina del estado al lugar que entonces

le ha de corresponder: al museo de antigüedades, junto a la rueca y al hacha de bronce" (Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*).

Finalmente, en lo que se refiere a la actitud que el socialismo de Marx adopta con respecto a los pequeños campesinos, que subsistirán en la época de la expropiación de los expropiadores, es necesario señalar un pasaje de Engels, en que se recogen las ideas de Marx: "Cuando estemos en posesión del poder del estado, no podremos pensar en expropiar violentamente a los pequeños campesinos (sea con indemnización o sin ella) como nos veremos obligados a hacerlo con los grandes terratenientes. Nuestra misión respecto a los pequeños campesinos consistirá ante todo en encauzar su producción individual y su propiedad privada hacia un régimen cooperativo, no por la fuerza, sino por el ejemplo y brindando la ayuda social para este fin. Y aquí tendremos, ciertamente, medios sobrados para presentar al pequeño campesino la perspectiva de ventajas que ya hoy tienen que parecerle evidentes" (Engels, *El problema campesino en Francia y en Alemania*, ed. Alexéieva, pág. 17; la trad. rusa contiene errores. V. el original en *Neue Zeit*).

LA TÁCTICA DE LA LUCHA DE CLASE DEL PROLETARIADO

Después de poner al descubierto, ya en 1844-1845, uno de los defectos fundamentales del antiguo materialismo, consistente en que no comprendía las condiciones ni apreciaba la importancia de la acción revolucionaria práctica, Marx consagra durante toda su vida, paralelamente a los problemas teóricos, una intensa atención a las cuestiones de táctica de la lucha de clase del proletariado. Todas las obras de Marx, y en particular los cuatro volúmenes de su correspondencia con Engels, publicados en 1913, nos ofrecen a este respecto una documentación valiosísima. Estas obras están todavía muy lejos de haber sido debidamente clasificadas, sistematizadas, estudiadas y ordenadas. Por eso, hemos de limitarnos forzosamente aquí a las observaciones más generales y más breves, subrayando que, para Marx, el materialismo despojado de este aspecto era, y con razón, un materialismo a medias, unilateral, sin vida. Marx determinó la tarea esencial de la táctica del proletariado en rigurosa correspondencia con todas las premisas de su

concepción materialista y dialéctica del mundo. Sólo considerando objetivamente el conjunto de las relaciones mutuas de todas las clases, sin excepción, que forman una sociedad dada, y considerando, por tanto, el grado objetivo de desarrollo de esta sociedad y sus relaciones con otras sociedades, podemos tener una base que nos permita trazar la táctica acertada de la clase de vanguardia. A este respecto, todas las clases y todos los países se toman no de un modo estático, sino dinámico, es decir, no en estado de inmovilidad, sino en movimiento (movimiento cuyas leyes emanan de las condiciones económicas en que vive cada clase). El movimiento es a su vez tomado no solamente desde el punto de vista del pasado, sino también del porvenir, y, además, no con el criterio vulgar de los "evolucionistas", que no perciben más que cambios lentos, sino dialécticamente:

"En los grandes procesos históricos, veinte años son igual a un día —escribía Marx a Engels—, si bien luego pueden venir días en que se condensen veinte años" (*Correspondencia*, t. III, pág. 127). La táctica del proletariado debe tener en cuenta, en cada grado de su desarrollo, en cada momento, esta dialéctica objetivamente inevitable de la historia humana; de una parte, utilizando las épocas de estancamiento político o de la llamada evolución "pacífica", que marcha a paso de tortuga, para desarrollar la conciencia, la fuerza y la capacidad combativa de la clase avanzada; y de otra parte, encauzando toda esta labor de utilización hacia la "meta final" del movimiento de esa clase, capacitándola para resolver prácticamente las grandes tareas al llegar los grandes días "en que se condensen veinte años".

Dos consideraciones de Marx, que tienen en este punto particular importancia: una, de la *Miseria de la Filosofía*, se refiere a la lucha económica y a las organizaciones económicas del proletariado; la otra pertenece al *Manifiesto Comunista* y se refiere a sus tareas políticas. El primer pasaje dice así: "La gran industria concentra en un solo lugar una multitud de personas, desconocidas las unas de las otras. La competencia divide sus intereses. Pero la defensa de los salarios, este interés común frente a su patrono, los une en una idea común de resistencia, de coalición... Las coaliciones, al principio aisladas, se constituyen en grupos y, enfrente del capital siempre unido, el mantener la asociación viene a ser para ellos más importante que la defensa de los salarios... En esta lucha —verdadera guerra

civil— se van uniendo y desarrollando todos los elementos necesarios para la batalla futura. Al llegar a este punto, la coalición adquiere un carácter político". Ante nosotros tenemos el programa y la táctica de la lucha económica y del movimiento sindical de varios decenios, de toda la larga época durante la cual el proletariado prepara sus fuerzas "para la batalla futura". Hace falta comparar esto con los numerosos ejemplos de Marx y Engels, sacados del movimiento obrero inglés, de cómo la "prosperidad" industrial suscita tentativas de "comprar a los obreros" (*Correspondencia con Engels*, t. I, 136) y de apartarlos de la lucha; de cómo esta prosperidad en general "desmoraliza a los obreros" (II, 218); de cómo el proletariado inglés "se aburguesa", de cómo "la nación más burguesa de todas" (Inglaterra) "parece que quisiera llegar a tener junto a la burguesía una aristocracia burguesa y un proletariado burgués" (II, 290); de cómo desaparece en él la "energía revolucionaria" (III, 124); de cómo habrá que esperar más o menos tiempo hasta que "los obreros ingleses se desembaracen de su aparente contaminación burguesa" (III, 127); de cómo al movimiento obrero inglés le falta "el ardor de los cartistas" (1866; III, 305); de cómo los líderes de los obreros ingleses se transforman en un tipo intermedio "entre el burgués radical y el obrero" (dicho refiriéndose a Holyoake, IV, 209); de cómo, en virtud del monopolio de Inglaterra y mientras ese monopolio subsista, "no habrá nada que hacer con el obrero inglés" (IV, 433). La táctica de la lucha económica en relación con la marcha general (y con el resultado) del movimiento obrero, se examina aquí desde un punto de vista admirablemente amplio, universal, dialéctico, verdaderamente revolucionario.

El *Manifiesto Comunista* establece el siguiente principio del marxismo, como postulado de táctica de la lucha política: "Los comunistas luchan por alcanzar los objetivos e intereses inmediatos de la clase obrera; pero, al mismo tiempo, defienden también, dentro del movimiento actual, el porvenir de este movimiento". Por eso, Marx apoyó en 1848, en Polonia, al partido de la "revolución agraria", "el partido que hizo en 1846 la insurrección de Cracovia". En Alemania, Marx apoyó en 1848 y 1849 a la democracia revolucionaria extrema, sin que jamás se retractara de lo que entonces dijo sobre táctica. Para él, la burguesía alemana era un elemento "inclinado desde el primer instante a traicionar al pueblo" (sólo

la alianza con los campesinos hubiera puesto a la burguesía en condiciones de alcanzar enteramente sus objetivos) "y a pactar un compromiso con los representantes coronados de la vieja sociedad". He aquí el análisis final de Marx acerca de la posición de clase de la burguesía alemana en la época de la revolución democrático-burguesa. Este análisis es, entre otras cosas, un modelo del materialismo que considera a la sociedad en movimiento y, por cierto, no toma solamente el lado del movimiento que mira *hacia atrás*: ... "Sin fe en sí y sin fe en el pueblo, gruñendo contra los de arriba y temblando ante los de abajo... empavorecida ante la tormenta mundial... jamás con energía y siempre con plagio... sin iniciativa...; un viejo maldito condenado, en su propio interés senil, a guiar los primeros impulsos juveniles de un pueblo robusto"... (Nueva Gaceta del Rin, 1848, v. Herencia Literaria, t. III, pág. 212). Unos veinte años más tarde, Marx decía en una carta a Engels (III, 224) que la causa del fracaso de la revolución de 1848 fue que la burguesía había preferido la paz en la esclavitud a la sola perspectiva de lucha por la libertad. Al terminar la época revolucionaria de 1848-1849, se levantó contra los que se obstinaban en seguir jugando a la revolución (lucha contra Schapper y Willelich), sosteniendo que era necesario saber trabajar en la época nueva, en la fase que iba a preparar, bajo una "paz" aparente, nuevas revoluciones. La siguiente apreciación sobre la situación de Alemania en los tiempos de la más negra reacción, en el año 1856, muestra en qué sentido pedía Marx que se encauzase esta labor: "En Alemania todo dependerá de la posibilidad de respaldar la revolución proletaria con alguna segunda edición de la guerra campesina" (Correspondencia con Engels, II, 108). Mientras en Alemania no estuvo terminada la revolución democrática (burguesa), Marx concentró toda su atención en lo que se refiere a la táctica del proletariado socialista, en impulsar la energía democrática de los campesinos. Opinaba que la actitud de Lassalle era, "objetivamente, una traición al movimiento obrero en beneficio de Prusia" (III, 210), entre otras cosas porque se mostraba demasiado complaciente con los terratenientes y el nacionalismo prusiano. "En un país agrario —escribía Engels en 1865, en un cambio de impresiones con Marx a propósito de una proyectada declaración común para la prensa—, es una bajeza el alzarse exclusivamente contra la bur-

guesa en nombre del proletariado industrial, sin mencionar para nada la patriarcal «explotación del palo» a que los obreros rurales se veían sometidos por la nobleza feudal" (III, 217). En el período de 1864 a 1870, cuando tocaba a su fin la época de la revolución democrático-burguesa en Alemania, cuando las clases explotadoras de Prusia y Austria disputaban en torno a los medios para terminar esta revolución *desde arriba*, Marx no se limitó a condenar a Lassalle, por sus coqueterías con Bismarck, sino que corrigió a Liebknecht, que había caído en la "austrofilia" y defendía el particularismo. Marx exigía una táctica revolucionaria que combatiese tan implacablemente a Bismarck como a los austrófilos, una táctica que no se acomodara al "vencedor", el junker prusiano, sino que reanudase sin demora la lucha revolucionaria contra él, *incluso en el terreno creado por las victorias militares de Prusia* (Correspondencia con Engels, III, 134, 136, 147, 179, 204, 210, 215, 418, 437, 440, 441). En el famoso mensaje de la Internacional del 9 de setiembre de 1870, Marx ponía en guardia al proletariado francés contra un alzamiento prematuro; pero cuando, a pesar de todo, éste se produjo (1871), aclamó con entusiasmo la iniciativa revolucionaria de las masas "que toman el cielo por asalto" (carta de Marx a Kugelmann). En esta situación, como en muchas otras, la derrota de la acción revolucionaria era, desde el punto de vista del materialismo dialéctico en que se situaba Marx, un mal menor en la marcha general y *en el resultado* de la lucha proletaria, que el que hubiera sido el abandono de las posiciones ya conquistadas, la capitulación sin lucha; esta capitulación hubiera desmoralizado al proletariado y mermado su combatividad. Marx, que apreciaba en todo su valor el empleo de los medios legales de lucha en las épocas de estancamiento político y de dominio de la legalidad burguesa, condenó ásperamente, en 1877 y 1878, después de promulgarse la ley de excepción contra los socialistas, las "frases revolucionarias" de un Most; pero combatió con la misma energía, acaso con más, el oportunismo que entonces se había adueñado temporalmente del partido socialdemócrata oficial, que no había sabido dar inmediatas pruebas de firmeza, tenacidad, espíritu revolucionario y disposición a pasar a la lucha ilegal en respuesta a la ley de excepción (Cartas de Marx a Engels, IV, 397, 404, 418, 422, 424. Véanse también las cartas a Sorge).

MARX ECONOMISTA

COMO teórico de la economía, Marx era en primer lugar un hombre muy sabio.

Puede parecer absurdo que considere necesario destacar esta comprobación en el caso de un autor que he calificado de genio y de profeta. Sin embargo conviene señalar el punto. Los genios y los profetas no se distinguen habitualmente por su erudición profesional, y su originalidad, si es que tienen, se debe precisamente a menudo a su carencia científica. En la obra económica de Marx, en cambio, nada puede explicarse por insuficiencia de erudición, ni por falta de dominio de la técnica del análisis teórico. Marx era un lector voraz y un trabajador infatigable. Era difícil que se le escapara alguna publicación con cierto interés. Digería todo lo que leía, discutiendo un dato o un argumento con una pasión por el detalle, insólita en un hombre cuya mirada abarcaba habitualmente civilizaciones enteras y evoluciones seculares. Criticara y rechazara o aceptara y coordinara, siempre iba al fondo de cada problema. El testimonio más evidente de sus proezas profesionales, lo suministra su libro "Teorías de la plusvalía" que es un monumento de celo técnico. Ese esfuerzo incesante por cultivarse y por dominar todo lo que se podía dominar logró liberar a Marx, en cierta medida, de las ideas preconcebidas y de los objetivos extracientíficos, a pesar de que siempre actuó sin duda para verificar una concepción inicial preestablecida. El interés que este poderoso cerebro ponía en cada problema co-

mo problema, involuntariamente predominaba sobre cualquier otra consideración; y, aunque en mayor o menor medida sus conclusiones finales estuvieran predeterminadas, se preocupaba sobre todo, dentro de lo posible, por aprovechar los medios analíticos que le ofrecía la ciencia de su tiempo, superar las dificultades lógicas y edificar sobre las premisas así extraídas una teoría realmente científica por su naturaleza y sus motivaciones, cualesquiera que hayan podido ser sus lagunas.

Por otra parte, es fácil comprender la razón por la cual tanto los partidarios como los adversarios de Marx tuvieron necesariamente que desconocer la naturaleza de su realización en el terreno puramente científico. Para sus amigos, Marx estaba tan por encima de un simple teórico profesional que, insistir demasiado sobre este aspecto de su obra, les habría parecido cometer un sacrilegio. Los adversarios, chocados por su comportamiento y por la presentación de sus argumentos teóricos, se negaban casi instintivamente a admitir que, en ciertas partes de su obra, Marx realizaba precisamente el tipo de hazaña que tanto estimaban en otros autores. Además, el metal frío de la teoría económica está sumergido, en todas las páginas salidas de la pluma de Marx, en un flujo de frases ardientes y adquiere un calor que supera ampliamente su temperatura específica. Cualquier lector que se alce de hombros cuando Marx pretende ser tratado como un analista, en el sentido científico del término, evoca na-

turalmente estas frases, y no el pensamiento que ellas cubren, y se deja influir por la elocuencia apasionada del escritor, por su alegato ardiente contra "la explotación" y "el empobrecimiento" (Verelendung). Por cierto, todas esas salidas y muchas otras (por ejemplo sus insinuaciones injuriosas o sus alusiones vulgares a Lady Orkney) (1), han constituido elementos importantes de la espectacularidad marxista —importantes en concepto del propio Marx y siguen siéndolo tanto en concepto de los fieles como de los incrédulos. En parte por esta razón tanta gente insiste en descubrir en los teoremas de Marx, por comparación con los que figuran en las proposiciones análogas de su maestro, elementos complementarios, incluso fundamentalmente diferentes. Pero esos elementos no efectan la naturaleza de su análisis.

¿Tenía Marx un maestro? Sin duda. Para comprender realmente su sistema económico, hay que comenzar por reconocer que, en su calidad de teórico, fue un discípulo de Ricardo. Y fue su discípulo, no sólo porque las tesis de Ricardo sirvieron de punto de partida a la argumentación de Marx, sino también, y es mucho más significativo, porque Ricardo le enseñó el arte de edificar una teoría. Marx utilizó constantemente los instrumentos de Ricardo y analizó todos los problemas a partir de las dificultades que enfrentó cuando profundizó el estudio de la obra de Ricardo y en el curso de las investigaciones nuevas que ésta le había sugerido. El propio Marx en gran parte lo admitía, aunque, evidentemente, nunca habría admitido que su actitud respecto a Ricardo fuese típicamente la de un alumno que, después de haber asistido a los cursos de su profesor y de haber oído hablar, casi sin transición, del excedente de población y de la población excedentaria, y luego del maquinismo que crea un excedente de población, vuelve a su casa e intenta desentrañar el problema. Quizás, en última instancia, sea comprensible que a los marxistas y también a los antimarxistas les repugna admitir esta evidencia.

La influencia de Ricardo no es la única que actuó sobre las ideas económicas de Marx, pero, en el simple esquema que esbozamos, no es necesario citar otras, salvo la de Quesnay, del cual Marx extrajo su concepción fundamental del proceso económico general. El grupo de autores ingleses que, desde 1800 a 1840, se esforzó por elaborar la teoría del valor fundado sobre el trabajo suministró, sin duda, a

Marx, innumerables sugerencias y detalles complementarios; no obstante, dado los fines que perseguimos, estas influencias quedan englobadas en nuestras referencias a la corriente del pensamiento ricardiano. Nos vemos obligados a dejar de lado diferentes autores, respecto a algunos de los cuales (Sismondi, Rodbertus, John Stuart Mill) Marx demostró una malevolencia que iba en aumento en razón inversa de la distancia que los separaba de él y cuyas obras, en varios aspectos, evolucionaban, paralelamente a la suya: así como nos vemos obligados a eliminar todo lo que no se relacione con la argumentación esencial de nuestro autor —por ejemplo la actuación decididamente mediocre de Marx en materia monetaria, rama en la cual no logró elevarse al nivel de Ricardo.

Y ahora, vamos a presentar de la argumentación de Marx un esquema lamentablemente sumario, que, es inevitable, no hará justicia, en numerosos puntos de vista, a la estructura de "Das Kapital, fortaleza, en parte inacabada, en parte desmantelada por ataques coronados de éxito, pero que mantiene erguida su poderosa silueta ante nuestros ojos."

1. Marx siguió la corriente habitual del pensamiento de los teóricos de su tiempo (y también de una época ulterior) al hacer de la teoría del valor la piedra angular de su construcción teórica. Su teoría del valor es la de Ricardo. Parece que un autor de gran autoridad, el profesor Taussig, no admitió esta identidad y se dedicó a subrayar las divergencias entre las dos doctrinas. Por supuesto es posible discernir múltiples diferencias en las formulaciones, en los métodos de deducción y en las implicaciones sociológicas, pero no existe ninguna en el teorema propiamente dicho, el único que cuenta desde el punto de vista del teórico contemporáneo. (2) Ricardo al igual que Marx enunciaba que el valor de cada mercadería (en la hipótesis de la competencia perfecta y del equilibrio perfecto) es proporcional a la cantidad de trabajo incorporado a esa mercadería, siempre que ese trabajo se haya efectuado de acuerdo a las normas de la eficacia productiva ("cantidad de trabajo socialmente necesario"). Los dos autores miden esa cantidad en horas de trabajo y aplican el mismo método para englobar las diferentes calidades de trabajo en un tipo único. Ambos tratan de manera similar las dificultades iniciales inherentes a una sistematización semejante (quemos decir que Marx las trata como Ricardo le enseñó a hacerlo). Ninguno de ellos formula observaciones útiles respecto a los monopolios

o al fenómeno que designamos actualmente con el término competencia imperfecta. Ambos responden a las críticas con los mismos argumentos. Los argumentos de Marx se distinguen sólo porque son menos correctos, más prolivos y "filosóficos" en el sentido más desfavorable del término.

Nadie ignora que esta teoría del valor no es satisfactoria. Por cierto, en las abundantes discusiones que ha provocado, la razón nunca ha sido el privilegio de un único partido y sus adversarios han utilizado innumerables argumentos que no son de recibo. El punto esencial no es el de saber si el trabajo es la verdadera "fuente" o "causa" del valor económico. Ese problema puede tener un interés primordial para los filósofos sociales que desean inferir los derechos éticos aplicables al producto y el propio Marx no era, sin duda alguna, indiferente a ese aspecto del problema. No obstante, desde el punto de vista de la economía política, como ciencia positiva que pretende describir o explicar fenómenos concretos, es mucho más importante analizar la función de la teoría del valor-trabajo como instrumento analítico: porque, la verdadera objeción que puede hacérsele, es que cumple muy mal esa función.

En primer lugar, la sedicente teoría no es aplicable, sino en el caso de competencia perfecta. En segundo lugar, incluso en la hipótesis de la concurrencia perfecta, nunca se ajusta *fácilmente* en los hechos, a menos que el trabajo constituya el único factor de producción y, sea además, absolutamente homogéneo. (3) Si una de esas dos condiciones no se cumple, es necesario introducir hipótesis suplementarias y las dificultades analíticas aumentan de tal manera que es imposible superarlas. Razonar en el cuadro de la teoría del valor-trabajo significa razonar en un caso muy especial y sin importancia práctica, aunque haya derecho a reconocerle cierto interés cuando se le interpreta en el sentido de una aproximación grosera aplicada a las tendencias históricas de los valores relativos. La teoría que reemplazó a la teoría ricardiana (es decir la teoría del valor marginal, bajo su forma primitiva y ya en desuso) puede considerarse superior en numerosos aspectos, pero el argumento más esencial que puede invocarse a su favor, es que es mucho más general y se aplica igualmente bien, por una parte, en los casos de monopolio y concurrencia imperfecta y, por otra, cuando intervienen otros factores de producción como mano de obra extraordinariamente variada desde

el punto de vista de la naturaleza y ~~cantidad~~. Además, si introducimos en esta teoría las hipótesis restrictivas precisadas, podemos deducir la existencia de una proporcionalidad entre el valor y la dosis de trabajo aplicada al producto. (4) Es, pues, evidente que, no sólo era perfectamente absurdo, por parte de los marxistas, discutir, como intentaron hacerlo de entrada (en cuanto la conocieron), la validez de la teoría del valor fundada en la utilidad marginal, sino también que no es suficiente para calificar como errónea la teoría del valor-trabajo. De todas maneras, esta última está muerta y enterrada.

2. Aunque ni Ricardo ni Marx parecían haber comprendido plenamente todas las debilidades de la posición en la cual se colocaban al elegir su punto de partida, reconocieron con claridad algunas de ellas. Ambos, en particular, acometieron el problema consistente en la eliminación del elemento "servicios de agentes naturales", los cuales, por supuesto, no tienen cabida legítima en el proceso de producción y de distribución para una teoría del valor fundada únicamente en la cantidad de trabajo. La teoría ricardiana de la renta de la tierra constituye esencialmente una tentativa para proceder a esta eliminación y lo mismo puede decirse de la teoría marxista. Pero, desde que disponemos de un aparato analítico que permite tratar la renta con la misma facilidad que trata a los salarios, se desvanecen todas las dificultades. Por consiguiente, es superfluo extendernos más sobre los méritos y defectos de la doctrina marxista de la renta absoluta, contrapuesta a la renta diferencial, o de las relaciones de esta doctrina con la de Ricardo.

No obstante, incluso aunque pasemos por alto este punto, nos queda todavía por superar la dificultad inherente a la existencia del capital, considerado como un "stock" de medios de producción que son, a su vez, productos. Para Ricardo, el problema se planteaba en términos muy simples: en la célebre sección IV del capítulo I de sus Principios, introduce como hecho evidente, aceptado por él sin intentar discutirlo, la noción según la cual, en todos los casos en que se aplican bienes instrumentales (como fábricas, máquinas, materias primas) a la producción de una mercadería, esta mercadería tiene que venderse a un precio que procure una renta neta al propietario de esos bienes instrumentales. Ricardo se daba cuenta de que este hecho tiene cierta relación con el período de tiempo que transcurre entre la inversión y la aparición de los pro-

ductos vendibles y que provoca divergencias entre los valores efectivos de esos productos y los valores calculados en proporción a las horas de trabajo que le son incorporadas —inclusive las horas de trabajo necesarias para producir los propios bienes instrumentales— cuando esos periodos no son idénticos en todas las ramas. Pero se limita a señalar estas divergencias sin pestañear como si confirmaran, en lugar de contradecirlo, su teorema fundamental del valor, y realmente no va más lejos, abocado a discutir algunos problemas secundarios conexos y evidentemente convencido de que su teoría continuaba mostrando la base fundamental del valor.

Marx, a su vez, introdujo, aceptó y discutió el mismo hecho, sin ponerlo nunca en duda en su calidad de hecho. También reconoció que parece infligir un desmentido a la teoría del valor-trabajo. Pero fue consciente de la insuficiencia del tratamiento aplicado al problema por Ricardo y, aceptando el problema en sí tal cual lo había presentado Ricardo, se puso en campaña para dominarlo completamente, y le consagró tantos cientos de páginas como Ricardo le había consagrado frases.

5. Al hacerlo, Marx no sólo manifestó un sentido mucho más agudo de la naturaleza del problema planteado, sino también perfeccionó el aparato analítico que había heredado. Por ejemplo, reemplazó con buen uso la distinción de Ricardo entre capital fijo y capital circulante, por una distinción entre capital constante y capital variable (salarios) y, las nociones rudimentarias de Ricardo respecto a la duración del proceso de producción, las sustituyó por el concepto mucho más riguroso de la "estructura orgánica del capital", que reposa sobre la distinción existente entre capital constante y capital variable. Marx también aportó muchas otras contribuciones a la teoría del capital. Empero nos concentraremos en su explicación de la renta neta del capital, es decir en su *Teoría de la explotación*.

Las masas no siempre han tenido el sentimiento de estar frustradas y explotadas. Pero los intelectuales que se instituyen en sus intérpretes siempre les han afirmado que así es, sin dar necesariamente a esta fórmula una significación precisa. Marx no habría llegado a nada sin esta consigna, aun en el caso de que hubiera deseado prescindir de ella. Su mérito y su hallazgo consisten en reconocer la debilidad de los diversos argumentos mediante los cuales los autores de la conciencia de las masas habían, antes que él, intentado mostrar cómo

se cumplía la explotación, argumentos que, aun en nuestros días, constituyen la base de acción del agitador medio. Ninguna de las consignas habituales que denunciaban la explotación y el engaño patronal le satisfacían. Quiso demostrar, que la explotación no surgía, ocasional y accidentalmente, de tal o cual situación, sino que derivaba, inevitablemente y con absoluta independencia de toda voluntad individual, de la lógica profunda del sistema capitalista.

Al respecto, Marx razonó de esta manera. El cerebro, los músculos y los nervios del trabajador constituyen, en sí mismos, un fondo o stock de trabajo potencial (*Arbeitskraft*, habitualmente traducido al inglés por el poco satisfactorio "labor power": potencia de trabajo). Marx considera este fondo o stock como una especie de sustancia que existe en cantidad definida y que, en una sociedad capitalista, constituye una mercadería como las otras. Podemos, por nuestra parte, clarificar esta noción citando el caso de la esclavitud: según Marx no existen diferencias esenciales (aunque existen numerosas diferencias secundarias) entre el contrato de trabajo y la compra de un esclavo —el empleador de mano de obra "libre", no adquiere, por supuesto, al obrero, como en el caso de la esclavitud, pero sí una fracción definida del monto total de su trabajo potencial.

Pero, como el trabajo tomado en ese sentido (y no el servicio trabajo, ni la hora trabajada) constituye una mercadería, la ley del valor tiene que serle aplicable. En otras palabras, en equilibrio y competencia perfecta, el trabajo tiene que obtener un salario proporcional al número de horas trabajadas que participan en su "producción". Pero cuántas son las horas de trabajo que participan en la "producción" del stock de trabajo potencial almacenado bajo la piel de un trabajador? Respuesta: el número de horas de trabajo que han sido y que son requeridas para criar, alimentar, vestir y alojar al obrero. (5) Este número constituye el valor del stock de trabajo potencial y, si el obrero vende una fracción de ese stock (expresada en días, semanas o años), recibirá los salarios correspondientes al valor-trabajo de esas fracciones, de la misma manera que un negrero que vendía un esclavo recibía, en compensación, un precio proporcional al número total de horas de trabajo consagradas a la crianza y mantenimiento del sujeto. Conviene observar una vez más que Marx cuidadosamente se abstuvo de caer en todas las consignas populares que, en una forma u otra, pretenden que, en el mercado capitalista de mano

le obra, el trabajador es despojado o engañado a que, en su lamentable debilidad, está pura y simplemente obligado a aceptar todas las condiciones que le imponen. Las cosas no son tan simples: el obrero obtiene el valor total de su potencial de trabajo.

Pero, después que los capitalistas han adquirido ese stock de servicios potenciales, están en condiciones de hacer trabajar al obrero más horas —hacerles rendir más servicios efectivos— de las necesarias para producir ese stock de servicios potenciales. Pueden pues aprovechar, en ese sentido, más horas efectivas de trabajo de las que pagan. Como los productos así obtenidos también se venden a un precio proporcional a las horas de trabajo consagradas a su producción, existe una diferencia entre los dos valores —por lo menos en el cuadro de funcionamiento inherente a la ley marxista de los valores— y esta diferencia inevitablemente es atribuida al capitalista, por el juego del mecanismo de los mercados capitalistas. Así aparece la "plusvalía" (Mehrwert) (6). Por el sólo hecho de apropiársela, el capitalista "explota" la mano de obra, aunque pague a los obreros el valor total de su potencial de trabajo y sólo reciba de los consumidores el valor total de los productos vendidos por él. Observemos de nuevo que Marx no extrae ningún argumento de fenómenos tales como los precios usuarios, restricciones de producción, maniobras fraudulentas en los mercados de productos. Marx, por supuesto, no pretendía negar la existencia de esas prácticas. Pero las colocaba en su verdadera perspectiva y, por consiguiente, nunca fundó en ellas ninguna conclusión fundamental.

Admiremos, de paso, el valor apologético de ese razonamiento: aunque el sentido atribuido al término "explotación" sea particular y se aparte de su significación habitual, aunque los fundamentos que le suministran la ley natural y las concepciones filosóficas del siglo XVIII sean débiles, de todas maneras se introdujo en la esfera de la argumentación científica y cumple con su objetivo que es el de armar al discípulo de Marx que marcha al combate.

Respecto a los méritos científicos de esta argumentación, conviene distinguir cuidadosamente dos aspectos, uno de los cuales ha sido descuidado siempre por los críticos. En el plano habitual de la teoría de un sistema económico estático, es fácil demostrar, adoptando las propias hipótesis de Marx, que la doctrina de la plusvalía es insostenible. La teoría del valor fundada sobre el trabajo, incluso aunque

supongamos que es válida para cualquier otra mercadería, no puede aplicarse nunca a la "mercadería" trabajo, puesto que implicaría que los obreros pueden, como las máquinas, ser producidos sobre la base de cálculos racionales de precios de costo. Como no es el caso, no está demostrado que el valor de la energía trabajadora tiene que ser proporcional al número de horas de trabajo aplicadas a su "producción". Marx habría mejorado, desde el punto de vista lógico, su posición si hubiera aceptado la ley de bronce de los salarios de Lassalle o, más simplemente, si hubiera seguido, como lo hizo Ricardo, las líneas de la argumentación maltusiana. Pero como, con buen criterio, se negó a hacerlo, su teoría de la explotación se vio privada, desde el principio, de uno de sus engranajes esenciales. (7)

Además, es posible demostrar que un equilibrio en competencia perfecta no podría existir en una situación en la cual todos los empleadores capitalistas realizaran beneficios de explotación. En efecto, esos empleadores, en un caso semejante se esforzarían individualmente por desarrollar su producción y esos esfuerzos, en conjunto, tenderían inevitablemente a elevar los salarios y reducir a cero los beneficios de esa naturaleza. Sería posible, sin duda alguna, mejorar un poco la argumentación recurriendo a la teoría de la competencia imperfecta, y haciendo intervenir las fricciones e inhibiciones institucionales que traban el juego de la concurrencia, e insistir sobre todas las posibilidades de desastres monetarios, y etc., etc. No obstante, incluso aunque se proceda de esta manera, sólo se podrá aunar una defensa muy débil que el propio Marx habría cordialmente despreciado.

Sin embargo existe otro aspecto del problema. Basta considerar el objetivo analítico de Marx para reconocer que no estaba de ninguna manera obligado a aceptar el combate en un terreno en el cual es fácil derrotarlo. Esta facilidad sólo existe, en efecto, mientras la teoría de la plusvalía representa una tesis relativa al funcionamiento de una economía estática en estado de equilibrio perfecto. Pero puesto que Marx no intentaba analizar un estado de equilibrio que, según él, la sociedad capitalista no podría alcanzar jamás, sino, todo lo contrario, un proceso de transformaciones incessantes en la estructura económica, las críticas que se le han hecho siguiendo las líneas de razonamiento precedentes no pueden ser consideradas absolutamente decisivas. Aunque no puedan manifestarse en equilibrio per-

fecto, las plusvalías pueden no obstante estar constantemente presentes porque el régimen nunca permite que el equilibrio se establezca. Aunque tiendan continuamente a desaparecer, esas plusvalías pueden no obstante existir siempre porque sin cesar son recreadas. Esta defensa no bastaría, por supuesto, para salvar la teoría del valor-trabajo, en particular cuando se aplica a la propia mercadería de trabajo, ni la argumentación relativa a la explotación como fue formulada por Marx. Pero nos permite interpretar más favorablemente su conclusión, aunque una teoría satisfactoria de las plusvalías tendría que despojar a éstas de sus características específicamente marxistas. Este aspecto del problema presenta una importancia considerable, puesto que irradia una luz nueva sobre otras partes del aparato de análisis económico forjado por Marx y explica en gran parte por qué ese sistema no fue más gravemente destruido por las críticas pertinentes dirigidas contra sus elementos fundamentales.

4. Si, no obstante, proseguimos nuestro análisis y nos mantenemos al nivel habitual de las discusiones sobre las doctrinas marxistas, nos hundimos más aun en dificultades inextricables o, más exactamente, percibimos los obstáculos que enfrentan los creyentes cuando intentan seguir al maestro por el camino que trazara. En primer lugar, la doctrina de la plusvalía no facilita en grado alguno la solución de los problemas, a que hemos aludido antes, engendrados por la distancia que separa a la teoría del valor-trabajo de los hechos patentes de la realidad económica. Al contrario, acentúa esta divergencia, porque, según ella, el capital constante —es decir el capital no afectado a los salarios— no trasmite al producto un valor superior a aquel que el capital pierde por sí mismo en el proceso de la producción; sólo el capital salarios logra ese resultado y los beneficios ganados deberían, en consecuencia, variar de una empresa a otra, según la composición orgánica de sus capitales. Marx se respalda en la concurrencia entre capitalistas para provocar una redistribución de la "masa" total de la plusvalía, de manera que cada empresa logrará beneficios proporcionales a su capital total o que las tasas individuales de los beneficios se equilibrarán. Se reconoce con facilidad que esta dificultad integra la categoría de falsos problemas que engendran invariablemente los esfuerzos intentados para desarrollar una teoría errónea (8) y que la solución pertenece a la categoría de artilugios desesperados. Sin embargo, Marx

creía, no sólo que esta solución permitiría establecer la uniformización necesaria de las tasas de beneficio y explicar cómo, de esa manera, los precios relativos de las mercaderías pueden desviarse de sus valores expresados en términos de trabajo (9), sino también que su teoría aportaría la explicación de otra "ley", que tenía un lugar primordial en la doctrina clásica, es decir la tesis según la cual la tasa de beneficio tiende naturalmente a bajar. En efecto, esta tendencia podría deducirse con suficiente plausibilidad del crecimiento relativo, en las ramas que producen mercaderías que incorporan salarios, de la fracción constante del capital total: si, en efecto, la importancia relativa de la maquinaria y el equipo aumenta en esas ramas, como ha sido el caso en el transcurso de la evolución capitalista, y si la tasa de la plusvalía (o el grado de explotación) se mantiene igual, la tasa del rendimiento del capital total deberá en general decrecer. Este argumento fue muy admirado y el propio Marx, tenemos derecho a presumir, lo consideraba con la satisfacción que sentimos habitualmente cuando una teoría nuestra explica un hecho que no entraba en su construcción. Sería interesante discutir esta tesis en sí misma, con independencia de los errores cometidos por Marx en sus deducciones. En última instancia, no necesitamos detenernos más, puesto que sus propias premisas de por sí la condenan. No obstante, una tesis semejante (aunque no idéntica) constituye una de las "fuerzas" más importantes de la dinámica marxista, y también el eslabón que une la teoría de la explotación al tema siguiente de la estructura analítica de Marx, generalmente calificado como *Teoría de la acumulación*.

Los capitalistas convierten en capital —en medios de producción— la mayor parte (incluso, para algunos discípulos de Marx, la casi totalidad) del botín arrancado a la mano de obra explotada. En síntesis, y dejando de lado las calificaciones contenidas en la fraseología marxista, esa afirmación equivale a comprobar un fenómeno muy conocido, habitualmente designado con los términos: ahorro e inversión. En concepto de Marx, sin embargo, no era suficiente indicar la existencia de ese fenómeno: para que el proceso capitalista se desarrollara con su rigor inexorable, este fenómeno tenía que insertarse en la lógica del sistema —o, en otras palabras, tenía que ser particularmente inevitable—. Además, Marx no podía considerarse satisfecho con la solución según la cual una necesidad semejante sería

producto natural de la sicología social de la clase capitalista, como lo sostuvo, por ejemplo, Max Weber, que veía en las mentalidades puritanas (el hecho de renunciar a convertir el beneficio en goces materiales se adecúa bien a esas actitudes morales) una de las causas determinantes del comportamiento capitalista. Claro que Marx no desdeñaba el partido que creía podía sacar de ese método de aproximación (10). Sin embargo, le era necesario fundar sobre una base más concreta un sistema concebido como lo estaba el suyo y discernir con ese propósito, cuál era la fuerza que obligaba a los capitalistas a acumular, aparte de la propia mentalidad, que debía ser suficientemente poderosa para determinar la actitud psicológica del ahorrista-inversor. Por suerte existe esa fuerza.

Al definir la naturaleza de esa compulsión a ahorrar, adoptaré sobre un punto, por razones de comodidad, la lección de Marx, es decir, admitiré con él que el ahorro efectuado por la clase capitalista implica ipso facto un aumento correspondiente del capital real (11). Tal aumento afectaría siempre, en primer lugar, a la fracción variable —capital-salarios— del capital total, incluso aunque el ahorrista se propusiera incrementar la fracción constante y, en particular, la parte (que Ricardo designaba con el término capital fijo) constituida en su mayor parte por la maquinaria. Al discutir la teoría marxista de la explotación, subrayé que, en una economía de competencia perfecta, los beneficios logrados por la explotación de la mano de obra inducirían a los capitalistas a desarrollar la producción o a intentar desarrollarla, puesto que cada uno de ellos creería que de esa manera lograría mayores beneficios. Pero, para llegar a ese resultado, deberían acumular. Por otra parte, esas iniciativas tendrían por efecto global reducir las plusvalías, en razón del alza consecutiva de los salarios y también en razón de la baja consecutiva de los precios de los productos; he ahí un ejemplo muy interesante de las contradicciones inherentes al capitalismo que tanto gustaban a Marx. Pero esta misma tendencia constituiría, siempre colocándose desde el punto de vista del capitalismo individual, una razón suplementaria para sentirse en la obligación de acumular (12), aunque esa actitud empeoraría más, en último análisis, la situación de la clase capitalista en conjunto. Existiría pues una especie de compulsión a acumular, incluso en un sistema estático en todos los otros aspectos, que, como lo he se-

ñalado antes, no podría alcanzar un equilibrio estable hasta que la acumulación no hubiera reducido a cero la plusvalía, destruyendo así al propio capitalismo (13).

Pero existe otra fuerza de acumulación mucho más importante y cuya compulsión es mucho más imperiosa. En realidad, la economía capitalista no es y no puede ser estacionaria. Y no se desarrolla simplemente a un ritmo regular. Al contrario, constantemente se va revolucionada desde el interior por iniciativas nuevas, es decir por la intromisión en la estructura productiva, tal como existe en un momento dado, de nuevas mercaderías o de nuevos métodos de producción o de nuevas posibilidades comerciales. Todas las estructuras existentes y todas las condiciones de la vida de los negocios están sometidas a un proceso de transformación continuo. Cualquier situación es trastornada antes que haya tenido tiempo de realizarse completamente. En la sociedad capitalista, progreso económico es sinónimo de trastorno. Y, como lo veremos más adelante, la forma de funcionar la economía en el seno de un torbellino, incluso bajo un régimen de competencia perfecta, difiere completamente de la forma de funcionar que existiría en una economía estacionaria. Las posibilidades de beneficios por la producción de objetos nuevos o la producción a más bajo precio de objetos conocidos, se concretan constantemente, recurriendo a inversiones nuevas. Pero, esos nuevos productos y esos nuevos métodos no compiten con los productos antiguos y los métodos antiguos en un mismo pie de igualdad, sino con una superioridad decisiva que puede significar la sentencia de muerte de estos últimos. Ése es el proceso mediante el cual el progreso penetra en una sociedad capitalista.

Para escapar al riesgo de competir con precios más baratos, toda empresa está obligada a seguir a los "pioneros", a proceder por su parte a realizar inversiones y, para poder hacerlo, debe reincorporar una fracción de sus beneficios, es decir acumular (14). En consecuencia, todo el mundo acumula.

Marx comprendió este proceso de transformaciones económicas y su importancia fundamental con mayor claridad y más integralmente que todos los otros economistas de su tiempo. Lo cual no quiere decir que haya apreciado correctamente la naturaleza de ese proceso, ni analizado correctamente su mecanismo. En su opinión, ese mecanismo se reduce a simples movimientos de masas de capital.

Marx no elaboró una teoría adecuada de la empresa y su impotencia para distinguir al empresario del capitalista, combinada con una técnica defectuosa, explica muchos de los errores y las numerosas rupturas de deducciones cometidas por él. No obstante, la simple visión del proceso de transformación es suficiente por sí sola para alcanzar muchos de los objetivos perseguidos por Marx. La ruptura de deducción (*non sequitur*) deja de ser un vicio redhibitorio si se puede deducir de otro argumento lo que no resulta de las premisas de Marx; y los errores y confusiones, aun flagrantes, a menudo se salvan porque la línea general de la argumentación en la cual ellos se deslizan es exacta en general y entonces dejar de viciar los desarrollos ulteriores de un análisis que, a los ojos de un crítico incapaz de apreciar una situación tan paradójica, estaría condenado irremisiblemente.

Ya hemos visto un ejemplo de esa paradoja. Juzgada en sí misma, la teoría marxista de la plusvalía es insostenible. Pero como el proceso capitalista engendra ondas de beneficios temporarios que resultan de plusvalías en relación con el precio de costo (otras teorías pueden explicarlo perfectamente, aunque en un sentido completamente no-marxista), el paso siguiente de Marx, referente a la acumulación, no está para nada comprometido por esos pasos falsos anteriores. Del mismo modo, Marx no explicó satisfactoriamente esta obligación de acumular que tiene una función tan esencial en su argumentación. Sin embargo, las insuficiencias de su análisis, no provocan grandes perjuicios porque, como ya lo hemos indicado, podemos suministrar una explicación más satisfactoria de ese fenómeno, en el cual, entre otros factores, la disminución de los beneficios desempeña espontáneamente la función que le corresponde. No es necesario que la tasa global del beneficio realizado sobre el capital de producción global disminuya a largo plazo, ya sea porque, según Marx, el capital constante aumenta en relación al capital variable (15), ya sea por cualquier otro motivo.

Es suficiente, como hemos visto, que el beneficio de cada empresa individual se vea siempre amenazado por la competencia efectiva o potencial (alimentada por los nuevos productos o los nuevos métodos de producción) que, tarde o temprano, convertirá en pérdida a ese beneficio. Obtenemos de esa manera la fuerza de compulsión necesaria e incluso establecemos una proposición análoga a la tesis de Marx según la cual el capital constante no

produce plusvalía —puesto que ninguna combinación específica de bienes instrumentales es por tiempo indefinido una fuente de superbeneficios—, sin tener que basarnos en las partes de su argumentación de validez dudosa.

Otro ejemplo lo suministra el eslabón siguiente del sistema de Marx —la *Teoría de la concentración*— dada la manera como trata la tendencia del proceso capitalista a aumentar el volumen de las fábricas y de las unidades de control. Toda la explicación que suministra Marx (16), despojada de sus florituras, se limita a enunciados bastante chatos, como “la batalla de la competencia se libra comprimiendo los precios de las mercaderías”, las cuales reducciones dependen, *ceteris paribus*, de la productividad de la mano de obra, que, a su vez, depende de la escala de producción; o también “los capitales más fuertes aplastan a los más pequeños” (17). Esas fórmulas se asemejan mucho a las dedicadas al mismo tema por los manuales corrientes y no son, en sí mismas, ni muy profundas, ni muy admirables. Son claramente inadecuadas, dada la insistencia exclusiva en subrayar la función atribuida a la dimensión de los “capitales” individuales, mientras que, en su descripción de los efectos de la concentración, Marx está trabado por su técnica que le impide tratar efectivamente los problemas del monopolio o del oligopolio.

No obstante, la admiración que tantos economistas no-marxistas profesan a esta teoría no es injustificada. En primer lugar, sólo predecir el advenimiento de las grandes empresas constituye en sí un verdadero logro, dadas las condiciones reinantes en la época de Marx. Pero las realizaciones de éste fueron mayores. Vinculó elegantemente la concentración al proceso de acumulación o, más exactamente, vio al primer fenómeno como un elemento del segundo, no sólo desde un punto de vista descriptivo, sino también desde un punto de vista lógico. Pronosticó con exactitud algunas de las consecuencias de la concentración —al afirmar, por ejemplo, que “el volumen creciente de las masas individuales de capital será la base material de una revolución ininterrumpida en el modo de producción”— y distinguió otras, por lo menos de manera unilateral o distorsionada. Electrificó la atmósfera que rodea al fenómeno al hacer marchar todos los dinamos de la guerra de clases y de la política —y, al mismo tiempo, su análisis se colocó, en particular para las personas desprovistas de imaginación, muy por encima

de los teoremas abstractos sobre el mismo tema. Por último, y lo más importante de todo, Marx logró —sin que lo obstaculizara la explicación inadecuada de tal o cual elemento de su exposición, ni la falta de rigor, desentrañada por el economista profesional, de su argumentación—, prever la línea del desarrollo futuro de los gigantes industriales en gestación y la situación social que estaban a punto de engendrar.

5. Agregaremos aun dos elementos a nuestro esquema, al examinar la teoría del empobrecimiento (*Verenlichung*) de Marx y la teoría del ciclo económico elaborada por él y por Engels. Si, en el primer caso, el análisis y la previsión marxistas desembocan en un fracaso lamentable, no sucede lo mismo en el segundo.

Marx consideraba, sin duda alguna, que, en el transcurso de la evolución capitalista, las tasas de los salarios reales y el nivel de vida de las masas estaban destinados a disminuir, en el caso de las categorías mejor remuneradas, a no mejorar, en el caso de las categorías peor pagas, y que deterioro semejante se produciría, no por la influencia de circunstancias accidentales o externas, sino en razón de la propia lógica del proceso capitalista (18). Esa previsión fue, por supuesto, singularmente desgraciada y los marxistas de todas clases se vieron en crueles dificultades cuando tuvieron que interpretar como podían los desmentidos que proporcionaban los hechos. Sobre todo (e incluso, en ciertos casos aislados, todavía ahora), demostraron una perseverancia increíble para tratar de salvar esta "ley", como comprobación de una tendencia efectivamente confirmada por las estadísticas de los salarios. Después intentaron darle un sentido diferente, como si se refiriera, no a la tasa de los salarios reales o a la parte absoluta atribuida a la clase trabajadora, sino a la parte relativa de las rentas del trabajo en relación con la renta nacional total. Sin embargo, aunque algunos pasajes de Marx pueden entenderse en ese sentido, esa interpretación contradice claramente en la mayoría de los casos su pensamiento. Además, no se ganaría mucho aceptándolo, dado que las principales conclusiones de Marx implican la disminución o, por lo menos, el estancamiento de la parte absoluta per cápita obrera: pues Marx, en los pasajes en discusión, quiso referirse realmente a la parte relativa, las dificultades de los marxistas se agravarían más aun, y la proposición en sí seguiría siendo errónea. En efecto, las por-

ciones relativas de salarios y sueldos en relación a la renta total no varían de un año a otro y permanecen notoriamente constantes a través del tiempo, sin manifestar, no cabe duda, tendencia alguna a disminuir.

Sin embargo parece existir otra salida para paliar la dificultad. Es concebible que una tendencia no aparezca en nuestras series estadísticas —que incluso pueden, como en este caso, revelar una tendencia opuesta— y que, no obstante, esa tendencia sea inherente al sistema analizado, pero esté inhibida por circunstancias excepcionales. Esa es la posición que han adoptado la mayoría de los marxistas modernos. Descubren condiciones tan excepcionales en la expansión colonial o, más generalmente, en la habilitación de nuevas comarcas durante el siglo XIX, que, según ellos, habría dado un respiro a las víctimas de la explotación. (19) Más adelante volveremos sobre este punto. Señalemos, entre tanto, que los hechos conocidos dan, a primera vista, cierto apoyo al argumento, por otra parte lógicamente fundado, y que la dificultad se resolvería si la tendencia a la baja de los salarios estuviera sólidamente demostrada.

No obstante, la dificultad esencial consiste en que la estructura de la teoría marxista, en este caso particular, no es sólida: tanto como la intuición, la base analítica es aquí muy defectuosa. El fundamento de la teoría del empobrecimiento está dado por la teoría del "ejército industrial", es decir por la concepción de la desocupación engendrada por la metanización de los procesos de producción. (20) Ahora bien, esta concepción estaba a su vez, fundada en la doctrina expuesta por Ricardo en su capítulo consagrado al maquinismo. En ninguna otra parte —salvo, por supuesto, en la teoría del valor— la argumentación de Marx está tan estrechamente subordinada a la de Ricardo, sin agregarle nada esencial. (20) Hablo, por supuesto, exclusivamente de la teoría pura del fenómeno. Marx, como siempre, agregó muchos detalles propios al esquema, por ejemplo la feliz generalización en virtud de la cual la sustitución de mano de obra calificada por mano de obra no calificada enriquece la noción de desocupación; agrega también un sinnúmero de ejemplos y de fraseología; por último, y lo que es más importante, la rodeó de un marco impresionante, constituido por los amplios planes de sus concepciones sociales.

Ricardo tendió, en primer lugar, a adoptar la opinión, muy extendida en todas las épocas,

según la cual la introducción de las máquinas en el proceso de producción no puede dejar de beneficiar a las masas. Cuando empezó a dudar de esta opinión o, por lo menos, de su validez general, revisó su posición con la franqueza que le era característica. Al hacerlo, lo cual también no es menos característico, desandubo camino y, aplicando su método habitual de los "casos imaginarios progresivos", construyó un ejemplo numérico, familiar a cualquier economista, para demostrar que las cosas también podían ser diferentes. No pretendía negar, por una parte, que su demostración sólo era una posibilidad —bastante verosímil— ni, por otra, que las consecuencias ulteriores de la mecanización sobre la producción total, los precios, etc., se traducirían, en última instancia, en un beneficio neto para la mano de obra.

El ejemplo de Ricardo es correcto dentro de sus propios límites. (21) Nuestros métodos contemporáneos algo más perfeccionados, confirman sus conclusiones, en la medida en que admiten tanto la posibilidad que Ricardo pretendía demostrar, como la posibilidad contraria; van más lejos aún, puesto que definen las condiciones formales en virtud de las cuales una u otra de estas consecuencias se realizará. No es posible pedirle más a la teoría pura. Hacen falta datos suplementarios para predecir las consecuencias efectivas de una mecanización. No obstante, desde el punto de vista que nos ocupa ahora, el ejemplo de Ricardo suministra otro rasgo interesante. Supone una empresa, con un capital dado y un número dado de trabajadores, que decide incrementar su mecanización. En consecuencia, la empresa asigna a un grupo de sus obreros la tarea de construir una máquina que, luego de instalada, permitirá a la casa prescindir de los servicios de una parte de los miembros de ese grupo. Es posible que los beneficios sigan siendo los mismos (después que los ajustes competitivos hayan eliminado los superbeneficios temporarios), pero la renta bruta disminuirá en la medida exacta de los salarios anteriormente atribuidos a los trabajadores y ahora "liberados". La noción, formulada por Marx, de sustitución de capital constante al capital (salarios) variable constituye casi exactamente la réplica de esta manera de presentar las cosas. La insistencia de Ricardo sobre el excedente (redundancy) correlativo de población encuentra también su homólogo exacto en la insistencia de Marx sobre la población *en surplus*, término que emplea como una alternativa al

término "ejército de reserva industrial". En realidad, Marx se tragó la enseñanza de Ricardo, anzuelo, línea y caña comprendidos.

Pero una demostración que es un modelo mientras nos mantengamos en el objetivo limitado previsto por Ricardo, se vuelve absolutamente inadecuada —desembocando en realidad en una nueva ruptura de razonamiento, que esta vez no salva una intuición correcta de las consecuencias finales— cuando consideramos la superestructura que erigió Marx sobre esta base frágil. Parece por otra parte, haberlo sentido en cierta medida. En efecto, se perdió con la energía de la desesperación a la conclusión, de un pesimismo condicional, de su maestro, como si el caso "agravado" imaginado por Ricardo fuese el único posible, y combatió con una energía aun mayor a los autores que desarrollaron las alusiones de Ricardo sobre las compensaciones que la era de la máquina podía reservar a los trabajadores, incluso aunque las consecuencias inmediatas de la introducción de las máquinas les causaba perjuicio (teoría de la "compensación", bestia negra de todos los marxistas).

Marx tenía las mejores razones para adoptar esta posición. En efecto, le era imprescindible asentar sobre una base sólida su teoría del ejército de reserva, que estaba destinada en su concepción, a alcanzar dos objetivos de importancia fundamental, además de otros objetivos secundarios. En primer lugar, hemos reconocido que Marx despojó a su teoría de la explotación de un engranaje para mí esencial, en razón de su repugnancia, muy comprensible, a utilizar la teoría maltusiana de la población. Este engranaje lo sustituyó con el ejército de reserva, siempre presente por ser constantemente recreado (22). En segundo lugar, la concepción tan estrecha, adoptada por Marx, del proceso de mecanización era esencial para motivar las frases tonitruantes del capítulo XXXII del primer tomo de *Das Kapital*, que, en cierto sentido, constituyen el coronamiento final, no sólo de este volumen, sino de toda la obra de Marx. Voy a transcribirla completamente —más completamente de lo que exigiría el punto en discusión— para presentar Marx al lector en una actitud que explica tanto los entusiasmos como los desdenes que ha provocado. Sea o no esta amalgama la esencia de la verdad profética, hela aquí:

"Simultáneamente con esta centralización, o con esta expropiación de los múltiples capitalistas por algunos de ellos, se produce... la captación de todas las naciones en las redes

del mercado mundial y, simultáneamente, se afirma el carácter internacional del régimen capitalista. A la vez que disminuye constantemente el número de magnates del capital, que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de transformación, se hace más pesado el fardo de la miseria, de la opresión, de la esclavitud, de la degradación, de la explotación; pero, paralelamente, aumenta también la rebelión de la clase trabajadora, de una clase, cuyo número crece constantemente y que está disciplinada, unida, organizada, precisamente por el propio mecanismo del proceso de producción capitalista. El monopolio del capital se convierte en una traba para la forma de producción que ha germinado y florecido al mismo tiempo que él y bajo su control. La centralización de los medios de producción y la socialización de la mano de obra alcanzan finalmente un punto a partir del cual dejan de ser compatibles con su envoltura capitalista. Esta envoltura estalla. El fin de la propiedad privada capitalista llega. Los expropiadores son expropiados”.

6. Es extremadamente difícil apreciar los logros de Marx en el campo de los ciclos económicos. La parte en realidad valiosa de este esfuerzo consiste en varias observaciones y comentarios, la mayoría ocasionales, y que están dispersos en casi todos los escritos del autor, inclusive en su correspondencia. Las tentativas para reconstruir, a partir de tales membra disiecta, un cuerpo que no aparece por ninguna parte en carne y hueso y que quizás sólo existía en la mente de Marx bajo una forma embrionaria, pueden fácilmente desembocar en resultados diferentes y ser falseados por la tendencia, muy comprensible en los admiradores del maestro, a atribuirle, mediante interpretaciones ad-hoc, prácticamente todos los resultados, adquiridos en investigaciones ulteriores, a las cuales esos sus admiradores adhieren.

La mayor parte de los partidarios y adversarios de Marx nunca comprendió y no comprende la dificultad, debida al carácter caleidoscópico de la contribución que Marx aportó a los problemas cíclicos, de la tarea que enfrenta, en este punto, el comentador. Al comprobar que Marx se pronunció a menudo sobre este tema, cuya conexión con su tema fundamental es evidentemente muy estrecha, marxistas y antimarxistas han partido de la existencia de una teoría del ciclo, simple y clara, fácil de desentrañar de los otros elementos de la lógica marxista del proceso capitalista, al

igual, por ejemplo, que la teoría de la explotación puede extraerse de la teoría marxista del trabajo. En consecuencia, partidarios y adversarios se adentran en busca de esta teoría y es fácil adivinar lo que les sucede.

Por una parte, Marx, no cabe duda, destaca —sin dar una explicación totalmente adecuada— el poder extraordinario del capitalismo para desarrollar la capacidad social de producción. Por otra, subraya permanentemente la miseria creciente de las masas. ¿No es entonces natural concluir que las crisis o depresiones se producen porque las masas explotadas no pueden adquirir los objetos que el aparato productivo constantemente aumentando produce o está capacitado para producir y que, por esta razón y por otras que es superfluo repetir, la tasa del beneficio disminuye hasta alcanzar el nivel de la bancarrota? Parece pues que abordamos de esta manera, según que deseemos destacar tal o cual aspecto del problema, las playas de una teoría del subconsumo o de una teoría de la superproducción del tipo más común.

Efectivamente, la explicación marxista ha sido clasificada entre las teorías de la crisis basadas sobre el subconsumo. (23) Dos circunstancias pueden invocarse en apoyo de esta clasificación. En primer lugar, respecto a la teoría de la plusvalía y a otros aspectos, la afinidad de la enseñanza de Marx con la de Sismondi y Rodbertus es evidente. Y esos autores se pronunciaron por la teoría del subconsumo. No era pues irracional inferir que Marx había hecho lo mismo. En segundo lugar, algunos pasajes de la obra de Marx, en particular la corta referencia a la crisis contenida en el Manifiesto Comunista, se prestan a esa interpretación, aunque en un grado mucho menor que las tesis de Engels (24) — que, por otra parte, tienen poca importancia puesto que Marx, con mucha razón, las repudió expresamente. (25)

En realidad, Marx no concibió ninguna teoría simple de los ciclos económicos. Y no parece posible, por otra parte, extraer lógicamente de sus “leyes” de la evolución económica ninguna teoría de esta clase. Incluso si aceptamos su explicación del origen de la plusvalía y si admitimos que la acumulación, la mecanización (aumento relativo del capital constante) y el excedente demográfico (que agrava inexorablemente la miseria de las masas) se enlazan en una cadena lógica que desemboca en la catástrofe del sistema capitalista —incluso en ese caso no percibimos ningún factor que

necesariamente debe provocar oscilaciones cíclicas en la evolución del sistema, ni que se traduzca en alternativas endógenas de prosperidad y crisis. (26) Sin duda, podemos constantemente registrar, para reemplazar la explicación fundamental que nos falta, accidentes e incidentes múltiples, ora se trate de errores de cálculo, ora de previsiones desmentidas por los acontecimientos, ora de ondas de optimismo y de pesimismo, sin hablar de la fuente inagotable de los "factores exógenos". De todas maneras, parece lógico que, si el proceso mecánico de acumulación marxista se desarrolla a un ritmo constante —y no existe ninguna razón de principio para que no sea así— la evolución general descrita por Marx podría también desarrollarse a un ritmo uniforme: desde un punto de vista puramente lógico, esta evolución es, en esencia, independiente de los "booms" y las crisis.

Esta ausencia de causalidad fatal no constituye necesariamente un punto débil de la doctrina marxista, puesto que muchos otros teóricos admitieron y admiten que las crisis se producen cuando existe un desarreglo cualquiera suficientemente importante; y tampoco ha sido inconveniente absoluto para Marx, porque lo liberó por lo menos una vez de la esclavitud de su sistema, dejándolo libre para considerar los hechos sin violentarlos. Efectivamente, trae a colación una serie de elementos más o menos pertinentes. Por ejemplo, se refiere, aunque algo superficialmente, a la función de la moneda en las transacciones comerciales (exclusivamente), para refutar la tesis de Say sobre la imposibilidad de un embotellamiento general; o a la abundancia de los mercados monetarios, para explicar los desarrollos desproporcionados de las ramas caracterizadas por inversiones masivas en bienes instrumentales durables; o aun, —para justificar los impulsos repentinos de "acumulación"— a los estimulantes especiales, como la habilitación de mercados nuevos o la aparición de nuevas necesidades sociales. Se esfuerza, por último, sin mucho éxito, en interpretar el crecimiento demográfico como un factor de fluctuaciones. (27) Marx observa, sin proporcionar verdaderas explicaciones, que el volumen de producción se incrementa "a saltos" que "preludian su contracción también repentina". Afirma, con razón, que "la superficialidad de la Economía Política se revela en el hecho de considerar la expansión y retracción del crédito como la causa de los movimientos periódicos del ciclo industrial cuando no son

sino los síntomas." (28) Sin duda alguna su capítulo de incidentes y accidentes es muy sustancioso.

Todas estas observaciones son exactas sustancialmente y conformes al sentido común. Encontramos prácticamente todos los ingredientes introducidos en los análisis serios de los ciclos económicos y, en conjunto, Marx no cometió errores. Además, no hay que olvidar que el simple hecho de haber percibido la existencia de movimientos cíclicos constituye un gran logro para la época. Es cierto que muchos de los predecesores de Marx habían tenido alguna intención. No obstante, su atención estaba centrada en particular sobre los derrumbamientos espectaculares a los cuales se les dió la calificación de "crisis". Y no lograron colocar esas crisis en su verdadero foco, es decir el del proceso cíclico del cual sólo son simples incidentes. Las consideraban, sin mirar más allá o más acá, hechos desgraciados y aislados provocados por errores, excesos, abusos o por el funcionamiento defectuoso del mecanismo del crédito. Marx, en mi opinión, fue el primer economista que, al superar esta concepción tradicional, se anticipó —abstracción hecha de los complementos estadísticos— a la obra de Clement Juglar. Y aunque, como ya dijimos, no proporcionó una explicación adecuada del ciclo económico, veía con claridad ese fenómeno y comprendía en gran parte el mecanismo. También, al igual que Juglar, no vaciló en partir de un ciclo decenal "cortado por fluctuaciones menores". (29)

Le intrigaba saber qué causa explicaba esa periodicidad y se preguntaba si no se podía atribuir, en cierta medida, a la duración de las máquinas empleadas en la industria algodonera. Se podrían citar muchas otras pruebas del interés de Marx por el problema de los ciclos económicos. Tiene pues méritos suficientes para ocupar un rango elevado entre los fundadores del análisis moderno de los ciclos.

Es conveniente mencionar aquí otro aspecto del problema. En la mayoría de los casos, Marx utilizó el término crisis en su sentido habitual, al hablar, como todo el mundo, de la crisis de 1823 o de la de 1847. Pero también lo empleó en sentido diferente. Convinco de que la evolución capitalista dislocaría tarde o temprano el cuadro institucional de la sociedad capitalista, Marx pensaba que, incluso antes que se produjera la explosión final, el capitalismo comenzaría a funcionar con fricciones crecientes y manifestaría los síntomas

de una enfermedad fatal. Aplicó entonces, este mismo término "crisis" a esta fase, que veía como un período histórico más o menos prolongado, y tendía a asociar las crisis recurrentes con la crisis fundamental del sistema capitalista. Incluso sugirió que, en cierto sentido, las primeras podían ser consideradas como "ensayos" de la catástrofe final. Puesto que muchos lectores podrían creer que esta anticipación es la clave de la teoría marxista de las crisis definidas en el sentido común del término, hay que destacar que los factores a los cuales incumbiría, según Marx, la responsabilidad de la peripecia final no podrían ser salvo que se hiciera intervenir una fuerte dosis de hipótesis complementarias, consideradas responsables de las depresiones recurrentes (30) y que, a lo sumo, podemos emitir la sugestión trivial según la cual la "expropiación de los expropiadores" podría realizarse más fácilmente en un período de depresión que en un período de prosperidad.

7. Por último, la tesis según la cual la evolución capitalista terminará por hacer estallar —o superar— las instituciones de la sociedad capitalista —*Teoría de la catástrofe ineluctable*— ofrece un último ejemplo de combinación de un *non sequitur* con una intuición profunda que ayuda al autor a salvar sus conclusiones.

Basada en la agravación del empobrecimiento y de la opresión que empujarán a las masas a la rebelión, la "deducción dialéctica" de Marx se ve invalidada por el *non sequitur* que vicia la argumentación tendiente a demostrar este empobrecimiento progresivo. Hasta marxistas ortodoxos desde hace tiempo han puesto en duda la validez de la tesis según la cual la concentración del contralor industrial sería necesariamente incompatible con el sistema funcional del capitalismo. El primer socialista que expresó sus dudas basándose sobre una argumentación sólida fue Rudolf Hilferding (31), uno de los jefes del grupo importante de neomarxistas que se inclinaban hacia la tesis inversa, es decir que la estabilidad del capitalismo podría verse reforzada por la concentración. (32) Me limitaré a indicar aquí que Hilferding, en mi opinión, se extralimitó, aunque, como veremos, la opinión, tan generalizada actualmente en Estados Unidos, según la cual las empresas gigantes "constituirían un corsé que trabaría a los medios de producción" no se basa en ningún fundamento, y aunque las conclusiones de Marx no derivan en realidad de sus premisas. Sin embargo, incluso aunque

los datos y los razonamientos de Marx fueran aún más erróneos de lo que son, sus conclusiones igual serían válidas en la medida que afirma simplemente que la evolución capitalista destruirá los fundamentos de la sociedad capitalista. Porque creo que así será. Y no creo que exagere cuando califico de profunda una intuición que, desde 1847, contiene sin lugar a dudas esta verdad. Esa tesis constituye desde entonces un lugar común que fue formulado, por primera vez, por Gustave Schmoller. Su Excelencia, el profesor Von Schmoller, consejero privado de Prusia y miembro de la Cámara de los Señores de Prusia, no tenía nada de revolucionario, ni aspiraba a ser un agitador. No por eso dejó de anunciar con toda tranquilidad la misma verdad, aunque al igual que Marx no explicó, el porqué ni el cómo.

No es necesario sacar conclusiones. Por más imperfecto que sea, nuestro esquema habrá sido suficiente, pensamos, para demostrar: en primer lugar, que, en cuanto se está algo familiarizado con el análisis puramente económico, no se puede reconocer a Marx el mérito de un éxito total en este dominio; en segundo lugar, que, aunque no se tenga inclinación por las construcciones teóricas audaces, tampoco se puede hablar de un fracaso completo.

Un tribunal de jueces competentes en materia de técnica económica condenaría a Marx. Por su adhesión a un aparato analítico que fue siempre inadecuado y que, incluso en la época de Marx, cayó pronto en desuso; por la larga lista de conclusiones que o no derivaban de sus premisas, o eran completamente erróneas; por los errores cuya corrección modifica ciertas deducciones esenciales, hasta convertirlas a veces en sus contrarios. Todas esas tareas pueden ponerse a cargo de Marx, como técnico en economía.

No obstante, incluso ese tribunal tendría necesariamente que atenuar su veredicto, por dos motivos:

En primer lugar, aunque Marx con frecuencia y a veces de una manera inverosímil haya errado, sus críticos no siempre acertaron: como algunos de ellos eran economistas excelentes, esta circunstancia habla en favor de Marx.

En segundo lugar, también hay que reconocerle a Marx sus contribuciones, positivas y negativas, a un gran número de problemas específicos. No es posible, en un esquema tan breve, enumerarlas, ni, con más razón, hacerles justicia. No obstante hemos dado una idea de

algunas de ellas al discutir su planteamiento del ciclo económico. También mencioné algunas de sus concepciones que mejoraron nuestra teoría de la estructura de los capitales físicos. Los esquemas que elaboró en ese dominio, aunque no eran perfectos, demostraron una vez más su eficacia en trabajos recientes que, en algunos de sus pasajes, tienen un aspecto totalmente marxista.

Sin embargo, un tribunal de apelaciones —aunque se pronunciara exclusivamente sobre problemas teóricos— podría sentirse inclinado a dictar un veredicto radicalmente opuesto. En efecto, hay que colocar en la balanza, frente a los errores teóricos de Marx, un logro mucho mayor. A través de todos los elementos erróneos, es decir anticientíficos, de su análisis corre el hilo de una idea fundamental liberada de esos defectos; su concepción de una teoría que alcanza, no sólo a un número indefinido de situaciones específicas dispersas o a la lógica de las cantidades económicas en general, sino a la sucesión efectiva de esas situaciones o a la forma como se realiza la evolución económica, bajo su propio impulso, a través del tiempo histórico y engendrando en todo momento la situación que, a su vez, dará nacimiento a la siguiente. De esta manera, el creador de tantas ideas falsas fue también el primero en intuir el edificio intelectual que, aún en nuestros días, permanece en su estado virtual: esta teoría económica del futuro para construir la cual acumulamos lenta y laboriosamente piedras y mezcla, datos estadísticos y ecuaciones funcionales.

Marx no sólo concibió esta idea, también intentó realizarla. Todas las insuficiencias que desfiguran su obra tienen, si se toma en consideración el gran designio a que tendía su argumentación, que ser apreciadas bajo una luz diferente —incluso aunque esta circunstancia no las redima completamente, salvo en algunos casos. De todas maneras, Marx logró en efecto, un objetivo de importancia fundamental desde el punto de vista de la metodología económica. Los economistas siempre han hecho obra de historiadores económicos o han traído a colación los trabajos históricos de otros —pero los datos de la historia económica permanecían clasificados en un compartimiento distinto. Ocupaban un lugar (eventualmente) en la teoría a título de ilustración, cuando no de confirmación de las conclusiones elaboradas en abstracto. Se combinaban pues mediante un proceso mecánico de soldadura. En cambio, la combinación de Marx es química:

en otras palabras, insertó los datos históricos en la argumentación misma de donde derivaban sus conclusiones. Fue el primer economista de gran clase que reconoció y enseñó sistemáticamente cómo la teoría económica puede convertirse en análisis histórico y cómo el planteamiento histórico puede convertirse en historia razonada (33). No intentó resolver el problema análogo que plantea la estadística. Sin embargo, en cierto sentido, el segundo está englobado en el primero. Al mismo tiempo encontramos la respuesta a la interrogante de saber hasta qué punto, siguiendo el proceso descrito en el capítulo precedente, la teoría económica de Marx logró apuntalar su construcción sociológica. En realidad, no lo logró, pero aunque fracasó, Marx de todos modos fijó un objetivo y definió un método.

1) La amiga de Guillermo III —ese rey, tan impopular mientras vivió, era, en la época de Marx, el ídolo de la burguesía inglesa.

2) Sin embargo cabe la duda de si ese teorema era el único que contaba para el propio Marx, quien compartía la ilusión de Aristóteles, es decir que el valor, al tiempo que desempeñaba una función en la fijación de los precios relativos, difería no obstante de los precios relativos o de las relaciones de intercambio y existiría independientemente de ellos. La tesis según la cual el valor de una mercadería es la cantidad de trabajo incorporado a ella sólo puede tener ese sentido. Por consiguiente, de ser así, existe una diferencia entre Ricardo y Marx, puesto que los valores de Ricardo son simplemente valores de intercambio o de precios relativos. Es importante mencionar este punto, porque, si aceptamos esa concepción del valor, muchos de los elementos de la teoría de Marx que nos parecen insostenibles, es decir desprovistos de sentido, serían rehabilitados al instante. Por supuesto, no podemos admitirlo. Y en nada mejoraríamos la situación si, siguiendo a ciertos marxólogos, admitiéramos que los valores-cantidades de trabajo de Marx, constituyan o no una "sustancia" distinta, están simplemente destinados a servir como instrumentos mediante los cuales es posible dividir la renta social total en renta del trabajo y renta del capital (la teoría de los precios específicos sólo tiene entonces una función subordinada). En efecto, como veremos, la teoría del valor de Marx también fracasó en esta tentativa (aun en el supuesto caso de que podamos disociarla del problema de los precios específicos.)

3) La necesidad de la segunda condición es particularmente destructiva. La teoría del valor-trabajo en principio, puede demostrar las diferencias en la calidad del trabajo respecto al entrenamiento (aptitudes adquiridas); habría pues que agregar a cada hora de trabajo calificado fracciones adecuadas del trabajo consumido en el proceso de aprendizaje, de modo que se podría, sin salirse de los límites del principio general, equiparar la hora de trabajo cumplida por un obrero calificado a una hora de trabajo no calificado multiplicada por un coeficiente determinado. Sin embargo, ese método fracasa cuando existen diferencias "naturales" en la calidad del trabajo debidas a los grados distintos de inteligencia, fuerza de voluntad, fuerza física o

agilidad. En esos casos hay que referirse a la diferencia de valor de las horas trabajadas respectivamente por los obreros naturalmente inferiores y naturalmente superiores. Valor que en sí mismo no es explicable por el principio de la cantidad de trabajo. Ricardo llega a esa conclusión: declara simplemente que esas cualidades diferentes se ajustarán, de una manera u otra, por el juego del mecanismo del mercado, de manera que podamos hablar de una hora de trabajo realizada por el obrero A como equivalente a un múltiplo definido de una hora de trabajo realizada por el obrero B. Pero, al razonar de esa manera, pierde completamente de vista que recurre a otro principio de evaluación y abandona en realidad el principio de la cantidad de trabajo que, por consiguiente, está en jaque desde el comienzo, dentro de su propio esquema, incluso antes de que haya habido ocasión de que sea puesto en jaque por la intervención de otros factores distintos del trabajo.

4) Resulta, en realidad, de la teoría del valor basada en la utilidad marginal que, para realizar el equilibrio, cada factor tiene que estar repartido entre los empleos productivos que se le presentan de manera que la última unidad aplicada a un empleo cualquiera produzca el mismo valor que la última unidad aplicada a cada uno de los otros empleos. Si, además de la mano de obra de una especie o de una calidad establecida, no existen otros factores, la fórmula precedente significa evidentemente que los valores relativos (o precios) de todas las mercaderías tienen que ser proporcionales al número de horas de trabajo incorporadas a esas mercaderías, siempre que la competencia y la movilidad de la mano de obra sean perfectas.

5) Abstracción hecha de la distinción entre trabajo y "trabajo potencial", es la solución que S. Bailey (*A Critical Discourse on the Nature, Measure and Causes of Value*, 1825) había, anteriormente, considerado absurda, como el mismo Marx lo señala. (*Das Kapital*, vol. I.)

6) La tasa de la plus-valía (grado de explotación) es definida como la relación entre la plus-valía y el capital variable (salarios).

7) Veremos más adelante como Marx intentó reemplazar este elemento.

8) Existe, sin embargo, en esta teoría un elemento cierto y cuya percepción, por confusa que sea, es mérito de Marx. A diferencia de lo que casi todos los economistas admiten, incluso actualmente, no es evidente que los medios de producción "producidos" produzcan una renta neta en una economía perfectamente estacionaria. Si, en la práctica, esos medios de producción parecen producir rentas netas, podría deberse a que la economía nunca es estacionaria. La argumentación de Marx sobre el rendimiento neto del capital podría interpretarse como un procedimiento indirecto para reconocer este hecho.

9) Marx incorporó su solución del problema en los manuscritos de los cuales Engels sacó el tercer volumen (póstumo) del *Capital*. No estamos pues en condiciones de apreciar lo que el propio Marx hubiera querido decir finalmente sobre el tema. La mayoría de sus críticos lo acusan de haber contradicho, pura y simplemente, en el tercer volumen, la doctrina del primero. Ese veredicto no parece justificado.

Si nos colocamos en el punto de vista de Marx, y es nuestro deber hacerlo en un problema de esta naturaleza, no es absurdo considerar a la plus-valía como una "masa" creada por el proceso social de producción considerado como una unidad, y luego tratar el problema de la distribución de esa masa. Entonces, si esta concepción no es absurda, siempre

puede sostenerse que los precios relativos de las mercaderías, en la forma que se establecen según el tercer volumen, derivan de la teoría de la cantidad de trabajo expuesta en el primer volumen. Por consiguiente, no es exacto afirmar, como lo han hecho algunos autores desde Lexis a Cole, que la teoría del valor de Marx está completamente divorciada de su teoría de los precios y no le aporta ninguna contribución. No obstante, Marx no gana mucho aunque se le exonere del delito de contradicción, porque las otras objeciones que se le pueden hacer tienen la misma poderosa fuerza de antes. La mejor contribución para entender como valores y precios están vinculados en el sistema marxista figura en "Wertrechnung und Preisrechnung im Marxschen System" de L. von Bortkiewicz.

10) Por ejemplo, en un pasaje del *Capital*, vol. I, Marx se supera a sí mismo en los desarrollos pintorescos que da a este tema —extralimitándose, en mi opinión, más de lo que correspondía a quien es el fundador de la interpretación económica de la historia. Aunque la acumulación represente a "la ley y los profetas" para la clase capitalista y aunque esas invenciones puedan aparecerse como exageraciones ridículas, los argumentos de esa naturaleza en Marx siempre sugieren la necesidad de disminuir un punto débil.

11) Para Marx, ahorro o acumulación se identifican con "conversión de la plus-valía en capital". No pretendo discutir esta concepción, a pesar de que las tentativas individuales de ahorro no siempre necesariamente ni automáticamente van a acrecer el capital real. Puesto que el punto de vista de Marx me parece más próximo a la verdad que el punto de vista opuesto sostenido por muchos de mis contemporáneos, no me parece útil discutirlo.

12) Por supuesto, el porcentaje del ahorro proveniente de las pequeñas rentas será, en general, menor que el de las grandes rentas. Pero será normalmente ahorrado mas sobre una renta dada, si no contamos con que ésta se mantenga, o si esperamos que disminuya, que sobre una renta equivalente si sabemos que ésta se estabilizará, por lo menos, a su nivel actual.

13) Marx admite hasta cierto punto estas relaciones. Pero piensa que, si los salarios aumentan y a la vez entorpecen la acumulación, la tasa de esta última disminuirá "porque el estímulo del beneficio se ha debilitado", de manera que "el mecanismo del proceso de producción capitalista hace desaparecer los propios obstáculos que suscita temporalmente". (*Das Kapital*, vol. I, cap. XXV, sección I). Esta tendencia del mecanismo capitalista a equilibrarse a sí mismo no está demostrada a priori y cualquier afirmación de esta naturaleza tendría, por lo menos, que estar cuidadosamente analizada. Pero es interesante destacar que esa afirmación nos parecería extremadamente antimarxista si la encontráramos en la obra de otro economista y que, en la medida en que es defendible, debilita en gran parte la argumentación de Marx. A este respecto como en muchos otros, Marx revela en un grado sorprendente su impotencia para librarse de las cadenas, que él creía haber roto, de la economía burguesa de su tiempo.

14) Por supuesto, el autofinanciamiento no constituye el único método de financiamiento del progreso técnico. Pero es prácticamente el único método que Marx tiene en cuenta. Como efectivamente es muy importante, podemos seguir a nuestro autor en este punto, aunque existan otros métodos, en particular los préstamos de los bancos, es decir la creación de depósitos, con las consecuencias que les son propias y que es incontrañablemente necesario tomar en cuenta si se quiere trazar un esquema correcto del proceso capitalista.

15) Según Marx, los beneficios pueden, por supuesto, decaer por otra causa, es decir en razón de la baja de la tasa de la plus-valía. Esta baja puede deberse a aumentos de salarios, o a la reducción (impuesta, por ejemplo, por el legislador), del número de horas de trabajo. Es posible sostener, incluso desde el punto de vista de la teoría marxista, que esas circunstancias inducirán a los "capitalistas" a sustituir el trabajo manual por bienes instrumentales que economizan mano de obra y, por consiguiente, desarrollarán temporariamente las inversiones, abstracción hecha de la presión ejercida por los productos nuevos y por el progreso técnico. No entraremos sin embargo en esos problemas. Pero podemos señalar un incidente curioso. En 1837, Nassau W. Senior publicó "Letters on the Factory act", donde intentaba demostrar que la reducción propuesta de la duración de la jornada de trabajo terminaría aniquilando los beneficios de la industria algodonera. En *Das Kapital*, vol. I, cap. VII, sección 3, Marx se desborda en los ataques apasionados que dirige contra la argumentación de Senior que, en verdad, era absurda. No obstante Marx hubiera debido ser la última persona en denunciar una opinión que se ajusta perfectamente a su teoría de la explotación.

16) Cf. *Das Kapital*, vol. I, cap. XXV, sección 2.

17) Esta conclusión, a menudo calificada como teoría de la expropiación, constituye en Marx la única base puramente económica de la lucha por la cual los capitalistas se destruyen recíprocamente.

18) Existe una primera línea de defensa detrás de la cual los marxistas, a semejanza de la mayoría de los apologistas, acostumbran atrincherarse para enfrentar la crítica contenida en una formulación tan precisa. Su respuesta consiste en sostener que Marx vio hasta cierto punto el otro lado de la medalla y que a menudo "reconoció" casos de alza de salarios, etc. — como por otra parte nadie podía dejar de hacerlo —; sus defensores sugieren así que el maestro había previsto plenamente las objeciones eventuales de sus críticos. Sin duda, un autor tan meticuloso, que introduce en su argumentación textos tan copiosos de análisis histórico, se presta mejor a la apologética que cualquiera de los padres de la Iglesia. ¿Pero de que vale reconocer hechos perturbadores si las conclusiones del autor no reciben su influencia?

19) Esta idea, sugerida por el propio Marx, fue desarrollada por los neomarxistas.

20) Este tipo de desocupación tiene, por supuesto, que distinguirse de los otros. En particular, Marx señala el tipo vinculado a las variaciones cíclicas de la actividad económica. Como los dos tipos no son interdependientes y como Marx, en su argumentación, se refiere a menudo al primero más que al segundo, surgen dificultades de interpretación de las cuales los críticos no parecen todos tener plena conciencia.

21) Tal conclusión tiene que ser evidente a cualquier teórico que estudie no sólo las "sedes materiae" — *Das Kapital*, tomo I, cap. XV, secciones 3, 4, 5 y sobre todo 6 (donde Marx trata de la teoría de la compensación) — y también los capítulos XXIV y XXV donde los mismos puntos se repiten y elaboran en un cuadro en parte diferente.

22) O, por lo menos, puede devenir correcto sin sacrificar su alcance. Algunos puntos dudosos de la argumentación ricardiana se deben probablemente a una técnica deplorable — que tantos economistas desearían perpetuar.

23) Por supuesto, es necesario subrayar la noción de creación incesante. Se cometería una gran injusticia respecto a la letra y el espíritu de la tesis de Marx, si, como hacen algunos críticos, se le

atribuyera la opinión de que la introducción del maquinismo deja sin empleo a personas condenadas individualmente a vivir en el futuro desocupadas. Marx de ninguna manera negaba la eventualidad de una absorción de los desocupados y los críticos erran el blanco que está fundado sobre la demostración de que cualquier tipo de desocupación puede ser totalmente reabsorbido en cada caso.

24) Aunque esta interpretación es la corriente, citaré dos autores uno que dio una versión modificada mientras otro aun la considera válida. Tugan-Baranowsky, *Theoretische Grundlagen des Marxismus*, 1905, que condenó por este motivo la teoría de las crisis de Marx; y M. Dobb, *Political Economy and Capitalism*, 1937, que aun la considera válida.

25) La mejor exposición del punto de vista algo trivial de Engels sobre el problema figura en su obra polémica titulada "Herrn Eugen Dührings Umwälzung der Wissenschaft" y se ha convertido en uno de los pasajes más citados de la literatura socialista.

Engels presenta allí una descripción muy pintoresca de la morfología de la crisis, bastante buena ciertamente para llenar conferencias populares, pero donde también, en lugar de una explicación, encontramos la afirmación de que "la expansión del mercado no podría avanzar al mismo paso que la expansión de la producción". Engels se refiere asimismo, y la prueba, a la concepción de Fourier que el término "crisis pletóricas" utilizado por este autor define por sí solo. Pero es indiscutible que Marx redactó parte del capítulo X y comparte la responsabilidad del libro entero.

Compruebo al pasar que los pocos comentarios consagrados a Engels en esta obra son únicamente críticos. Lo lamento mucho puesto que no tengo la menor intención de desconocer los méritos de este hombre eminente. No obstante no cabe duda, en mi opinión, que desde el punto de vista intelectual y, en particular, teórico, Engels era muy inferior a Marx. Ni siquiera es seguro que haya comprendido siempre el pensamiento de este último. Es necesario pues, ser prudente cuando se utilizan sus interpretaciones.

26) *Das Kapital*. Cf. también las "Teorías de la Plus Valía".

27) Incluso aunque dispusiéramos de espacio ilimitado no nos sería fácil justificar esta afirmación frente a un neófito para quien la tesis contraria tiene que parecer evidente. La mejor manera para el lector de convencerse de la verdad de nuestra concepción consiste en estudiar la argumentación de Ricardo sobre los equipos. El proceso descrito por ese economista puede crear una desocupación fabulosa y no obstante proseguir indefinidamente sin provocar la destrucción final, ni siquiera la ruptura de todo el sistema. Marx estaría de acuerdo sobre ese punto.

28) En este aspecto también tuvo émulos. En última instancia, es preciso admitir que Marx habría reconocido los puntos débiles de esta hipótesis y conviene señalar que sus observaciones al respecto figuran en el tercer tomo y no pueden por consiguiente considerarse como su punto de vista definitivo.

29) *Das Kapital*. Inmediatamente después de este pasaje, Marx se aventura en una dirección también muy familiar a los especialistas de las teorías modernas del ciclo económico: "Los efectos se convierten a su vez en causas y los accidentes variables inherentes al proceso completo, que reproduce sus propias condiciones, adquieren periodicidad."

30) Engels fue más lejos. Algunas de sus notas relativas al tercer tomo del *Capital* demuestran

que sospechaba la existencia de oscilaciones de plazos más largos "ultra-cíclicas". Aunque se inclinaba a interpretar la moderación relativa de los "booms" y la intensidad relativa de las crisis alrededor de 1870-1890 como ligadas más a las modificaciones estructurales que a los efectos de una etapa de depresión inherente a una oscilación de larga duración (punto de vista similar al de muchos economistas contemporáneos respecto a la evolución 1919-1920 y, especialmente, para el período 1929-1939), no es imposible sostener que Engels se anticipó en cierta medida a la teoría de los ciclos largos formulada por Kondratieff.

31) En realidad, aunque manejaba a menudo esta idea, Marx elude defenderla, lo cual es muy significativo puesto que no era su costumbre perder ocasiones para generalizar.

32) Das Finanzkapital, 1910. Por supuesto que miles de veces surgieron dudas sobre la base de diferentes circunstancias que revelaban, según los escépticos, que Marx había atribuido gran importancia a las tendencias que creía haber demostrado, y que la evolución social constituía un fenómeno mucho más complejo y menos coherente de lo que él imaginaba (basta mencionar a E. Bernstein). Sin embargo el análisis de Hilferding no tiene en cuenta las circunstancias atenuantes, pero combate las conclusiones de Marx por principio, colocándose en el terreno del autor del Capital.

33) Esta tesis a menudo ha sido confundida (in-

cluso por su autor) con la que afirma que las oscilaciones económicas tenderían a atenuarse progresivamente. Puede que sea o no así (1929-1932 no constituiría un argumento en contrario). Sin embargo una estabilidad acrecida del sistema capitalista, es decir un comportamiento un poco menos caprichoso de nuestras series de precios y cantidades a través del tiempo, no implica necesariamente mayor estabilidad (en el sentido de una mayor capacidad del orden capitalista para resistir los ataques) ni está tampoco implicada necesariamente en ella. Por supuesto existen relaciones entre esos dos puntos de vista, pero no por eso dejan de ser distintos.

34) Si discípulos devotos tuvieran que basarse en esta comprobación para sostener que Marx fijó los objetivos de la escuela de la economía histórica, esa pretensión no podría ser desechada fácilmente, aunque la escuela de Schmoller haya, sin duda, actuado con absoluta prescindencia de las sugerencias de Marx. Pero sin embargo si discípulos demasiado devotos llegaran incluso a afirmar que Marx, y sólo Marx, sabía racionalizar la historia, y que los representantes de la escuela histórica sólo sabían describir los hechos sin comprender su significado, conseguirían únicamente perjudicar su causa. En efecto, esos economistas estaban, en realidad, perfectamente adiestrados en el arte del análisis. Si sus exposiciones son menos selectivas y sus generalizaciones menos absolutas que las de Marx, esa discreción habla a favor de ellos.

RESEARCH REPORT

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

1980-1981

EL CONCEPTO MARXISTA DE LA TRANSICION HACIA EL SOCIALISMO

LA estructura dialéctica de la teoría marxista implica que sus conceptos cambien a medida que se transforman las relaciones de clases fundamentales hacia las cuales tienden. Pero de tal manera que el contenido nuevo sea obtenido por el desarrollo de los elementos inherentes al concepto original, para preservar la coherencia teórica e incluso la identidad del concepto. Todo, a su vez, está vinculado a la noción en que culmina la teoría marxista de la transición hacia el socialismo, noción de coincidencia histórica objetiva entre el progreso de la civilización y la acción revolucionaria del proletariado industrial. Esta última, para la teoría marxista, es la única fuerza social capaz de operar la transición hacia un estado superior de la civilización. Marx deduce esta coincidencia de las leyes que rigen el desarrollo capitalista y le asigna por consiguiente un lugar definido en el proceso histórico, en el sentido de que la propia coincidencia es "transitoria". Según Marx, ese carácter transitorio tiene una sola forma: la revolución proletaria suprime, con la liquidación de todas las clases, al proletariado como clase y crea por eso, un nuevo agente de progreso: la comunidad de hombres libres que organizan su sociedad de acuerdo con las posibilidades de una existencia humana para todos sus miembros. Pero el desarrollo real del capitalismo hace aparecer otra forma de superación de esta coincidencia histórica: un cambio fundamental en las relaciones entre las dos clases en conflicto, por el cual el proleta-

riado deja de actuar como clase revolucionaria. La aparición de esta posibilidad es quizás el factor más decisivo de la evolución del marxismo soviético.

El hecho de que el proletariado dejara de actuar como clase revolucionaria y la derrota de una revolución proletaria, fueron encarados en la teoría marxista, y por consiguiente no invalidarían esta teoría.

Esta explica esos hechos, en general por una "falta de madurez" objetiva y subjetiva y la considera una regresión temporaria luego de la cual renacería la presión revolucionaria y la conciencia de clase del proletariado organizado conocería un nuevo vigor. Pero la situación cambia de cabo a rabo si, con o sin revolución vencida, la evolución del capitalismo en su madurez hace aparecer en las naciones industriales avanzadas una tendencia a largo plazo a la colaboración de clases más que a la lucha de clases, a las divisiones nacionales e internacionales, más que a la solidaridad proletaria. En la teoría marxista, el capital y el trabajo (asalarado) se definen recíprocamente o, más exactamente, el crecimiento del proletariado revolucionario a largo plazo define la orientación irreversible del desarrollo capitalista. Por consiguiente, si la tendencia se modifica del lado del proletariado, el desarrollo capitalista alcanza una nueva fase en la cual las categorías marxistas tradicionales ya no se aplican. Un nuevo período histórico comienza, caracterizado por un cambio en las relaciones fundamentales

entre clases, y el marxismo tiene entonces que redefinir la transición hacia el socialismo y la estrategia para ese período.

¿Cómo explica la dialéctica marxista la relación entre dos etapas cualitativamente distintas del proceso histórico, en este caso la relación entre capitalismo y socialismo? Según Marx la nueva etapa del proceso histórico es la "negación determinada" de la etapa precedente, en el sentido que la nueva etapa está determinada por la estructura social que prevalecía en la etapa anterior. Por ejemplo, la transición del capitalismo al socialismo está preconditionada por los caracteres siguientes de la sociedad capitalista:

1. Un alto nivel de productividad económica que no está al servicio de la creación de una vida humana para todos, porque esa utilización entraría en conflicto con la búsqueda del beneficio de los intereses privados; de ahí pues una contradicción cada vez más aguda entre la productividad social y el empobrecimiento del proletariado.

2. La imposibilidad de mantener, en el mercado libre, una tasa de beneficio que asegure la reproducción del sistema capitalista. Un cambio en las instituciones sociales de la economía capitalista (concentración del poder económico vinculado al poder político, declinación de la libre competencia) y la evolución consecutiva hacia el capitalismo de estado.

3. El crecimiento de la organización política de las clases trabajadoras que, al actuar como una fuerza dotada de conciencia de clase, buscan su "verdadero interés" no dentro, sino *contra* el sistema capitalista.

Estos cambios cuantitativos se intensifican hasta que hacen explotar las estructuras existentes por la revolución proletaria y las remplazan por estructuras cualitativamente nuevas. La nueva etapa histórica no se logra pues de un salto; la transición se cumple en realidad, en varias etapas y culmina después de éstas. El salto hacia adelante realizado culmina en la fase más alta de la etapa siguiente, pero la primera fase de esta nueva etapa conserva aún las características distintivas de su nacimiento en el transcurso de la etapa precedente. La distinción entre las dos "fases" del socialismo que hace Marx en la "Crítica al Programa de Gotha", en lugar de ser una corrección menor, deriva del propio principio del método dialéctico. En su continuidad histórica, el capitalismo y el socialismo están unidos por vínculos mucho más fuertes de los que exige un simple período de "adaptación". En la primera fase

del socialismo, el principio socialista del libre desarrollo y de la libre satisfacción de las necesidades individuales, está subordinado a un nuevo desarrollo de las fuerzas productivas, y en particular de la productividad del trabajo. La riqueza social, tanto intelectual como material, tiene que ser lo suficientemente abundante para permitir una distribución del producto social en función de las necesidades de cada uno y con independencia de la contribución de cada uno al trabajo socialmente necesario. En términos económico-tecnológicos, significa: "racionalización"; para el trabajador, eso significa que hay que seguir trabajando y diferir la libre satisfacción de las necesidades individuales. La primera fase del socialismo encadena aún al trabajador a su especialización, conserva todavía "la esclavizante subordinación del individuo a la división del trabajo" (1) y por lo tanto el antagonismo entre racionalidad y libertad; el desarrollo racional de la *sociedad* entra en conflicto con la expansión del *individuo*. El interés general requiere todavía el sacrificio de la libertad, y la justicia universal, la injusticia. Este antagonismo no desaparece con la instauración de una *res pública* salvo en la medida en que la producción socializada crea las condiciones previas, materiales e intelectuales, para la satisfacción libre y universal de las necesidades.

El hecho de que los progresos anteriores a la revolución socialista se hayan producido en el cuadro de una sociedad de clases y que la productividad material e intelectual haya estado bloqueada por la propiedad privada, provoca en todo caso un cierto plazo entre la intervención de los factores de liberación y esta misma liberación. Cuanto más elevado sea el nivel alcanzado por la productividad material e intelectual en la fase presocialista, más corto será ese plazo, y más breve será el primer período del socialismo. Marx y Engels no especularon sobre la duración de ese período; además, esas especulaciones no hubieran tenido sentido para ellos puesto que, en virtud de su concepción del socialismo, la "negación de la negación" estaba inserta al principio de la propia primera fase, bajo la forma de cambio de la dominación en autodeterminación. Poco importaba la duración de la primera fase, y la represión que produciría; esta represión, serían los "productores inmediatos", el proletariado convertido en estado, quienes se la impondrían a sí mismos. La repartición social del tiempo de trabajo entre las diferentes ramas de la producción y por consiguiente la satisfacción de

las necesidades y facultades de cada uno, se determinarían por decisión colectiva de los creadores de la riqueza social.

Toda coacción sería ejercida por los propios coaccionados. No existiría ningún órgano coercitivo de estado separado y por encima de los trabajadores asociados, puesto que *ellos son* el estado socialista. Siempre que Marx y Engels oponen el estado socialista a las formas anteriores, lo hacen desde el punto de vista de los "sujetos" reales que constituyen el estado, y no desde el punto de vista de determinadas instituciones. El estado socialista no es otra cosa que la "dictadura revolucionaria del proletariado" (2); la sociedad socialista es la "reunión de hombres libres", (3); las fuerzas productivas están "en manos de los productores asociados" (4); la producción está organizada sobre la base de "una asociación libre e igualitaria de los productores" (5)

Esta transformación cualitativa que, en la concepción marxista, caracteriza toda la primera fase, presupone la actividad de un proletariado con conciencia de clase. El proletariado que debe constituirse él mismo en estado socialista ha sido, hasta el momento de la revolución, el objeto de la dominación capitalista y, como tal, ha integrado el sistema capitalista. Si el sistema entra en el período de la "crisis final", si la destrucción y el empobrecimiento reinan, Marx da por descontado que el proletariado se organizará como clase revolucionaria, cumplirá su misión histórica objetiva y no tendrá otra función, en el seno del sistema capitalista que la de "sepulturero" de ese sistema.

Pero si el capitalismo sigue funcionando normalmente e incluso eleva el nivel de vida de sus clases trabajadoras, éstas pueden convertirse en un elemento del sistema capitalista en un sentido completamente diferente, y positivo. Ya en 1858 Engels notaba el aburguesamiento del proletariado en Inglaterra (6) y en 1884 formulaba de la siguiente manera las consecuencias: mientras el proletariado no esté maduro para su autoliberación, la mayoría del proletariado considerará al orden social establecido el único posible y constituirá políticamente la "cola de la clase capitalista, su ala izquierda extrema". (7) Sólo una crisis virtualmente permanente podría mantener la acritud de la lucha de clases y la conciencia de clase del proletariado contra el sistema capitalista, como "su negación absoluta". Es en esas condiciones que el proletariado cumpliría su "misión histórica", es decir la abolición del sistema ca-

pitalista. Pero en los períodos de estabilidad y prosperidad el proletariado caería inevitablemente bajo la dominación de las "ideas capitalistas", y sus intereses inmediatos (económicos) privarían sobre su interés real (histórico). Esta relación sólo puede invertirse por la propia lucha de clases, es decir si el proletariado se convierte en una fuerza política y actúa como catalizador en la economía capitalista.

La distinción marxista entre interés real e interés inmediato es fundamental para comprender la relación que existe entre teoría y práctica, entre estrategia y táctica. Esta distinción implica un conflicto histórico entre teoría y práctica, cuyo origen y solución residen en el desarrollo del capitalismo. El conflicto aparece pues como un factor *objetivo*. Si las relaciones sociales determinan la conciencia, también es cierto para el proletariado. Y si las relaciones sociales son relaciones de clase, también introducen la contradicción entre la forma bajo la cual la realidad aparece y la *esencia* de la realidad. La contradicción entre la esencia y los fenómenos es una de las piedras angulares del método marxista, pero las categorías metafísicas se han hecho sociológicas. En el análisis del capitalismo, Marx describe esta contradicción como "velo de la producción mercantil" (reificación); la hace provenir de la separación entre trabajo físico e intelectual y de la "esclavización del hombre por los medios de su trabajo". Al razonar sobre el proletariado, aunque éste "en realidad" sea la negación del sistema capitalista, esta realidad objetiva no aparecerá inmediatamente en la conciencia del proletariado. La "clase en sí" no es necesariamente "clase para sí". Puesto que para Marx la "esencia" del proletariado es una fuerza histórica que el análisis teórico sólo define y demuestra, el "interés real" del proletariado tal como lo define este análisis no es una construcción abstracta y arbitraria, sino una expresión teórica de la que el mismo proletariado es —aunque no sea (o no lo sea aún) consciente de lo que realmente es.

En realidad, el momento en que Marx escribía, esos conceptos no correspondían a los del proletariado y quizás diferían más que actualmente. La teoría marxista y sus objetivos políticos eran ajenos a la conciencia del proletariado de la época, al menos de su mayor parte. Marx y Engels conocían perfectamente el abismo que separaba la esencia de los fenómenos y correlativamente, la teoría de la práctica. Veían en ello la expresión de la "inmadurez" histórica del proletariado y creían que

sería superado por la radicalización política final de las clases trabajadoras, concomitante ella misma con la agravación de las contradicciones del capitalismo. En verdad parecía existir un vínculo demostrable entre el interés real y el interés inmediato del proletariado a pesar de su oposición evidente; la deshumanización y el empobrecimiento del trabajador, que surgían como barrera objetiva contra el "dominio de las ideas capitalistas" y contra la desaparición de la clase revolucionaria.

Puesto que precisamente la transición del capitalismo al socialismo era la función histórica del proletariado como clase revolucionaria, las formas políticas, específicas de esta transición, aparecían a Marx y Engels, como variables que no podían ser determinadas por la teoría. Después que el proletariado se hubiera constituido en clase revolucionaria, consciente de su misión y dispuesto a cumplirla, los medios de realización debían deducirse de la situación política y económica del momento. De todas maneras, la violencia no era inherente a la acción del proletariado; la conciencia de clase no dependía tampoco necesariamente de la guerra civil abierta, ni se expresaba a través de ella; la violencia no pertenecía ni a las condiciones objetivas ni a las condiciones subjetivas de la revolución (aunque Marx y Engels estuvieran convencidos de que las clases dirigentes no podían ni querían eliminar la violencia). No era pues sólo por "política" que Marx y Engels llamaban la atención sobre las posibilidades de una transición legal y democrática hacia el socialismo (8), en particular cuando la fuerza numérica y política de la clase obrera crecía sin cesar y los partidos pugnanaban por objetivos vigorosamente revolucionarios.

Pero si las formas concretas de la transición eran variables, no ocurría lo mismo con su base de clase. La revolución debía ser la acción directa organizada del *proletariado como clase*, o no sería. Marx y Engels no admitían ningún otro agente de la revolución ni "sustituto" alguno, puesto que cualquier sustitución significaría la inmadurez de la clase como tal (9). "De todos los instrumentos de producción, el mayor poder productivo es la propia clase revolucionaria" (10). La "conquista del poder político" sólo puede ser el resultado del movimiento político de la clase obrera que como clase se opone a las clases dirigentes. (11) La clase se organiza en "partido", pero este partido se desarrolla naturalmente a partir del

terreno de la propia sociedad moderna" (12); es la *autorganización* del proletariado.

La concepción marxista mantiene así la identidad del agente histórico antes y después de la revolución, y los instrumentos políticos de la lucha de clases, en particular el partido proletario, son la expresión de esa identidad. Esta concepción admite cambios dentro del proletariado —grado de conciencia de clase, dimensiones y peso de la "aristocracia obrera", etc.—, pero esos cambios no destruyen la identidad de la clase que es el único vehículo de la revolución. Si esa clase no existe, es decir si no actúa como clase, entonces la revolución no existe.

MODIFICACIONES ULTERIORES

Marx formuló las conclusiones antedichas sobre la base de un "modelo teórico" del capitalismo que descarta toda las características (como el comercio exterior, la intervención del estado, el sector terciario) que no entran en el proceso económico fundamental que constituye el sistema capitalista. A medida que el análisis progresa, en los libros segundo y tercero de "El capital", estas características omitidas se reintroducen y la teoría pasa de la esencia a la realidad histórica concreta del capitalismo; el modelo teórico es reelaborado en su relación esencial con la realidad histórica. Según Marx, el capitalismo en su realidad histórica desarrolla ahora contra sus contradicciones internas "contracorrientes", por ejemplo las exportaciones (políticas y económicas) de capitales, los monopolios, la intervención del estado. Además, un sector de la sociedad capitalista que no había llamado la atención de Marx en su análisis teórico, es decir la extendida clase campesina, se reveló en la realidad de una importancia decisiva. Contracorrientes y "factor omitido" se convirtieron en los centros vitales del desarrollo de la teoría posmarxista.

La discusión de las "contracorrientes" tiene una importancia central en la teoría marxista junto a las doctrinas del "capital financiero" y del "imperialismo". Esas doctrinas, que comprenden una gran variedad de interpretaciones desde la variante "revisionista" hasta la variante leninista "ortodoxa", han intentado adaptar la teoría marxista a la vitalidad persistente de la sociedad establecida, y sobre todo a la elevación del nivel de vida de la clase obrera en los países industriales avanzados. Hechos todos que parecían contradecir violentamente

la noción marxista de la crisis final inminente del capitalismo y del empobrecimiento del proletariado. A pesar de las grandes diferencias de interpretación, las doctrinas del imperialismo están de acuerdo respecto a que alrededor de principios de este siglo el capitalismo entró en una nueva etapa, cuyas características esenciales eran: la transformación de la competencia libre en competencia regimentada, dominada por los consorcios nacionales e internacionales, la amalgama entre el capital financiero e industrial, entre el estado y el mundo de los negocios; y una política económica expansionista hacia las zonas "no capitalistas" y las zonas capitalistas más débiles (por ejemplo, explotación intensificada de los países coloniales y dependientes). No obstante, en la apreciación formulada sobre estos desarrollos, las teorías del imperialismo estaban irreconciliablemente divididas en campos "reformistas" y "ortodoxos". La teoría reformista, aparecida en los escritos de Edouard Bernstein en 1900-1901 (13) y que culminó en la doctrina de la democracia económica (Wirtschaftsdemokratie) (14) afirmaba que, dentro del "capitalismo organizado", el proletariado podía continuar mejorando su posición económica y política y acabaría por establecer el socialismo por vías legales y democráticas, gracias a la influencia económica y política creciente del movimiento obrero. La interpretación ortodoxa, cuya formulación más radical se debe a Lenin, se sitúa en los antípodas de la precedente. Según ella, el crecimiento del capitalismo constituye una estabilización frágil y temporaria que explotará necesariamente en conflictos armados entre potencias imperialistas y en crisis económicas cada vez más profundas. Lenin explicaba la existencia de tendencias reformistas en el seno del proletariado por la aparición de una "aristocracia obrera" poco numerosa, "corrompida" por los altos salarios pagados gracias a los superbeneficios de los monopolios, cuyos intereses coincidían con los del sistema establecido.

Nos ocuparemos aquí sólo de la interpretación leninista. El surgimiento del leninismo como forma nueva de marxismo está determinado por dos factores esenciales: 1) el esfuerzo para hacer entrar al campesinado en la órbita de la teoría y de la estrategia marxista, y 2) el esfuerzo para redefinir las perspectivas del desarrollo capitalista y revolucionario en la era imperialista. Las dos principales corrientes del pensamiento leninista están estrechamente vinculadas; la capacidad de supervivencia del capitalismo avanzado (inesperada desde

el punto de vista marxista tradicional) y, por consiguiente, el vigor persistente del reformismo en el seno del proletariado de los países capitalistas avanzados, llevaban casi inevitablemente al marxismo a poner el acento en los países atrasados, agrícolas en su mayor parte y donde la debilidad del sector capitalista parecía ofrecer mejores oportunidades a la revolución. En verdad, la idea que la cadena capitalista tenía que romperse por su "eslabón más débil" —idea subrayada por Stalin después de la revolución— fue concebido por Trotsky más que por Lenin, pero toda la corriente del pensamiento leninista desde su origen está orientada en esa dirección. Que el centro del marxismo soviético sea la "revolución de los obreros y campesinos" y no ya la revolución de los obreros, no se debe sólo al éxito de la revolución en Rusia, sino también a que el potencial revolucionario de la clase obrera industrial parecía debilitarse en todo el mundo capitalista avanzado. Este hecho es, en el largo plazo, el que ha dirigido la evolución del marxismo soviético. Es por eso que nuestro punto de partida es el análisis hecho por Lenin de la situación del proletariado en la etapa del imperialismo.

Lo importante, en esta interpretación, es la subestimación de las potencialidades económicas y políticas del capitalismo, y del cambio de posición del proletariado. En realidad, hay oposición o resistencia a extraer las consecuencias teóricas de esta situación nueva. Esa oposición es característica de todo el desarrollo del leninismo y constituye una de las causas esenciales de la separación entre teoría y práctica del marxismo soviético. En efecto, aunque Lenin, desde que inició su actividad política, reorientó la estrategia revolucionaria de su partido en función de la situación nueva, su concepción teórica no siguió la misma dirección. La fidelidad de Lenin a la noción clásica de proletariado revolucionario, justificada por el recurso a la teoría de la aristocracia obrera y de la vanguardia, desde un principio se revelaría inadecuada. Incluso antes de la Primera Guerra Mundial era evidente que la parte "colaboracionista" del proletariado era cuantitativa y cualitativamente diferente de una pequeña capa superior corrompida por el capital monopolista, y que la socialdemocracia y la burocracia sindical no eran simples "traidores": era más justo decir que la política de éstos reflejaba con exactitud la condición económica y social de la mayor parte del movimiento obrero de los países industriales avan-

zados. A decir verdad, la estrategia leninista de la vanguardia revolucionaria se refería a un desarrollo del proletariado que iba más allá del concepto marxista clásico; su lucha contra el "economismo" y contra la doctrina de la acción espontánea de las masas, su afirmación relativa a la conciencia de clase que debía ser aportada "desde afuera" al proletariado, prefiguran la transformación efectiva ulterior del proletariado de sujeto en objeto del proceso revolucionario. Es indudable que el libro de Lenin, "¿Qué hacer?" (15) donde esas ideas encontraron su formulación clásica, fue escrito con motivo de la lucha de los marxistas rusos para obtener la dirección de un proletariado atrasado, pero las consecuencias superan largamente ese contexto. El objetivo final está formulado al comienzo del panfleto de Lenin: es el sector reformista al desarrollarse en el seno de la "socialdemocracia internacionalista", representado, según Lenin, por Bernstein y Millerand, el que reclama una "transformación notoria de la socialdemocracia revolucionaria en reformismo burgés". (16) Además, la expresión "conciencia de clase importada desde afuera" no nació de la situación rusa, fue pronunciada por Kautsky en su polémica contra el proyecto de programa del partido socialdemócrata austriaco. Más allá de las exigencias propias de la situación rusa, Lenin analizaba la evolución internacional del marxismo, que reflejaba a su vez, la tendencia a la "colaboración de clases" de importantes fracciones del movimiento obrero. Al reforzarse, esta tendencia amenazaba alterar la noción del proletariado como sujeto revolucionario sobre la cual reposaba toda la estrategia marxista. Las fórmulas de Lenin intentaban preservar la ortodoxia marxista del asalto reformista, pero no tardaron en convertirse en parte de una concepción que no implicaba ya la coincidencia histórica entre proletariado y progreso, que aún conservaba la noción de "aristocracia obrera". Estaban pues echadas las bases del desarrollo del partido leninista en el cual la verdadera conciencia y el verdadero interés del proletariado estarían localizados en un grupo diferente de la mayoría del proletariado. La organización centralizada, justificada en un principio por la "inmadurez" de una situación retrógrada (donde encontró su primer campo de aplicación) se iba a convertir en el principio general de una estrategia internacional.

Elegir al partido leninista (o a la dirección del partido) en representante real del proletariado no podía tapar el foso que separaba la

nueva estrategia de la antigua concepción teórica. La estrategia leninista de la vanguardia admitía en los hechos lo que negaba en teoría; que un cambio fundamental se había producido en las condiciones objetivas y subjetivas de la revolución.

En su "Finanzkapital" (17), publicado en 1910, Rudolf Hilferding interpreta este cambio en función de la teoría marxista. Destaca que, bajo la dirección del capital financiero, el conjunto de la economía nacional sería movilizado por la expansión, la cual, gracias a la colusión de empresas gigantes monopolísticas o semimonopolísticas, tendería hacia una integración internacional en gran escala, económica tanto como política. En ese nuevo mercado intercontinental, la producción y la distribución estarían en gran parte controladas y disciplinadas por un "cartel" de los intereses capitalistas más poderosos. En la vasta zona de ese "cartel general", las contradicciones del sistema capitalista podrían ser sólidamente dominadas, los beneficios de los grupos dirigentes garantidos, y los salarios de los obreros pertenecientes a esta zona mantenidos a un alto nivel, a costa de la explotación creciente de los mercados y de las poblaciones exteriores a la zona. Hilferding pensaba que esta planificación capitalista internacional exigiría la abolición del liberalismo democrático en materia económica, política e ideológica; individualismo y humanismo serían remplazados por un nacionalismo y un autoritarismo militarista y agresivo. Karl Kautsky adelantó ideas semejantes con su concepto de "ultraimperialismo" (18).

Todas esas perspectivas eran presentadas como simples tendencias cuya realización a corto o largo plazo ponían en duda tanto Hilferding como Kautsky, que tampoco extrajeron todas las conclusiones que derivaban respecto al cambio de la situación de clase del proletariado. Pero se ponía el acento sobre las condiciones económicas y políticas de una estabilización y de una integración jerárquica del mundo capitalista —condiciones que parecían utópicas a la luz de la teoría marxista si no se desarrollaban las fuerzas reales que eliminarían las contradicciones y los conflictos entre las potencias imperialistas. Una vez que se materializaran, podrían crearse un fundamento económico para integración semejante. Ese fundamento apareció en efecto, paulatinamente, a través de muchas regresiones y rupturas, bajo el choque de dos guerras mundiales, de los progresos gigantescos en la productividad y del crecimiento de la potencia

comunista. Esos acontecimientos alteraron la estructura del capitalismo que había definido Marx, y echado las bases de una nueva organización económica y política del mundo occidental. Esas bases recién fueron válidas después de la Segunda Guerra Mundial (19). Desde entonces, los intereses antagónicos en competencia en el seno de las naciones occidentales han sido progresivamente armonizados y eclipsados por el conflicto fundamental entre Oriente y Occidente, y una fusión intercontinental de lo económico y lo político, ha adquirido forma en una escala mucho más reducida que la del antiguo mercado libre mundial, pero que abre la posibilidad de una regulación planificada de esta "anarquía" ciega en la cual el marxismo veía la raíz de las contradicciones capitalistas. Al mismo tiempo, las clases trabajadoras se dividían en el plano internacional en proletariado *interno* y *externo* (utilizando las fórmulas de Toynbee) este último integrado por las clases proletarias y semiproletarias urbanas y rurales, dentro y fuera de la sociedad técnica, que no obtendrían beneficios de ella en forma de salarios más elevados, mejores condiciones de vida, o mayor influencia política.

El proletariado externo (inclusive el campesinado, que constituía su mayor parte), suministró a los dirigentes soviéticos una masa de maniobra en la lucha contra el capitalismo después de la Primera Guerra Mundial; surgió, según parece, como "sujeto" histórico en virtud de un acontecimiento exógeno (desde el punto de vista marxista): dado que la revolución triunfó en la Rusia retrasada, no pudo materializarse en los países industriales avanzados, y se difundió enseguida, desde Rusia, a las zonas preindustriales, mientras los países industriales avanzados permanecían inmunizados. Pero este acontecimiento no es tan exógeno como parece. La "inmunización" gradual de las regiones vitales de la sociedad occidental ya había comenzado a demostrar su eficacia antes de la Primera Guerra Mundial; la actitud nacionalista de los partidos socialdemócratas en 1914 —que eran entonces la organización marxista más poderosa de trabajadores— sólo fue la manifestación más flagrante. La inmunización demostró su vigor durante las revoluciones de Europa Central entre 1918 y 1923, cuando la mayoría del movimiento obrero triunfó ante la ofensiva comunista aliándose con la burguesía y el ejército. En Inglaterra, el predominio del partido laborista reformista nunca se vio seriamente amenazado.

En Francia y en Italia, el partido comunista siempre fue mucho menos poderoso que la socialdemocracia; y en Alemania, el único país donde el comunismo conoció un poderoso desarrollo después de la derrota, sucumbió rápidamente, como el partido socialdemócrata, ante el régimen nazi. La debilidad persistente del potencial revolucionario en los países industriales avanzados confinó la revolución a las zonas donde el proletariado no había sido integrado a la sociedad industrial, y donde el régimen mostraba desintegración política tanto como atraso económico.

La teoría marxista explicó la elevación del nivel de vida que era la base económica del proceso de inmunización, por el aumento de la productividad del trabajo y la organización eficaz de los trabajadores industriales, que contrabalanceaban la presión ejercida sobre el nivel de los salarios, y por los superbeneficios monopolísticos en las regiones capitalistas más avanzadas.

Según el marxismo, ninguno de esos factores podría neutralizar durablemente las contradicciones internas del mundo de producción capitalista. Había que esperar a que esas ventajas acordadas a la clase obrera fuera periódicamente suprimidas por las guerras y las crisis, puesto que no existía ninguna base para la consolidación internacional durable del capitalismo. Esta interpretación no preveía la posibilidad (que pronto iba a ser una realidad) de que semejante base internacional se realizara, sobre la cual la sociedad industrial occidental iba a crear sus nuevas instituciones económicas y políticas. La violencia catastrófica, la amplitud sin precedentes de las destrucciones físicas y morales, al igual que el aumento también sin precedentes de la productividad técnica que caracterizan el período que se inicia en 1918, se compadecían con la inmensidad de la tarea. Fue la propia estructura de la civilización establecida la desafiada, y tuvo que reafirmarse contra una civilización rival. El potencial tecnológico y político desarrollado en esa lucha pronto demostró que las adaptaciones menores no bastaban para enfrentar el desafío. La necesidad de movilizar todas las energías materiales y mentales exigió la abolición del "laissez-faire" en la vida económica y cultural, el contralor metódico de los mecanismos políticos y una reagrupación de las naciones bajo la tutela efectiva del gran capital, en detrimento de las queridas soberanías nacionales. El interés determinante de la sociedad

occidental como tal modificó los intereses de las naciones y de las clases; los partidos nacionales se alinearon tras las fuerzas políticas y económicas internacionales. El movimiento obrero no fue una excepción, y en definitiva la socialdemocracia entró en la órbita occidental y el comunismo en la órbita oriental.

Para el marxismo, el mundo capitalista nunca había estado tan cerca del "cartel general", espectro temible, que remplazaría a la anarquía de la producción y de la distribución capitalista por una planificación ultraimperialista. Y fue el progreso mismo del sistema soviético el que provocó la realización de esta semida posibilidad.

NOTAS

- 1) Marx, "Crítica al programa de Gotha".
- 2) Ibid.
- 3) Marx, "El capital".
- 4) Engels, "Anti-Dühring".
- 5) Engels, "El origen de la familia, de la propiedad privada y del estado".
- 6) Carta a Marx, 7 de octubre de 1858, en "Correspondencia de Marx y Engels". Cf. también su carta a Kautsky, 12 de setiembre de 1882.
- 7) "El origen de la familia...". Para la reinterpretación ulterior de esta idea en la doctrina leninista de la "aristocracia obrera", cf. E. H. Carr, "The Bolshevik Revolution", 1917-1923 (tomo III).
- 8) Nos referimos a las declaraciones siguientes: discurso de Marx en Amsterdam (1872); Marx, "Konspekt der Debatten über das Sozialistengesetz" (escrito en 1878); Engels, "Introducción a Marx", "Las luchas de clases en Francia"; Engels, "Crítica al proyecto del programa socialdemócrata de 1891, II; reivindicaciones políticas".
- 9) La noción marxista de socialismo implica una "representación" en una forma u otra, porque el proletariado no puede actuar como clase sin organización ni división de funciones. No

obstante Marx y Engels encararon una representación constituida por la propia clase, es decir directamente delegada por los "productores inmediatos" y directamente responsable frente a ellos. Si la "conciencia de clase" no estaba madura, o corrompida, la dirección que representaba a la clase podría ayudarla a madurar, pero no podría impulsarla a actuar. En esas condiciones, la dirección, sería, en el sentido estricto, una dirección teórica.

- 10) Marx, "Misericordia de la Filosofía".
- 11) Marx, carta a F. Bolté, 23 de noviembre de 1871, en "Correspondencia, Engels, Marx y otros".
- 12) Marx, carta a Freiligrath.
- 13) Cf. Edouard Bernstein, "Socialismo teórico y socialdemocracia práctica".
- 14) Formulada por Rudolf Hilferding en la conferencia de Kiel del Partido Socialdemócrata alemán en 1927, y en el libro de Fritz Naphtali, "Wirtschaftsdemokratie", publicado por la Federación Sindical Alemana, 1928.
- 15) Publicado en 1902.
- 16) Cf. "¿Qué hacer?".
- 17) "Das Finanzkapital; Eine Studie über die jüngste Entwicklung des Kapitalismus". La expresión de Hilferding no designa sólo una forma particular de capital, sino una forma particular de organización capitalista. Según él, los dos elementos esenciales son: a) la "abolición" (Aufhebung) de la libre competencia por la creación de carteles y "trust" y b) la fusión cada vez más estrecha entre el "capital bancario" y el "capital industrial".
- 18) Kautsky "Der Imperialismus".
- 19) El marxismo soviético sostiene —y tiene que sostenerlo para salvaguardar la concepción marxista— que esos acontecimientos están íntimamente vinculados: la "economía de guerra permanente", única salida para las contradicciones imperialistas, conduce a progresos gigantescos de la productividad, y ésta refuerza la integración económica y política de las potencias occidentales. Según esta concepción los acontecimientos que provocan la transformación del mundo occidental no son exógenos, sino por el contrario inherentes a la dinámica del sistema capitalista, y las mismas fuerzas que favorecen la guerra favorecen la productividad y la "estabilización momentánea".

